



Modest Cuixart, nacido en 1925 en Barcelona, empezó a dedicarse a la pintura en 1946. Su obra pasa por diversas tendencias y estilos, hasta su actual figuración neobarroca, donde se incluyen todas sus experiencias anteriores.

Editor ejecutivo:

Salvador Clotas

Directores:

Antonin J. Liehm y Ludolfo Paramio

Subdirector:

Manuel Ortuño Armas

Redacción:

Jorge Martínez Reverte, Marta Moriarty, Manuel Ortuño, Ludolfo Paramio, Carlos Píera, Josep Ramoneda, Fernando de Valenzuela

Diseño y maqueta:

El Cubri

Collage:

Jirí Kolár

Editorial Pablo Iglesias

C/. Monte Esquinza, 30-2.º dcha.
28010 Madrid
Tels. 410 46 96 - 410 47 98

C.I.F. n.º: G-28667061

Realización gráfica:

CARACTER, S.A.

Depósito Legal: M-4655-1986

ISSN 0213-4721

ANTHONY BARNETT

Escritor y periodista inglés

CARLOS BARRAL

Poeta y escritor español

ANDRE COMTE-SPONVILLE

Filósofo francés

MODEST CUIXART

Pintor español

JORGE G. CASTAÑEDA

Economista mexicano

RICARDO CID CAÑAVERAL

Periodista español

THEODORE DRAPER

Político y ensayista norteamericano

MIGUEL ESPEJO

Filósofo argentino

FRANÇOIS GEORGE

Escritor y filósofo francés, promotor de la revista *Liberté de l'esprit*

IVAN KLIMA

Escritor checo

MAGAROH MARUYANA

Universitario americano de origen japonés

KUNIKO MUKODA

Escritora japonesa

RAFAEL PEREZ ESTRADA

Abogado y escritor malagueño

WOLE SOYINKA

Escritor nigeriano, premio Nobel de Literatura 1986

ADAM ZAGAJEWSKI

Poeta y escritor polaco

Todos los copyrights son de sus autores excepto del artículo de Wole Soyinka, © Fundación Nobel.

Sumario

5

Ricardo Cid Cañaveral <i>Por la política a la locura, sobre la información</i>	5
Jorge M. Reverte <i>R. C. C.</i>	7
François George <i>Monólogo invectivo</i>	10
André Comte-Sponville <i>El bueno, el malo y el militante</i>	15
Anthony Barnett <i>Henry Moore: el perfil del trabajo</i>	22
Theodore Draper <i>Todos los hombres de Reagan</i>	27
Jorge G. Castañeda <i>México: el desafío democrático</i>	35
Adam Zagajewski <i>El discurso secreto del presidente</i>	43
Wole Soyinka <i>El pasado condiciona el presente</i>	46
Magaroh Maruyama <i>Diferentes paisajes mentales</i>	56
Kuniko Mukoda <i>Obra en un acto</i>	61
Rafael Pérez Estrada <i>In Memoriam</i>	62
Ivan Klima <i>El moderno apocalipsis de Karel Capek</i>	64
Carlos Barral <i>Arco Iris</i>	72
Modest Cuixart <i>El grito contra el estilo</i>	73
Miguel Espejo <i>El exilio y el reino</i>	75
Traductores	
Marta Arellano: <i>Diferentes paisajes mentales</i>	
Elizbieta Bortkiewicz: <i>El discurso secreto del presidente</i>	
Encarna Castejón: <i>Monólogo invectivo</i>	
Fabián Chueca y Bernardette Wang: <i>Todos los hombres de Reagan</i>	
Clara Janés: <i>Obra en un acto</i>	
Miguel Martínez Lage: <i>Henry Moore: el perfil del trabajo; El pasado condiciona el presente</i>	
Ana María Palos: <i>El bueno, el malo y el militante</i>	
Luis Pasamar: <i>El moderno apocalipsis de Karel Capek</i>	

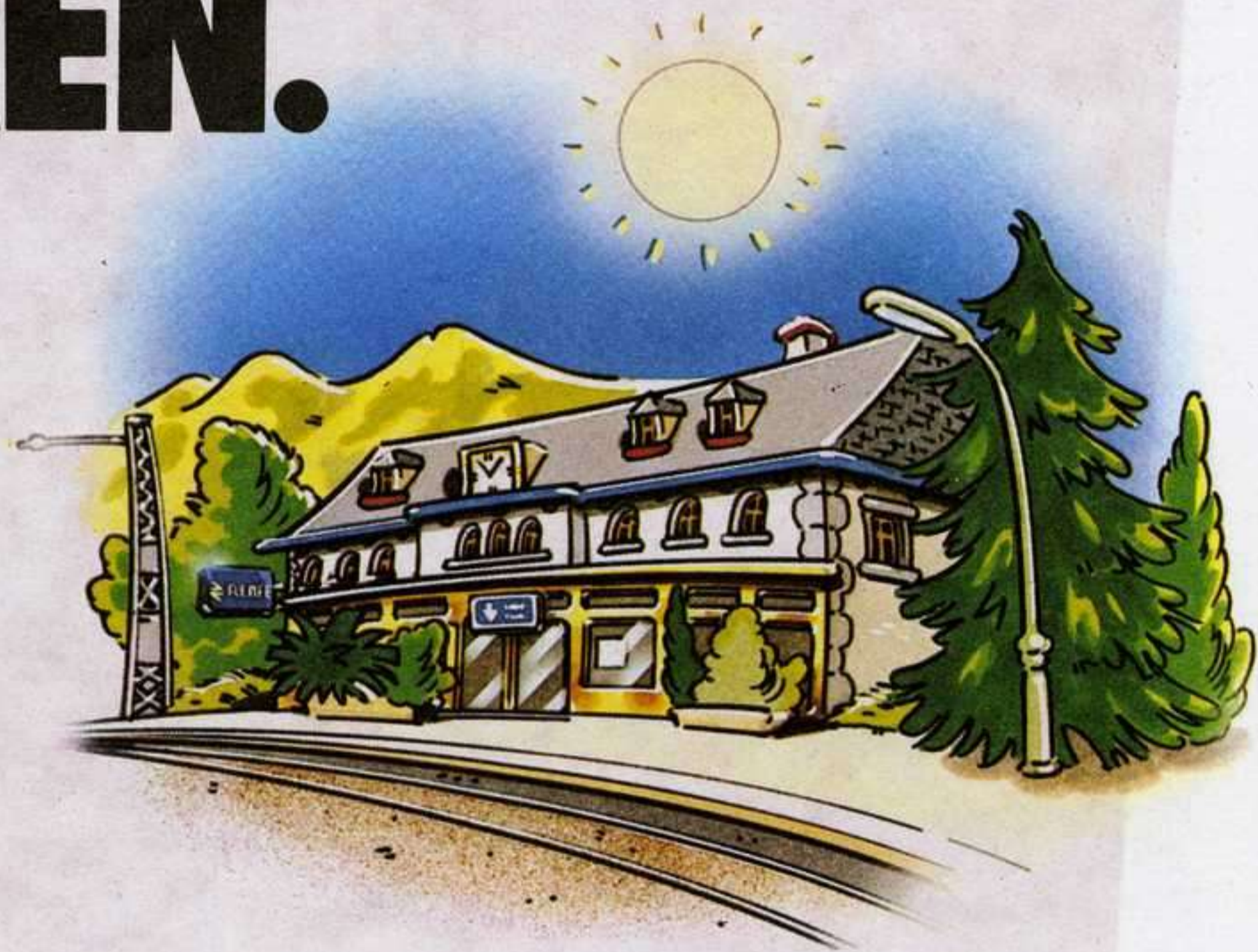
LETRA INTERNACIONAL n.º 6 aparecerá el 15 de Junio de 1987

450

7-5-87

Sxx1

CUALQUIER ESTACION ES BUENA PARA VIAJAR EN TREN.



Vivimos en un país con mil caras, siempre cambiante, eternamente desconocido.

En torno a él cada época del año teje un nuevo velo, le rodea de una magia diferente: aromas, colores, sonidos que nunca son los mismos, ciudades que le arrebatan al tiempo lo que es suyo, el continuo fluir, el todo pasa

y todo queda. Y el tren llega a todos y cada uno de nuestros rincones. Año tras año, estación tras estación.

Disfruta de nuestro país en toda su diversidad. Con un medio de transporte cada día más seguro, cómodo y veloz. Cualquier estación es buena para viajar en tren.

Contrapunto



MEJORA TU TREN DE VIDA.

RICARDO CID
CAÑAVEL

Por favor
Sr. Ruiz Jimenez
Punch. 1971

El capitalismo
Popular. 1977

Las elecciones
a lo claro
Popular. 1977

Todos al ruedo
Punto Crítico. 1984

M. J.
Anagnina. 1984

Vivir en Madrid

Exposición

Centro Cultural del Conde Duque
Del 17 de marzo al 21 de abril

VIVIR EN MADRID

Un completo recorrido por la ciudad: su funcionamiento, sus problemas, sus servicios, sus proyectos.

Una Exposición indispensable para conocer a fondo las actividades de nuestro Ayuntamiento. Qué nos pide y qué nos ofrece. Cuánto gasta y en qué lo gasta. Cómo funciona.

Un balance de lo que ha sido la actividad municipal durante estos años. Para que todos podamos formarnos una opinión.

VIVIR EN MADRID. Un lugar para el encuentro de ideas sobre el presente y el futuro de Madrid.

De lunes a viernes,
de 10 a 14 h. y de 16 a 21 h.
Sábados y domingos,
de 10 a 21 h.



Ayuntamiento de Madrid

Por la política a la locura

Ricardo Cid Cañaverall

El secretario de Estado lo declara con gran rotundidad: «Es una mala noticia para los consumidores, pero es una buena noticia para la política económica». Detrás de las sucintas gafas su mirada tiene la firmeza algo extraviada de los paranoicos, los profesores de matemáticas que detestan la pedagogía, o los obsesos sexuales que llevan una doble vida.

No; el ilustre secretario de Estado no es un loco. Tampoco es un ignorante, ni un enfermo. Le conozco hace muchos años; he vuelto a verle recientemente, y aunque resulta un ser más opaco que en su juventud, aunque por veces parece ido y de pronto reaccionar como mediante un resorte, sigue siendo un hombre honrado, inteligente, y capaz de despreciar las irisaciones de las pompas —también es cierto que ha perdido la jovialidad y buena parte del pelo.

Sé que si mañana me le encontrase y le preguntara que dónde vive esa señora, doña Política Económica, que es la única a la que le va bien, y que si es usurera, puesto que es la única que marcha viento en popa mientras los demás están hechos un desastre, si le digo eso o algo parecido, me mirará un segundo con perplejidad, luego sonreirá, no sin cierto fastidio, pero sonreirá, antes, sin duda, de volverlo a explicar, cargado de razón y de espíritu proselitista.

La cuestión es sencilla. Cualquiera puede entenderlo: el índice de precios ha vuelto a subir excesivamente. Y han subido, sobre todo, los precios de los alimentos. Sin embargo, han subido muy poco los precios

de los productos industriales, a pesar de los incrementos impositivos que se han llevado a cabo tras el ingreso de España en la Comunidad Económica Europea.

He ahí que resulta «malo para el consumidor, pero bueno para la política económica»: que comer es mucho más caro, pero comprar un ordenador puede ser hasta más barato.

Naturalmente, no es verdad que eso sea malo para todos los consumidores, ni igual de malo para los que lo es: resulta bueno, por ejemplo, para los que compran ordenadores para quienes, además, los gastos de comida suponen una parte reducida del presupuesto. Y resulta particularmente malo para quien tiene que gastarse cuanto gana en comer, porque gana poco, ya que comerá menos o peor.

En cuanto a la beneficiada política, lo primero que hay que dudar es que haya una. Habría por lo menos dos: la que intentara resolver en primer lugar los problemas de adquisición de comida por parte de quienes poseen menos recursos: otra, fomentaría la acumulación de capital —que es también comida no comprada— sin destruir el mercado —que es también ordenador comprado. Es para esta segunda política económica para la que el fenómeno sería «bueno», pero, ¿por qué? ¿Porque de verdad parte del supuesto de que hay y debe haber dos consumidores?

Eso sería cinismo. El secretario de Estado no es cínico. Yo lo sé. Está convencido de que hay una sola política, pero

no de que debe haber dos consumidores.

¿Qué ocurre entonces? Muchas personas, ya en este punto y aún antes, nos recomendarían que no nos calentásemos la cabeza: «Lo que le pasa a su secretario de Estado, a quien tanto aprecia y para quien tan difíciles disculpas busca, es sencillamente que ha optado por una política que favorece a los más fuertes y perjudica a los más débiles». Estoy seguro de que lo último es cierto. Pero, ¿cómo ha llegado a producirse esa opción?

No me inquietaría suponer que la opción del secretario de Estado es producto de algún egoísmo, maldad o sórdido arrepentimiento. Esos son factores tangibles y humanos, al fin y al cabo. Pero me aterra suponer que el secretario de Estado ha llegado hasta ahí por deslizamiento, por puro apriorismo de suficiencia técnica, conjugando factores —precios, créditos, impuestos, reservas...— y llamando a eso «política» (es decir, historia, sociedad, ideología, opciones, vida cotidiana), y «económica» (es decir, recursos, transformación, trabajo, valor, elección), y que luego se ha quedado tan fresco como un botijo. Eso es lo que me asusta: que el secretario de Estado haya podido convertirse en un botijo, uno de aquellos botijos que llevaban en su orificio mayor un gorrillo de perlé para que no les entraran moscas, y en el orificio menor, o pitorro, un palito sujeto al asa por una cuerda, con el mismo objeto, aunque quizá para evitar la entrada de mosquitos nada más, dado lo reducido de su diámetro.

RICARDO CID CAÑAVERAL

Por favor
Sr. Ruiz Jiménez
Punch, 1975.

El capitalismo
Popular, 1977.

Las elecciones...
a lo claro
Popular, 1977.

Todos al suelo
Punto Crítico, 1984.

M-30
Anagrama, 1984.

(Se me dirá que no era necesaria tan prolija descripción y análisis del antiguo sistema protector de los botijos. Y se me dirá con toda razón.)

La autonomía de lo económico es, por ahora, el último intento español por sobrevalar la lógica y adueñarse de la política. A lo largo de la transición democrática, los viejos jueces, los militares franquistas, los médicos negociantes y algunos otros «estamentos», quisieron ser «autónomos» frente al débil y naciente poder democrático; es decir, quisieron colocarse al margen y por encima de la sociedad civil (¿«los consumidores»? Eran intentos de autonomía estamental verdadera, con rasgos tan medievales como el origen de los estamentos, querían ponerse a un lado del poder porque ya no conformaban ellos mismos el poder (totalitario). Esta «autonomía de lo económico», crecida en la consolidación democrática, con el PSOE en el gobierno, no es ya estamental —aunque a veces lo parezca un poco—, sino instrumental: no pretende amenazar al Estado por la espalda, o incluso golpearle, sino interpretarle «de la única manera posible». Para eso está el intérprete, para eso está el idioma, ambiguo —dice el propio intérprete—, pero unívoco.

El secretario de Estado no forma parte de una tribu estamental, sino de un mecanismo relativamente tecnificado. Todo otro tecnócrata de épocas anteriores era un farfante cargado de ideología, encubridor de un estado de cosas. El secretario de Estado es ya el verdadero, el limpio tecnócrata, porque lo es sin saberlo, e incluso sin quererlo.

Debemos seguir preguntándonoslo: ¿Cómo ha llegado a ocurrir? Hace pocos años, nuestro secretario de Estado era un reformista sereno, austero, relativamente culto y relativamente sensible. Su preparación económica parecía ser para él un complemento subordinado y necesario a la acción política, pero sobre todo la aceptación del razonable principio de «hacer bien lo que se esté haciendo». Ante este retrato del personaje, es fácil caer en la tentación de encontrar una clave a su evolución: «¡Era un tibio!» El espíritu cristiano, en sus múltiples y aparentemente contradictorias manifestaciones, ha parecido aceptar siempre la bíblica premonición de que «a los tibios los vomitará Dios». Sin embargo, no hace falta enumerar todos los monstruos que en el mundo han sido, para que nos atengamos con firmeza a la convicción de que los grandes crímenes suelen ser cometidos por gente no menos convencida. Tampoco hace falta recordar que los renegados de toda condición han sido también, históricamente, un formidable filón de gente peligrosa.

(Confesión. Pese a que sufro de una tal vez natural tendencia al apasionamiento, que en ocasiones puede llegar al arrebató, nunca he dejado de sorprenderme de una que me parece extraña creencia: que toda actitud firme no tiene sentido si no es para defender una idea extremada, de donde se sigue: que sólo cabe defender radicalmente objetivos o ideas estrictos o tajantes;

es decir, que no valdría la pena defender radicalmente la convivencia, o que tenga más la gente que menos tiene, por poner dos ejemplos claramente «blandos». De ahí en adelante, ya daría «igual ocho que ochenta», refrán emblemático —¿por pura casualidad?— de los años ochenta, y a su vez complementario de ese otro refranillo no menos ruin: «No hay más cera que la que arde» —Del cual hemos de ocuparnos, como mote del posibilismo.)

Puede proponerse otra forma de ver la evolución del Secretario de Estado: se ha incorporado a una sociedad que está dividida, y cada vez más, en compartimentos estancos. Ha ocupado su lugar, su compartimento, y ha interiorizado al personaje que lo ocupa. Ya no sabe dar una respuesta global a la realidad; su globalidad es su comportamiento.

Suele afirmarse, casi siempre con júbilo, la fragmentación del discurso que caracteriza la contemporaneidad: nos salta en el ojo esa esquirla del nuevo tecnócrata, el cual, a su vez, ha sufrido un desprendimiento de retina: con su único ojo nos mira, sin comprender nuestros doloridos aspavientos.

El secretario de Estado se encuentra ofendido ante los severos reproches que le lanza el convencional discurso justiciero. Puede entonces sentir la tentación de volverse, en solicitud de comprensión, hacia el fragmentalismo contemporáneo. Es inútil. El puzzle ha sido aventado; son las reglas del juego. Las piezas están dispersas, y sólo la displicencia puede sustituir a los reproches. Una inmensa y unilateral displicencia es la única acogida para el nuevo y verdadero tecnócrata. Si estás haciendo eso, por tí y para tí es, lo haces porque quieres—porque eres.

La realidad muestra, así, su implacable coherencia con el secretario de Estado, que se adaptó previamente a ella; en una lineal salida del ovillo dialéctico, ha llegado al más pavoroso vacío: carece de antagonista.

El nuevo y verdadero tecnócrata va por su parte; la vida —también la vida social, y la política, que ellos ahora también «separan de la privada» como los más primitivos burgueses, la vida total, porque sólo hay una para cada uno, también va por su parte, que es otra.

La última posibilidad para el secretario de Estado es «descoyunturalizar» la política, despegarse de la convicción de que la historia es una sucesión de conyunturas. Eso es lo que antes se llamaba «política de campañero»: que era despreciable, no tanto por lo reducido del campo sonoro de las campañas, cuanto por el corto tiempo de todo campaneo.

Sí, la vida va por otra parte. Van por otra parte «los consumidores», pero el secretario de Estado no deja de ser su contrapunto y su complementario. Eso sin contar que, por otra parte, tampoco es que esté completamente muerto.

Es un encuentro agradable y casual. Estoy en una terraza callejera. El joven cuadro socialista, director general de algo, no tiene prisa este domingo, después de visitar a su madre. Se sienta un rato a charlar conmigo, con una recuperada disponibilidad



madrileña, prescindiendo de ese pegajoso estilo biciclético que pareció obligatorio para los jóvenes cuadros socialistas desde que llegaron al gobierno.

El joven cuadro socialista tiene un apellido ilustre, de vago sabor aristocrático, pero que en realidad es notorio por haberlo llevado su padre, que fue un presidente político franquista. El hijo, elegante ante mí, con zapatos de gran calidad sin calcetines —una moda veraniega de los sesenta, entre donostiarra y palmesana—, estuvo con gallardía en la revuelta estudiantil madrileña, pasó demorándose por la California del fervor, y ha publicado trabajos de historia, de sociología y sobre drogas. Tiene responsabilidades de gobierno de cierta importancia. Es lúcido, irónico (¿por qué juntamos siempre estas dos palabras?) y tenaz. Entre el abanico de sus convicciones que parecen ya definitivas, están las de que las políticas represivas suelen ser estúpidas, que no hay alternativa a la institución familiar, y que las instituciones no tienen nada que ver con la felicidad. Es un tipo tan «europeo» como es difícil encontrar en Europa, y en nada parecido a lo que él mismo y otros muchos consideraban hacen un puñado de años «lo europeo» deseable: una melena, alguna promiscuidad, un porro, la revolución o el desarraigo, o las dos cosas.

El joven cuadro está relajado ahora, aunque unos días atrás le había encontrado de mal humor, quizá por culpa de la posibilidad de cambios tras las elecciones; le deben haber confirmado en su cargo. En seguida, y como sociólogo que es al fin y al cabo, empieza a hablar de las terrazas del verano, que proliferan. Madrid es una ciudad libertina, dice. Es verdad que la sucesión de terrazas de La Castellana, abarrotadas de gente exhibicionista y alocada, recuerdan unas Sodomas y Gomorras puestas en fila india. Comenta regocijado unas encuestas recientes, según las cuales la mayoría de los españoles declara ganar menos que antes, ver el futuro con pesimismo, y estar decididamente dispuesta a gastar su dinero en ropa, vacaciones, y eso que los españoles llamamos con ambigua picardía «salir». Por «salir» puede entenderse cenar fuera, ir a un concierto, o bien acudir a seis o siete bares sucesivamente. También puede entenderse por «salir» acostarse después de las dos de la mañana. O tener una historia amorosa, que suele resumirse diciendo que «X sale con J», robando una inocente y algo cursi expresión con la que nuestros abuelos designaban efectivamente a «salir», en tanto que llamaban rudamente «estar liados» a lo que ahora llaman «salir» sus nietos.

Joven Cuadro narra jugosamente el viaje reciente que ha realizado a una ciudad española con el ministro titular de su departamento. Después de una jornada de contactos oficiales, les llevaron a una gigantesca discoteca en la que se celebraba la final de un concurso de rock. Mientras los asistentes liaban canutos, entre la basca colocada en aluvión, las autoridades autonómicas, acompañadas por el ministro y su

equipo, contemplaban las actuaciones. Uno de los grupos finalistas interpretó un tema cuyo estribillo, «hijos de puta, hijos de puta», dirigían a la feliz y selecta concurrencia, toda la cual permanecía atenta.

Esos son los tiempos, y así están las cosas.

Hace unos cuantos años, eso de llamar «hijos de puta» a los concurrentes, y que encima se dejaran, estaba considerado un fenómeno de siniestra «asimilación» o «recuperación» por el feroz conservadurismo, de rostro cambiante y voracidad sin límites. Marcuse había enseñado cuán digeridor es el estómago del establecimiento, desde las vanguardias hasta nuestros días, con el históricamente remoto, aunque inolvidable, antecedente del bufón. Unos cuantos años antes de la difusión de las precauciones anti-recuperación, las autoridades hubieran abandonado airadas el local; unos cuantos años más aún, y los cantantes hubieran sido arrestados por la policía (Pero en total han transcurrido poco más de tres lustros, entre unas cosas y otras).

Claro que en las posibilidades retrospectivas, el grupo increpador no habría sido de música, sino de teatro. La música ha sustituido al cine y al teatro como espectáculo, seguramente por la elemental razón de que en los conciertos no se apaga la luz: ahora el espectáculo son los asistentes, como ellos gustan de repetir una y otra vez (hay que saberse el papel, claro).

El teatro provocador, cruel, o simplemente atacante, tuvo cierto auge en la recta final —interminable— del franquismo, el cual no se preocupaba demasiado de lo

que ocurría en los teatros, siempre y cuando no se pronunciaran en ellos blasfemias, apareciese sobre el escenario gente desnuda, o se llamara asesino al dictador de forma muy explícita. En uno de esos montajes «duros y fuertes», en el teatro Español, mientras se rompían cachivaches y se desgarraban telas con estrépito, un espectador gritó: «Romped, romped lo que queráis, que paga el Ayuntamiento». (El teatro Español de Madrid es propiedad del Ayuntamiento de la ciudad, que también lo gestiona).

Los públicos han perdido su mordacidad, tal vez porque no la necesitan. Nadie gritaría a los rockeros que repiten, «hijos de puta, hijos de puta», un «insultad, que paga la Administración». Eso se sabe. La Administración encuentra todo muy natural; los rockeros, también.

El joven cuadro, un poco antes de despedirse, hace referencia al curioso fenómeno que se produce entre los estudiantes: «Antes estábamos locos por salir al extranjero, aunque fuese a Burdeos, y ahora no quiere irse nadie, ni con beca; y si se van, se van con pena, los demás les consuelan, bah, no te preocupes, un curso pasa pronto, y enseguida estás en Madrid otra vez».

La gente quiere quedarse para ganar cada año menos que el anterior, llevar una vida licenciada, y llamar hijos de puta a las autoridades. A esa conclusión, también libertina, llegamos en nuestra tertulia terracera de domingo a media tarde.

Creo que mi interlocutor se marcha agradeciéndome que no le haya preguntado si le confirman en su cargo.

R. C. C.

Jorge Martínez Reverte

Ricardo Cid Cañaveral falleció el 6 de febrero de 1987, a los 42 años. Fue uno de los periodistas más versátiles e ingeniosos de los últimos años y practicó con especial habilidad el columnismo en medios tan dispares como el semanario *La calle*, el *Diario 16* y la emisora de radio *Onda Madrid*. A su muerte preparaba un libro de género indefinible que pensaba titular «Reporsayos de la transición», mezcla evidente de reportaje y ensayo, cuya reconstrucción no es especialmente ardua dado lo avanzado de los trabajos que dejó. El costumbrismo más feroz y la meditación implacable sobre aspectos de la política o la ideología, las convenciones sociales, las

nuevas formas de comunicación, de comportamiento colectivo e individual, están en estos textos que, por coherencia simple, tienen que ver con la vida que Ricardo Cid llevaba: nunca estuvieron a punto de matarle en Líbano (aunque entró en Managua con los sandinistas), pero le encarcelaron media docena de veces los jueces más fascistas y reaccionarios y se querellaron contra él unos cuantos políticos de toda laya. Cuando un ex-líder de la derecha española se enteró de su muerte, anunció que retiraría una querrela interpuesta contra Cid por presuntas injurias (le había llamado imbécil), y éste fue un gran homenaje al fallecido que pudo así reirse con razón desde la tumba.

Sobre la información

Ricardo Cid Cañaveral

Uno

Hace mucho tiempo, las noticias se las daba la gente. Unos a otros. Oye, mira, que tal, que hemos ganado la batalla de Mileto. Oye, que me han dicho que doña Juana está un poquito loca. Sé de muy buena tinta que Napoleón quiere coronarse emperador. Así eran las cosas, y así seguían siendo cuando Miguel Strogoff era correo del Zar —ayer, como quien dice—, o Queipo de Llano aseguraba a su ayudante que le parecía casi seguro que iba a haber un levantamiento en África para el diecisiete de julio más o menos.

La existencia de los periódicos cambió mucho las cosas. Ya la gente, al encontrarse, en vez de darse primicias, decía: ¿Te has enterado de lo que dice El Heraldito? ¿Qué cuenta el Heraldito? ¿Tú te crees lo que dice el Heraldito? Y así.

Después, como se sabe, llegaron la radio y la televisión, y la gente se enteraba antes de las cosas. Fue entonces cuando los periódicos comenzaron a ser lo que hoy son, y lo que antes acabaron siendo los mensajeros: una tertulia.

Los periódicos, como buenos tertulianos, pretenden ser «los que interpretan», pero como si no interpretaran. Para disimular que nos cuentan lo que a ellos les parece, hacen como que nos cuentan lo que nos parece a nosotros. Si a ellos el debate del Congreso les aburre, dicen que nos hemos aburrido todos. Si a ellos el debate le parece suave, aseguran que flotaba un pacto entre

los palcos, y que incluso lo vieron volar. Si algo les parece electoral, lo llaman electoralista, como si lo electoral se llamara electoralista. Cobardes para reconocer que sólo dicen lo que piensan, fingen creerse que dicen lo que pensamos. Son como mensajeros jubilados de la prehistoria, incapaces de comentar El Heraldito que son ellos mismos.

Dos

La abundancia de información, sometida a las leyes burocráticas y de mercado, es la mejor manera de que la gente no se entere —no nos enteremos— de nada. La bola de nieve crece de tal manera que no se sabe si todo empezó con una bola de nieve o con una piedra.

Los austriacos son felices por haber elegido a un presidente de la República que colaboró con los nazis.

La policía y los batasunos se disputan a palos, en Bilbao, el ataúd de un muchacho muerto en la cárcel.

Hay bancos que ahorran quedándose sin vigilantes, y a veces matan los atracadores a sus empleados.

El obispo de Guadalajara (España) se larga un discurso diciendo que los cristianos no deben votar al PSOE, y que se deja sin freno el libertinaje del individuo, incluso moralmente tarado, de donde tanto drogadicto, tanto travestido y tanta prostitución.

El candidato Roca dice que hay que privatizar la Sanidad y así habrá más puestos de trabajo.

España vende armas a Chile.

Siguen las obras de la catedral de La Almodena.

Comienzan las verbenas de San Antonio.

Todo eso, y mucho más, nos cuentan hoy, como si no nos contaran nada. Como si no pasara nada. Como si lo normal fuera que pase lo que pasa.

Tres

Es prodigiosa la capacidad de desnaturalización de las cosas a través de procesos supuestamente informativos. Después de mucho tiempo, un hecho —o supuesto hecho informativo— puede acabar perdiendo su naturaleza, hasta convertirse en otro hecho.

El caso del referéndum sobre la OTAN es ejemplar al respecto. Buena o mala, la idea era ésta: preguntar a los españoles si querían seguir o no en la Organización del Tratado Atlántico. Un referéndum pues es eso. Una pregunta, una campaña que unos hacen a favor o en contra, y unos señores que votan que sí o que no, lo ponen en una urna, y luego se cuenta para ver quién ha ganado.

Sí. Sí. A lo largo de las semanas y los meses, la química informativa y desinformativa convierte el hecho desnudo en una dama medieval con setenta túnicas. Si se celebra o no. Cuestiones de credibilidad. Cuestiones de calendario. Problemas colaterales con la Comunidad Económica Europea. Problemas colaterales con los Estados

Unidos. Problemas colaterales de Ceuta y Melilla. Problemas colaterales de las elecciones, del Parlamento Europeo... Y hasta problemas colaterales con los campeonatos de fútbol.

A estas alturas. ¿Acaso hay alguien que se acuerde de que un referéndum es una cosa para votar?

Cuatro

Hay algo extraño en la fotografía. Sale un señor con gafas y cazadora, del que el pie afirma que es «presunto cerebro de los Gal», la banda que se dedica a realizar atentados y asesinatos en el País Vasco español y en el sur de Francia. Junto al acusado, a quien se pide algunas decenas de años de cárcel, está su abogado, que también fue abogado del ex-coronel Tejero. Alrededor de ellos, algunos magnetofones y cámaras fotográficas de la radio y la prensa.

Todo «normal», hasta aquí. El cerebro de la banda asesina ultraderechista. Su abogado ultraderechista. El aparato habitual en una comparencia a declarar de personas que han irrumpido con estrépito en la crónica negra.

¿Qué es lo extraño, entonces, en la fotografía que publican los diarios? ¿Qué es lo extraño en las imágenes que ayer ofrecía la televisión? Sus gafas son de un modelo metálico bastante corriente en el mercado

óptico. Su cazadora de gabardina es vulgar. Las gafas negras de su abogado son algo siniestras, y su abrigo Loden, trivial. ¿Qué pasa entonces?

El acusado... El acusado bracea. Mueve la mano haciendo señales entre desdeñosas e imperativas a los periodistas. ¿Por qué mueve las manos el acusado de ser cerebro de una banda de asesinos? ¿Por qué? Sería lógico que lo hiciera... Si no fuese porque en este país se esposa, cuando van a declarar, a quienes han dado un talón sin fondos, a quienes han robado un reloj, a quienes han tenido una pelea en la calle, e incluso a quienes ha redactado algún escrito impertinente.

¿Qué hace ese señor de la foto braceando ante los periodistas?

Cinco

Poco a poco, se va sabiendo cuál es el verdadero objeto de las encuestas: no otro que el de volvernos a todos completamente imbéciles. Ya se conocen casos —que son públicos— de hombres otrora sabios y prudentes, que se encuentran desde hace días sumidos en una especie de coma intelectual porcentuoso. Cincuenta por ciento, cincuenta y dos sobre sesenta, sesenta y uno sobre cien...

Otrora privilegiadas cabezas son víctimas de la catatonia porcentual, mientras las anchas mayorías se transforman en dígitos

gracias a las posibilidades de la electrónica, que convierte a través de la radio las opiniones en un sermón unidireccional, y las posibilidades de participación que —en teoría— las nuevas tecnologías ofrecen, en aborregamiento estadístico interiorizado.

Usted ya no dice nada. Usted dice lo que dicen las estadísticas que dicen la mayoría de ustedes. Lo que usted va a pensar mañana ya está pensado por el modelo que recogerá cualquier trozo parcial y delimitado —sin matiz alguno— de lo que usted piensa.

El ataque no cesa. Durante los últimos días, ese casi acuático soporte de las publicidades que son las cabinas de teléfonos están cubriéndose en Madrid de anuncios de una revista empresarial en los que, con grandes letras, se comunica que los españoles —es decir, usted— están contentos con lo que tienen. Quizá les preguntaron si preferían tener un poco menos, y la mayoría dijo que no. Tal vez lo que se les preguntó fue si preferían seguir así, o quedarse mancos. No lo sabemos. Lo único que tenemos derecho a saber es justamente lo que se nos dice. En caso contrario no estaríamos contentos con lo que tenemos, y, como se ve, no es así. Una nueva encuesta ya lo ha decidido: preferimos quedarnos como estamos, y no pisar Lourdes.

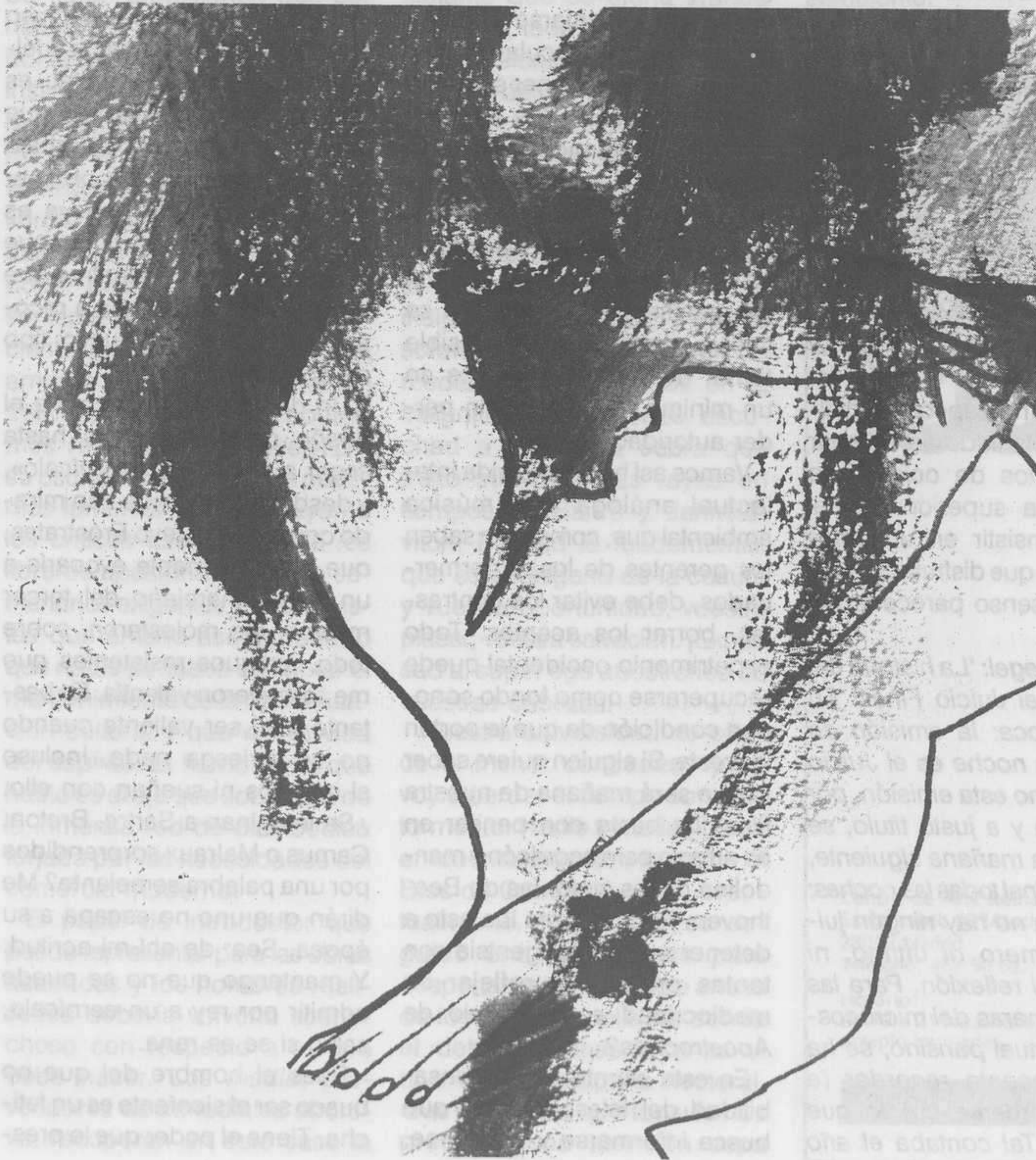
Seis

Algo le faltaba a nuestro triste y limitado periodismo impreso. No le faltaban revistas de colores que hablan de las cenas de los nobles o de las corbatas de los plebeyos, o de las bufandas de los políticos. De todo ello se encuentra bien surtido nuestro panorama informativo. Tampoco faltaba convencionalismo, petulancia, reiteración y tedio.

Faltaba... ¿Cómo decirlo? Ese toque de color y de cultura, de vivacidad contemporánea... Ya está aquí. Sus colegas impresos lo anuncian. La publicación que todos esperábamos y necesitábamos. Nadie dirá nada de ella en letra impresa. Es un anunciante, y el anunciante sólo se dice por sí mismo.

Ha salido ya. La revista se llama «Armas y Municiones». Todo lo que usted necesita saber. Los hombres de armas tenemos ya la revista que estábamos esperando. Apunte con armas y municiones. Así reza, bien que no piadosamente, la citada publicidad. En portada, los mejores temas del momento: Nuevo Star Z-84, el subfusil anfibio. Y otros temas no menos apasionantes: cuchillos de Supervivencia y... F111, el puño de Reagan. Edita Gun Press.

«La vamos a armar», es la llamada del anuncio de la esperada revista, anunciada, como decimos, con profusión, e incluso en alguna publicación que rechaza anuncios de masajes y burdeles por considerarlos inmorales. Los burdeles son pecado, como se sabe, pero las pistolas, no: Por eso los agentes de la autoridad y representantes de la ley llevan colgando una pistola, y llevan un burdel al cinto.



FRANÇOIS GEORGE
Dix Eudes sur
Série
Christian Bourgois
1976
La loi et le
Pénitencier
Christian Bourgois
1987
Saline à Paris
con Natasha
Dionysos
Ramsay 1987
Histoire personnelle de
la France
La Seuil, 1984
Séries
Hachette, 1988

Monólogo invectivo

François George

FRANÇOIS GEORGE

Deux Etudes sur

Sartre

Christian Bourgois,
1976.

La Loi et le

Phénomène

Christian Bourgois,
1987.

Staline à Paris

(con Natacha

Dioujeva).

Ramsay, 1982.

Histoire personnelle de

la France

Le Seuil, 1984.

Sillages

Hachette, 1986.

Quien vuelve a leer hoy *La Littérature à l'estomac* se siente tentado de soltarle al Julien Gracq de 1950: «De qué se queja? ¡Usted no ha visto nada!» Julien Gracq se burla de lo que él llamaba la «apremiante demanda de grandes escritores», que obligaba a cada recién llegado a darse de bofetadas para estar a la altura de lo que se esperaba de él, «a la altura de su época». Obligación loable, después de todo, que una época ramplona juzgará pretenciosa. Lo que ahora se espera del recién llegado es que *haga el paripé*, sobre todo por su aptitud para las prestaciones televisivas. La previsora modernidad le ofrece medios para manifestarse, salir a la luz y hacerse ver, que llegan muchísimo más lejos que los signos escritos. Pone a su disposición al inmenso público que no lee, cuya presión tanto lamentaba la abrupta y tenebrosa aristocracia de la posguerra, que veía en él incluso una conspiración tendente a falsear los valores. ¿Pero cómo unos buenos gestores no iban a preferir la masa extensible y maleable de los compradores en potencia en lugar del caprichoso y restringido club de los lectores? Aquéllos a quienes el aparato de galena tuvo que parecerles una diabólica máquina de guerra contra la creación literaria se inquietaban porque el mensaje del escritor se viera sustituido por las sílabas de su nombre, tomando posesión del espacio público a la manera de la sirena del servicio urgente de policía. Ahora, al nombre se une una imagen transmitida instantáneamente a gran escala: cuánto tiempo ganado en relación a la época en que el escritor, para ser reconocido, tenía que esperar a que su obra ganara uno por uno a

sus lectores, a que segregara por sí misma, a fuerza de trabajo y paciencia, su público...

La superioridad de este sistema es tan poco discutible que el mismo que formula críticas fáciles espera, de hecho, un doble beneficio. Da de sí mismo la imagen del rigorista que rechaza el prestigio de la imagen. Pero, una vez que ha llevado la explotación al límite, se apresura a empujar la puerta del salón que la víspera encontraba lleno de algazara. Un hombre de izquierdas inteligente sabe embolsarse las ganancias de la moral sin por ello excluir otras más materiales. Su voto de castidad en cuanto a los *media* era circunstancial, vinculado al lanzamiento de un libro pero no del siguiente, y además estaba registrado como una extravagancia que definía una «almena» provisional. ¿Acaso podría tener miedo de resultar desconsiderado? Evidentemente no, puesto que ahora el intelectual francés disfruta del estatus de una especie de saltimbanqui llamado a rellenar los momentos de ocio de la clase media superior. Por el contrario, insistir en un comportamiento que disfruta del más hondo consenso parecería del peor gusto.

«Según Hegel: 'La historia del mundo es el Juicio Final'. En nuestra época: la emisión de tele de esta noche es el Juicio Final. Y como esta emisión, por concepción y a justo título, se olvidará a la mañana siguiente, hay Juicio Final todas las noches; es decir, ya no hay ningún juicio, ni primero ni último, ni memoria, ni reflexión. Para las buenas maneras del microcosmos intelectual parisino, se ha vuelto indecente recordar (e incluso acordarse de) lo que Fulano de Tal contaba el año

anterior.» Esto declaraba hace poco en *Le Monde* Cornélius Castoriadis, a quien vamos a devolver, como a Julien Gracq, a los años 50, sin preocuparnos de que hoy pudiera dar pruebas de la misma lucidez que tuvieron a bien reconocerle a posteriori a propósito del totalitarismo. ¿No es seductora esta temporalidad discontinua y veraneante que permite armar un escándalo momentáneo sin que tenga la menor consecuencia? ¡Intelectual refunfuñón, que rechaza la alegre libertad de decir y hacer lo que le venga en gana! ¿Por qué nuestra corporación no habría de zafarse también de sus trabas seculares, por qué no habría de tener sus conquistas sociales? Sus elementos más dinámicos esperan ahorrarle, en un futuro próximo, el rigor del principio de contradicción. Por ejemplo, ese penoso ejercicio profesional, la firma de manifiestos, se suaviza: se vuelve perfectamente posible firmar dos textos opuestos en un mínimo de tiempo, sin perder autoridad.

Vamos así hacia una vida intelectual análoga a la música ambiental que, como bien saben los gerentes de los supermercados, debe evitar los contrastes, borrar los acentos. Todo el patrimonio occidental puede recuperarse como fondo sonoro a condición de que le corten la *cresta*. Si alguien quiere saber lo que será mañana de nuestra filosofía, basta con pensar en un arreglo para acordeón y mandolina de las sinfonías de Beethoven. Pero, ¿cómo iba esto a detener a una intelligentsia con tantas prisas por reflejar su mediocridad en el espejo de *Apostrophes*?

En este asunto, la responsabilidad del telespectador, que busca informarse y distraerse,

no se ve comprometida, como tampoco la de un presentador de quien no podemos poner en duda ni la habilidad, ni la honestidad, ni el gusto por los libros. El problema es del intelectual, mi semejante, mi hermano. Es a él a quien oímos gritar con tono de celosa admiración: «¡Se ha pasado a *Apostrophes*!», mientras que, en los tiempos de mi recelosa juventud, semejante participación habría expuesto más bien al desprecio. Es el que parlotea sobre los tópicos que cualquiera ha podido balbucear en televisión, mientras que no dirá ni una palabra sobre un artículo de revista. Incluso enviar una separata se ha vuelto una descortesía capital: es darle a entender al colega que uno no ha renunciado al trabajo serio, y que desearía obtener de él una opinión que ya es incapaz de dar; es suponer que *todavía sabe leer*, mientras que la misericordia incitaría a reconocer en él a un nuevo tipo de analfabeto.

Un día me enfurecí contra el dueño de *Apostrophes* hasta llegar a tratarlo de «cernícalo», y desde entonces me han mirado como a un nuevo Eróstrates, que probablemente evocaría a un Sartre marciaño del tercer milenio. Me molestaron, sobre todo, antiguos resistentes que me atribuyeron valentía. Es bastante fácil ser valiente cuando no se arriesga nada, incluso si muchos ni sueñan con ello. ¿Se imaginan a Sartre, Breton, Camus o Malraux sorprendidos por una palabra semejante? Me dirán que uno no escapa a su época. Sea: de ahí mi acritud. Y mantengo que no se puede admitir por rey a un cernícalo, salvo si se es rana.

Pues el hombre del que no busco ser el sicofante es un fetiche. Tiene el poder que le pres-



tan. Si es un entendido en restringir, exorcisar la profundidad, contener la palabra en el momento mundano y fugaz, es porque conoce bien los límites entre los que debe jugar su juego y ganar su partida. La pequeña pantalla, el banal tragaluz de la modernidad, prohíbe por su estructura la reserva del sentido, el alcance de la metáfora, los grados de la ironía, los juegos del equívoco, las fintas de la inteligencia con la letra, lo *diferido* de la escritura. Sería injusto abonar una voluntad maquiavélica en la cuenta del «gran profesional» que por naturaleza se deja sobrepasar por la tendencia de la época, el instinto de muerte de una cultura que envejece. Más prosaicamente, él es un efecto del sistema de difusión de la mercancía libro, que como primera cualidad exige ser *degradable*, para poder dejar sitio. Es el representante en jefe, el resplandiente general de una oscura armada de gestores administrativos, a quienes no podríamos reprocharles que ejerzan su oficio, pero de quienes podemos lamentar que sustituyan a los críticos escuchados, a los libreros apasionados, a los semanarios exigentes y a las revistas que antaño aseguraban lo que nadie pensaba en llamar el mantenimiento de la comunicación cultural y que era la vida del espíritu. El hombre del que hablo es el eje que sobresale de la inmensa red de distribución forjada por las necesidades del comercio moderno.

El papel de introductor que puede representar para las obras acabadas y los hombres realizados debería volverlo sospechoso con respecto a lo que debe nacer. Los *media*, proveedores de inmediatez abortiva, recuperan en este caso la

dimensión del tiempo, la toman, por así decir, del habitante. Nada mejor que unos octogenarios que ya no están para preocuparse de su clasificación deseen iniciarse generosamente en el trabajo de toda una vida. Pero tengamos cuidado de no vivir con su tesoro como herederos incapaces y frívolos.

No estoy blandiendo la enseñanza que Kierkegaard quería colgar sobre el tenderete del periodista: «Aquí se desmoraliza en el más breve plazo, a gran escala y a bajo precio». Pero, mientras que, del financiero al principiante que se afana tirando del carro, toda la sociedad literaria se siente fascinada por la ventana de oro de la noche del viernes, yo reclamo sencillamente el derecho de no erigir la necesidad comercial en imperativo categórico. Me limito a enunciar esa verdad o ese secreto a voces, que lo mediato es insignificante, o casi, y que si solamente contamos con lo mediato, nos hundimos en la insignificancia. Jóvenes, escuchad a una vieja cebra que trazó sus primeras rayas en tiempos de Sartre y Jankélévitch. Buscad lo fundamental, que es el oxígeno de la cultura y vuestra oportunidad, vuestro placer, vuestra salvación. ¡Expulsad al super ego apostrófico de vuestras cabezas!

Nuestra universidad no ofrece el menor contrapeso y no voy a perder el tiempo con este tormento. Nadie toma las obras en cuenta más que lo hacía el Dios de Calvino —salvo, eventualmente, cuando han conseguido una fama como para despertar celos— en este anexo de los partidos políticos donde el debate apenas alcanza el nivel de una campaña electoral. Que la Europa que todavía nos presta alguna atención sepa

que nuestras facultades —perdón, nuestros UER— son el único sector de nuestra sociedad donde el partido comunista conserva alguna influencia. Que esta influencia se ve compensada por la de una camarilla fascistoide que sostiene falsificaciones históricas, hasta el punto de que, extravagante situación, la autoridad política tiene que intervenir para que se respete la disciplina científica. Y con esto ya habré dicho bastante y Europa entenderá que nadie se sienta honrado perteneciendo a una universidad semejante.

No obstante, añadiré que conocí, ya en las últimas, una universidad que era una de las cosas más grandes del mundo. Creo que veía venir la crisis en que iba a sumirse, pero sus mejores maestros esperaban secretamente —ay, eso fue un error— una especie de nueva primavera. Pues reconocían en la juventud una fuerza indispensable de provocación, de desafío, de renacimiento, todo ello sin dejar de medir sus propias posibilidades y manteniendo su papel de educadores. Sabían que el conformismo es el temible mal que acecha a



centro de arte
Reina Sofía

Programa de Exposiciones

Primer semestre de 1987

Diego Rivera

Una retrospectiva
17 de febrero - 7 de junio

Jasper Johns

Obra Gráfica 1960-1985
9 de febrero - 5 de abril

Auerbach

10 de abril - 31 de mayo

Botero

14 de junio - 31 de agosto

Michelangelo Antonioni

Arquitectura de la Visión
11 de marzo - 5 de abril

Cinco Escultores Alemanes Actuales

8 de abril - 20 de junio

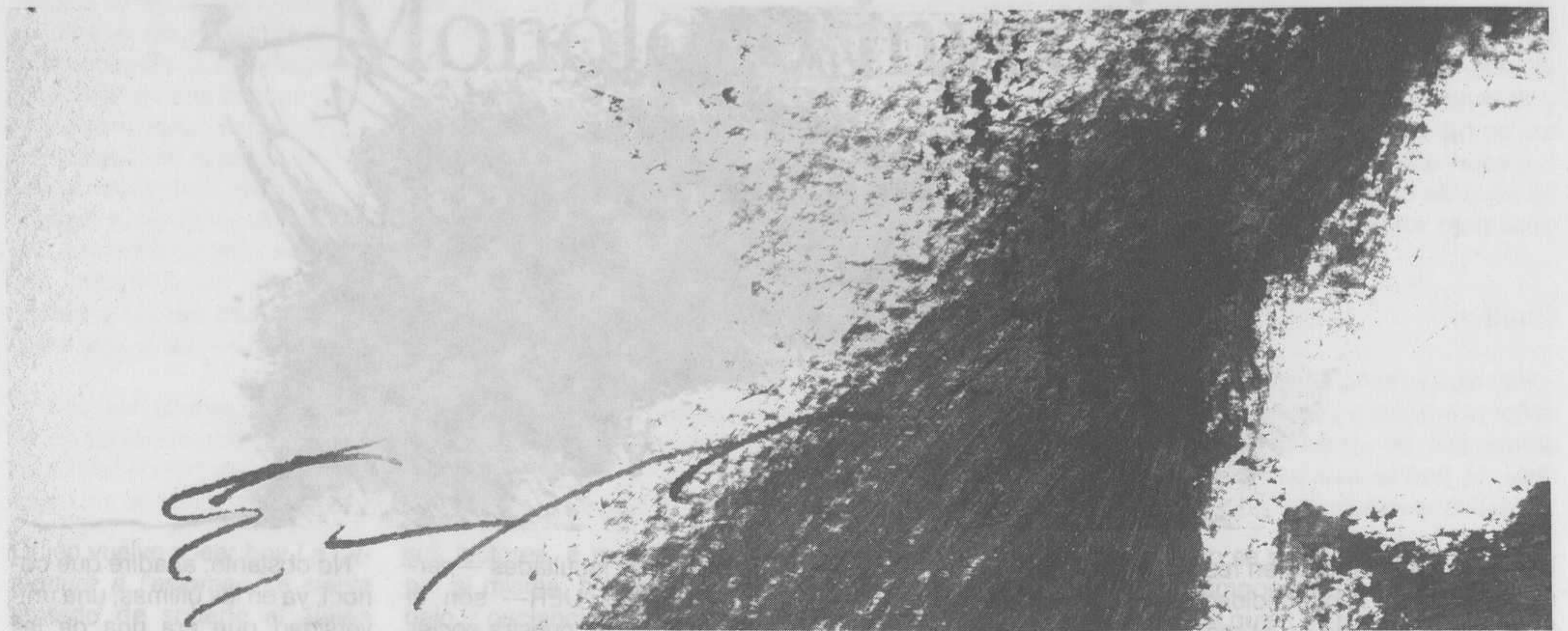
American Dreams

Abril - junio

Centro de Arte Reina Sofía.
Santa Isabel, 52 (Atocha)
28012 Madrid.
Teléfono: 467 50 62.

Horario:
De 10 a 21 horas todos los días,
excepto los martes.

MINISTERIO DE CULTURA



la democracia, que la rebelión es necesaria y por otra parte necesariamente injusta, que el problema de la cultura, de las instituciones y las generaciones es encontrar un equilibrio que finalmente todos puedan aceptar y que salvaguarde las posibilidades del porvenir. Juzgando digno combatirlos, empero sentían una secreta complidad hacia aquéllos que los ponían en tela de juicio, pues no olvidaban que su corazón había latido por Dada y por el surrealismo. Y yo no olvidaré cómo uno de ellos, a quien hablé con insolencia, me llamó aparte para recitarme un parlamento de Ubu...

Desgraciada juventud de hoy a la que, si no se inclina por las ciencias exactas, no dejan elegir más que entre el suicidio y, a través del ENA (Ecole Normale Supérieure), el servicio del Estado. Como si quisiéramos remontarnos a los oscuros tiempos de Carlomagno que, sin duda precursor del «elitismo republicano», limitó la enseñanza a la formación de algunos administradores que le hacían falta. La ENA de la calle Ulm representó otra idea de la cultura, la del desinterés, la libre curiosidad, la verdad trascendiendo la política, la historia del hombre. Sin embargo, yo no levantaré otra vez sus paredes, si eso fuera posible. Sólo quería hablar por un instante de mi nostalgia y mi ideal.

Los *media* someten cualquier ardor, desde su primer brote, a la ley de la rentabilidad, bulímicos de fútiles novedades o de *mediadegradables*, una vez reducida la universidad a un organismo de gestión de las carreras en función de la filia-

ción política o, en el mejor de los casos, de la antigüedad; el cálculo tecnocrático se sitúa por encima de la razón anarquista, formando un único sistema capaz además de tolerar, en su propio interés, algunos compromisos y acomodados. ¿Se me reprochará que critique este sistema obviamente execrable? ¿Se me reprochará que polemice, que cuide de no apuntar a nadie en particular? Por cierto que sí, a menos que se juzgue más hábil enterrar mi protesta en un abismo de silencio.

Que me permitan, o más bien, yo mismo me autorizo, a renovar la tradición de la lamentación que marca nuestra Edad Media y que, sin duda, inspiró a Charles de Gaulle. Pienso en Chastellain evocando a la Dama «antes derramando belleza, resplandeciente de favor divino», y luego «mudado el color y declinante»; en Eustache Deschamps —«Me lamento y lloro el tiempo que he perdido...»—; en Alain Chartier dirigiéndose, en su *Quadrilogue invectif*, a los «hombres desviados del camino del buen conocimiento...»

Juvenal des Ursins, si por una parte hace llorar a Francia, también celebra ese París que se había convertido en «la madre de todas las artes liberales y las letras, nodriza de filosofía, fuente de toda ciencia...» Así, «París honraba a Francia, y no solamente a Francia, sino a cualquier parte de Europa... Como madre de sapiencia recibía a todo el que venía de cualquier parte del mundo, y como amaba y honraba la verdad, se mostraba deudora de sabios y de locos...» (1).

¡Cuánto no preferiría, a la eti-

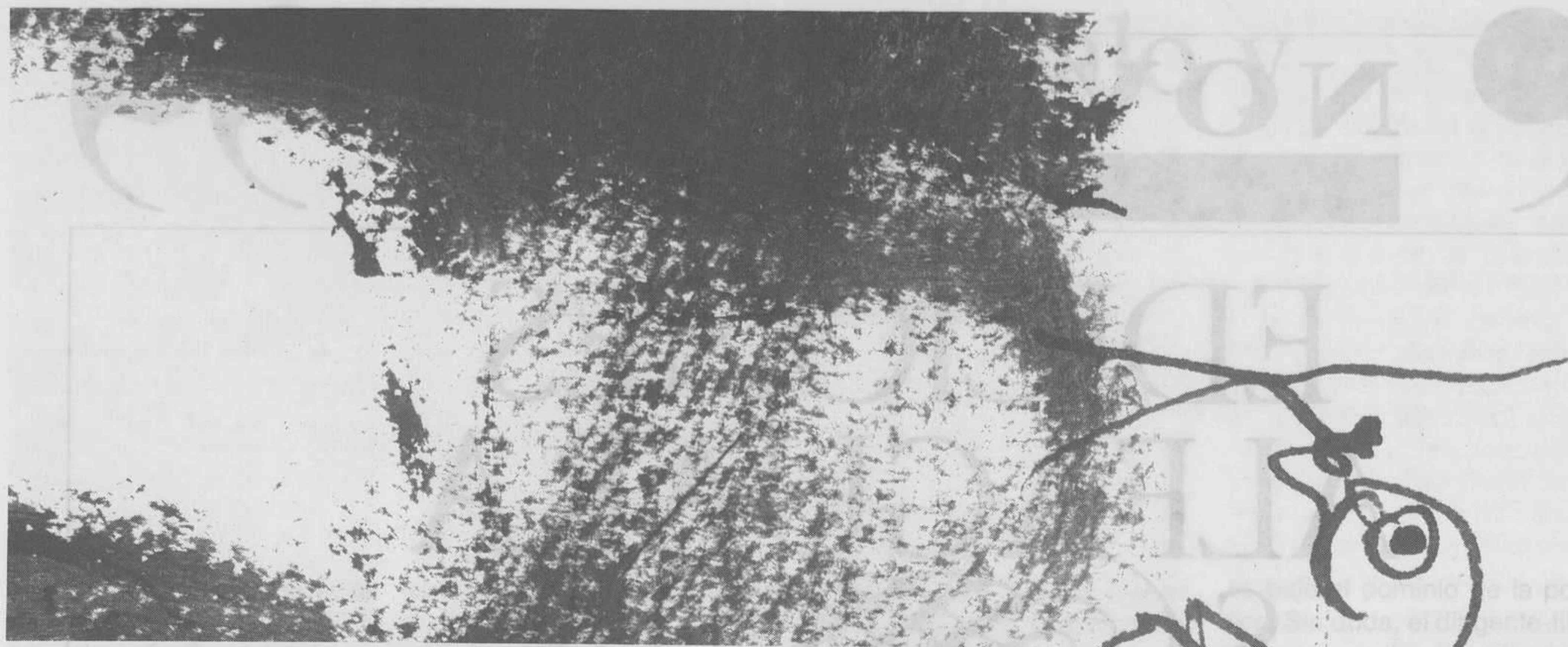
queta de intelectual, el nombre de aquellos *goliardos* que fueron los libertinos de la Edad Media! Desprendiéndose de las estructuras hieráticas de los tiempos feudales, se lanzaron a los caminos, yendo por delante de la ciudad y haciéndola. La ciudad, París, la nueva Roma, la nueva Atenas. Estos insolentes vagabundos formando una amistad internacional que ignora igualmente las fronteras de clase, viven la inteligencia como juego y aventura, mantienen la vida del espíritu. Y la *universitas*, asociación o conjura, comuna en la comuna, afirma su independencia. Se ha emancipado del cabildo de Notre Dame asentándose en la orilla izquierda, entre los prados y las viñas. Abelardo enseña en lo alto de la montaña Sainte-Geneviève, que da a luz al barrio Latino. En el siglo siguiente, París es el centro incandescente del pensamiento occidental; se dice que en París se cuece el pan de Europa. En el barrio Latino, Siger de Brabante, Tomás de Aquino y Buenaventura deciden el destino del hombre, y, algunos años más tarde, Dante y Ramón Llull van allí a escuchar a Duns Escoto.

La Facultad de artes reagrupa entonces, frente a los teólogos, las letras y las ciencias. Los que, practicando estas artes liberales, se llaman artistas, y que de hecho son filósofos en un sentido que la palabra no debería de haber perdido jamás, definen una espiritualidad laica hecha de entusiasmo por las tareas y las técnicas del hombre. Pero la institución se forma y osifica, y el privilegio corporativo se convierte en su enfermedad. Llegó el tiempo de las lar-

gas vestimentas y los cuellos de armiño, de las cátedras adornadas con emblemas señoriales. Convertida en feudo del rey inglés, la Universidad dirigió el proceso de Juana de Arco. La Sorbona ya no era, según la expresión de Michelet, más que «un nido de murciélagos» cuando Francisco I, aconsejado por Du Bellay y Guillaume Budé, fundó el *Collège de France*, «escuela universitaria de la libre crítica y de la renovación del espíritu humano».

«Todo va hacia la destrucción y la desolación, incluso hacia la perdición final, si no proveemos, y más que deprisa», escribía Juvenal des Ursins hacia finales del siglo XV. El emocionante galimatías de quien empezó la revisión del proceso de Juana despierta mi esperanza cuando me siento tentado de significar su despedida a nuestra calamitosa época, que sólo admite la abulia carrerista. ¿Cómo no sentirse insultado por la fama con la cual, por cansancio, importuna a quien le ha hecho el mínimo de concesiones?

Tengo treinta y nueve años. He sobrepasado en un año la edad en que Montaigne se retiró a su torre para recoger la vida que hasta entonces había dispersado por el mundo. Anulo mis citas, alegando obligaciones urgentes. Y voy a la casa de Balzac, en la calle Raynouard, y pienso que César Birotteau fue finalmente rehabilitado; plaza des Vosges, a la casa de Víctor Hugo, y resuena en mis oídos la tonadilla «Si sólo queda uno...» que aparece, bajo otra forma, desde 1851, y es normal, puesto que fue la directriz de toda una vida; calle de la Universidad, donde Lamartine repite



para mí su discurso de la bandera tricolor. Ellos me hablan; las palabras vivas de los muertos me consuelan de las palabras muertas de los vivos.

Pero un día, pronto sin duda, abandonaré este París en declive, encontraré un refugio en las Ardennes, un balcón más allá de Monthermé, en las sinceras tierras altas. En las noches de nieve, bajaré a las arcadas de la plaza Ducal para reunirme más tarde con la mañana acunada sobre la tierra baldía, la llanura que al desastre sávido y blando del invierno confía la certeza de una eterna resurrección.

Donde el aquí de esquisto se vuelve allá y ninguna parte, la primavera me devolverá los paseos de los silfos y los claros del sabbat. Después, llegado el verano, no tendré ojos más que para el milagro de la Roca a las Siete y el océano de las gencianas. Sólo prestaré atención a la magia del otoño, cuando llegue octubre, con sus brumas sobre el Meuse...

¡Pues no! Seguiré el conflicto desde aquí, hasta que me falten las fuerzas o la vida, y los acreedores del vacío, los aprovechados del nihilismo, los modistos de la nada no se verán libres tan fácilmente de un incómodo testigo. Ciertamente tengo conciencia de mis límites. Soy Moisés y no entraré en la Tierra Prometida. Soy Juan Bautista y aquél que vendrá después de mí será más grande que yo. Pero llevaré a cabo la tarea que me incumbe con el ardor de la urgencia porque tengo, según parece, el último carácter fuerte de este país; porque mis ideas saqueadas y mis libros destruidos me importan menos que la verdad; porque esnob, yo,

jamás; porque a diferencia de los que intercalan en su bibliografía, entre Bergson y Spinoza, a los patrones de los grandes diarios, yo, a estos últimos, les canto las cuarenta; porque tengo una regla: soy intratable con los poderosos; porque represento la libertad de espíritu; porque todo esto le jode a Pivot. Y por eso he escrito tan buenos libros.

¡Verdad es que no estoy solo! Tengo mil amigos sobre la mortal escarcha. Porque a la mezquindad organizada y laboriosa he sabido oponer la más alta exigencia, de todos los lugares de Occidente acuden ya los testimonios que hacen justicia a mi acción y anuncian su continuación feliz. En la misma Francia muchos jóvenes, instruidos por el ejemplo, se disponen a escribir su filosofía en una lengua digna de Montaigne y de Rousseau. Rechazan los compartimentos estancos de la universidad, no dudan en interpelear al derecho y la medicina, abren el diálogo con la ciencia en lugar de repetir que es imposible. ¡Decididamente, no soy yo el único signo que me invita a apostar por el regreso de los artistas y los goliardos! ¿No es un mensaje de Renacimiento que sobre la montaña de Sainte-Geneviève, en el mismísimo emplazamiento donde comenzó hace cerca de mil años la grandiosa aventura, se desarrolle hoy una actividad filosófica internacional?

Me yergo ante el decorado fin de siglo, no como un asmático que busca su hábito, sino más bien como un bardo o un vidente de quien se apodera el espíritu, y mis gatos me miran asombrados. Mi sabiduría salvaje se

derrama sobre la hierba de vuestros corazones, oh amigos míos. Apartad de vosotros la resignación, eso me causará un gran placer. No podéis dejaros intimidar por los sarcasmos de contemporáneos en pos de una única pasión, el odio por todo lo que no es mediocre. En cuanto al individuo frente a su muerte más o menos inminente, el escritor frente a la ruina ya adquirida de su obra, Europa frente a su declive, la humanidad frente a la extinción del sol... son temas de disertación

que os aconsejo dejar de lado. Ahuyentando la tentación de abandonar, que no va con nuestro carácter, llevaremos adelante nuestra querrela metafísica, nuestra querrela sagrada. Y la ganaremos, por los cuernos de Ubu, por San Juan, San Pedro y San Nicolás, por todos los santos; ¡y, si es indispensable, por mis cojones!

(1) Vid. Jean Juvénal des Ursins, *Escritos Políticos*, publicados por P.S. Lewis, París, Klincksieck, 1978.

PANORAMA DE NARRATIVAS

100
TITULOS



Una obra maestra de la literatura amorosa
Una de las grandes novelas del siglo



EDITORIAL ANAGRAMA

“ NOVEDADES ”

MARZO '87

EDICIONES
ALFAGUARA
S.  A.

*literatura
alfaguara*

literatura española

Luis Goytisolo
LA PARADOJA DEL AVE
MIGRATORIA

*literatura
hispanoamericana*

Mario Benedetti
CON Y SIN NOSTALGIA

Angeles Mastretta
ARRANCAME LA VIDA

DISTRIBUYE ITACA

López de Hoyos, 141. Tel. 416 66 00 (14 líneas) • 28002 MADRID
Avda. Manuel Fernández, s/n. • Tel. (93) 381 73 11
San Adrián del Besós • Barcelona

nueva ficción

Jesús Díaz
LAS INICIALES DE LA TIERRA

Manuel de Lope
JARDINES DE AFRICA

clásicos

Giordano Bruno
EXPULSION DE LA BESTIA
TRIUNFANTE.
DE LOS HEROICOS
FURORES

*Introducción, traducción y notas de
Ignacio Gómez de Liaño*

EDICIONES ALFAGUARA
Príncipe de Vergara, 81 • 28006 MADRID • Tel. 261 97 00

El bueno, el malo y el militante

André Comte-Sponville

La moral vuelve a estar de moda. Quiero decir que vuelve a hablarse de ella. Por lo demás, no hay ni más ni menos sinvergüenzas que antes: el mal no pasa de moda jamás, ni tampoco la virtud. Pero el caso es que se habla, y eso no es poca cosa.

Tras veinte años de ciencias humanas y algunos años de banalidades mediatizadoras, podría darse que la filosofía —y en primer lugar la filosofía ética— se reconvierta en lo que es: el conjunto (no digo el sistema) de algunas cuestiones verdaderamente importantes que se le plantean al hombre. Lo que tú, yo o cualquiera querría poder decir a su hijo o a quien fuese una vez, al menos una vez, antes de morir. Las cuestiones graves, como se dice, y las respuestas que lo son aún más. La moral es una de ellas.

Límite mi campo: no hablaré, aquí, más que de moral y política. No de ambas, sino de la relación entre las dos.

Tres cuestiones: ¿es que moral y política van juntas? En caso afirmativo, ¿cuál de ellas fundamenta a la otra? En caso contrario, ¿cómo militar sin ser un puerco?

Platón y Lenin

La relación entre política y moral puede ser concebida, para simplificar, de dos maneras: como unión o como disyunción. Examinemos rápidamente estas dos posibilidades.

En primer lugar como unión. Política y moral van juntas: lo que es moralmente bueno es políticamente justo y viceversa. Es la tesis de Platón y de Lenin. Podemos calificarla de «idealista», legítimamente, pues el ideal (lo que el santo o el mili-

tante conocen y persiguen: la conjunción de lo verdadero y del bien, del ser y el valor) es la realidad misma: las Ideas (Platón) o la Historia (Lenin) gobiernan a la vez la moral y la política. El bien y lo justo están del mismo lado, que es también (por eso Platón y Lenin son filósofos felices, es decir, dogmáticos) el lado de la verdad. Configuración ideal, debemos admitirlo, y que merece que se viva para ella. Además, ¿por qué otra cosa valdría la pena vivir? El santo, el sabio y el militante tienen el mismo ideal. La moral siempre tiene razón, la razón es siempre moral, y son justas (políticamente) tanto una como la otra... ¿Qué más se puede pedir? idealismo, pues, en todos los sentidos del término, y tan tranquilizador como conviene. El Bien existe (Platón) y la historia posee un sentido (Lenin). Por eso podemos *saber* qué es lo justo: la moral y la política son una ciencia, y la misma. Toda falta es un error, todo error es una falta. Los adversarios se engañan: son prisioneros de la caverna o de la ideología. Nadie es malvado (Platón) ni reaccionario (Lenin) voluntariamente.

Veo claramente que, en este espacio común, Platón y Lenin se oponen simétricamente respecto a todo. Para uno, el ideal es puramente inteligible, y siempre ausente (el Bien «más allá de la esencia» de Platón: idealismo contemplativo o místico). Para el otro, el ideal está ya materialmente presente, en germen o en devenir, en la historia que lo realiza (el mundo antiguo está preñado de nuevo, el comunismo es el sentido real de la historia real: idealismo militante). Para uno, el Bien está en el origen, y la historia real no cesa de alejarse, por desgracia, del valor que la funda: todo

viene del Bien, y va de mal en peor. Idealismo reaccionario, pues, estrictamente: el presente es un error; la salvación está a nuestras espaldas. Para el otro, al contrario, el bien está por hacerse: todo va mal pero de mejor en mejor, y *hacia* lo mejor. Idealismo progresista: es el porvenir quien tiene razón; la edad de oro está ante nosotros.

Sobre todo, para lo que nos interesa, Platón y Lenin, si bien coinciden sobre la unión de la moral y la política, difieren en cuanto a su articulación. ¿Cuál de las dos fundamenta a la otra? He ahí la cuestión que les separa y que, por las respuestas que ellos aportan, los define.

Para Platón, sin duda, moral y política van a la par: el filósofo rey, único que gobierna legítimamente, posee a la vez (porque conoce el Bien) poder y virtud. Pero gobierna únicamente en nombre del Bien: la moral fundamenta la política, que no podría por ello fundamentar la moral. Sócrates, sin poder, era plenamente Sócrates; un rey sin virtud no es más que un tirano. La política no es buena más que sometida a la moral, que no se somete sino al Bien. Una moral sometida a la política (como por lo demás una política que no se sometiera más que a sí misma) no sería sino sofística mercenaria. Lo justo podría ser vendido o tomado, y dejaría por ello de ser justo. Hay que elegir: dictadura del orden moral (el filósofo-rey que, con la mirada fija en el cielo de las Ideas, impone su virtud como necesidad) o dictadura de la gran bestia (la masa, los sofistas y los políticos). La política para Platón es moral, o malvada.

Para Lenin, por el contrario, si moral y política van a la par

es bajo el dominio de la política. Sin duda, el dirigente-filósofo, ya que domina a fondo la ciencia de la historia (la cual contiene a ambas) es tan competente en moral como en política. De hecho, hay una «moral comunista» para Lenin, que debe ser objeto «de educación, de instrucción y de enseñanza». La virtud, según él, se aprende... Pero no es la moral la que fundamenta la política (pues para ello sería preciso que le fuera extraña, lo cual, materialismo obliga, no puede ser); por el contrario, es la política la que fundamenta a la moral.

El dirigente comunista no gobierna en nombre del Bien, sino en nombre del proletariado, definido él mismo, dialécticamente, por su oposición (en principio económica y política) a la burguesía. No es moralmente bueno lo que es políticamente justo, sino que lo políticamente justo es moralmente bueno. «La moral —escribe Lenin—, es lo que está al servicio de la destrucción de la vieja sociedad de explotadores». Por ejemplo, comenta Trotsky, si el terrorismo individual es moralmente malo, es únicamente porque es políticamente ineficaz. En una situación de guerra civil, por el contrario, el mismo acto (por ejemplo el asesinato político o la ejecución de rehenes) se vuelve «políticamente útil» y por lo tanto moralmente justificado. «El juicio moral está condicionado, junto con el juicio político, por las necesidades internas de la lucha». No hay ahí, señálemoslo, ningún cinismo: la revolución está bien justificada *moralmente*. Pero hay un círculo vicioso (¡o interacción dialéctica!): la revolución no está moralmente justificada más que por... ¡la moral revolu-

FERNANDO
SANTER
De los libros y
del mundo
Fernando Torres, 1982.
La tesis del bien
Torres, 1982.
VLADIMIR I. LENIN
Obras completas
Progreso, 1982.
JOSE LUIS J.
ARANCUREN

ANDRE COMTE-
SPONVILLE

Le Mythe d'Icare
Traité du désespoir
et de la béatitude
P.U.F., 1984.

LEON TROTSKI
El moral y la política
Progreso, 1978

FERNANDO SAVATER

De los dioses y del mundo
Fernando Torres, 1982.

La tarea del héroe
Taurus, 1982.

VLADIMIR I. LENIN

Obras completas
Progreso, 1983.

JOSE LUIS L. ARANGUREN

Propuestas morales
Tecnos, 1984.

BARUCH SPINOZA

Tratado político
Alianza, 1986.

LEON TROTSKI

Su moral y la nuestra
Fontamara, 1978

cionaria! Trotski es aquí particularmente lúcido: «Desde el punto de vista de las 'virtudes eternas', la revolución es naturalmente 'inmoral'. Lo cual únicamente nos demuestra que la moral idealista es contrarrevolucionaria, es decir, que está al servicio de los explotadores». Es preciso elegir: moral burguesa (abstracta, formal y contrarrevolucionaria) o moral proletaria (concreta, progresista y emancipadora). En dos palabras, como decía Trotski: «Su moral o la nuestra». La moral es revolucionaria o es mala.

Hay ahí dos idealismos: en am-

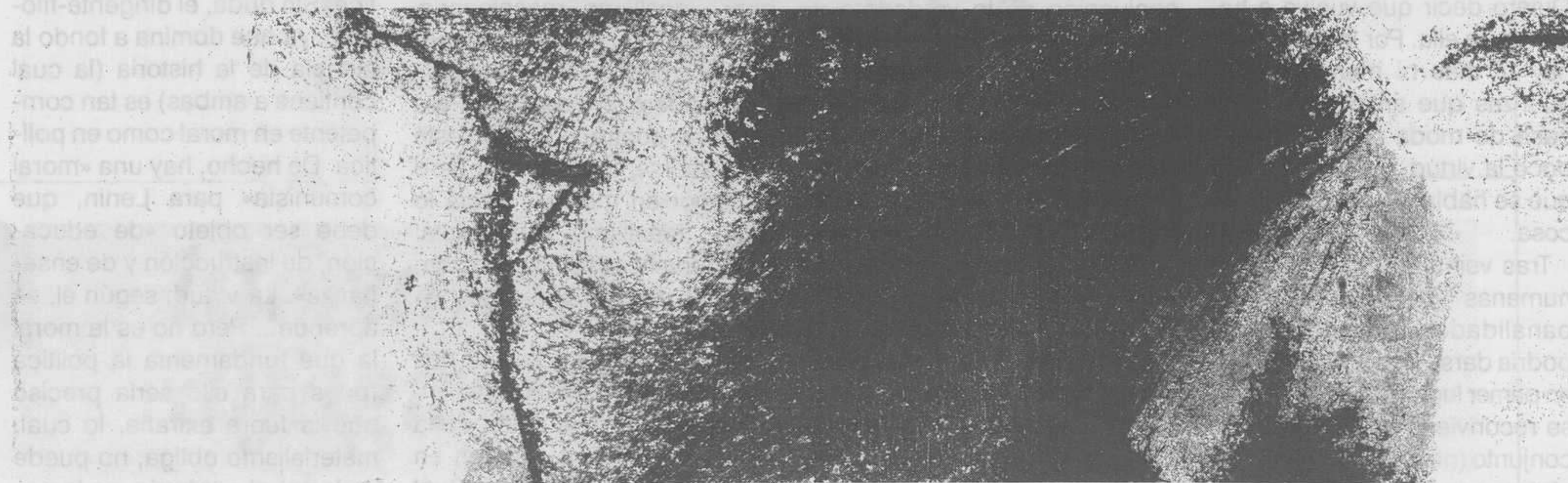
las leyes (la verdad no se vota y no está sometida a nada) y deciden por sí solos quién debe vivir y quién debe perecer.

Dictadura de los sacerdotes o del partido: es el reino de la verdad, siempre terrible cuando pretende juzgar. Y sin duda preferiría reinar sin violencia. ¿Pero es culpa de la verdad si algunos, obstinadamente, la ignoran? Platón daba ya la solución: infamia, exilio o pena de muerte. Otros, más modernos, inventaron los campos de concentración o la psiquiatría política... Los buenos se ven obligados a ser brutales, en ocasiones...

como política, cuanto menos se preocupase por la moral), así como una buena acción puede ser políticamente ineficaz o desastrosa. Eso es lo que yo gustosamente llamaría *cinismo*, el cual, también, puede existir en dos formas diferentes.

La separación de la política y la moral puede llevarse a cabo efectivamente en beneficio de la moral. Moral y política están entonces desligadas, pero vale más ser moralmente bueno que políticamente eficaz. Es el *cinismo moral*, el de Diógenes, que prefiere la virtud al poder, el individuo al grupo, la sabiduría

buenos (siempre que sean eficaces) *cualquiera que sea el fin*: la única norma es la eficacia, y vale igualmente para imponer la Tiranía (en *El Príncipe*) que para defender la República (en los *Discursos*). Y es que la política no es moral, y no tiene que serlo: le basta con vencer. Y sin duda la bondad puede ser, en ciertos momentos, políticamente útil; pero no importa en absoluto ser bueno; solamente importa triunfar. César Borgia, en tanto que es vencedor, vale más que sus víctimas. Más vale poder sin virtud que virtud sin poder.



bos casos, tanto en Platón como en Lenin, la acción se justifica por un *ideal* (un valor-verdad) que la supera y en la cual moral y política se encuentran. Para distinguirlas —puesto que, como acabamos de ver, se oponen simétricamente— podemos llamar a una de ellas *idealismo moral* (Platón: sometimiento de la política a la moral), y a la otra *idealismo político* (Lenin: sumisión de la moral a la política).

Sin embargo, no hay que exagerar el alcance práctico de esta oposición. Basar la moral en la política o la política en la moral es siempre *basar*: esto supone una *verdad* que juzga, y que lo hace, por tanto, universalmente. Lo que es verdad lo es para todos, e incluso la moral proletaria (una vez realizada la revolución) tiene vocación de universalidad. El filósofo-rey y el dirigente-filósofo son igualmente *sabios* (ambos poseen «la ciencia del bien y del mal» según Platón, «la ciencia de la historia» según Lenin), y por ello gobiernan legítimamente. *Saben* lo que es bueno, y lo saben objetivamente («la moral es una ciencia» decía el ya teólogo Garaudy en 1963) (1). Por eso están ambos por encima de

Pero el fin (puesto que es bueno en verdad) justifica los medios, claro que no *todos* los medios, sino todos los necesarios para su realización. «Está permitido», decía Trotski, *todo aquello que conduce realmente a la liberación de los hombres*. Por eso se puede («en caso de necesidad»), decía Lenin, y se entiende que es el dirigente quien debe decidir mentir, violar la ley (a pesar de los «prejuicios legalistas, constitucionales, democráticos burgueses» o fusilar a algunos rehenes...) «Las cuestiones de moral revolucionaria, decía con crueldad Trotski, se confunden con las cuestiones de estrategia y de táctica revolucionarias». Ya conocemos el resultado. Nada tan sangriento como un ideal en el poder.

Diógenes y Maquiavelo

¿Qué hacer? Para quien rechaza paralelamente esas dos formas de idealismo (porque conducen igualmente al terrorismo), la primera tentación es sin duda, en vez de unirlas, separar radicalmente la política y la moral. Una buena política puede entonces ser inmoral (podría incluso ser tanto mejor,

o la santidad) a la acción, la ética, en una palabra, a la política. Si la política no es moral, o no puede serlo, hay que renunciar a ella. Si la moral no es política, o es políticamente ineficaz, tanto peor para la política. Y sin duda pueden existir reyes buenos («un rey verdaderamente real», como decía Diógenes); pero no importa nada ser rey: solamente importa ser bueno. Diógenes en su trono vale más que Alejandro en su trono. Más vale virtud sin poder que poder sin virtud.

Pero la separación de la política y la moral puede también vivirse en beneficio de la política: moral y política permanecen entonces desligadas, pero vale más ser políticamente eficaz que moralmente bueno. Este es el *cinismo político*, el de Maquiavelo, para quien la política no se somete más que a sí misma (es decir, a los simulacros y a la fuerza) y es buena solamente cuando triunfa. Más vale la *virtud* (es decir: la virilidad valerosa) que la virtud, más vale el poder que la justicia. No solamente el fin justifica los medios (eso ya era verdad en Platón o en Lenin) sino que los justifica, y esto es lo importante, *sin ser él mismo justificado por nada*. Todos los medios son

La elección del cinismo

Tenemos, por lo tanto, cuatro posiciones que se oponen dos contra dos y, dentro de cada par, una a la otra: idealismo (moral o político) o cinismo (moral o político). Estas son, por lo que concierne a nuestro problema, las únicas posiciones simples, entre las cuales, poco o mucho, hay que elegir. Toda posición más compleja, tan sutil o matizada como pueda ser, habrá de tomar de ellas algo de su fuerza e, incluso, de su complejidad. Lo complejo viene de lo simple, no lo simple de lo complejo.

Hay que elegir, entonces. ¿Pero en nombre de qué? ¿De la moral? Eso sería cinismo moral, y nuestra elección ya habría tenido lugar: no elegiríamos realmente, simularíamos elegir. ¿De la política? Eso sería cinismo político... ¿De ambas? Pero sería preciso que una verdad las uniese, lo cual supone un idealismo (político o moral) ya constituido... En fin, no es posible elegir entre nuestras cuatro posiciones más que desde dentro de una de ellas, y tal elección, no siendo posible más que a condición de haberse realizado ya, no sería tal.

¿Pero quién elige el lugar donde se encuentra? Solamente elegimos, en todo caso, el lugar adonde vamos, y es necesario partir de alguna parte... Esto es cierto también con respecto del pensamiento. La topografía que acabamos de esbozar, para cada uno, le precede y le contiene. Uno no elige libremente (en el sentido del libre arbitrio) ni su campo ni su moral, porque uno no se elige a sí mismo. No es platónico quien quiere, o quizá más bien no todo el mundo es capaz de querer. Cada uno es aquí prisionero de la posición que ocu-

abundancia), pero sin pruebas. De moral y de política, podría decir un kantiano heterodoxo, ciertamente podemos *discutir* (pretender el necesario asentimiento del prójimo), pero jamás *disputar* (decidir mediante pruebas).

¿Quiere esto decir que moral y política —y su relación— son cuestiones de gusto? En el sentido kantiano de la palabra, ciertamente no: los juicios no son formulados, es lo menos que puede decirse, libremente y sin ningún *interés* nos obligue o nos influya. Saber si Fulano es un sinvergüenza o un hombre

por egoísmo que por maldad. Jamás se hace el mal por el mal, sino por su placer (que es un bien), y se hace menos por crueldad que por interés. Todos preferimos robar a los ricos, es humano. Por lo demás, solemos ser buenas personas, y preferimos el amor al odio. Por eso no soportamos en nuestras acciones más que una dosis muy limitada de mal y, cuando no nos hallamos fascinados por un Bien absoluto, no cometemos más que crímenes, finalmente, muy ordinarios. Una mentirijilla por aquí, una pequeña trampa por allá, unos cuan-

Dios y si la historia no tiene sentido, para qué el horror? Los epicúreos jamás le hicieron daño a nadie. Nada tan peligroso, por el contrario, como un Papa (cuando está armado), un ayatollah o un secretario general... La esperanza es violenta, esto es sabido, y fusila alegremente el presente, cuando hace falta, por el futuro. La fe nos vuelve malos: si el Bien existe, todo (en su nombre) está permitido. «*Mata a todos, Dios* (o la historia, o el futuro) *reconocerá a los suyos...*». El diablo, ése es el fanático. ¡Dios nos proteja de los creyentes!



pa, de donde resulta (como efecto) más bien que no la elige (como sujeto). ¿Quién sabe? Tal vez Trotsky, si hubiera podido elegir, hubiera preferido, después de todo, ser Gandhi o Juan XXIII... Pero sería necesario, para elegirse, no existir: esta contradicción nos encierra en nuestra historia, en donde cada uno de nosotros, de buen o mal grado, se sucede (puede elegirse morir, pero no el no haber nacido) y se asume como puede... Se elige todo lo que se quiere, salvo a aquel que elige, y todos los lugares, salvo el que se ocupa.

Si hay que elegir entre nuestras cuatro posiciones, es siempre desde dentro de una de ellas (o tal vez a caballo entre ambas: yo he conocido algunos idealistas terriblemente maquiavélicos...) y, por lo tanto, circularmente. Toda elección no es aquí más que una petición de principio, consciente o no, pero inevitable. Solamente un idealista, en el sentido que yo le doy, podría, en ese terreno, querer *demostrar algo*. Pero no convencería... más que a los idealistas. Cada uno está condenado a defender su posición, no diría que sin razones (por el contrario todos las poseen en

honrado, si tal acción es permisible o no, si tal régimen político es mejor o peor que tal otro... son una serie de cuestiones acerca de las cuales no carecemos, ciertamente, de interés. Pero el gusto, de verdad ¿es desinteresado? ¿Elige uno de manera desinteresada (es decir, para Kant, ¡sin que intervenga la facultad de desear!) a su mujer, sus amigos, sus autores o sus pintores preferidos? Por mi parte, yo entendería por «gusto», más que una satisfacción desinteresada y libre, el deseo mismo, tal como resulta de un cuerpo, de un medio y de una historia, es decir (puesto que el cuerpo y el medio no existen sino en el tiempo) *el deseo, históricamente determinado*. Y me parece claro que nuestras elecciones morales y políticas son, en ese sentido, juicios de gusto, o de disgusto. Yo presento las mías antes, como diría Kant, de *discutirlas*.

Seamos francos: a mí me gusta más el cinismo que el idealismo. Veo en él mucha más verdad (y no solamente en Maquiavelo) y grandeza (y no solamente en Diógenes). Sobre todo, veo en él menos peligros.

Si los hombres son malvados, como creía Maquiavelo, es más

tos robos y, de vez en cuando, algunos asesinatos... Nada suficiente para azotar a un diablo.

Lo mismo vale para la política: un tirano lúcido, si eso fuera posible, y que no procurase más que su propio bien, tendría interés —y eso ya lo vió Maquiavelo— en hacerse amado, al menos, aceptar; gobernaría, por egoísmo, en forma conveniente, y causaría menos muertos, y más raramente, que un invierno un poco riguroso o una epidemia de gripe... En fin, resultaría un rey por lo menos pasable y menos peligroso que muchos otros. Pero tienen la fe, ahí está el drama, y hallan en su amor al Bien una incitación terrible a la masacre. El entusiasmo («*la idea del bien, decía Kant, acompañada de emoción*») es mucho peor, en política, que el cinismo. Stalin, si sólo hubiera sido un arribista, hubiera acabado de banquero, como todo el mundo. Y Hitler, si no hubiera creído (¡por desgracia sinceramente!) en la grandeza de Alemania, hubiera seguido siendo sin duda el puerco mediocre que era... Los verdaderos ateos, es sabido, son gentes pacíficas y de costumbres sencillas. La desesperanza nos calma y hace misericordiosos: ¿si no existe

Cinismo, pues: mejor la moral impotente que el poder moralizador (¡mejor Diógenes que McCarthy!), mejor el poder desnudo, que sólo pide obediencia, que el poder maquillado de los sacerdotes o los fanáticos, que quieren respeto y fe (¡mejor Maquiavelo que Jomeini!). Como Alain (a quien es gran pena que no se lea ya: era bien diferente a nuestros nuevos filósofos), yo decidí separar aquello que tanto Lenin como Platón ponían tanto empeño en unir: *obediencia a los poderes; respeto sólo al espíritu*. Dad al César... Pues sin duda hay que obedecer: la fuerza gobierna, no porque ella sea el derecho, sino porque es la fuerza, y siempre sin espíritu (el espíritu en el poder no es más que una fuerza como otra cualquiera). Pero no hay que creer, ni aclamar, ni siquiera amar a nuestros dirigentes. La obediencia basta para el orden, y solamente el orden es necesario. Ningún poder es Dios.

Está bien. ¿Pero elegiremos el cinismo de Diógenes o el de Maquiavelo? He aquí la aporía cínica: hay que elegir, y no se puede.

Hay que elegir: Maquiavelo es inmoral (o más bien amoral, pero sería inmoral resignarse a



ello) y Diógenes es política-mente ineficaz. No es posible tener a ambos: cada uno de ellos existe solamente por el rechazo del otro.

Pero no podemos elegir. No sólo porque esa elección, ya lo vimos, no es posible sino a condición de que ya haya tenido lugar, sino porque cada una de esas dos posiciones enuncia la verdad de su orden, verdad a la vez absoluta en su orden (porque es ese orden mismo: el maquiavelismo no es una posición política, sino la verdad de toda política; Diógenes no enseña una moral entre las demás, sino la verdad de toda moral). Solamente el poder es fuerte; solamente la virtud es buena. Pero el poder no es una virtud, ni la virtud un poder. El cinismo, en la medida misma en que es verdad, se escinde y se opone a sí mismo.

Dos verdades

«Verdadero»: esta palabra podría sorprender. ¿No se trata, nuevamente, de dogmatismo? En absoluto. Pues lo que hay que comprender es que esta *verdad* de la que hablo no tiene tampoco nada de ideal, de valor, de norma: dice lo que es, no lo que debe ser. No juzga: conoce. No evalúa: registra relaciones de fuerzas. No es un ideal, un sentido o un buen Dios: es la «*verità effettuale della cosa*», como decía Maquiavelo, y sin valor alguno. Conocerla o buscarla no es dar prueba de dogmatismo (pues la verdad, en tanto que es verdadera, no vale nada y no juzga), sino, simplemente, de racionalismo: la verdad no es otra cosa que lo real mismo de que se trata, en tanto que aquello que es real es racional, es decir (al menos en derecho) cognoscible. Y todo el

mundo sabe que hay una verdad de la política (no hay política científica, sino un conocimiento científico, o al menos posible, de lo político), que no tiene nada que ver con la moral. Un sinvergüenza, esté en el poder o no, no es menos verdadero que un hombre honrado. El objeto propio de Maquiavelo no es, pues, la *buena* política (prueba de esto es la absoluta divergencia, sobre este punto, entre *El Príncipe*, que defiende la tiranía, y los *Discursos*, que defienden la república), sino la política real: no lo que habría que hacer, dice Maquiavelo, sino lo que se hace. El maquiavelismo es un realismo.

Entiendo que no hay, en este mismo sentido, un *realismo moral*: la moral, o al menos ésta es su pretensión, es siempre otra cosa que lo real, puesto que lo juzga. Pero esa *otra cosa* constituye algo real a su vez (incluido si es imaginario), que posee sus leyes y su verdad (incluso si es ilusoria). Cuál sea el estatuto de esta verdad, es un problema que no quiero abordar aquí. Pero lo que está claro, para lo que nos ocupa, es que en lo que la concierne, Diógenes tiene razón: la voluntad basta a la virtud, y el poder (en el sentido político del término) no le añade nada. Tal es, y Kant volverá sobre ello, la verdad de la moral: sólo la intención cuenta, el éxito no es nada. Que nadie se engañe: el inocente torturado vale más, moralmente hablando, que el canalla triunfante. La voluntad, no la inteligencia o el éxito, constituye el valor moral de las acciones. Claro que no cualquier voluntad. «*Tú mismo eres tu peor enemigo*», le dijo un día Diógenes a Alejandro, y éste sabía querer, pero no lo que hacía falta. Querer no es todo: únicamente la voluntad buena es bue-

na. Os remito a Kant, el cual remite a Diógenes. Igual que Maquiavelo enuncia la verdad de la política (el interés y la fuerza reinan en ella solas), Diógenes enunció la verdad de la moral (la virtud lo es todo, el poder no es nada).

Y, una vez más, yo prefiero estas dos verdades, cada una insuperable en su orden, a las piadosas ilusiones de los sacerdotes y de los comisarios políticos, que disfrazan su moral de política (dictadura del orden moral) o su política de moral (justificación de la dictadura). De ahí, y no es poca cosa, que tanto el realismo desesperado de Maquiavelo como el moralismo heroico de Diógenes nos protejan eficazmente.

Sí. Pero si no podemos ni separarlas (puesto que son ambas, cada una en su orden, verdaderas) ni tomarlas juntas (puesto que se excluyen), ¿cómo conciliarlas? Y, más simplemente: ¿cómo vivir? Pues está claro que no podemos ni renunciar a la política (el apoliticismo no es más que una posición política entre otras, simplemente la más débil de todas, y que ni siquiera es moralmente satisfactoria), ni renunciar a la moral (pues entonces seríamos *inhumanos*, como dijo Spinoza, y el problema no se plantearía). En resumen: ¿qué hacer? En política como en moral, ésta es la única cuestión.

Dos asimetrías

La dificultad, y puede que también la tentación, concierne sin duda al «cada uno en su orden». ¿Quién no soñaría con ser tranquilamente maquiavélico en política y virtuosamente intransigente en moral? Puesto que se trata de dos órdenes diferentes, se diría, el principio

de contradicción no sería violado, y todo iría de la mejor manera en el mejor de los mundos (cánicos) posibles... No. Puesto que se trata de dos órdenes, cierto, pero de un solo individuo (tú, yo, cualquiera) que busca, mediante sus acciones, una ley única, al menos una armonía o una coherencia. La esquizofrenia no es una solución, y no sabríamos representar durante mucho tiempo al doctor Jekyll (de la moral) y a Mr Hyde (de la política).

Una vez más, hay que elegir. Y sin duda la política podría dejar su lugar a la moral: la virtud tendría su dominio reservado, que sería la vida íntima. Políticamente eso sería concebible: se han dado casos de tiranos sanguinarios que se jactan de ser buenos padres y esposos. Pero la moral no lo entiende así: si la política puede —y debe— dejar a la vida privada su lugar y su independencia, la moral, por su parte, no podría, sin negarse a sí misma, dejar la política fuera de sus exigencias. No hay una política íntima (la política es pública) pero tampoco moral íntima: la moral engloba la totalidad del vivir, y no conoce excepciones. Mentirle al mundo o mentirle a un hijo, siempre es mentir. Y la acción política, si bien impone obligaciones particulares, no libera de ninguna. Diógenes no cesa de repetirle a Alejandro: hay que ser virtuoso en política también.

Aquí es donde aparece, entre nuestros dos cinismos, una primera asimetría: una es más vasta que la otra. La moral abarca a la política, no la política a la moral. Ya sé que esto podría discutirse (Lenin, por ejemplo, no estaría de acuerdo), pero no desde un punto de vista cánico. Si la política no es moral (maquiavelismo), es por eso mismo moral-



mente incompetente. Mientras que, por el contrario, si la moral no es política (cinismo moral: la virtud no es de derecha ni de izquierda, y es la misma en el poder o en la oposición), tiene por eso mismo vocación de juzgar (moralmente) a toda política. De hecho, Maquiavelo reconoce voluntariamente que la moral no es de su incumbencia («Yo no hablo de la forma como se debería vivir», escribe, y en efecto no entra en su propósito), mientras que el cinismo moral, si bien puede declararse políticamente ineficaz (Diógenes jamás pretendió reinar), tampoco pretende reglamentar la política, en derecho, o ni siquiera reglamentar, en la política, el comportamiento de los individuos. Es, por lo demás, la experiencia de cada uno. Una acción moral puede perfectamente escapar a todo juicio político: ser sincero no es ni de derecha ni de izquierda (2). Pero ninguna acción política escapa, en derecho, al juicio moral: mentir, sea uno de derecha o de izquierda, es una falta. Incluso una acción moralmente indiferente (y las hay) no es tal sino para la moral, que la juzga. Esto, repetimos, no tiene excepción: nada está demasiado alto o demasiado bajo para la moral. Lo que hay que hacer se hace igual en un tonel que en un trono: el poder no es una virtud, ya lo sabemos, pero tampoco es una excusa.

Ahora se revela una segunda asimetría. El maquiavelismo, ya lo dije, es la verdad de la política. Pero ésta, por definición, es siempre colectiva. No sólo la vida privada es extrapolítica (al menos para un cínico: Platón o Jomeini no estarían de acuerdo), sino que la noción misma de una política individual sería contradictoria en sus términos. Actuar no es político más que

en un grupo, y para éste. Esa es toda la diferencia que existe entre el terrorismo y un simple asesinato: uno se deshace de una persona (la amante del marido, por ejemplo, o viceversa...), el otro combate a un grupo (la burguesía, los judíos, el ejército...). Incluso si se elimina a un individuo políticamente molesto (el asesinato de Jaurès, el de Ben Barka...), es siempre porque éste anima, o representa, o molesta a un grupo. Esta es también la lógica de las encuestas y, a fortiori, la de las elecciones: cada voto cuenta, pero ninguno contaría sin los demás. Toda política es vulgar, en ese sentido, que no tiene ocupación sino con la multitud (el *vulgus*) y con los individuos solamente en tanto que forman parte de aquélla.

Por el contrario, la moral es siempre individual o, mejor, solitaria: ningún deber, ninguna exigencia, ninguna prohibición se impone, moralmente, a un grupo. «Prohibido a los judíos», «prohibido a los negros», «prohibido a los mineros», eso es policía, no moral. «Los militantes deben vender la prensa del Partido», esto es política, no moral. «Los hombres serán galantes», esto es cortesía, no es moral. Policía, política, cortesía: son leyes de grupos. Pero la moral no. Y con razón: la moral sólo puede enunciarse válidamente (ésta es su ilusión específica) bajo la forma de un mandamiento universal; lo que no fuese obligatorio para todos no sería para nadie. Ningún grupo particular (y todos los grupos, por definición, lo son) podría, en cuanto tal, someterse. Todo individuo, por el contrario, no porque sea particular (tal individuo) sino porque no lo es (un individuo, no importa cuál), está sometido a esta exigencia moral que vale (o que pretende

valer) para todos y, por consiguiente, para cada uno. «Completamente solo», decía Alain, universalmente...» Es la moral misma: una soledad que se erige en ley universal.

Pero entonces hay que sacar las consecuencias: puesto que el maquiavelismo no es y no se quiere sino político, no está justificado (no moralmente, sino desde su propio punto de vista) más que en su lugar, es decir, exclusivamente para la vida colectiva. El maquiavelismo es la ley vulgar. No es un imperativo (para el individuo), es una regla de la prudencia y de la eficacia (para el grupo).

Ahora bien, yo nunca soy, y esto es una perogrullada, un grupo: incluso en una colectividad, por numerosa que sea (un partido, un país...), e incluso en la cima de esta colectividad, yo no soy —en la mejor hipótesis!— más que un individuo. «Sobre el trono más alto del mundo», dijo poco más o menos Montaigne, «un rey no se sienta nunca más que sobre su culo». Verdad cínica. Y verdad también, no hay que decirlo, que vale para cada uno de nosotros. Con trono o sin él nadie escapa a sí mismo. Es, pues, la moral la que debe gobernarme (en tanto que individuo solitario, y siempre lo soy); la política no gobierna legítimamente más que a los otros (en tanto que grupos).

Montaigne

Es pues Diógenes, no el que tiene razón (tienen razón ambos, y por eso es que no se puede elegir), sino el que prevalece, o debe prevalecer. Pero no prevalece sino para mí, y para cada mí (para todo individuo solitario: cada «sujeto», o que se vive como tal). Para todos los demás, es decir, para la colectividad de

los hombres (reunidos u organizados en grupos), es Maquiavelo quien, de hecho y estadísticamente, prevalece —y eso es normal, pues él dice, no lo que uno debe hacer (por lo demás, él no tiene deberes para el «uno») sino lo que se hace. ¿Y quién no ve que la política, considerándola globalmente, está sometida ante todo a los intereses, a la fuerza, a la apariencia, a los simulacros de todo tipo? Esto no es de ayer, y Montaigne, el grande y virtuoso Montaigne, era en eso tan lúcido como Maquiavelo (al cual había leído):

«En toda política (es decir, en toda ciudad o sociedad), hay oficios necesarios, no solamente abyectos, sino incluso viciosos... El bien público requiere que se traicione y se mienta y se masacre... La mayor parte de los acuerdos que solventan nuestras querellas actuales son vergonzosos y mentirosos; no buscamos más que salvar las apariencias, y traicionamos entre tanto y disimulamos nuestras verdaderas intenciones...»

Máscaras y masacres, astucias y trampas... Es la política misma. Pero nada te obliga a adherirte, ni siquiera a someterte. Mentir no es nunca obligatorio. Y si es verdad que «la mayor parte de nuestras vocaciones son farsas», como dice Montaigne, y que es preciso, en la comedia del mundo y del poder «representar debidamente nuestro papel», que sea al menos lúcidamente («el alcalde y Montaigne siempre han sido dos, y con una separación bien clara...») y, sobre todo, virtuosamente: «Ya es bastante con enharinarse el rostro sin enharinarse el pecho... Se habla a vuestra virtud y a vuestra conciencia: esas no son partes que se deban enmascarar».

Ya sé que hay que actuar, y defenderse, y ganar si se puede. ¿Pero el deber a costa de la mentira, de la traición, de la masacre? Se querría una respuesta clara y unívoca, que no podría ser, moralmente, más que negativa. La veracidad, dice Kant, es un deber absoluto, que vale en todas las circunstancias y sin excepción alguna, ni siquiera política: «El derecho no debe jamás regirse por la política, sino que es la política la que debe siempre regirse por el derecho» (3). Esa es la respuesta idealista. Ella supone la verdad del deber, y la universalidad real (objetiva) de la ley. Moral y política van entonces a la par, y la política debe someterse, en derecho y de hecho, a la moral. Kant, aquí como en otras partes, es discípulo de Platón. Pero la hipótesis cínica es otra. Si moral y política se separan, es que no existe ninguna ley que les sea común. No hay más que individuos («yo veo un caballo, decía Antístenes, pero no la 'caballeidad', veo un hombre, pero no la humanidad...») (4) y esto vale igualmente para la moral: no hay sino individuos, virtuosos o no, e igualmente hay actos, buenos o malos, y nada de leyes ni

La única regla, pues, es que no hay reglas absolutas (universales) sino solamente los casos singulares que hay que considerar aisladamente: «La regla es la de la adaptación circunstancial a las situaciones cambiantes, al curso del mundo que no se somete a ninguna norma ideal» (5). Mentir, por ejemplo, es una falta (o más bien cada mentira lo es, singularmente); pero la sequedad de corazón es otra, y más grave: si hubiera que mentir para evitar una masacre ¿quién no lo haría?

Pero atención: si la superchería puede servir «utilitariamente», y sin vergüenza alguna, eso no vale más que excepcionalmente, dentro de ciertos límites y, exclusivamente, en las situaciones que brotan de la colectividad.

Excepcionalmente: «Hay que administrar la libertad de nuestra alma y no hipotecarla sino en ocasiones justas; las cuales son bien escasas, si juzgamos sanamente».

Dentro de ciertos límites: «No todo le está permitido a un hombre de bien para el servicio de su rey ni de la causa general y de las leyes». Como el límite no puede ser fijado por una ley universal, es preciso que cada

individuo privado es digna de que violentemos de tal manera nuestra conciencia; la pública, sí, cuando es muy aparente y muy importante». La línea de demarcación es muy clara aquí; ninguna falta podría justificarse por el interés personal de quien la comete (aunque ese interés fuera político: ganar las elecciones, llegar a ministro...), sino, exclusivamente, por el interés general o el interés de otro. Montaigne es aquí más riguroso de lo que se esperaría, y no bromea con la virtud: puede ser legítimo, alguna vez, mentir, pero jamás por interés. El fin no justifica los medios (en el estricto límite en que esos medios son indispensables, y lo menos malos posible) sino cuando es ella misma moralmente justificada, es decir, generosa. La moral, también aquí, debe prevalecer para cada uno. Los medios no están justificados, ese es el punto, más que por el fin del prójimo (por el prójimo como fin).

Militar

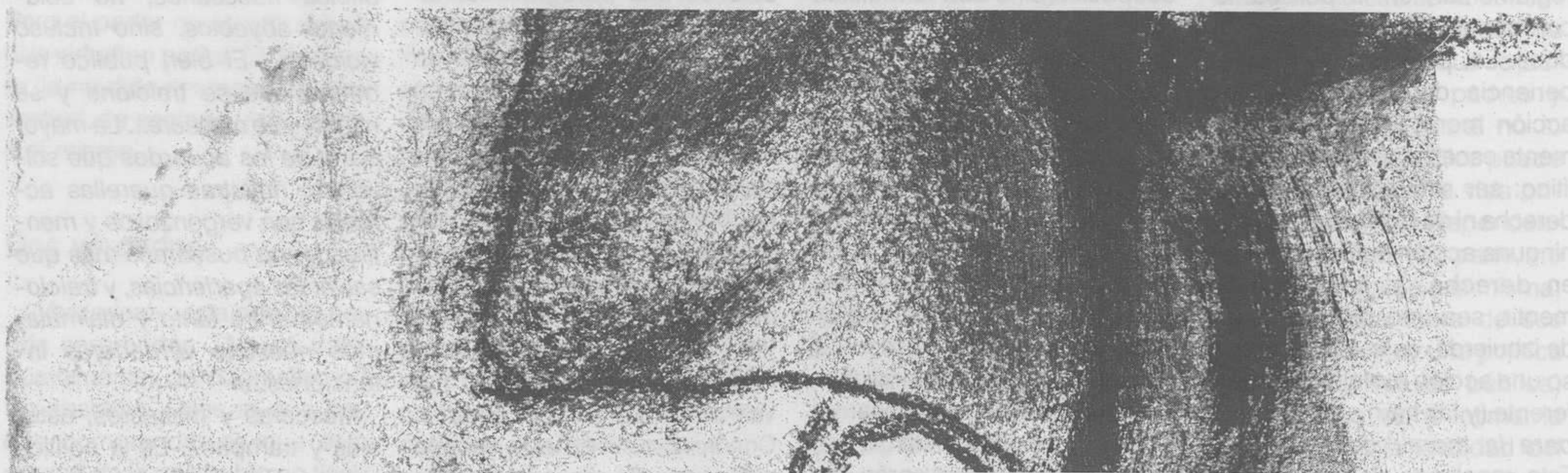
¿Cómo militar, me pregunto, sin ser un canalla? La cuestión, no hace falta decirlo, no se plantea más que para un cínico.

Montaigne...), se plantean la cuestión. Ellos están también, y es lo que he procurado demostrar, en condiciones de responderla, y con una respuesta bien simple, como conviene a las cuestiones graves.

Para militar sin ser un canalla, basta con unir (para uno mismo) lo que está desunido (en sí), a saber, la moral y la política, y eso de manera solitaria, bajo el dominio de la moral. Militar, pues, claro que tan eficazmente como sea posible, pero en primer lugar lo más virtuosamente posible. Moral no forzada sino voluntaria, no para los otros sino para uno mismo, no terrorista o inquisitorial, sino laica, eso cuenta, y misericordiosa.

Pero unir así moral y política, se nos preguntará, y bajo el dominio de la moral ¿no es regresar al idealismo y, especialmente, al idealismo moral? Nuestro cínico virtuoso ¿no es simplemente un platónico que se desconoce?

No. Pues él no une moral y política, repitámoslo, sino para sí mismo y, en cada ocasión, por un acto de voluntad, no de conocimiento. Sabe bien que esta unión no existe, ni de verdad (¡en el «cielo de las Ideas!») ni de hecho (en el mundo), y



mandamientos universales. Igual que el caballo existe sin la caballeidad, el acto moral existe sin la moralidad (sin la ley moral). No hay más que individuos, no hay más que actos, y la voluntad (no la ley) lo es todo.

Sólo la voluntad buena es buena, como ya dije, pero es buena no por la ley (universal) a la que se somete, sino por el bien (siempre particular) que realiza. Azarosa empresa, como dice Montaigne, y en situación siempre cambiante... Pero es así: sólo el bien que se hace es bueno. Actuar no es una deducción sino, cada vez, una creación.

uno, solitariamente, lo evalúe. «Demasiado fácil», dirá el idealista. Pero el cínico (virtuoso) sabe lo que cuesta, y los otros, si hubiera una ley moral universal, no la tomarían en cuenta. Lo principal aquí es hacer siempre el menor mal que se pueda, y ceder solamente, no por un bien (el cual siempre es dudoso y puede resultar decepcionante), sino para evitar un mal peor ya existente o que por otra parte se puede prever con certeza. Cada quien encontrará aquí sus ejemplos y sus desgarramientos.

Exclusivamente en situaciones colectivas: «Ninguna utili-

pero sólo el cínico, por lo general, se la plantea. El malo hace el mal sin plantearse cuestiones. En cuanto al idealista («el bueno»), si bien puede en su momento ser un canalla tan conveniente como cualquiera, lo es —salvo excepciones— con la mejor buena conciencia. Puesto que la moral está de su lado (¡puesto que su lado es la moral misma!) ¿qué falta le hace ser virtuoso? La inquisición le respalda, es una moral forzada, para los otros, es decir, una moral terrorista.

Los cínicos, por su parte, al menos los que me interesan (los cínicos morales: Diógenes,

que, haga lo que haga, la moral seguirá siendo globalmente impotente, en política, como el poder seguirá siendo en sí mismo amoral. Pero él no es el mundo, ni Dios, y se asume, cínicamente, como soledad. Si toda política necesita canallas (lo que por lo demás falta probar, simplemente faltan los contraejemplos), que no cuenten con él. «Cedamos esta comisión», como dijo Montaigne, a personas más obedientes y más blandas». La especie no está en vías de desaparición. Se evitará también abusar de ellas o dejarles demasiada iniciativa. Que se les utilice, pase; que

ellas dirijan, eso no debe ser: sería indigno obedecerlas. Se dirá que entonces hay que renunciar a toda eficacia. Que me lo demuestren. Una vez más, el cínico no es un ingenuo, y no retrocederá, cuando haga falta, ante la astucia o la fuerza, ni siquiera, para evitar lo peor, ante el engaño o el horror. Pero no aceptará hacerlo, insisto, más que por el interés común, únicamente, y jamás por el suyo propio. «¡Menuda carrera que va a hacer!» En efecto, pero no es ese su objetivo. Le basta con vivir.

La moral y lo universal

Pero ¿por qué militar? Por virtud, claro está: sería indigno (moralmente) militar por interés, o *solamente* por interés. La moral debe prevalecer, para el individuo, y por eso hay que militar, para combatir el mal en tanto que se pueda, es decir, ante todo, para disminuir el sufrimiento, la opresión y la humillación. «*Todos nosotros tenemos bastante fuerza*, decía el cínico La Rochefoucauld, para soportar los males del prójimo». ¿Y quién no ve que la política lo confirma? Pero eso es indigno.

tampoco una virtud pública: toda moral es individual, toda virtud es solitaria.

Retomo para concluir el problema de la *verdad* de la moral. Lo verdadero es verdadero para todos, e igualmente para todos. ¿Hay alguien que no vea que no ocurre igual en moral? ¿Es una virtud la castidad? ¿Son faltas la homosexualidad o la masturbación? ¿Y la excisión? ¿Y el aborto? ¿Y la pena de muerte? ¿Y la eutanasia? ¿Y el robo?... «*Nuestro deber no tiene más regla que la fortuna*», escribía ya Montaigne y eso crea un abismo que aún no hemos acabado de sondear. Me falta espacio, naturalmente, para desarrollar ese punto, pero diré simplemente esto: a lo que nosotros asistimos, en este fin de siglo, no es en absoluto al fin de la moral, sino a la desaparición, para ella, de todo *fundamento*, es decir, de toda legitimización objetiva.

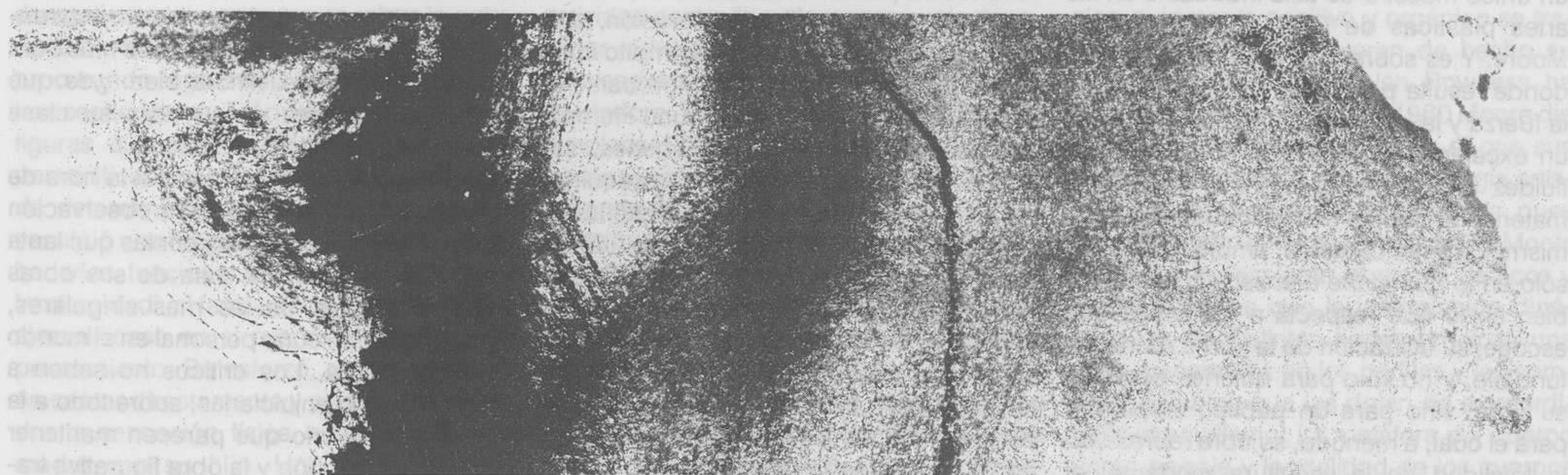
Cada uno sabe, a solas, lo que juzga bueno y, en consecuencia, lo que debe hacer. Pero nadie posee tampoco los medios para hacer en verdad una moral universal (que valiera imperativamente para todos), porque nada tiene ya fundamento absoluto, sino para pro-

ellos, no es porque alguna «verdad» los condene objetivamente (la ciencia puede demostrar la igualdad de las razas, pero no que hay que respetar esa igualdad) sino, simplemente, porque no los *quiero*. Deseo y voluntad: eso basta, y debe bastar, porque no hay nada más.

De hecho, eso basta, la experiencia lo prueba, para defenderse. Pero no basta, y muchos lo lamentarán, para imponer a los otros la propia moralidad. La exigencia moral, desde que ya no se basa en la verdad (desde que lo universal que ella quiere instaurar es reconocido, igual que lo universal estético, como ilusorio o imaginario), deja de valer igualmente para todos. La soledad es su lugar y —puesto que no tiene ni Dios ni Historia que juzgue— su horizonte.

Pondré un ejemplo, y me disculparán que sea personal (la moral siempre lo es). Si yo soy de izquierda, y militante cuando puedo, es sin duda (subjetivamente, e independientemente de las explicaciones objetivas que pudiera dar un sociólogo) por razones morales. Actuar únicamente por interés (por «corporativismo») sería una falta: dejaríamos entonces morir

Acción, pues, y acción moral. Yo soy de izquierdas, ingenuamente, por virtud. Pero es *mi* moral, y *mi* acción. Yo no tengo ningún derecho para juzgar moralmente, de acuerdo con mis propios valores, la política de los otros. El discurso moral, desde el momento en que no está ya fundamentado de verdad, no vale más que en primera persona. De hecho, sé muy bien (poniéndome imaginariamente en su lugar) que hay muchas personas honradas que son de derecha —el mismo Montaigne, si es que pueden compararse situaciones diferentes, era decididamente conservador— y canallas que son de izquierda. Pero eso no tiene importancia. Puesto que la moral sólo concierne al individuo solitario, los adversarios políticos no deben ser considerados más que *políticamente*: no son malvados (o si lo son, ese es su problema, y no es un problema político), son (desde mi punto de vista y para simplificar) reaccionarios. Es poco decir que eso no es una falta; para algunos, lo sé muy bien, es una virtud. Respeto, pues, respeto y tolerancia. Eso no molestará más que a los fanáticos.



La moral comienza, en política, cuando no se *soporta* más. Acción, pues, y sin tristeza a ser posible. La solidaridad vale más que la piedad.

¿Qué hacer? Esa era nuestra pregunta. La respuesta cínica, para el individuo, es la respuesta moral. Hay que hacer, simplemente, lo que se debe, es decir, el bien antes que el mal, y lo menos malo antes que lo peor. De lo cual son jueces, no el vulgo o el tirano, no el sacerdote o el secretario general, sino tú mismo, solitariamente. No hay una moral íntima (una moral que no valdría más que para la vida privada), pero

poner (eso se encuentra siempre), al menos para demostrar. Y ahí se reencuentra el gusto. Lo que yo puedo oponer a la maldad, al racismo, a la intolerancia... es ciertamente un conjunto de valores morales; pero no tengo nada más, para sostenerlos, que mi propio deseo (y el de mis amigos o camaradas: que la virtud sea solitaria no impide que las soledades se encuentren o se organicen) tal como resulta de mi (nuestra) historia. Yo soy del país de Montaigne, Voltaire, Hugo... Yo tenía dieciseis años en 1968. El fascismo, el racismo..., todo eso me repugna, y si lucho contra

de hambre a los niños del tercer mundo, lo que ciertamente hacemos, aunque no se deba hacer, y se trate de impedirlo. Por lo demás, si los sindicatos o los partidos no estuvieran ahí más que para defender-los-intereses-de-los-trabajadores, como se dice, nadie militaría, pues es fatigoso y no reporta nada ni, con mayor razón, aceptaría por el bien común el menor riesgo individual, como sin embargo vemos que se hace, y más a menudo de lo que se piensa. Que uno se sindicalice por interés, es posible, pero (salvo por arribismo) uno no milita nunca por interés.

La moral, en política como en otras partes, no vale legítimamente más que para uno mismo. Para todos los demás, la misericordia basta.

- (1) Gramsci evoca también, a decir verdad bastante misteriosamente, la base científica de una moral del «materialismo histórico».
- (2) Al menos un cínico: Lenin o Trotski pensarían más bien que la mentira es burguesa por excelencia y la verdad, como decía el otro, revolucionaria...
- (3) Spinoza, planteándose un problema comparable, dice solamente —lo que es muy diferente— que mentir no es nunca una virtud o un mandato de la razón.
- (4) Antístenes, que fue el maestro de Diógenes, es considerado como el fundador de la filosofía cínica.
- (5) Hugo Friedrich: *Montaigne* (Gallimard, 1984).

DAVID FINN
Henry Moore, Sculpture and Environment
Londres, 1977.

ALBERTO SOLSONA
Henry Moore, el devin de la historia
Lituania 4, Viena 1981.

WILLIAM PATER
Henry Moore, el escultor moderno
Londres, 1961.

JUAN BARRAL
Henry Moore, la obra completa
Esp. Lib. de la Univ. de Sevilla, 1984.

ANTHONY BARNETT
Henry Moore, la obra completa
Lituania 4, Viena 1981.

Henry Moore: el perfil del trabajo

Anthony Barnett

ANTHONY BARNETT

Pétrin Blanc

Lettre de Casse, 1982.

En lo que va de siglo solamente ha existido un único maestro de talla indudable en las artes plásticas de Gran Bretaña: Henry Moore. Y es sobre todo en el Reino Unido donde resulta particularmente difícil negar la fuerza y la importancia de su hazaña. Es un excelente escultor, con una magnífica fluidez y un dominio sobre la figura y el material no menos impresionante; es, asimismo, tremendamente ambicioso, y no sólo en lo que atañe a la escala, sino también en lo que respecta a los temas que escoge; su utilización de la forma es infundible, y no sólo para quienes conocen su obra, sino para un público amplísimo para el cual, a menudo, su obra *representó* la totalidad de la escultura moderna; el lugar que ocupa Moore no puede cuestionarse. Ello le dota de suma importancia, tanto para el arte como para el país que lo vio nacer. ¿Qué puede decirnos acerca de nosotros mismos?

La hora de su muerte, entonces, es el momento preciso para inquirirnos seriamente acerca del significado de la extraordinaria posición, del punto de vista de Moore. En mi opinión, fija el fin de un periodo en la historia de Gran Bretaña del cual Moore produjo manifestaciones sin parangón, aún cuando no se las reconozca como tales. Un período, en definitiva, en el que millones de personas se entregaron a la construcción de una nueva forma de vida urbana e industrial.

Los elogios que honraron a Henry Moore en Inglaterra no son el único indicio de su

categoría. Su obra, satirizada en el *Punch*, reconocida por el «establishment», ha sido objeto de una generalizada valoración, tanto en el Reino Unido como en el ámbito internacional. Tal como puede comprobarse en la edición de sus obras que Lund Humphries ha hecho en varios volúmenes, son más de treinta los países que han adquirido obras de Moore con objeto de incluirlas en sus colecciones públicas: desde Japón, Hong Kong y Australia, hasta el Oriente Medio y Bulgaria, aparte de Venezuela y Argentina. Se trata de obras que a menudo se instalan al aire libre, por lo cual resulta tentador decir, tal como se dijo en tiempos del Imperio Británico, que «el sol no se pone sobre la obra de Henry Moore».

Era un escultor universal, lo cual es digno de tenerse en cuenta por dos motivos. En primer lugar, Moore era inglés. Nació y se formó en un país que carece de toda tradición escultórica. Un pintor importante de la generación de Moore habría vuelto la vista hacia Constable, Turner y Hogarth, así como hacia Francia. Pero en lo que a la escultura se refiere, no existían tales puntos de referencia. Por tanto, la naturaleza «no británica» del medio artístico elegido es particularmente interesante, sobre todo si se tiene en cuenta la tantas veces percibida y proclamada «briticidad» de la obra de Moore. Para ser un artista de semejante talla, en Moore también es sorprendente su procedencia de una clase social genuinamente trabajadora. Fue el séptimo hijo de una familia de mineros del oeste de Yorkshire.

En ésta su experiencia proletaria se halla sin duda enraizado su permanente sentido del esfuerzo humano, así como su comprensión de que la vida de la mujer es más dura que la del hombre. Ahora bien: ¿de qué modo se imbrican en su obra su clase social y su país de procedencia?

El punto de partida evidente a la hora de indagar en este sentido es la observación de las esculturas yacentes por las que tanta fama tiene Moore. Se trata de sus obras más conocidas, de las más singulares, aparte de ser su cuño personal en el mundo de la escultura. Los críticos no saben a menudo cómo enjuiciarlas, sobre todo a la vista del equilibrio que parecen mantener entre la abstracción y la obra figurativa tradicional. ¿Es Moore un modernista o no? Y, caso de serlo, o de no serlo, ¿es esto algo que le descalifica o que, por el contrario, le hace merecedor de estima? Una de las señales distintivas de la «escultura moderna» es su alejamiento de las esculturas, es decir, del arte público que se dio en el siglo pasado en toda su variedad. Moore sigue esta tendencia, si bien se aparta abiertamente de ella en un sentido muy obvio: sus obras son, deliberadamente, piezas monumentales, piezas de exterior. Por otra parte, él quiso verlas emplazadas en el campo antes que en la ciudad. Este detalle parece un claro síntoma de ruptura con la tradición. ¿Existe algún momento histórico a lo largo de los siglos pasados en el que se pretenda emplazar estatuas solitarias en el medio de un campo? Claro que tal vez debiéramos



entender este detalle como un aspecto artístico de la urbanización del campo, de la incorporación de la naturaleza en todo aquello que ha fabricado el hombre, en una zona artificial, esculpida a la postre. En tal caso, el romanticismo de Moore vendría a ser por lo menos tan moderno como el propio romanticismo. Esa identificación con el paisaje, por cierto tan inglesa, supone la continuación de una tradición nacional que buscaba hacer de la naturaleza un lugar seguro, es decir, civilizar lo agreste.

Lo que Moore trató de expresar puede caracterizarse sumariamente en tanto en cuanto 'características abstractas de la humanidad'. En un momento determinado hace referencia a «los perfiles universales en los que cualquiera se halla subconscientemente condicionado» (1). Creo que, hablando en términos psicológicos, Moore procuró domesticar al tiempo que ensalzar la naturaleza humana. Llevó a cabo este propósito procurando llegar hasta el tuétano de nuestros sentimientos. Así pues, rehusó plasmar figuras cuyas características particulares personificasen una serie de valores propios de determinada moda superficial. Nunca esculpió una madre y un hijo con objeto de hacerlos funcionar como emblema de la 'maternidad', ni tampoco un 'pensador' que ejemplificase en sí mismo el proceso del pensamiento. Se esforzó, por el contrario, en captar directamente y plasmar en la piedra la sensación física que produce una madre con su hijo. Uno de los modos por medio de los cuales llevó a cabo este propósito fue a través de la 'fidelidad al material'. Poseía la habilidad de transformar la piedra en plástico, pero intentó por el contrario exponer a la vista del espectador la calidad de la piedra, por medio de la cual supo dotar de una forma perenne a sus temas humanos.

Así, Moore trató de hacer redundante la alegoría. Su universalidad ni siquiera es de las que pretenden proclamar que su sociedad puede producir figuras capaces de aguantar la comparación con las figuras del pasado. Buscó una y otra vez una escultura capaz de englobar la historia del arte propia de su civilización y las de otras civilizaciones, una escultura que englobase la experiencia humana y el propio florecer del planeta. En ninguna etapa histórica anterior

es posible detectar semejante objetivo; solamente la abstracción goza de la capacidad de hacer plausible tal ambición; de ahí la modernidad de Moore.

No obstante, las estatuas yacentes de Moore son estatuas. En tanto en cuanto las contemplemos bajo el prisma de la representación humana, podemos dejar a un lado la teoría del arte. Si quisiéramos ver a alguien del otro lado de sus acciones, es decir, del otro lado de lo que hace, optaríamos por contemplar el modo en que se ve, sus expresiones, su rostro. Contemplaríamos especialmente sus ojos, pero también la manera de reír, la inteligencia que denota el movimiento del cuello, la energía que contienen y perfilan los músculos que circundan la boca, el modo en que mueve las manos, los brazos y la cabeza relacionados unos miembros con otros, pues toda esta actividad centrada en lo que se suele denominar el busto de una persona constituye precisamente su faceta más concentrada y reveladora. Téngase esto en cuenta y contémpense los rostros de las estatuas yacentes de Henry Moore.

Aparte de alguna rara excepción (como el gesto burlesco de la *Mujer yacente*, 1930 (2), parecen tener todas en común cierta clase de expresión. De todas ellas, muchas resultan virtualmente, y otras tantas literalmente, desprovistas de rostro. Los ojos son de estar mirando al infinito o incluso de no mirar nada en absoluto. Tienen las bocas vaciadas de toda palabra, rasgo muy notable y, a su manera, sumamente expresivo. Semejan «zombis» hasta el extremo en el que todo rostro de personalidad está decapitado; todas estas cabezas son una terrorífica negación del individuo. Nada existe, en la naturaleza entera, capaz de generar rostros tales. Un mundo, o bastaría con una sola calle, habitada por personas que tuvieran la expresión facial de las obras de Henry Moore, sería terrorífica.

Si dejamos a un lado los rostros y nos fijamos en la cabeza y en los hombros, podremos ver, no obstante, que las estatuas yacentes de Moore adolecen de una actitud humana reconocible, mucho menos terrorífica. Esta actitud la expresan sus posturas, el modo de sostenerse la cabeza. Una estatua yacente puede desprender gran cantidad de energía, de sensualidad, de comba-

tividad incluso. Las figuras de Moore parecen haber postergado hasta la más remota intención de incorporarse. No se hallan completamente aplastadas, pues se hallan recostadas sobre un codo. Con todo, difícilmente podrían ser capaces de algo más; es esa postración la que les dota de su aspecto característico, de ese particular conocimiento de sí mismas, como si fueran plenamente conscientes de su inquietante condición. Un especial fatalismo, una resignación casi heroica impregna las estatuas yacentes de Moore.

Sus rostros tienen esa expresión de imbecilidad, sus posturas son atroces, y están llenas de agujeros. Claro que esos agujeros les dotan de una belleza sensual, suprema, de una energía vital debida a su exposición espacial. Pero hay algo sin duda perverso en la visión de estos espacios como si de algo puramente positivo y orgánico se tratara, como si constituyeran de hecho su único rasgo distintivo. Alan Bowness ha mostrado que alrededor de 1960 Moore dio inicio a un «periodo tardío» en el que sus figuras interiorizan y elevan la energía artística y la propia experiencia del artista, pues se tornan radicalmente abstractas (3). Moore comienza a desplegar obras en dípticos y trípticos, en las que la interrelación dinámica de las distintas partes precipita una serie de cambios en los perfiles y las sombras, cambios que las dotan de extraordinario dramatismo. La metáfora del cuerpo como paisaje y la realidad de los cuerpos como materia de trabajo se ven acentuadas por el desmembramiento de las figuras. Al mismo tiempo, unas y otras se atraen desde un punto de vista escultórico, y se da una fuerza lineal vertiginosa que insiste en que las veamos como si fueran parte de un único cuerpo. No obstante, no es posible permanecer ajeno o ciego ante la intervención, literalmente catastrófica, que se ha operado en estas 'estatuas yacentes' aparentemente tan amables. Dado que sus columnas vertebrales se hallan completamente destrozadas, serán incapaces de ponerse en pie.

¿Qué es lo que ocurre en estas esculturas? El mero hecho de poder hacernos tal pregunta apunta a otro de los aspectos de la obra de Moore: su reiteración. El principal punto flaco de Moore era su reducida gama

DAVID FINN

Henry Moore,
Sculpture and Environment
Londres, 1977.

ALBERTO SOLSONA

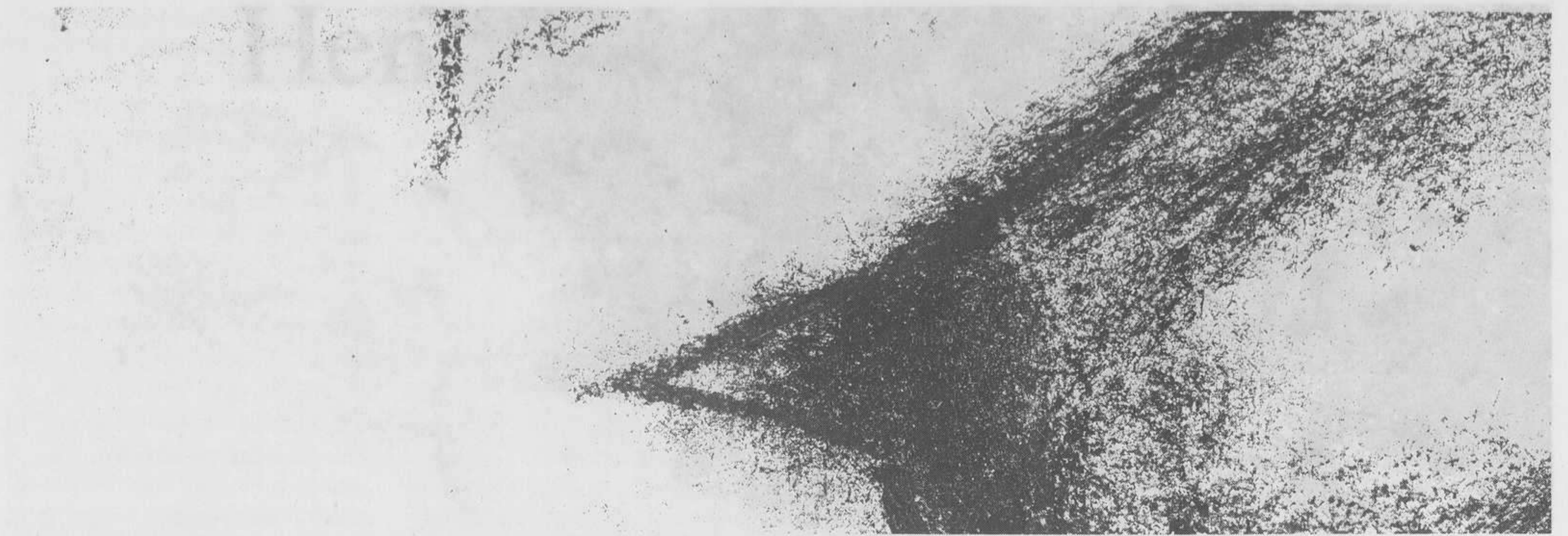
Henry Moore, el
desván de la historia
Leviatán 4, Verano
1981.

WILLIAM PACKER

Henry Moore, an
illustrated biography
Londres, 1985.

JOHN HEDGECOE

Henry Moore:
My Ideas, Inspiration and Life as an artist
Londres, 1986.



temática. Para ser un artista que fue profunda y permanentemente fiel a las ideas de la naturaleza y a la forma humana, y por encima de todo fiel a la relación que mantienen unas y otra, prácticamente no esculpió ni un solo animal, ni una sola figura erguida, es decir, ninguna de las dos formas más comunes de emparentar el músculo y la tierra. La calidad de su obra, obsesiva hasta un punto casi alarmante, la desmiente la moderación, el buen humor del propio artista. Cualquier aproximación a su obra, a su hazaña, tiene por fuerza que intentar situar y comprender la naturaleza de sus limitaciones. Personalmente, soy consciente de las transformaciones cuasi-oceánicas que tuvieron lugar dentro del marco de su obra, así como de su *capacidad* de salirse de dicho marco, tal como muestran las fotografías de sus modelos basados en las bañistas de Cézanne. Con eso y con todo, las figuras horadadas no tienen por qué mostrarse yacentes de manera tan insistente, y las figuras yacentes no tienen por qué mostrar de manera tan insistente esa misma expresión facial. Además, ¿por qué se trata casi siempre de mujeres? «En mi obra, las mujeres deben sobrepasar a los hombres por lo menos en una proporción de cincuenta a uno. Los hombres sólo aparecen en escena cuando son fundamentales para la plasmación del tema; por ejemplo, en un retrato de familia» (4).

Esta forma de dar las cosas por obvias, característica de Moore, no puede tomarse en un sentido literal. No se trata exclusivamente de que Moore prefiera a las mujeres, de que vuelva insistentemente a una sola figura, por trabajada y retocada que esté. Imagínese, y digo imagínese, por un momento, que dicha figura significa de hecho algo distinto de sí misma, que es, en cierto sentido, una alegoría. Marina Warner ha subrayado que «el cuerpo es aún el mapa en que trazamos nuestros significados». Ha demostrado que un cuerpo femenino, debidamente sujeto a un proceso simbólico, puede representar una serie de actividades o valores masculinos. Así por ejemplo, el pecho desnudo de una mujer resulta ser «muy frecuentemente un signo de que se nos incita a aceptar una significación ulterior y no se nos presenta el cuerpo en tanto persona» (5). ¿Podría ocurrir algo semejante en la

obra de Henry Moore? Un sencillo modo de responder a esta pregunta es imaginar que las mujeres yacentes de Moore representan, en su horizontalidad, hombres.

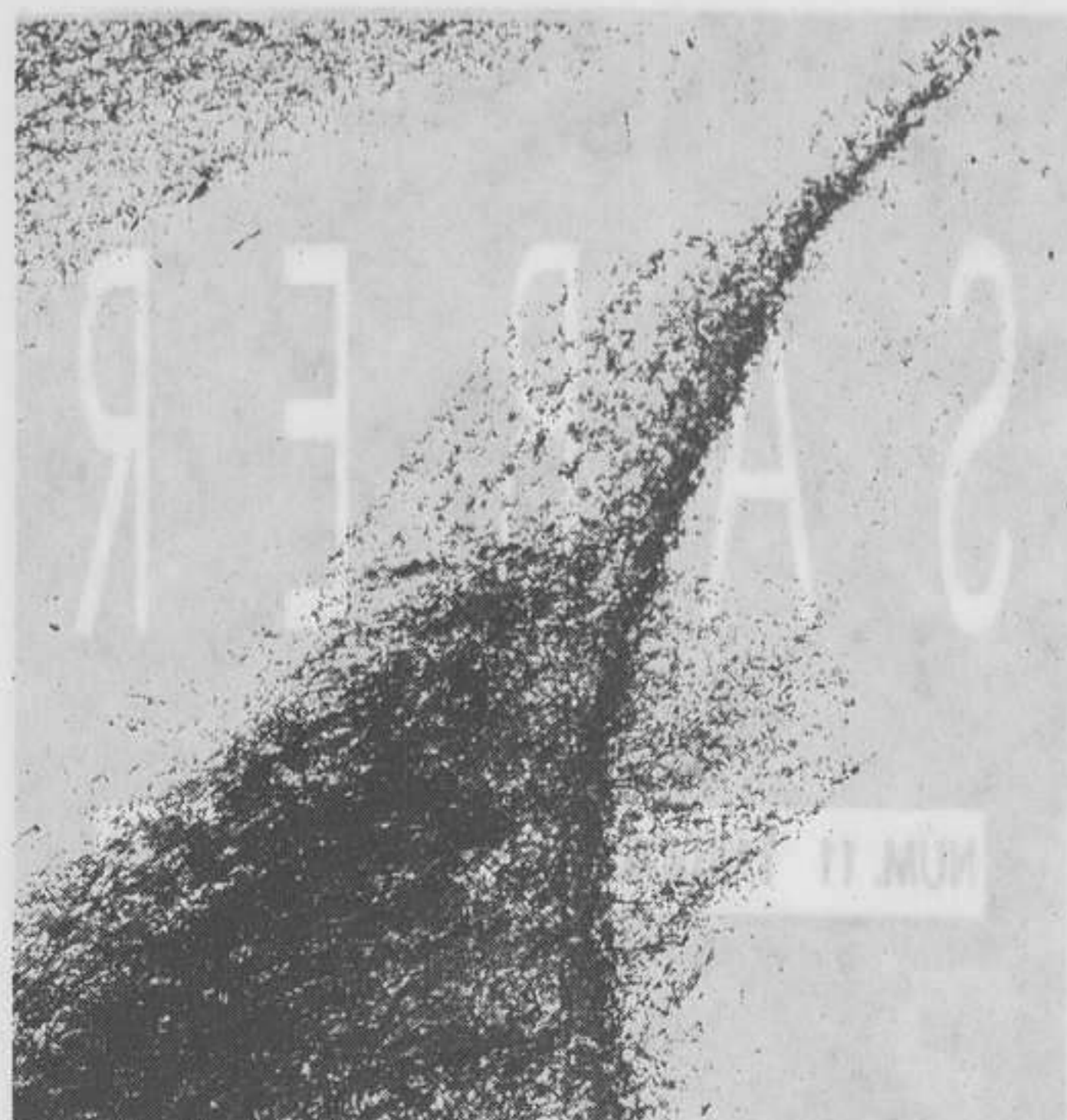
Si esta observación suena a violación flagrante de la obra de Moore, quizá nos sirva al menos para subrayar que disponemos de un hecho que deja constancia de que él mismo subvirtió el género de una de sus esculturas. *La caída del Guerrero* (1956-57) está construida a partir de la maqueta de la *Mujer sedente* (1957) tras darle la vuelta.

Moore esculpió tres guerreros masculinos: *El guerrero sedente*, o *Guerrero de Arnhem* (1953-54) y el *Guerrero de Goslar* (1973), aparte de *La caída del Guerrero* ya mencionada. Las dos primeras son figuras desoladas, objeto de una amputación. La última (de la que Moore ha dicho que «representa el dramático momento que precede a la muerte») (6), figura por derecho propio entre las más impresionantes esculturas de corte trágico que se hayan hecho jamás. Ambas están provistas de escudos, lo cual aporta una connotación clásica, recurso absolutamente excepcional en la obra de Moore, cuyas mujeres yacentes no pertenecen a ningún periodo histórico concreto. Claro que en el caso de los «guerreros» tal vez los escudos, al igual que el propio término arcaizante, vele la propia experiencia que tuvo Moore de los soldados caídos, por cierto nada despreciable.

Ingresó en el ejército a los dieciocho años de edad, en 1916. En noviembre de 1917 entró en acción en Cambari, con los fusileros de Lewis. Su batallón infligió pérdidas horrosas al enemigo y sufrió también pérdidas considerables. A semejante edad, cuando la mayor parte de los críticos de arte del Reino Unido están a la espera de sus sobresalientes escolares, Moore cabalgó en el primer caballo del Apocalipsis de la modernidad, la ametralladora. Estuvo hospitalizado durante tres meses y volvió al campamento donde se había adiestrado; allí, el escultor que descubrió el agujero se convirtió en un especialista de la bayoneta. El mismo ha recordado cómo tuvo que enseñar el uso de este arma mortífera a un chico de clase elevada, que no llegaba más que a arañar el estafermo. «Atraviésalo con todas tus fuerzas y grita ¡cómete esto!» (7).

¿Deberíamos considerar esta anécdota como una mera coincidencia? Supóngase que esparcimos los hombres yacentes de Henry Moore en un determinado paisaje, no en forma de grupo escultórico, como los de los parques, sino al azar, unos arracimados, más aislados otros, pero todos dentro de un reducido espacio. Nos encontraríamos en el escenario de una masacre. Es preciso tener cuidado en este punto. El dibujo de Moore que representa *Cuatro figuras en un hoyo* (1942) puede contemplarse como un cúmulo de víctimas en el cráter producido por una explosión, pues ciertamente da una clara sensación de catástrofe ocurrida en tierra de nadie. Pero no es mi propósito argüir que la obra de Moore deba leerse lisa y llanamente como un campo de batalla propio de la Gran Guerra; ello equivaldría a caricaturizar su significado por medio de una inversión excesivamente vulgar de su mera apariencia. Con todo, es difícil desechar de plano la posibilidad de que ellos sea al menos parte de lo que muestra Moore en su obra. La razón que a ello nos induce es que explica vívidamente la terrorífica mirada y el abatimiento, la postración de las figuras yacentes, a través de las cuales se expresa.

Si la obra de Moore debe entenderse en cuanto que incorpora de algún modo esta experiencia, el modo en que lo hace no está tan claro. Existen dos razones obvias por las que sus obras no pueden reducirse a una simple respuesta ante la guerra. La primera es que no son meros lamentos. Es cierto que el crítico de arte del *Observer*, William Feaver, ha ensalzado a Moore porque «para él, la escultura era una tarea tranquilizadora; las suyas no son imágenes conmemorativas, que impliquen una vida más allá de la muerte, sino bultos confortables, maternales, totémicos, escudo y refugio. Este optimismo, o, si se quiere, sentido de seguridad, hacen de él una especie de Pangloss...» (8). Los «totems» de que habla Feaver (los *Motivos Verticales* de Moore) bien podrían entenderse como los mangos de una dagas gigantescas hundidas en la tierra hasta las cachas. Puede verse una gráfica ilustración de ello en la fotografía de Glenkiln. *Energía nuclear*, una obra gigantesca, en forma de calavera, que conmemora *in situ* la primera vez que se logró la



fusión del átomo, en Chicago; la descomunal trabazón de las *Tres vértebras*; las demás obras que semejan huesos, recuerdan *memento mori* desproporcionados y esparcidos a todo lo largo y ancho del planeta. Difícilmente pueden resultar reconfortantes tales imágenes. Con todo, es cierto que en alguna ocasión Moore dijo lo siguiente: «Quisiera que se considerase mi obra como una celebración de la vida y la naturaleza».

El segundo motivo que permite descartar la ligazón de que hablábamos, entre la obra de Moore y la Gran Guerra, es que se trata sin duda de la antítesis de los monumentos que oficialmente responden a las pérdidas del desastre. Moore no participó jamás de la respuesta dada por las clases medias al horror que supusieron la vida y la muerte en las trincheras. Las estatuas que recogen los nombres de los caídos, esas estatuas que atestán las calles del Reino Unido con su falsa heroicidad y sus lamentaciones teatrales perpetuadas en piedra negra, son en gran medida todo lo que no es la obra de Moore. Por ejemplo, conceptúan la guerra como excepción, como erupción trágica que se produce en el seno de una sociedad por lo demás feliz.

El de 1914 a 1918 fue un período de especial aflicción. Para la clase trabajadora, sin embargo, vino a suponer más una intensificación que una interrupción de su experiencia previa. Fueron tantos los mineros que se alistaron voluntariamente cuando empezó la guerra, que la producción estratégica de carbón sufrió las consecuencias, hasta el punto de que hubo de excluirse del servicio militar obligatorio. No fue solamente el patriotismo lo que les llevó a abrazar la bandera, sino también las condiciones del trabajo en la mina. El padre de Moore, un activo sindicalista, se aseguró de que su hijo no siguiera el camino que a él le había llevado bajo tierra. Por el contrario, fue a las trincheras en una movilización posibilitada por la amplia movilización industrial que ya había tenido lugar. Las trincheras pudieron construirse gracias a las minas, los explosivos gracias al carbón, las bayonetas gracias a las fábricas de acero. La guerra no hizo sino amplificar lo que ya había aumentado el número de víctimas debidas a los accidentes laborales. La res-

puesta de Moore ante este estado de cosas, similar a la de la mayoría de los miembros de su clase, fue esencialmente «práctica», y esto se puede comprobar en su obra. No es tanto una protesta o un alegato contra la guerra, cuanto el testimonio de un modo de vida que en un momento dado encontró su mejor expresión en la guerra.

Su símbolo es la madre tierra, metáfora mucho más terrible en las trincheras que la amapola. Allí, la tierra se empapó de sangre e hizo brotar las flores. Pero en ese proceso entran también los cuerpos, que tuvieron su parte en la transformación de paisaje. En las estatuas yacentes de Moore el espacio invade las formas, y las propias formas se pliegan para incorporarse al medio. Las distorsiones se apartan del plano anatómico, ondulan más como las colinas que como los muslos, de manera que las figuras regresan a la materia de la que están hechas.

Sin embargo, todo esto se manifiesta cuidadosamente, con amor, por ambiguo que sea. Se ingresa en la madre tierra —en la muerte—, pero ella da lugar a la vida, pues es la fuente de toda forma de vida. En la experiencia de Moore entran en juego diversos factores sociales y geográficos. La minería, por industrial que sea en tanto actividad, tiene lugar fuera de las grandes ciudades, en emplazamientos en los que los hombres trabajan la tierra a lo largo de sus más profundas venas. El pozo y la galería de las minas se funden en la obra de Moore con la herida que produce la bayoneta, del mismo modo que se funden el pasaje del nacimiento y el escenario de la violación. Las rocas que han consumido a toda una multitud de hombres, aplastados unos, carbonizados la mayor parte en su interior, dan lugar a la luz, al calor, a la energía necesaria para una vida mejor. Esta experiencia directa e industrial de la naturaleza viene reforzada por la cultura natal de Moore. En Inglaterra no son sólo las clases más elevadas las que ponen los valores rurales por encima de la esfera urbana. La clase trabajadora británica, en parte por las condiciones de su temprana creación, casi pionera respecto de otras, muestra una intensa nostalgia por el exterior, por la tierra.

¿Hay alguien capaz de arrogarse el derecho de interpretar el «significado» de una obra de arte cuyo creador no ha tenido

intención de ser explícito? Vaya por delante que no tengo ninguna intención de negar la calidad escultórica de Moore, ni su interpretación de temas tales como la madre y el hijo. El mismo tuvo la impresión de que en su obra podrían darse significados de los que ni siquiera él era consciente; tengo la impresión de que si se desplaza este hecho y se lo sitúa en un cuestionamiento de los arquetipos universales, se sienta un precedente que daría pie a la falsa discusión acerca del '¿qué quiso expresar en realidad?', lo cual alejaría la cuestión del terreno propio de la historia y la experiencia de Moore. En otro sentido, una ceguera deliberada (lo que también suele denominarse fe), tan evidente en sus figuras, es característica del obrero británico (y, en otro sentido, de la totalidad de la cultura británica).

El propio Moore ponía objeciones a quien se empeñaba en calificarlo como «el hijo de un minero»; de ello se hace eco John Russell al principio de su biografía de Moore:

«Su padre no era 'un minero' en el sentido convencional del término, sino un individuo pensativo y tenaz que habría ascendido rápidamente en la escala social (*sic*) caso de haber dispuesto de una educación mejor. Más próximo a H.G. Wells que a D.H. Lawrence en lo que respecta a su orientación, daba gran importancia a la inteligencia... Ambos padres supusieron, de hecho, un claro ejemplo de esfuerzo consciente: el padre en lo tocante a la ardua disciplina del mantenimiento de un hogar y la madre en la labor continuada y dura que implica la crianza de ocho hijos (9).»

Este argumento sólo tiene por objeto contestar a la concepción romántica de la educación minera de Moore. El jamás se rebeló contra esa formación (¿cuántos miembros del proletariado inglés no se habrán convertido al «lawrencianismo» ante la perspectiva de arder en la hoguera?); Wells era, sencillamente, el más representativo. De acuerdo con Packer, el padre de Moore era un directivo sindicalista bien relacionado, «convencido firmemente tanto de la dignidad del trabajo como de su propia valía intrínseca, Raymond Moore era un socialista a la usanza de su tiempo» (10). Su hijo mantuvo su lealtad a las actitudes progresistas, diseñó la cubierta de un número de *Arms for Spain*, fue comunista durante el breve lapso

THEODORE
DRAPER

*Abuso de poder:
Cuadernos para el
diálogo, 1968.*

*El nacionalismo negro
en Estados Unidos
Atlanta, 1972.*

de tiempo que duró el frente popular (16) y llegó a rechazar el rango de caballero. Hay en Henry Moore y en su arte un inevitable componente político. De ahí no puede uno pasar a juzgar sus realizaciones en estos términos, ni a sugerir que se dedicó a la propaganda. Reconocer esa dimensión política es en su caso un cumplido; la mera idea de que una personalidad pública de sus características carece de dimensión política sólo es sostenible por aquellos cuyo propósito oculto es expropiar a tal o cual figura de todo planteamiento político que no concuerde con los suyos.

Con eso y con todo, Henry Moore no militó en la oposición. Pertenecía al ala cultural de una izquierda sindicalista antifascista inglesa que buscaba su lugar en el espacio político y que sentía el derecho de formar parte de la coalición gobernante. Sus famosos dibujos en los que se recoge a toda una población dormida en los pasillos del metro londinense para guarecerse de los bombardeos, proyectan ese ambiente patriótico y colectivo que él reconocía como suyo. Ahí, en los túneles, topamos con sus figuras yacentes, ahora verdaderamente amontonadas en los mismos hoyos. Herbert Read, que tuvo la feliz idea y el buen gusto de sugerir que se encomendara a Moore el dibujo de los mineros en la mina, en el «frente local», escribió lo siguiente acerca de los apuntes subterráneos:

«Vio la patética multitud, compuesta de gentes sin hogar y refugiadas en el metro, acurrucadas, formando grupos al azar, pero de una monumentalidad innegable, grupos abandonados a su propia miseria, y se sintió impelido a dejar constancia de lo que había visto. El resultado fue una serie de «dibujos de refugio» que constituyen la expresión más auténtica de la tragedia particular que supuso esta guerra, de su impacto directo sobre las masas de la humanidad, sobre las mujeres, los niños y los ancianos de nuestras ciudades (11).»

El lenguaje de este fragmento revela una perspectiva proteccionista y olímpica que en ningún caso fue la de Moore. La descripción, sin embargo, contiene cierta verdad, verdad por cierto aplicable a las figuras yacentes. Estas son una expresión auténtica de la especial tragedia que sufrió la población civil durante la larga guerra que comenzó en la época en que el padre de Moore fue expulsado del campo y se vio obligado a ingresar en la mina, y que continúa aún ahora, al arrojarnos hacia destinos desconocidos.

No todas las esculturas de Moore gozan de esta cualidad. Excepción notoria es la de una pareja sedente que mira a lo lejos en una postura y con un gesto que reflejan cierta confianza en sí mismos. Encarados al paisaje, otéan el territorio como si fuera de su propiedad, con una determinación voluntariosa inexistente en casi todas las demás piezas de Moore, incluidos sus grupos de familia. Esta pareja lleva por título *El rey y la reina...* En Gran Bretaña, debido a razones de sobra conocidas, la clase trabajadora se muestra relativamente unida desde los albo-

res de la revolución industrial, consciente del destino que le había tocado en suerte. Se detecta en ella un sentimiento de tener en suspenso a la sociedad entera, un sentimiento de representación de sus mejores cualidades (la lealtad, la llaneza), pese a estar subordinada a ella. De igual modo, y en un sentido que parece excluir por completo hasta el más mínimo deje de ironía, Moore respetó el orden británico, aunque, y seguramente a su pesar, dejó por herencia la expresión implacable de su coste.

Su obra, en el mundo entero, es considerada como una poderosa declaración. En su simplicidad, en su grandeza, en su fuerza monumental, en su sólida apoyatura, en su fidelidad a los materiales, en la habilidad y la artesanía derrochadas, la obra de Moore encarna a la clase trabajadora que primero se masifica en todo el mundo, sobre todo en lo tocante a su sufrimiento y su pasividad. No en vano puede sentirse en la fuerza del buey una inclinación análoga a la obediencia. Sus figuras no se rebelan, sino que aceptan su sacrificio; conocen su condición, aunque no les guste, poseen la fuerza, pero no la voluntad de levantarse. Las figuras de Moore provienen de una experiencia colectiva en la cual las mujeres son las que más se fatigan. Ellas son el perfil del trabajo industrial tal como se plasma en lo que dura una vida humana.

(1) *Henry Moore* de Lund Humphries (edición revisada y ampliada, en lo sucesivo *H.M.*), vol. 1, en la introducción de Herbert Read, p. XXVI.

(2) *H.M.*, vol. 1, p. 47.

(3) Véase la introducción de Bowness a *H.M.*, vol. 4.

(4) *Henry Moore, Sculpture*, ed. por David Mitchinson, Londres, 1981, p. 52.

(5) *Monuments and Maidens: The Allegory of the Female Form*, 1985, pp. 227, 331. Las figuras de Moore también pueden comentarse en los términos en que comenta Warner «*El cedazo de Tuccia*». En su caso, no obstante, «sus desnudos jamás han sido habitados por un verdadero individuo» (p. 323). Nunca esculpió a partir de un modelo.

(6) Mitchinson, cit., p. 138.

(7) *Sunday Times*, 9 de febrero de 1986.

(8) *Observer*, 7 de septiembre de 1986.

(9) John Russell, *Henry Moore*, Harmondsworth, 1973, p. 13.

(10) Véase Margaret Gardiner, *Barbara Hepworth: A Memoir*, Edinburgo, 1982, p. 50.

(11) Introducción a *H.M.*, vol. 1, p. XXVII.

LETRA INTERNACIONAL

Suscripción (4 números):
1.600 Ptas.

Forma de pago:
giro postal o talón bancario.

Redacción y administración:
Monte Esquinza, 30
28010 MADRID

S A B E R

NÚM. 11 TARDOR 1986 2a. ÈPOCA 500 Ptes.

VIENA I PRAGA

JEAN CLAIR, CARL E. SCHORSKE,
LLUÍS IZQUIERDO, JAROSLAV SEIFERT

LA LÍNIA I EL LABERINT

UMBERTO ECO

D E L S ROLLING STONES

STANLEY BOOTH, LLÀTZER MOIX

CONVERSA AMB PETER EISENMAN

LA PISTA PYNCHON

JEAN-FRANÇOIS FOGEL, THOMAS
PYNCHON

ARTICLES

de FELIU FORMOSA, ENRIQUE
LYNCH, QUENTIN ANDERSON

R E L A T

ENRIQUE MURILLO

CONSELL DE CENT, 278. 08007 - BARCELONA

Todos los hombres de Reagan

Theodore Draper

Uno

Se da por sentado que ésta es la era de la presidencia imperial. Ha resultado que estamos en una era de presidencias que han pretendido hacerse imperiales... y han fracasado. El intento y el fracaso de la presidencia de Reagan sólo son los últimos eslabones de esta cadena. Los elementos esenciales de la tentativa de Reagan tampoco son nuevos. Otros presidentes han usado y abusado del Consejo de Seguridad Nacional y de su «consejero»; otros presidentes han ocultado deliberadamente a sus secretarios de Estado la política presidencial; otros han encontrado la manera de tener al Congreso a oscuras en cuanto a lo que hacían.

Pero hay algo nuevo en el fenómeno Reagan. Puede que los elementos de la intriga actual sean familiares, pero han adoptado a menudo una forma diferente y más siniestra. Un aspirante a presidente imperial ha preparado el camino para una supuesta junta presidencial.

Ha sido una larga transición. En su estudio de la presidencia imperial, Arthur M. Schlesinger, Jr., comenzaba la narración con los conflictos sobre el poder presidencial en la Administración de George Washington. Pero la crisis actual del poder presidencial tiene una dimensión distinta; no es sólo una crisis sobre lo que el presidente puede hacer; también es sobre lo que pueden hacer en su nombre quienes le rodean o están detrás de él.

Las raíces del trance que ahora nos ocupa se remontan a las tentativas de, al menos, los siete últimos presidentes para zafarse de las limitaciones cons-

titucionales de su cargo. Schlesinger sitúa la «ruptura presidencial» después de la segunda guerra mundial. «Los presidentes de la posguerra», afirma, «aunque Eisenhower y Kennedy mucho menos que Truman, Johnson y Nixon, estuvieron a punto de considerar el reparto del poder con el Congreso en política exterior un menosprecio de la Presidencia» (1). Esta versión excluye a Franklin D. Roosevelt sobre la base de que, pese a que su «trato de los destructores» con Gran Bretaña en 1940 se hizo sin autorización del Congreso, había fundadas y suficientes razones para hacerlo. Schlesinger disculpa a Roosevelt porque la posibilidad de un colapso británico suponía una auténtica emergencia nacional, y porque Roosevelt consultó en privado con las direcciones republicana y demócrata. Pero Roosevelt sabía que su acción era discutible constitucionalmente y al principio no quiso enviar los destructores a Gran Bretaña sin la aprobación del legislativo. Como señala Schlesinger, el profesor Edward S. Corwin, destacada autoridad en materias de presidencia, consideraba el trato un «apoyo a la libre autocracia en el campo de nuestras relaciones exteriores». El camino hacia Reagan estaba sembrado de buenas intenciones.

La presidencia imperial actúa, pues, autocráticamente. Hasta ahora lo hace más en los asuntos exteriores que en los internos. Pero no siempre ha sido así. Mientras la tradición aislacionista era aún fuerte, los presidentes tuvieron menos incentivos u oportunidades para actuar por su cuenta. En cuanto la llamada «doctrina Truman» de 1947 pareció dar permiso para intervenir en cualquier parte del

mundo, los presidentes estuvieron mucho menos dispuestos a contenerse, especialmente en periodos de complacencia del Congreso.

Hasta que terminó la segunda guerra mundial, los presidentes no tuvieron los medios burocráticos necesarios para llevar a cabo su política por sí mismos. Podían insistir en tomar decisiones unilateralmente, pero no podían eludir la burocracia existente para llevarlas a cabo. Roosevelt no tenía una Agencia Central de Inteligencia ni un consejero de seguridad nacional con su propio equipo; el «trato de los destructores» no era un secreto para el departamento, ni para el Congreso, ni para nadie. La CIA y el Consejo de Seguridad Nacional (NSC) fueron creados en 1947, el segundo con una plantilla encabezada por un adjunto de seguridad nacional, más conocido como consejero de seguridad nacional. La plantilla profesional del NSC, que empezó siendo un puñado de personas, ha pasado a estar compuesta por unos cincuenta miembros, los suficientes para dividir todo el mundo entre sus propios especialistas. Con estos dos nuevos organismos, los presidentes pudieron hacer cosas que no habían sido factibles antes.

Una vez más, el cambio se produjo por etapas. La CIA estaba en principio encargada de coordinar, relacionar, evaluar y difundir información secreta extranjera; al consejero de seguridad nacional se le encomendó la tarea de coordinar las opciones políticas que tenía el presidente y las recomendaciones que se le hacían a éste. En el primer periodo, se tomó una decisión que presagiaba el fin del papel tradicionalmente predominante del Departamento

de Estado en la formulación y ejecución de la política exterior norteamericana. El secretario de Estado de Truman, James F. Byrnes, quería que el nuevo organismo de información fuera responsable ante el Departamento de Estado (2). Cuando Byrnes fue destituido, la CIA siguió viviendo su propia vida, cada vez más a costa del Departamento de Estado. En 1948 se creó otro nuevo organismo vagamente ligado a la CIA, llamado con el atractivo nombre de Oficina de Coordinación Política, para participar en actividades secretas. En 1951 se integró plenamente en la CIA, y ésta, a partir de entonces, llevó a cabo tareas de espionaje y operaciones secretas.

La Administración Truman fue básicamente la responsable de estas innovaciones; pero el mismo Truman no se dio cuenta de a dónde iban a conducir. Once años después de dejar el cargo, Truman confesaba: «Nunca se me ocurrió cuando creé la CIA que se la introduciría en operaciones de espionaje en tiempo de paz». Ya no le gustaba su propia obra: «Estoy preocupado desde hace algún tiempo por el modo en que se ha desviado a la CIA de su misión original. Se ha convertido en un arma operativa, y a veces de formulación de política, del Gobierno». Después de observar el resultado, no quería saber más de ello: «Por consiguiente, me gustaría que se restituyera a la CIA su misión original de servir de arma de información del Presidente, y todo lo que pueda desempeñar adecuadamente en ese campo especial, y que se ponga fin a sus deberes operativos o se utilicen adecuadamente en otro ámbito». Finalmente, reflexionaba: «Hemos crecido como

HENRY KISSINGER

Mis memorias
Comos, 1977

NOAM CHOMSKY

USA: mis caídas
actúa
Año, 1978

La segunda guerra
trá
Crítica, 1984

Superpotencias en
colisión
Dobson, 1982

THEODORE
DRAPER

Abuso de poder
Cuadernos para el
diálogo, 1968.

El nacionalismo negro
en Estados Unidos
Alianza, 1972.

Paz y Jank, 1987

HENRY KISSINGER

Mis memorias
Cosmos, 1979.

NOAM CHOMSKY

USA: mito, realidad
acracia

Ariel, 1978.

La segunda guerra
fría

Crítica, 1984.

Superpotencias en
colisión

Debate, 1985.

VV. AA.

Estados Unidos:
luces y sombras

Pablo Iglesias, 1987.

A.N. YAKOVLEV

De Truman a Reagan

Plaza y Janés, 1987.

nación y se nos respeta por nuestra capacidad de mantener una sociedad libre y abierta. Hay algo en el modo en que funciona la CIA que arroja una sombra sobre nuestra posición histórica y creo que tenemos que corregirlo» (3). Y a un corresponsal le escribió: «La CIA fue creada por mí con el único propósito de reunir toda la información disponible para el Presidente. No estaba concebida para funcionar como un organismo internacional comprometido en actividades extrañas» (4).

Estas actividades se han vuelto cada vez más extrañas, hasta que, con Reagan, el mismo presidente afirma que no sabe cómo se han producido. Pero hay una cosa que no puede dejar de saber: que él utilizó a su consejero de seguridad nacional en lugar de al secretario de Estado como el instrumento elegido para dirigir la política exterior norteamericana. Si esta sustitución hubiera ocurrido por primera vez, ya sería bastante grave. Pero ya ha ocurrido con frecuencia antes, aunque no en la forma extrema *reaganiana*.

Se viene prestando demasiada atención a los pequeños detalles del *affaire Irán-contra*, y no se dedica la suficiente a las repercusiones que éste tiene para las instituciones y la estructura de nuestro gobierno. Mucho después de que se hayan olvidado los detalles precisos de la desviación de fondos a la *contra* se estará pagando todavía el precio institucional. Para apreciar plenamente la profundidad y gravedad del problema, es necesario remontarse

al modo en que ésta viene desarrollándose en el último cuarto de siglo. Esta crisis institucional afecta, principalmente, al presidente, al secretario de Estado y al consejero de seguridad nacional; los dos primeros cargos, tan antiguos como la República; el tercero, un relativo recién llegado en el sistema de gobierno americano (6).

Dos

El puesto de consejero de seguridad nacional no empezó a existir hasta los inicios de la Administración Kennedy, en 1961. El cargo lo ocupaba McGeorge Bundy, quien, con su adjunto, Walt W. Rostow, infundió a la Casa Blanca, según Arthur M. Schlesinger, «una energía en los asuntos exteriores que en los siguientes tres años el Departamento de Estado nunca (...) alcanzaría de nuevo». Al principio, parece que Kennedy quería que el Departamento de Estado fuera el «punto central» de todos los aspectos de la política exterior. Pero pronto le «disgustaron» su carácter y su actuación, llegando así a depender de Bundy y su equipo, o de Theodore Sorensen, su consejero especial. El secretario de Estado, Dean Rusk, y el entorno de Kennedy diferían tanto en puntos de vista y forma de ser, que apenas hablaban el mismo idioma. Para el propio Kennedy, las opiniones de Rusk «eran un misterio» (5). Sorensen afirma que Rusk «se refería casi con demasiada afabilidad a las iniciativas e interferencias de la

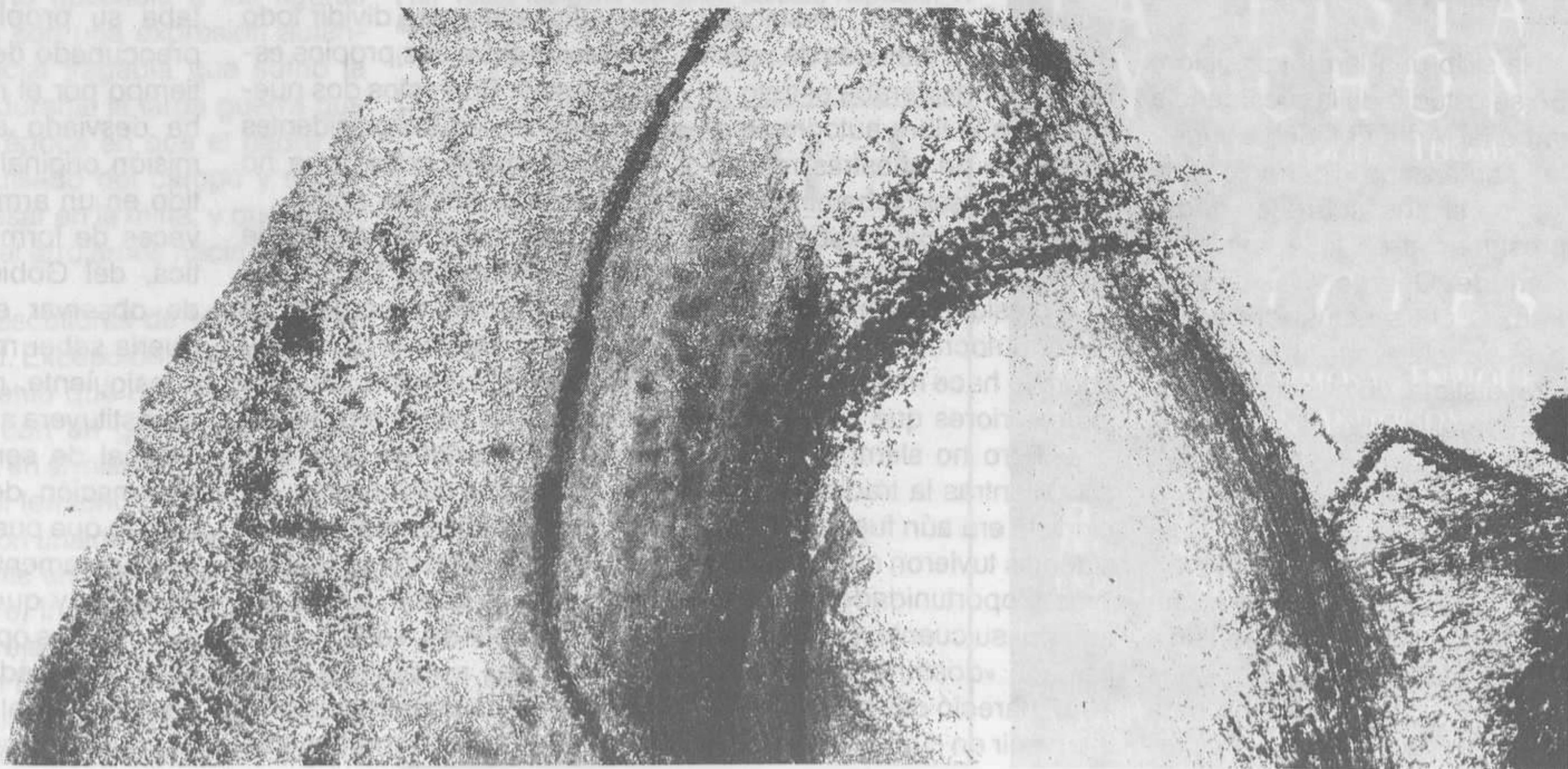
Casa Blanca». Si Kennedy hubiera vivido para un segundo mandato, Bundy habría sido un «candidato lógico a secretario de Estado».

Kennedy no era el primer presidente que formulaba la política exterior desde la Casa Blanca en lugar de hacerlo desde el Departamento de Estado. Franklin D. Roosevelt fijó el modelo al hacer de su secretario de Estado, Cordell Hull, casi un testaferro. Pero Roosevelt no había creado un organismo de política exterior alternativo o fantasma; había preferido trabajar a través de otros funcionarios del gabinete, el vicesecretario de Estado Summer Welles primero, y después a través de otros miembros del gabinete o de su emisario personal Harry Hopkins. Pero Roosevelt y la proliferación de cuasi-organismos de asuntos exteriores durante la segunda guerra mundial fueron los responsables de que comenzara el declive del Departamento de Estado. Los presidentes que querían ser sus propios ministros de Asuntos Exteriores siguieron su ejemplo, eligiendo a secretarios de Estado débiles y dependiendo de otros para llevar a efecto sus deseos.

Richard Nixon fue el presidente que dio a este sistema una tendencia patológica. Conocemos toda su patología porque su consejero de seguridad nacional, Henry Kissinger, nos lo ha contado todo. Nixon apenas conocía a Kissinger cuando le nombró; William Rogers, designado secretario de Estado, era uno de los mejores amigos de Nixon y su antiguo compa-

ñero de bufete. Cuando Nixon eligió a Rogers, sabía que éste no estaba familiarizado con la política exterior. Según Kissinger, Nixon le ordenó inmediatamente que creara un «aparato de seguridad nacional» en la Casa Blanca. La única región que confió Nixon a Rogers fue Oriente Medio, y ello porque pensaba en aquel entonces que cualquier política activa allí estaba condenada al fracaso. El «cauce paralelo» que (por la puerta de atrás) crearon Nixon y Kissinger con el embajador soviético Anatoly Dobrynin sustrajo al Departamento de Estado el aspecto más importante de las relaciones soviético-americanas. Según Kissinger, Nixon mintió reiteradamente a Rogers, especialmente sobre los viajes del primero a China en 1971, y a Moscú en 1972.

¿Por qué humilló Nixon a su viejo amigo? La explicación de Kissinger da a entender claramente la existencia de un motivo patológico. En el pasado, parece ser, Rogers había sido el «miembro dominante psicológicamente de la pareja» en la relación. Ahora Nixon «quería invertir los papeles y establecer una relación en la que tanto jerárquica como sustancialmente él, Nixon, marcara por una vez el compás». Kissinger estaba absolutamente dispuesto a colaborar en la enfermiza maquinación, de la que era el principal beneficiado. «No pretendo dar a entender que me opuse a la conducta de Nixon hacia el primer miembro de su gabinete», confesaba Kissinger tímidamente. «Desde el primer momento mi presencia la hizo



técnicamente posible y, después de un tiempo, la alenté decididamente».

Uno de los precedentes que sentó Kissinger ha regresado para atormentar al actual secretario de Estado, George Shultz. Kissinger utilizó al Embajador de los EEUU en Pakistán para preparar su viaje a China sin que ninguno de los dos informara al secretario de Estado Rogers. El Embajador de los EEUU en Líbano fue utilizado del mismo modo para ayudar en la transacción de armas con Irán, sin el conocimiento del secretario de Estado Shultz, que aseguró estar «conmocionado» cuando lo supo y tomó medidas después para evitar que volviera a suceder. Shultz consideró necesario protestar contra el uso del precedente de Kissinger como justificación para tratarle como había sido tratado Rogers, con el argumento de que Kissinger era excepcional: «Destruyeron el molde después de hacerlo». Desgraciadamente, no destruyeron el molde de su obra, que fue mucho más importante a largo plazo que su autor. Da la impresión de que si el consejero de seguridad nacional hubiera sido Kissinger, Shultz no habría formulado ninguna queja.

Retrospectivamente, Kissinger sabía que había algo equivocado en su teatral golpe de China. En sus memorias admite que:

«El Departamento de Estado debe ser el foco visible de nuestra política exterior; si el Presidente no confía en su secretario de Estado, debe reemplazarle, y no sustituirle por el consejero de seguridad nacional. Si no

creo en el Departamento de Estado, el Presidente debe imponer el cumplimiento de sus instrucciones, y no engañarlo con la maquinaria del NSC. (National Security Council). Pero, aunque estos postulados son indiscutibles en teoría, no son fáciles de llevar a la práctica. Para alcanzar la coherencia esencial de la política es necesario que haya un secretario de Estado fuerte que esté, al mismo tiempo, totalmente preparado para ejecutar los deseos presidenciales no sólo formalmente, sino en todos sus matices.» (7).

Así que la culpa fue del secretario de Estado Rogers por haber sido demasiado débil para ejecutar los deseos presidenciales. Pero Nixon había elegido deliberadamente a un secretario de Estado débil y después le había debilitado del todo tratándole con abierto desprecio y recortando sus propias responsabilidades constitucionales. En cuando a la discreción conspirativa en la que se desarrolló el primer viaje de Kissinger a China, en 1971, no era algo que hubieran deseado o exigido los chinos. Estos estaban, en realidad, «extremadamente recelosos de nuestro deseo de discreción». Se concibió únicamente para consumo americano, para que el público americano se encontrara con un hecho consumado.

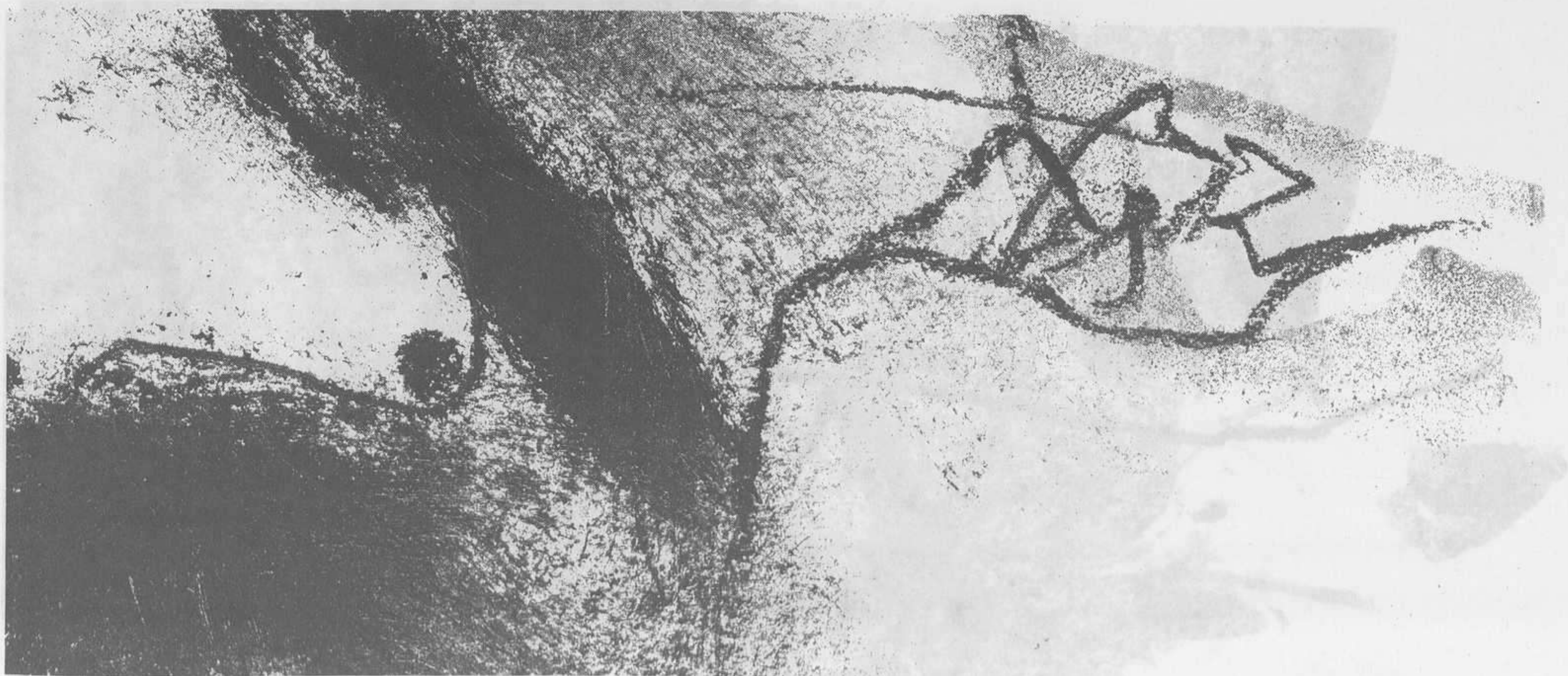
Nixon se veía a sí mismo como un gran experto en asuntos exteriores; Carter no tenía esas fantasías. Pero Carter quería también ser considerado su propio maestro en política exterior y, por tanto, eligió a un secretario de Estado, Cyrus

Vance, que no fuera demasiado molesto. Su consejero de seguridad nacional, Zbigniew Brzezinski, estaba decidido desde el principio a ser el principal agente del presidente en política exterior. Brzezinski tramó rápidamente excluir a la CIA del diario de información del presidente, que insistió en entregar cada mañana sin la presencia de nadie más. Se consideraba el mentor de Carter y en los primeros meses le daba clases de «cuestiones de concepto o de estrategia». El personal del Consejo de Seguridad Nacional de Brzezinski controlaba «la línea política del departamento de Estado y del de Defensa», así como las actividades de la CIA. Brzezinski y el secretario de Estado Vance disentan cada vez más en cuestiones importantes, no pudiendo o queriendo Vance imponerse. Su «resistencia a hablar en público, a proporcionar una amplia explicación conceptual de lo que nuestra Administración trataba de hacer, y la falta de preparación de Carter para hacerlo por sí mismo, me empujaron al primer plano», explicó posteriormente Brzezinski, añadiendo entre paréntesis: «No diré que me opuse enérgicamente». Finalmente, Vance no pudo aguantar más y dimitió como consecuencia de su desacuerdo en la desafortunada misión de rescatar a los rehenes de la Embajada en Teherán. Otro secretario de Estado hubiera permanecido en el cargo casi cuatro años miserables y humillantes; así los calificó después el consejero de seguridad nacional (8).

El primer secretario de Estado

de Reagan, Alexander M. Haig, Jr., fue otra víctima. Como adjunto de Kissinger en el Consejo de Seguridad Nacional, Haig conocía bien la rivalidad y la amenaza de ese lado para el secretario de Estado. Cuando subió al cargo, afirma, el presidente le dijo que sería «el portavoz» en asuntos exteriores y que «no se repetirá la situación Kissinger-Rogers». Reagan también le aseguró que el nuevo consejero de seguridad nacional, Richard Allen, «actuaría exclusivamente como coordinador de personal». No parece que Haig haya tenido muchos problemas con Allen. Los dos fueron privados del acceso directo y regular al presidente, factor que después pensó Haig fue el que provocó la caída de ambos. La mayor parte del tiempo que permaneció en su cargo, Haig atribuyó sus desgracias al personal de la Casa Blanca, especialmente a James A. Baker y a Michael K. Deaver, o, en expresión de Haig, a «Baker, Deaver y su aparato». Sin acceso al presidente y sometido al control que aquellos ejercían sobre lo que llegaba al presidente, Haig estaba mortalmente en desventaja, al «no conocer sus métodos, no comprender su sistema de pensamiento, no tener la ocasión de debatir cuestiones políticas en detalle con él». Podría decirse lo mismo de sus predecesores y de su conocimiento y comprensión de los presidentes que les eligieron.

Tras el ignominioso cese de Allen como consejero de seguridad nacional en enero de 1982, Haig se enfrentó a su



sucesor, William Clark, cuyo adjunto era Robert C. McFarlane, y, con ello, a un rival y a una amenaza reales. La versión de Haig es que comenzó a ser evitado por Clark durante la crisis del Líbano de aquel año. Pronto comenzó Haig a preocuparse por una situación «en la que un ayudante presidencial (Clark), especialmente uno de experiencia limitada y comprensión limitada de un conflicto internacional (en aquel entonces, la crisis de las Malvinas), debe asumir facultades de la Presidencia». Clark redactó un mensaje a Israel para que lo firmara el presidente sin mostrárselo a Haig. Aunque al final el propio Haig llegó a denigrar la posición constitucional del secretario de Estado hasta tal punto que manifestó la opinión de que «no importa en realidad si el secretario de Estado o el consejero de seguridad nacional, o algún otro funcionario lleve a cabo la política exterior del presidente y hable en nombre de la Administración sobre estas cuestiones». Parece que se permitió que el aspirante a presidente imperial utilizara a cualquier persona para hacer del secretario de Estado un testaferrero en lugar de un «vicario» (9).

La presidencia imperial no se ha materializado. La presidencia de Kennedy se cortó en seco. Johnson fracasó en Vietnam. Nixon cayó en desgracia y fue destronado. Carter no tuvo suficiente éxito para lograr la reelección. Ahora Reagan se ha revelado como un ídolo con pies de barro, como el gran delegador que repartió su poder entre aquellos en los que había delegado.

Pero aunque no ha habido presidencia imperial, hay presidentes que han distorsionado la institución que han heredado buscando librarse de comprobaciones y balances en la dirección de la política exterior. La expansión de las ambiciones presidenciales en política exterior se ha producido al mismo tiempo que la del poder global del país. Esta expansión, a una escala nunca soñada por los presidentes anteriores a la segunda guerra mundial, ha convertido la política exterior en la prueba principal de la grandeza presidencial. Los presidentes han nombrado deliberadamente a secretarios de Estado débiles o se han deshecho de lo que no se plegaban a sus deseos para librarse de limitaciones tradicionales o constitucionales. Los últimos secretarios de Estado fuertes fueron los de Truman, George C. Marshall y Dean Acheson, y el de Eisenhower, John Foster Dulles, hace un cuarto de siglo. Es impensable que ningún presidente les tratara como se ha tratado a Rusk, Rogers, Vance y Haig, o que Marshall y Dulles se hubieran sometido a este trato.

La suerte que se ha abatido sobre el secretario de Estado Shultz recuerda a la de los otros últimos secretarios de Estado y difiere al mismo tiempo de todo lo experimentado hasta ahora. Es su dimensión extraordinaria la que merece la máxima atención a la hora de encontrar el sentido del embrollo Irán-*contra*.

Aunque hay todavía muchos aspectos oscuros en todo el asunto, lo principal está fuera de toda duda. Los elementos esenciales ya pueden recons-

truirse sin ayuda de una investigación del Congreso y sin rogar al contralmirante John M. Poindexter y al teniente coronel Oliver L. North que lo confiesen todo.

El 17 de enero de 1986, el presidente Reagan firmó una «decisión» secreta de información por la que autorizaba la venta de armas y repuestos a Irán. Esta orden también estipulaba que no debía darse a conocer al Congreso y, lo que era más extraordinario, tampoco a cuatro de los ocho componentes del Consejo de Seguridad Nacional. Los cuatro excluidos fueron: el secretario de Estado, George Shultz; el secretario de Defensa, Caspar Weinberger; el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, contralmirante William J. Crowe, Jr.; y el secretario del Tesoro, James A. Baker III. Los cuatro que estaban al corriente eran: el vicepresidente, George Bush; el director de la CIA, William A. Casey; el fiscal general, Edwin Meese; y el jefe del gabinete presidencial, Donald T. Regan. La «decisión» atribuía la necesidad de excluir al Congreso al «carácter extremadamente delicado» y a «riesgos en materia de seguridad». Tan secreta era la orden que sólo se hizo una copia de ella, que fue depositada en la caja fuerte del consejero de Seguridad Nacional Poindexter.

Esta «decisión» no fue adoptada por el presidente Reagan en un arrebatado de distracción. Sólo puede comprenderse si no remontamos a dos reuniones anteriores del Consejo de Seguridad Nacional. El 6 de diciembre de 1985 se había

celebrado un debate «completo» sobre las ventas de armas a Irán. Esto no era un asunto nuevo para el secretario Shultz, quien dijo que él y el entonces consejero de Seguridad Nacional Robert C. MacFarlane lo estaban estudiando desde junio de ese año. Lo supiera Shultz o no, en agosto de 1985 se efectuó un primer envío de armas norteamericanas desde Israel con la aprobación del presidente, según MacFarlane, y un segundo en septiembre. En la reunión del 6 de diciembre de 1985, tanto Shultz como MacFarlane se mostraron contrarios a la propuesta: Shultz evidentemente por principio; MacFarlane porque le habían defraudado sus anteriores relaciones con los iraníes. En aquella ocasión la decisión fue favorable a entablar «un diálogo (con los iraníes) si ponían en libertad a nuestros rehenes, pero que no les venderíamos armas», como señaló Shultz en su testimonio del 8 de diciembre de 1986.

Pero de algún modo convencieron al presidente para que volviera a estudiar el asunto. El 7 de enero de 1986 se celebró otro debate «completo». En esta ocasión Shultz y Weinberger se opusieron abiertamente a modificar la política de no vender armas a Irán. No obstante, como reveló él mismo, Shultz pudo apreciar que ahora estaba entre los perdedores. Así, la reunión del 7 de enero condujo a la decisión secreta del 17 de ese mes. Shultz, Weinberger y los otros dos fueron «eliminados» de las negociaciones posteriores porque se oponían a la venta de armas



o no mostraban suficiente entusiasmo. En cualquier caso, la crítica decisión del 17 de enero se había tomado tras seis semanas de debate intensivo y de opiniones contrapuestas.

Sean cuales fueren las extravagancias del proceso por el que el presidente Reagan toma sus decisiones, ésta la tomó plenamente consciente de lo que implicaba. A nadie más puede considerarse responsable.

Hay razones para creer que, de los cuatro a quienes se confió la decisión, el más influyente y entusiasta fue Casey. Porque la tarea de redactar la decisión del 17 de enero fue encomendada a Stanley Sporkin, en aquellas fechas asesor jurídico general de la CIA y ahora magistrado federal. El objetivo manifiesto de redactar la orden era evitar que la CIA, entre otras cosas, infringiera la ley que prohíbe que los Estados Unidos vendan armas directamente a Irán sin comunicarlo al Congreso.

En circunstancias normales, se habría confiado a la CIA la labor de poner en práctica la decisión del 17 de enero; disponía de todos los medios para hacerlo y, en cualquier caso, el plan no podía ejecutarse sin ella. Pero su mala conducta anterior había convertido a la CIA en sospechosa y obligó a poner al frente a otro organismo menos expuesto. El consejero de seguridad nacional y sus hombres servían para el caso, porque se consideraba que sólo tenían que responder ante el presidente y ni siquiera ante el Consejo de Seguridad Nacional como tal, cuanto más ante el

Congreso. Pero Poindexter y su principal ayudante en la operación, el teniente coronel North, no tenían medios materiales para llevar a cabo un negocio de armas con Irán. Estaban desamparados sin la colaboración de la CIA y sin las armas, que sólo podían obtenerse del Departamento de Defensa.

Así, como explicó Casey, la CIA puso su «función de apoyo» a disposición de Poindexter (10). La CIA pidió las armas al secretario de Defensa, quien ordenó al Ejército que las entregase de sus propias existencias y las transfiriera a la CIA. El secretario Weinberger, que no aprobaba la transacción pero sabía que respondía al deseo del presidente, no hizo nada para impedirlo. Riguroso con las formas, sabía que estaba obligado por la Ley de la Economía, que regulaba la transferencia de bienes entre organismos gubernamentales. Weinberger insistió en que debían pagarse al Departamento de Defensa doce millones de dólares por las armas, precio evidentemente muy inferior a su valor real, pero que tenía la inestimable ventaja de que era inferior en dos millones al importe de las ventas de armas de las que debía darse cuenta al Congreso. Las armas fueron transportadas después a Israel y a otros destinos en aviones contratados al efecto a compañías controladas por la CIA. El dinero conseguido de los intermediarios iraníes se ingresó en cuentas bancarias secretas de Suiza. Casi todos los pasos de la transacción fueron ejecutados de hecho a través de la CIA, aunque al mismo tiempo

su director, Casey, consiguió trasladar la responsabilidad al Consejo de Seguridad Nacional, que, como dijo más tarde, «llevaba este asunto».

Así se constituyó el equivalente a una junta presidencial, a cuya cabeza no había un personalidad singular destacada del tipo de Kissinger. Sus principales figuras eran personajes militares relativamente oscuros: un contralmirante y un teniente coronel en el servicio activo. Sólo podían lograr que se hicieran las cosas actuando en nombre del presidente, generalmente a través de la CIA. Hasta el secretario Weinberger, que debía haber sospechado que algo funesto se estaba tramando cuando se le dijo que «vendiera» armas a la CIA, confió la transacción aparentemente a sólo dos de sus ayudantes más próximos. No se sabe cuántos, además de Poindexter y North, estuvieron directamente implicados en el negocio con Irán, pero no pudo haber muchos, porque se tomaron medidas extraordinarias para mantener el asunto en secreto, y lo mantuvieron en secreto durante meses.

La desviación de fondos a la *contra*, cualquiera que sea su magnitud, sólo fue un subproducto sin importancia del negocio con Irán. Esta desviación fue posible gracias a la operación, característica de una junta tan independiente y alejada del resto del Gobierno, incluso de la CIA si podemos creer a su director, que podía ser manejada por una sola persona enterada. La acusación más grave que puede formularse contra North es la de haber hecho ile-

galmente algo (facilitar a la *contra* fondos que el Congreso se había negado a aprobar) que Reagan y Casey querían que se hiciera con discreción, de una manera que no violase técnicamente la Enmienda Boland, que prohíbe al Gobierno la entrega de dichos fondos. La transgresión de North ha sido un regalo del cielo para Reagan y Casey, al haber apartado la atención del gobierno-junta creado por ellos y que hizo posible la desviación de los fondos.

Mucho más importante que la desviación de fondos a la *contra* fue el daño infligido a la dirección de una política exterior norteamericana creíble y responsable. Hacía años que los portavoces oficiales norteamericanos predicaban contra la conclusión de acuerdos con terroristas o naciones terroristas, y especialmente contra la venta de armas a Irán. Sin embargo, el 1 de octubre de 1986, el secretario de Estado Shultz se entrevistó en Nueva York con los seis ministros de Asuntos Exteriores del Golfo Pérsico, organizados en el Consejo de Cooperación del Golfo. Shultz les aseguró que los Estados Unidos estaban intensificando sus esfuerzos para desaconsejar la venta de armas a Irán, temida por todos esos países. Por aquellas fechas, los Estados Unidos llevaban meses intensificando en secreto sus esfuerzos para vender armas a Irán, directa e indirectamente.

Sin duda el secretario Shultz no pretendía engañar. Pero no era miembro de la junta del presidente, que seguía una política exterior completamente distinta. Así surgió el curioso fenó-



meno de dos políticas exteriores norteamericanas contrarias: la de la junta y la del secretario de Estado. En cierto sentido ambas emanaban del presidente, pero sólo una era creíble y auténtica el 1 de octubre de 1986, cuando Shultz se reunió con los ministros del Golfo.

Pero el gobierno-junta no puede funcionar sin la ignorancia voluntaria y la complacencia de quienes están en condiciones de hacerle frente. Shultz, Weinberger y probablemente otros conocían «fragmentos y partes de pruebas», como señaló el primero, de que las armas iban a Irán. Sabían todo lo que deseaban saber, que era justo lo suficiente para permitirles protestar porque no sabían lo suficiente. Habida cuenta de que era la política del presidente, hicieron la vista gorda, pese a la convicción de que era injustificable. El secretario Weinberger se permitió decir que el presidente había recibido «muy mal» consejo y que «no hay elementos moderados con los que negociar en Irán». Pero había autorizado la transferencia de armas a la CIA para Irán y, al igual que Shultz, había situado su lealtad al presidente por encima de su fidelidad a los mejores intereses del país.

Cuatro

Las consecuencias del gobierno a través de una junta presidencial secreta chocan con las auténticas raíces del sistema de gobierno norteamericano. Una forma de enfocarlas es señalar cómo han definido o racionalizado el asunto Irán-*contra* aque-

llos que están más próximos al presidente política o ideológicamente.

Un aspecto esencial de lo más sorprendente es la línea trazada entre el propio presidente y los conservadores o republicanos de a pie. Esta distinción se reveló en toda su crudeza en la diatriba de Patrick J. Buchanan, director de comunicaciones del presidente, o ministro de propaganda, publicada en el *Washington Post* del 8 de diciembre de 1986. Buchanan arremetía contra «los miembros del Partido Republicano», que se había «dirigido hacia los mejores pastos» en lugar de mostrar su gratitud y lealtad a un presidente al que debía «todo lo que tiene y todo lo que es». Para Buchanan, el presidente era realmente un gobernante imperial cuyo partido era un mero séquito al que su propio interés debe inspirar servicio y obediencia incondicionales.

Una variante de este tema fue expuesta por Irving Kristol, el ideólogo neoconservador. El problema, según Kristol, es que los principales nombramientos de Reagan en el área de la política exterior, tanto en el Departamento de Estado como en el Pentágono, «procedían del ala tradicional-conservadora del Partido Republicano», en lugar de ser del ala «conservadora, populista y nacionalista norteamericana», fórmula neoconservadora esta última. Dado que la mayoría de los republicanos del Congreso también procedían del ala tradicional-conservadora, «el señor Reagan se ha encontrado no sólo maniatado por el Congreso, sino que también ha conseguido atarse las

manos él mismo». Así, los departamentos de Estado y Defensa eran los máximos responsables de lo que iba mal en la política exterior de Reagan porque se negaron a seguirla en Irán, Siria y Nicaragua. Es un sofisma curioso: en realidad, fueron los menos responsables porque se habían opuesto a ella, pero precisamente esto, según Kristol, los hacía los más responsables. Kristol sugiere que el presidente tenía que haber «excluido» a sus departamentos de Estado y de Defensa de la intriga de Irán («ésta no es manera de llevar una política exterior») porque estaban llenos de conservadores tradicionales (11).

La lealtad ciega de Buchanan dista tanto de republicanismo tradicional como el neoconservadurismo casuístico de Kristol del conservadurismo clásico. En ambos casos, sólo puede exculparse a Reagan invocando un carácter político o ideológico ajeno a las instituciones y prácticas norteamericanas.

No obstante, Norman Podhoretz ofrece otra versión neoconservadora. A diferencia de Buchanan, que echa pestes de los republicanos, y de Kristol, que culpaba a los departamentos de Estado y Defensa, los malos de Podhoretz están en el Congreso, especialmente en los demócratas. Podhoretz escribe incomprensiblemente:

«Y en asuntos exteriores, ya no teníamos una Presidencia Imperial, sino un Congreso Imperial que intentaba hacer política en lugar de aprobar las iniciativas presidenciales o de oponerse a ellas.»

Parece habersele escapado que el «Congreso Imperial» no podía oponerse a la iniciativa presidencial en «el escándalo Irán-*contra*» (como él mismo lo llama), porque no se le permitió saber nada hasta que ya era demasiado tarde. La supuesta «postura imperial» del Congreso también se hace inexplicable; Podhoretz mantiene que «Reagan, recurriendo a su gran popularidad, logró persuadir finalmente a una estrecha y reacia mayoría en el Congreso para que aprobara la ayuda a la resistencia (nicaragüense)» y que había «vencido» la oposición del Congreso. Parece una extraña manera de demostrar el Congreso su «postura imperial» y «haga política». Según Podhoretz, el principal error del Congreso es que es «demasiado grande y diverso» para «dirigir una política exterior activista», como si eso fuera lo que el Congreso hubiera intentado hacer en el asunto Irán-*contra* y como si la magnitud y diversidad de los Estados Unidos como nación no fueran parte integrante de la conducta de cualquier política exterior concebida y ejecutada democráticamente (12).

Y después está la opinión de nuestra ex embajadora ante la ONU, Jane J. Kirkpatrick, que estuvo en Tel Aviv después de revelarse la desviación de fondos, aunque eso no le impidió atacar al secretario de Estado Shultz, al fiscal general Meese y al jefe de gabinete Regan. Como en el caso de Buchanan, su tema principal era el de la lealtad incondicional al presidente Reagan. «En momentos críticos», se quejaba, «el presi-

dente fue empujado al centro del escenario y sus principales consejeros hicieron mutis por el foro, cuando tenía que haber sido todo lo contrario». La señora Kirkpatrick no explicaba cómo el secretario Shultz, que había sido excluido, o Regan, al que no informaron Poindexter y North, podían haberse puesto en el centro del escenario para explicar lo que había ocurrido y, en el caso de Shultz, sin mentir sobre su oposición original. Kirkpatrick tampoco pensaba que hubiera algo malo en la desviación de fondos a la *contra*, y lo describía como «muy imaginativo». La prensa norteamericana no informó de la actuación de Kirkpatrick en Tel Aviv con la amplitud que se merecía (13).

Estas reacciones a los apuros del presidente Reagan nos dicen algo acerca de sus consecuencias. El asunto Irán-*contra* ha suscitado peticiones de lealtad absoluta hacia el presidente, fuertes protestas contra los tradicionales republicanos o contra los conservadores en general, acusaciones contra el Congreso como principal enemigo, y justificaciones de una desviación de fondos ciertamente ilegal.

Charles Krauthammer, de *The New Republic*, ha formulado otra respuesta que toca un nivel más profundo del problema. «Este asunto», afirma, «no es una crisis de Reagan ni una crisis presidencial, sino una crisis permanente de los Estados Unidos que tiene sus raíces en última instancia en la tensión entre la necesidad que tiene el país de actuar como una gran potencia y su falta de

disposición para hacerlo». Krauthammer añade: «El problema no es la democracia. La democracia es solamente un instrumento. Su papel es transmitir fielmente la voluntad popular. El problema es la voluntad popular norteamericana, que está profundamente dividida entre aceptar o no aceptar las responsabilidades de una superpotencia».

Krauthammer expone finalmente su argumento en forma de dilema. La presidencia «se halla en una permanente disyuntiva: cumplir sus obligaciones como dirigente de una superpotencia o cumplir con sus obligaciones como dirigente de una democracia. Si tiene que elegir, el presidente debe elegir lo segundo. Pero la fuente de nuestra crisis permanente es la propia elección, no la identidad del presidente ni su estilo de gobierno».

Esta visión disculpa convenientemente a todos los presidentes y a todos los «estilos de gobierno» atribuyendo la responsabilidad a la «elección». Sin embargo, incluso del modo en que lo expone Krauthammer, la elección no debe ser tan difícil o tan culpable. Se nos dice que, si tiene que elegir, el presidente «debe elegir» cumplir con sus obligaciones como dirigente de una democracia. Si eso es cómo *debe* elegir, ¿por qué tiene que ser la elección la responsable de crear la crisis y no el presidente, que no hace la elección correcta y necesaria?

Pero Krauthammer duda claramente sobre la primacía de la democracia. Si la democracia simplemente «es un instrumen-

to», entonces no es fundamental, como se da por sentado desde hace tiempo en la tradición política norteamericana. El propio Krauthammer insinúa que la democracia es algo más que «instrumento» si los presidentes deben elegir ser fieles a ella y subordinar a ella la categoría de superpotencia. Krauthammer tendría muchos menos problemas con la decisión de los presidentes si tuviese menos problemas él con la suya.

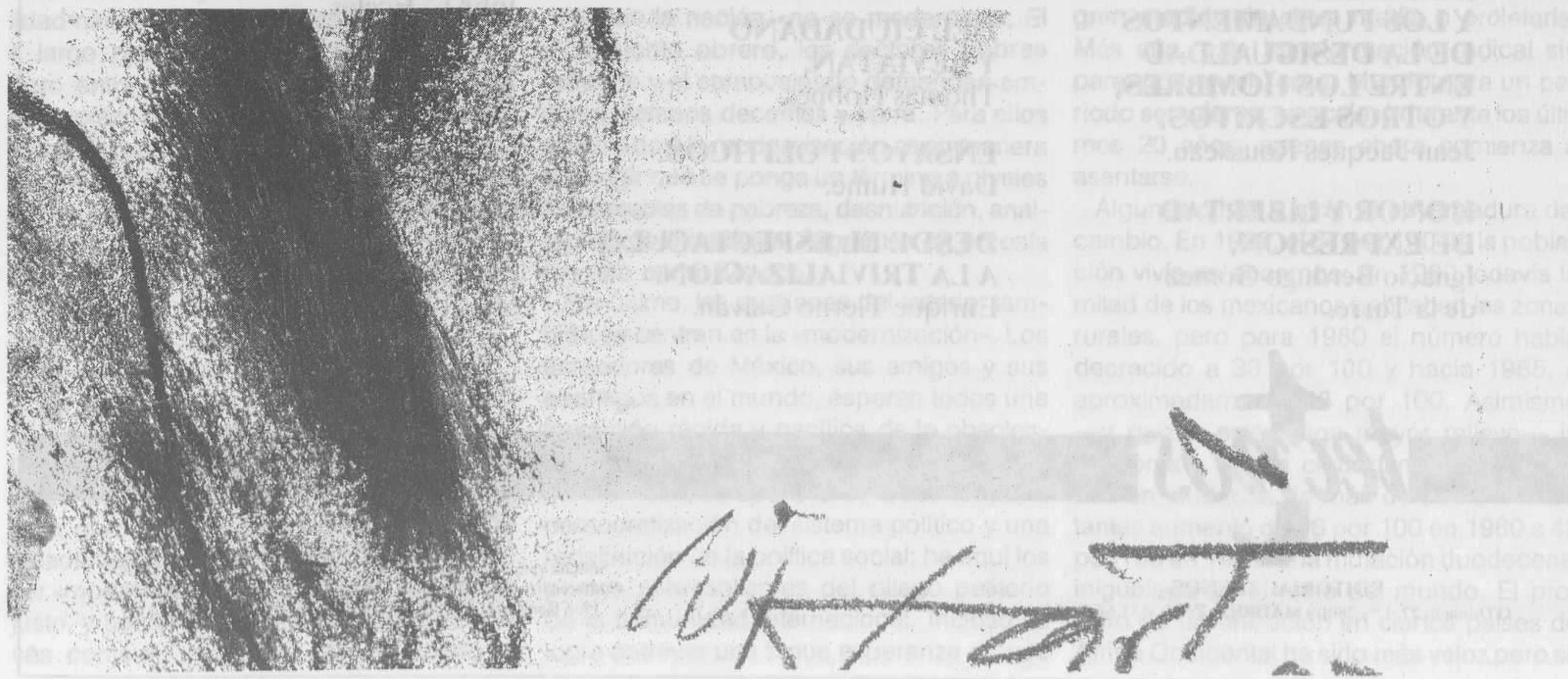
Con todo, hay algo revelador en el dilema de Krauthammer que tiene una estrecha relación con el «estilo de gobierno» de Reagan en el asunto Irán-*contra*. La elección por Reagan de una junta presidencial para ejecutar su política era más característica de un dirigente de una superpotencia desbocada que de uno de una democracia sana. La decisión deliberada de excluir al Congreso durante muchos meses de todo conocimiento, la degradante excomunión del secretario de Estado, el edicto implícito de que la discrepancia no puede tolerarse y está castigada con la exclusión de la adopción de decisiones, el morbosos secreto de toda la empresa; son monstruosidades políticas en una democracia como la nuestra, y concuerdan con aquellas otras monstruosidades recientemente expuestas: lealtad absoluta al presidente, rechazo del conservadurismo tradicional en favor de un neoconservadurismo aventurero, la idea del Congreso como enemigo, y la absolución concedida a la ilegalidad de los agentes presidenciales, incluso funcionarios militares.

Pese a mis reservas sobre la

forma en que Krauthammer ha tratado el problema que plantea, no es un problema que pueda despacharse fácilmente. Si, como él dice, los Estados Unidos no están dispuestos a actuar como una gran potencia, o si la «voluntad popular norteamericana» está profundamente dividida con respecto a si se aceptan las responsabilidades de una superpotencia, ¿cuáles son las otras consecuencias de ese «dilema permanente»?

La consecuencia más trascendental de esta línea de argumentación es que el presidente y quienes le rodean deben sustituir su voluntad por la «voluntad popular». Si un presidente debe elegir entre ser el dirigente de una superpotencia o de una democracia, lo primero debe prevalecer sobre lo segundo o no será dirigente de una superpotencia. El presidente Reagan hizo precisamente esa elección cuando decidió actuar a través de una junta presidencial en lugar de a través de la estructura de gobierno existente. Alegar que fue obligado a fiarse de su junta porque no podía confiar en el Congreso, en el secretario de Estado, en el secretario de Defensa y en ningún otro que pudiera no estar de acuerdo con él, simplemente refuerza la naturaleza última de esta elección. Pero existía otra posibilidad. Si no podía confiar en ellos, quería decirse que no podía llevar a cabo una política sin ellos o contra ellos. En ese punto, el dirigente de una democracia mandaría hacer alto.

En realidad, pues, el dilema de Krauthammer es irreal. La



JORGE G.
CASTAÑEDA

*El economicismo
independentista
Siglo XXI, 1976*

*Nicaragua:
contradicciones en
la revolución
Nuevo Tiempo, 1980*

*Los últimos
capitalistas
Era, 1982*

razón por la que muchos presidentes no han convertido en imperial su gobierno es que, en última instancia, siempre han tropezado con las instituciones básicas de este país, respaldadas por la «voluntad popular». Para superar esas instituciones y esa voluntad tendría que producirse un cambio radical en este país. Aún estamos lejos de ello, pero existe la amenaza por cuanto el presidente y sus apologistas piensan que debe actuar como dirigente de una superpotencia y no como el de una democracia.

Al final, es contraproducente la creación de una junta presidencial como solución al problema de ser una superpotencia y una democracia. Sin el apoyo de nuestra estructura democrática respaldada por la aprobación popular, un presidente acabará no siendo dirigente ni de una superpotencia ni de una democracia. Si actuamos como superpotencia a expensas de nuestra democracia, el precio es demasiado elevado. Sería más seguro y acertado procurar abiertamente el establecimiento de un equili-

brio entre las responsabilidades de una superpotencia y las de una democracia. Cada vez que entran en conflicto las dos responsabilidades y pierde la democracia, nuestro sistema de gobierno se desequilibra y finalmente se venga en aquellos que, de hecho, impondrían una presidencia imperial.

Los fundadores aún tienen algo que enseñarnos. «La historia del comportamiento humano no justifica esa elevada opinión de la virtud humana que haría aconsejable en una nación que encomendara intereses de naturaleza tan delicada y trascendental como los que afectan a su relación con el resto del mundo a la exclusiva resolución de un magistrado, nombrado y condicionado por sus circunstancias, como sería el caso de un presidente de los Estados Unidos», escribía Alexander Hamilton en el número 75 de *The Federalist*. «La constitución supone, y lo demuestra la historia de todos los gobiernos, que el Ejecutivo es la rama del poder más interesada en la guerra y más proclive a ella», escribía James Madison a Jef-

erson en 1798. «En consecuencia, he atribuido, con estudiada atención, al poder legislativo la cuestión de la guerra» (15).

- (1) Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Imperial Presidency* (Houghton Mifflin, 1973), p. 206.
- (2) Harry S. Truman, *Years of Trial and Hope* (Doubleday, 1956), p. 57.
- (3) *The Washington Post* (22 de diciembre de 1963).
- (4) *Off the Record: The Private Papers of Harry S. Truman*, edición de Robert H. Ferrell (Harper and Row, 1980), p. 408.
- (5) Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days* (Houghton Mifflin, 1965), pp. 150, 407, 420-421, 435.
- (6) Theodore C. Sorensen, *Kennedy* (Harper and Row, 1965), pp. 263, 270.
- (7) Henry Kissinger, *White House Years* (Little, Brown, 1979), p. 728. Todas las pruebas relativas a los tratados realizados por Nixon y Kissinger proceden de este libro.
- (8) Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle* (Farrar, Straus and Giroux, 1983), pp. 37, 65-66, 72.
- (9) Alexander M. Haig, Jr., *Caveat: Realism, Reagan and Foreign Policy* (Macmillan 1984), pp. 12, 53, 84, 306-307, 339, 341, 356.
- (10) Entrevista con Casey, *Time* (22 de diciembre de 1986), p. 31.
- (11) *The Wall Street Journal* (17 de diciembre de 1986).

(12) *New York Post* (16 de diciembre de 1986). Esta columna era la segunda que dedicaba Podhoretz a sus opiniones sobre la política de Reagan sobre Irán. En la primera, publicada en el *New York Post* del 18 de noviembre de 1986, arremetía violentamente contra «ese último golpe y el más devastador de Reagan a la causa antiterrorista», como «digno sucesor de la Bahía de Cochinos de Kennedy y el Desierto Uno de Carter». Entre el 18 de noviembre y el 16 de diciembre, la culpa pasó misteriosamente de Reagan al Congreso. Quizá merezca la pena señalar que la segunda columna de Podhoretz apareció después de que el fiscal general Meese revelase, el 25 de noviembre, que se había desviado a la *contra* dinero procedente de las ventas de armas a Irán:

(13) He utilizado la reseña *The Jerusalem Post* (9 de diciembre de 1986). Kirkpatrick había manifestado con anterioridad que no era prudente ni útil «canjear o hacer como si se canjearan armas por norteamericanos secuestrados» (*The Washington Post*, 24 de noviembre de 1986). Como en aquellas fechas estaba de acuerdo con el secretario Shultz, resulta difícil comprender cómo pudo saltar éste al primer plano para defender la política de Reagan sobre Irán, o cómo pudo ella hacerlo en lugar de él sin cambiar de opinión o pretendiendo que no cambiaba.

(14) *The New Republic* (22 de diciembre de 1986).

(15) Ambas citas aparecen en *The Imperial Presidency* de Schlesinger, p. 5.

EL HOMBRE POLITICO.
Las bases sociales de la política.
Seymour Martin Lipset.

HISTORIA GENERAL DE AFRICA. Vol. VII:
Africa bajo el dominio colonial (1880-1935).
A. Adu Boahen (director).

DISCURSO SOBRE EL ORIGEN Y LOS FUNDAMENTOS DE LA DESIGUALDAD ENTRE LOS HOMBRES, Y OTROS ESCRITOS.
Jean-Jacques Rousseau.

HONOR Y LIBERTAD DE EXPRESION.
Ignacio Berdugo Gómez de la Torre.

ANALISIS INFINITESIMAL.
Gottfried Wilhelm Leibniz.

RACIONALIDAD CRITICA.
Introducción a la filosofía de Kant.
José Luis Villacañas Berlanga.

KARL MARX, CRITICO DE LOS DERECHOS HUMANOS.
Carlos Eymar.

DEL CIUDADANO Y LEVIATAN.
Thomas Hobbes.

ENSAYOS POLITICOS.
David Hume.

DESDE EL ESPECTACULO A LA TRIVIALIZACION.
Enrique Tierno Galván.

PENSAMIENTO POETICO EN LA LIRICA INGLESA DEL SIGLO XIX.
Luis Cernuda.

INTRODUCCION A LA VIDA ANGELICA.
Cartas a una soledad.
Eugenio d'Ors.

LA PSIQUE HUMANA.
John C. Eccles.

TEORIA Y PRACTICA.
Immanuel Kant.

DIALOGOS DE AMOR.
León Hebreo.

INTUICION Y RAZON.
Mario Bunge.

tecnos

EDITORIAL TECNOS
O'Donnell, 27, 1.º - 28009 MADRID - Teléfs. 431 64 00/53

De venta en las principales librerías.
Solicite catálogo al aptdo. 14632, Ref. D de C. 28080 MADRID
Comercializa GRUPO DISTRIBUIDOR EDITORIAL, S. A.
Don Ramón de la Cruz, 67, 28001 MADRID. Tel. 401 12 00

México: el desafío democrático

Jorge G. Castañeda



México se ha vuelto noticia de primera plana en el mundo. Su deuda externa de más de 100 mil millones de dólares es impagable e imperdonable. El narcotráfico, la inmigración, la corrupción y la fuga de capitales han llevado al Congreso norteamericano a ventilar en público asuntos que el poder ejecutivo estadounidense preferiría discutir en privado, probablemente con razón. Adentro y afuera se cuestiona la capacidad de sobrevivencia de un sistema político viejo y cansado, quizás acabado.

Debido a sus enormes recursos humanos y naturales, gracias a su proximidad con los Estados Unidos y a la fuerza de su personalidad nacional, las perspectivas de México a largo plazo son sin duda alentadoras. Pero entre un corto plazo desolado y un largo plazo prometedor yace un lapso intermedio extraordinariamente difícil y descorazonador. Encierra problemas en apariencia sin solución y paradojas sin número que componen el desafío mexicano para el año 2000.

Uno

La palabra de moda en México es «modernización». La economía debe modernizarse para crecer, para crear empleos y para garantizar la estabilidad del país. El estado asistencial mexicano también debe ser «modernizado» para que sea costeable, justo, y conforme a las corrientes ideológicas contemporáneas. Y por supuesto el

arrugado sistema político mexicano tendrá que actualizarse: el unipartidismo, la cooptación y la corrupción deben por lo menos adaptarse a la modernidad; de preferencia deben desaparecer.

El clamor de modernización proviene de todas partes: del mismo gobierno del presidente Miguel de la Madrid; de las clases medias que prefieren mirarse más como la mayoría de la población de un país moderno del Primer Mundo que como una minoría privilegiada de un país pobre; y del sector empresarial mexicano que le ha entregado un ultimatum al resto de la sociedad: invertirá el mínimo posible en México mientras la nación «no se modernice». El movimiento obrero, los sectores pobres urbanos y el campesinado demandan empleos, salarios decentes y tierra. Para ellos el llamado a la modernización es su manera de exigir que se ponga un término a niveles inaceptables de pobreza, desnutrición, analfabetismo e injusticia flagrantes en un país tan rico como México.

Por último, las presiones del exterior también se centran en la «modernización». Los acreedores de México, sus amigos y sus enemigos en el mundo, esperan todos una transición rápida y pacífica de la obsolescencia económica y política a una cabal modernidad. La apertura de la economía, la democratización del sistema político y una redefinición de la política social: he aquí los puntos sobresalientes del pliego petitorio de la comunidad internacional. Incluso se logra entrever una tenue esperanza de que

el «anacrónico y exacerbado» nacionalismo político y cultural mexicano comience a esfumarse.

El clamor es demasiado extenso para descartarlo como mera moda. Pero detrás de esta aparente unanimidad se esconde una extraña paradoja, a saber: la historia mexicana de los últimos 50 años ha sido precisamente una gran saga modernizadora.

En menos de medio siglo México dejó de ser un país esencialmente atrasado, rural, analfabeto, agrícola y poco poblado, para convertirse en una nación de 80 millones de habitantes, urbana, alfabetizada y ya en gran medida de clase media o proletaria. Más aún, esta transformación radical sin parangón en el Tercer Mundo para un periodo semejante, se aceleró durante los últimos 20 años; apenas ahora comienza a asentarse.

Algunas cifras ilustran la envergadura del cambio. En 1935, el 67 por 100 de la población vivía en el campo; en 1960 todavía la mitad de los mexicanos habitaban las zonas rurales, pero para 1980 el número había decrecido a 33 por 100 y hacia 1985, a aproximadamente 28 por 100. Asimismo —y quizás esto tenga mayor relieve— la proporción de los ciudadanos concentrados en ciudades de más de 500 mil habitantes aumentó de 36 por 100 en 1960 a 48 por 100 en 1980: una mutación duodecimal inigualada en el resto del mundo. El proceso de urbanización en ciertos países de África Occidental ha sido más veloz pero se

JOSE ALFONSO
FLEDO

El capitalismo
mexicano en los 80
Ene. 1986

JULIO SCHERRER
GARCIA

Los presidentes
Guillermo 1986

ENRIQUE KRAUSE

La democracia sin
aditivos
Joaquín Morán, 1986

EL AGUILAR CAMIN
Y J. MEYER

A la sombra de la
revolución mexicana
1910-1984
(en preparación)

**JORGE G.
CASTAÑEDA**

El economicismo
independentista
Siglo XXI, 1976.

Nicaragua:
contradicciones en
la revolución
Nuestro Tiempo, 1980.

Los últimos
capitalismos
Era, 1982.

**JOSE VALENZUELA
FEIJOO**

El capitalismo
mexicano en los 80
Era, 1986.

**JULIO SCHERER
GARCIA**

Los presidentes
Grijalbo, 1986.

ENRIQUE KRAUZE

La democracia sin
adjetivos
Joaquín Mortiz, 1986.

**H. AGUILAR CAMIN
y L. MEYER**

A la sombra de la
revolución mexicana,
1910-1984
(en preparación).

trata aún de naciones eminentemente rurales. A la inversa, otros países de América Latina son más urbanos que México, pero han alcanzado dicho estadió al cabo de procesos más largos, más lentos.

La metamorfosis social también es impresionante. En 1950 el 57 por 100 de la población se ganaba la vida —apenas— en la agricultura; en 1980 la cifra equivalente era de 26 por 100 y hacia 1985 oscilaba en torno al 22 por 100. En 1933 sólo el 28 por 100 de los mexicanos sabían leer y escribir; en 1980 la proporción sumaba 87 por 100, aunque la calidad de su alfabetización —y de la política educativa nacional— dejaba mucho que desear.

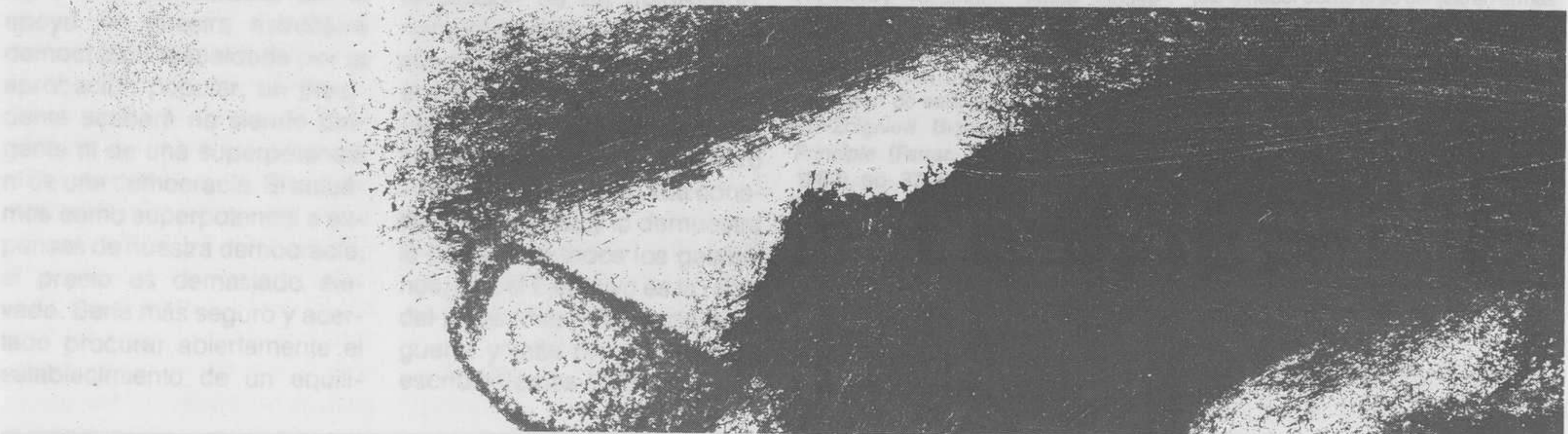
Una última estadística. Entre 1965 y 1983 el número de televisores registrados pasó de 1.2 millones a 8.3 millones: el número de receptores por cada mil habitantes creció de 30 a 111. Las cifras oficiales —en este

una nación la mitad de cuya población ni siquiera había nacido en 1970. El criterio comparativo es el de la vecindad nortea y la consiguiente sed de una modernización más rápida y más extensa es por definición insaciable. Además, suele ocurrir con las palabras de moda que la unanimidad que proclaman sea meramente de fachada. Es el caso de la modernización; todos la aclaman pero nadie está de acuerdo sobre su auténtica acepción. Para ser más precisos, aquéllos que han hecho de la modernización su bandera, sólo quieren lo que podría llamarse una modernización *à la carte*: se escoge lo que uno quiere y se deja lo demás.

Mientras no pase nada, persiste la unanimidad y se mantiene la ficción de un consenso nacional a favor de la modernización. Pero en cuanto se toman medidas, o se amenace con hacerlo —ingreso al GATT,

mos años. Por consiguiente, la economía mexicana tendrá que crear casi 15 millones de empleos —o un millón de empleos al año— entre 1986 y el año 2000. Sólo entonces empezarán a atenuarse los efectos de la explosión demográfica.

La magnitud de la tarea por emprender puede ser ilustrada por el hecho de que hay aproximadamente 20 millones de mexicanos con empleos formales. A diferencia del decenio 1970-1981, durante el cual fueron creados 8 millones de empleos gracias a tasas anuales de crecimiento económico superiores al 6 por 100, el país deberá crear el doble de esa cantidad de empleos en los 15 años que vienen. Y esto presupone que los empleos existentes no se pierdan, que el éxodo rural hacia las ciudades no aumente y que la emigración a los Estados Unidos no se restrinja. Las tres premisas son discutibles, pero las consecuencias



caso como en muchos otros— subestiman la realidad, no incluyen muchas televisiones de contrabando. De hecho existe el mismo número de televisores por habitante en México hoy que en la mayoría de los países de Europa Occidental a finales de los años 60.

A México se le exige llevar a cabo un cambio modernizador profundo y rápido. Si los países hablaran, este país podría responder que acaba de concluir un salto modernizador de medio siglo, tan hondo y acelerado como el que cualquier otro país haya logrado —o infligido a sí mismo— durante un periodo equivalente. En todo caso, podría pedir un respiro merecido. Pero no puede, desde luego, allí estriba el problema.

Para la mayoría de los mexicanos el criterio de modernidad es la modernidad misma, es decir, los Estados Unidos. Millones de ciudadanos se han ido al norte a trabajar, a estudiar y a pasear, de manera permanente o para estancias de duración variada. Millones más que no pueden —o no quieren— irse, tienen amigos o familiares que sí se han ido. Los demás viven el bombardeo cotidiano de imágenes y promesas del «American Way of Life» a través de la televisión, el cine y los 4 millones de estadounidenses que visitan México cada año o el medio millón que habitan la República Mexicana.

Son pocos los mexicanos que miden el grado de modernización del país en relación con el pasado y esto se entiende en

recorte de subsidios, reforma fiscal o control de cambios—, desaparece el consenso y surgen las oposiciones de intereses creados. Por todo ello la palabra modernización tal vez no sea el mejor término ni la mejor noción para comprender los problemas que México enfrenta ni para encontrar las soluciones que busca.

Dos

El reto mayor para el país a mediano plazo es claramente el económico. De ahí se deriva todo: una mejor distribución de los frutos del crecimiento económico, un sistema político más democrático y más libre, relaciones más parejas —aunque no necesariamente más cercanas o más amistosas— con los Estados Unidos. Resulta una trágica paradoja que justo en el momento en que, por razones demográficas, México debe crear el mayor número de empleos de su historia, la economía mexicana ha dejado de crecer. Peor aún: las condiciones de un reencuentro con el crecimiento se antojan remotas, si no irrealizables a corto plazo.

Durante los decenios de los sesentas y setentas la tasa de mortalidad mexicana siguió cayendo mientras que la natalidad permanecía excepcionalmente elevada. Por lo tanto casi 15 millones de jóvenes mexicanos arribarán al mercado de trabajo de aquí al fin de siglo. Puesto que la población activa aún es joven, pocos mexicanos egresarán del mercado de trabajo en los próxi-

de no crear los empleos necesarios son impensables. La juventud que no los halle sólo tendrá tres opciones: los Estados Unidos, la calle o la revolución.

Por ahora dichos empleos no se están creando. Para 1987, el déficit de empleos —la diferencia entre los empleos creados y los empleos necesarios para absorber el crecimiento demográfico— desde 1982 alcanzará la cifra de 3 millones. Además, los jóvenes que no encuentran empleos hoy no son los mismos de antes: son cada vez más urbanos, con educación —aunque no muy buena— y «gracias» a la televisión, forman parte del «mundo moderno». Sus expectativas —y sus decepciones— también se distinguen radicalmente de las de sus predecesores desempleados procedentes del campo.

La única manera de crear los empleos necesarios es mediante altas tasas de crecimiento económico: no menos del 6 por 100 anual. Crear más empleos con menos crecimiento no parece factible. Ciertamente México posee una gran economía subterránea desconocida y en plena expansión. No registra empleos, ni paga impuestos o cotiza al estado asistencial —Seguro Social, Infonavit, etc.— pero proporciona empleos y salarios. Un claro indicador de su existencia aparece en las cifras agregadas y sectoriales del Producto Interno en 1984, el PIB industrial creció 4,3 por 100 mientras que el consumo industrial de electricidad, por ejemplo, subió 8,8 por 100. ¿Quién consumió toda esa energía eléc-

trica? De cualquier modo, la economía subterránea sólo puede contribuir a la gestión del problema.

La tasa histórica de crecimiento de la economía mexicana para crear empleos suficientes es de 6 por 100. Pero este ritmo requiere una tasa de ahorro interno que no parece viable en el futuro cercano. Durante los años sesenta y buena parte de los setenta dicha tasa se estabilizó alrededor del 16 por 100 del PIB: 14 por 100 de ahorro interno, 2 por 100 de ahorro externo. Hacia finales del decenio de los setentas y a principios de la década siguiente, para lograr los mismos niveles de crecimiento fue preciso elevar la tasa de ahorro global primero al 17 por 100, luego al 20 por 100 y aún al 22 por 100 del PIB.

Buena parte —no toda— del incremento provino del ahorro externo, sobre todo del crédito del exterior. Cuando se acabó la

100. Pero las importaciones crecieron más: 10,2 por 100 en 1972 y 16,7 por 100 el año siguiente. Lo mismo sucedió en el bienio 1977:78: en el año de la recuperación el PIB creció el 8 por 100 pero las importaciones aumentaron en un 22 por 100 y 29 por 100 en 1979. Y en 1984, un año de repunte después de la caída de cinco puntos en el producto en 1983, las importaciones se incrementaron en un 21 por 100, mientras que el PIB sólo creció 3,5 por 100.

Las razones son fáciles de entrever. Desde el decenio de 1940, México ha implementado una política de sustitución de importaciones de bienes de consumo e intermedios. Pero no intentó la ejecución de una política análoga en materia de bienes de capital hasta finales de los setentas, y se acabó el dinero antes de que hubiera madurado dicho proceso. Por tanto, al crecer la economía a ritmos elevados, la estructura

mía y del cierre de empresas estatales deficitarias. Asimismo, la transformación del sistema de tenencia de la tierra y de la política agrícola —tal vez la reforma más urgente— sin duda expulsaría a muchos campesinos de sus tierras. Tierras que nunca fueron muy fértiles ni productivas pero que mantuvieron a millones de mexicanos rurales alejados de las grandes urbes y de sus mercados de empleo.

La inversión extranjera por su parte no tiene una incidencia directa y significativa sobre la balanza de pagos, aunque quizás aumente el empleo. La aritmética entonces, es sencilla. Para que México cumpla con el servicio de su deuda externa y crezca, el superávit comercial en sus cuentas con el exterior tiene que aumentar cada año en un monto superior al interés nominal que paga sobre su deuda. Esto implica un auge espectacular de las exportaciones, o una



fiesta en 1982 y éste último se agotó, el ahorro global cayó aproximadamente a 15-16 por 100, a pesar de un aumento al 18 por 100 del ahorro interno. La diferencia entre ambos se debió, desde luego, al ahorro externo negativo: con motivo del servicio de su inmensa deuda externa y de la fuga de capitales, México transfiere entre 3 y 4 por 100 de su producto anual a sus acreedores extranjeros.

Si el crédito externo sigue escaso —y no existe razón alguna para pensar que América Latina volverá a tener acceso a fuentes crediticias como en los sesentas— el ahorro interno tendría que elevarse aún más: una hipótesis poco verosímil. La interrogante para el país durante los próximos 15 años es cómo paliar un ahorro interno insuficiente cuando ya no hay crédito externo disponible y cuando se deben más de 100 mil millones de dólares. El problema principal reside en la estructura de la economía mexicana y en la forma en que su perfil importador y exportador responde a altas tasas de crecimiento.

Desde los años sesenta, cada vez que la economía mexicana se estanca, las importaciones caen y las exportaciones crecen. Pero la recuperación ulterior trae consigo un auge extraordinario de las importaciones, sobre todo de bienes de capital, con aumentos superiores al crecimiento del PIB. Así, en 1972, después de una recesión moderada durante la cual las importaciones disminuyeron en 4,6 por 100, la economía volvió a crecer a una tasa de 8,5 por

productiva nacional no es capaz de suplir la demanda de bienes de capital e intermedios, y no queda más que recurrir a la importación.

Por otra parte, al recuperarse la demanda interna, los productores mexicanos que habían comenzado a probar las delicias del mercado externo se vuelcan de nuevo al mercado interno porque allí se dan menos desencuentros. Por lo tanto, durante cada recuperación económica, las exportaciones caen, las importaciones se disparan y el superávit comercial se desvanece de la noche a la mañana. Muy pronto México requiere fondos del exterior para colmar la brecha. Tradicionalmente —y en menor escala— los fondos provenían del turismo, de la inversión extranjera y últimamente del endeudamiento externo.

Pero ahora la deuda externa ya no es una solución: es el problema. El círculo se cuadra ya que además de buscar recursos de por sí escasos para financiar importaciones, México tiene que pagar el servicio de la deuda ya existente. Si dejara de hacerlo, sin duda dispondría de mayores recursos, pero también enfrentaría mayores dificultades en encontrar fondos externos frescos.

Se suele citar el llamado cambio estructural como quiebre del círculo vicioso. Pero aunque muchas de las reformas económicas en discusión hoy en México —todas ellas necesarias y deseables en teoría— puedan aumentar la captación de divisas, tienden a deprimir el empleo en el corto plazo. Es el caso de la apertura de la econo-

caída dramática en las importaciones, o alguna combinación de ambos procesos.

Reducir las importaciones significa crear una industria mexicana de bienes de capital, tal y como lo ha logrado Brasil al cabo de un largo esfuerzo y en particular durante los últimos diez años. Esto a su vez entraña un aumento inicial en las importaciones —las máquinas para producir máquinas— del sector recién nacido. Exige también niveles elevados de protección para la industria durante su infancia y subsidios e intervención estatal durante su adolescencia. Todo esto es posible, pero es exactamente lo contrario de lo que está haciendo el gobierno —tal vez con razón— frente al resto de la economía mexicana. Va en contra igualmente de la corriente más en boga de la doctrina económica contemporánea.

Ahora bien, es factible lograr una alza significativa y sostenida en las exportaciones mexicanas no petroleras de aquí al año 2000, pero con muchos «si». En primer término, los mercados de los Estados Unidos y de los demás países industrializados deben permanecer relativamente abiertos: las perspectivas no son precisamente brillantes. En segundo lugar, es casi imposible que el empresario mexicano actual de típico corte inmediateista, acostumbrado a un mercado interno cautivo, protegido y dinámico, se convierta de repente en un exportador de alto vuelo. Lo más probable es que México tenga que crear una nueva clase empresarial exportadora.

Esto es posible pero incierto y difícil: también es lento y costoso. Nuevamente, el estado tendría que desempeñar un papel importante y ello entrañaría las dificultades anteriormente mencionadas. La inversión extranjera y las maquiladoras del norte de México pueden contribuir a este proceso, pero no constituyen un sucedáneo aceptable a un sector exportador nacional e integrado.

De ahora hasta el año 2000, México tendrá que crear más empleos que nunca. Para lograrlo, su economía tendrá que crecer más que nunca en una época en la cual el crecimiento es más difícil, los recursos para alimentarlo más escasos y las reformas para promover el primero y obtener los segundos son más contraproducentes. Este es el primer desafío —y la primera paradoja— de México para el fin de siglo.

mientras que el 10 por 100 más rico disponía del 41 por 100. La estructura del ingreso de México se asemeja más a la de Kenia, cuyo nivel de desarrollo es infinitamente menor que a la de Portugal, Yugoslavia o Grecia, cuyo estadio de desarrollo se aproxima al mexicano.

El primer antídoto fue la creación de empleos. Entre 1965 y 1984 el número de personas empleadas en el sector formal pasó de 10,8 millones a 20,1 millones, es decir, casi un aumento del 100 por 100 en 20 años. Los salarios mínimo y promedio en el sector manufacturero durante el mismo lapso cayeron, de tal suerte que los mexicanos con empleo no ganan mucho más hoy que hace dos décadas. Pero son mucho más los mexicanos que trabajan hoy que en 1965, aún como proporción de la población total. Ya se dijo: esta tendencia ya no es vigente ni lo será en el futuro cercano.

lo que fue en los sesentas. De tal suerte que el efecto rectificativo de la reforma agraria, cualesquiera que hayan sido sus serios inconvenientes en materia de eficiencia agrícola global, se ha menguado. Y seguirá por este camino. Se repartirá menos tierra o más bien, antes del fin de siglo, intervendrá una reforma radical del sistema de tenencia de la tierra.

Ello implicará quitarle tierra a campesinos que la han recibido y dejar sin tierra a aquellos que aún no la reciben. A largo plazo tal vez este proceso cree más empleos en el campo. Pero probablemente serán menos los empleos creados que los campesinos desplazados. En el mejor de los casos, el efecto neto será un empeoramiento provisional de la distribución del ingreso en las zonas rurales, aunque la inversión, la producción y las exportaciones agrícolas tal vez aumenten con el tiempo. Si las cosas

Tres

El segundo reto es más difícil de enfrentar, y seguramente más trágico. Se trata del desafío social o redistributivo. Con el paso del tiempo, México ha adquirido una de las distribuciones del ingreso más desiguales del mundo. Para contrarrestar este fenómeno, de manera desorganizada y poco pensada se ha construido un estado asistencial basado en la creación de empleos, en el reparto de tierras, en el otorgamiento de subsidios y el suministro de servicios públicos. Todo ello con el fin de corregir las flagrantes injusticias y desequilibrios producto de altas tasas de crecimiento económico, de negligencia gubernamental y de indiferencia nacional.

En el transcurso de los próximos quince años, México tendrá que aligerar, reorientar y racionalizar este estado asistencial, simplemente porque ya no hay suficiente dinero, tierra o crecimiento para financiarlo. Esto arrojará más injusticia, desigualdad y pobreza para una población que ya ha sufrido una seria caída en su nivel de vida. El problema distributivo se agravará antes de que comience a mejorar.

Según el Informe de Desarrollo del Banco Mundial de 1986, en 1977, el último año para el cual existen datos fidedignos, entre los llamados países de ingreso medio superior, sólo Brasil y Panamá sufrían una peor distribución del ingreso que México. El 20 por 100 más pobre de la población recibía apenas el 2,9 por 100 del ingreso total,

El segundo remedio mexicano a la desigualdad en el ingreso fue el reparto de tierra. La lucha por la tierra fue una de las raíces de la Revolución de principios de siglo, y la reforma agraria ocupa desde entonces un lugar sacrosanto en la iconografía política mexicana. Sus efectos negativos en lo tocante a la inversión, la producción y la eficiencia agrícola parecen innegables, pero también es cierto que un campesino paupérrimo *con* tierra se cree menos indigente que un campesino paupérrimo *sin* tierra. La creencia suele ser acertada, independientemente de la calidad de la tierra en cuestión y de la disponibilidad de crédito, asistencia técnica, semilla, fertilizante y maquinaria para cultivarla.

Aunque la época de oro del reparto agrario culminó en 1940 al abandonar la presidencia el general Lázaro Cárdenas, según las cifras oficiales —ligeramente infladas— se han entregado entretando más de 65 millones de hectáreas. Sobre todo, casi dos millones de familias campesinas, esto es, más de 10 millones de individuos, se han beneficiado de este reparto. Lo cual no aparece en las tablas de distribución del ingreso aunque reviste gran importancia en tanto correctivo a una pésima distribución de la riqueza nacional.

La tierra que hoy se reparte es de menor calidad y aún la tierra yerma se agota. El número de hectáreas por beneficiario ha declinado desde mediados de los años setentas. En 1983 el coeficiente hectáreas/beneficiario alcanzaba apenas la mitad de

mejoran en las ciudades, esto no resultaría tan grave.

No mejorarán porque la tercera pata del tripié asistencial mexicano —el número infinito de subsidios existentes— también enfrenta serias dificultades. Los subsidios nunca se han dirigido exclusivamente al consumo: de hecho los subsidios industriales quizás sean más grandes y más costosos. Pero no tienen un impacto directo en la distribución del ingreso, mientras que los subsidios al consumo sí lo tienen.

La tortilla, el pan, el arroz, el huevo, el aceite comestible, el frijol, la leche, el transporte urbano, la gasolina, la electricidad doméstica, el gas doméstico, el agua potable, el alcantarillado, los teléfonos públicos, las tarifas aéreas internas y los dólares han sido todos fuertemente subsidiados en un momento u otro durante los últimos veinte años. El financiamiento originalmente provino de las altas tasas de crecimiento, luego del petróleo y de la deuda externa y por último de las tres fuentes mencionadas y de los déficits fiscales.

Pero finalmente la demografía mexicana impuso su ley. Una cosa eran subsidios globales a pequeños grupos. Otra cosa muy distinta fue lo que comenzó a suceder en los años setenta. En muchos casos el subsidio sencillamente explotó. El mejor ejemplo, por supuesto, es el Metro de la Ciudad de México. En 1969 cuando fue inaugurado y utilizado por un millón de personas cada día, costaba un peso; hasta julio de 1968, seguía costando un peso y

casi 5 millones de habitantes del Distrito Federal usan el Metro todos los días. El subsidio por viaje ha crecido astronómicamente, al igual que el número de viajes o usuarios.

El carácter indiscriminado de estos subsidios generalizados, su aumento exponencial, el hecho de que frecuentemente favorecen a los habitantes de la capital —ciertamente pobres en muchos casos, pero menos pobres que otros mexicanos— son factores que los hacen insostenibles. Y poco a poco van siendo reducidos o eliminados. Esta tendencia sin duda se acelerará en años venideros. En algunos casos será posible establecer una red de salvaguarda; en otros casos, se podrán dirigir los subsidios con minuciosa meticulosidad sólo a quienes verdaderamente los necesitan. Pero en la mayoría de los casos ninguna de estas alternativas resultará factible, aunque

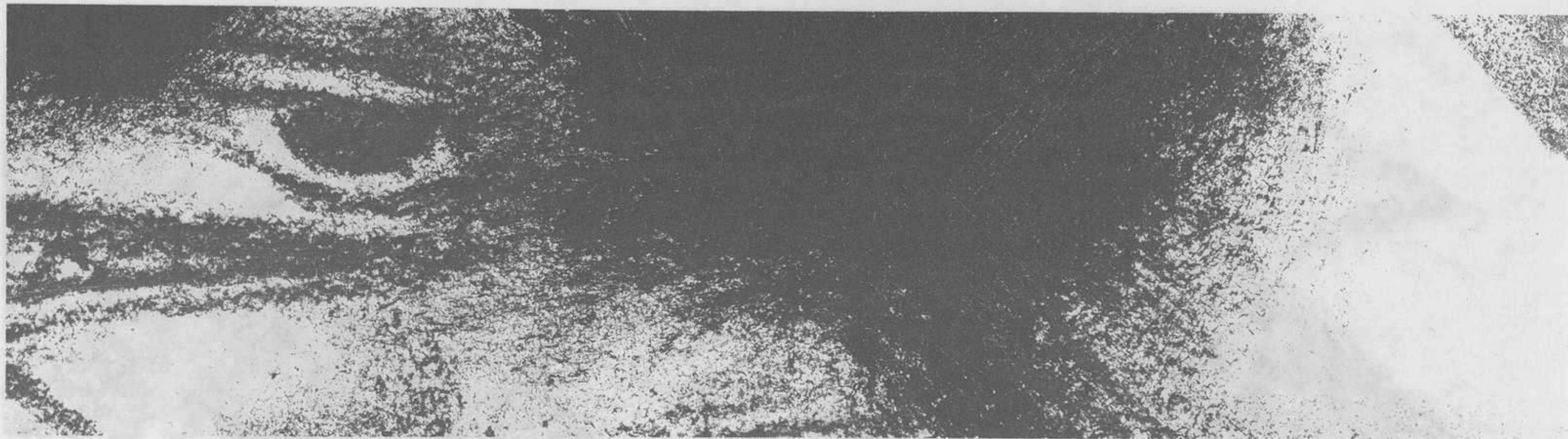
la riqueza existente de manera más equitativa. Si se confirman las tendencias actuales, es probable que ocurra lo contrario. Esto no es ineluctable aunque será excesivamente difícil de evitar. Pero el lograr una mejor distribución de la riqueza de México es probablemente una tarea más importante que la creación de nueva y mayor riqueza.

Cuatro

Si algo tiene que ceder, bien podría ser el sistema político mexicano. Su flexibilidad de antaño, su vieja sensibilidad ante la presión popular y su consabida capacidad de cambio indicarían que puede transformarse sin mayores desgarres. Pero —y de nuevo paradójicamente— el sistema tiene que cambiar en el peor de los momentos

que el sistema no sobreviviría a una verdadera liberalización de la economía. Porfirio Muñoz Ledo, expresidente del PRI y uno de los dirigentes políticos mexicanos con mayor pensamiento abstracto, ha dicho que una economía abierta exige una apertura de la esfera política. Huelga decir que se está dando lo primero, mas no lo segundo.

La razón de esta ligazón es relativamente sencilla. Una de las características principales del sistema político mexicano ha sido la existencia de la llamada economía de aplicación automática e instantánea («push-button»). Al igual que en el resto del mundo, incluyendo los Estados Unidos, pero más que en otras partes, el Estado Mexicano, es decir, ante todo el Presidente y el Gabinete, han podido utilizar los resortes más importantes de la economía nacional para fines políticos.



sólo fuera porque México carece de los recursos y de la experiencia para tal microgestión de la política social.

Habrán quienes argumenten que el dinero ahorrado podrá destinarse a mejor uso: crear nuevos empleos, financiar nuevas inversiones, desarrollar la infraestructura. Tal vez, pero quienes pierdan los subsidios no serán necesariamente quienes reciban los beneficios directos del nuevo orden. De hecho, el país corre serios riesgos políticos al clausurar el sistema de subsidios.

México ha sobrevivido cinco años de austeridad y de apretarse la cintura, incluyendo una caída de por lo menos 40 por 100 del salario real, en gran medida porque los salarios representan apenas una parte del ingreso total de muchos mexicanos. La familia extendida, los subsidios y otros servicios que suministra el gobierno, como la vivienda, la salud y la educación conforman el resto. Los sueldos pueden caer, pero lo demás no, y no por consiguiente la reducción del ingreso es menor de lo que sugieren las estadísticas oficiales. Pero si al mismo tiempo que la familia extendida pasa paulatinamente a pertenecer al pasado y se cortan los servicios gubernamentales, se eliminan los subsidios, el ingreso sufrirá un serio deterioro. Y su distribución empeorará.

En el año 2000, México tendrá entre 110 y 120 millones de habitantes. Debido a una insuficiente creación de empleos, es muy posible que los mexicanos del fin de siglo serán más pobres que los mexicanos de hoy. La única salida consiste en compartir

posibles, bajo las peores circunstancias imaginables: sin crecimiento ni empleos, con subsidios recortados y con mayor desigualdad.

Hay dos razones por las cuales tiene que modificarse el sistema que le ha dado a México estabilidad y libertades básicas a cambio del dominio de un partido único y de la ausencia de democracia representativa. Desde analistas de la CIA como Brian Lattel hasta intelectuales progresistas como Héctor Aguilar Camín, la mayoría de los observadores de la escena mexicana han subrayado la inadecuación del sistema al México moderno. Sus rasgos esenciales —el PRI, la Presidencia todopoderosa, la integración corporativista del movimiento obrero, del campesinado y de la burocracia federal al partido gobernante— surgieron en los años treinta.

México era entonces una nación rural, analfabeta y agrícola de gran pobreza. El mismo sistema no puede funcionar indefinidamente en un país con una extensa clase media urbana, con una fuerza de trabajo urbana y con educación, en un mundo de comunicación instantánea en el cual el poderoso vecino, los Estados Unidos, introduce hora por hora ruidos extraños a la sociedad mexicana. Este dilema no es producto de la crisis económica que sufre el país desde 1982, pero el fin de la época de crecimiento sí contribuyó a que sus efectos tuvieran mayores repercusiones.

Además, muchos políticos y analistas mexicanos han llegado a la conclusión de

que cuando por razones políticas ha sido necesario el establecimiento de un subsidio, de un proyecto de riego, o de una carretera, así se ha decidido y así se ha hecho. Si una industria, una región o un grupo político debían ser protegido frente a la competencia o la inversión extranjeras, de inmediato se imponían cuotas de importación, se congelaban permisos o se rechazaban proyectos.

A la inversa, si ciertos enemigos políticos tenían que ser destruidos, cooptados o cachondeados, los líderes del país podrían recurrir a un sin número de instrumentos de política económica para realizar lo que hacía falta: nuevas inversiones, salarios más altos o más bajos, congelamientos o aumentos de precio. Pero un sistema que depende de una economía «push-button» pronto verá que en una economía abierta los automatismos dejan de operar, los resortes no sirven y los mecanismos no responden. Claro está que los flujos económicos y financieros, los salarios, los precios y el empleo no estarán más sujetos a las proverbiales «fuerzas del mercado» que en otras partes. Pero el control gubernamental sobre ellos se verá seriamente mermado.

A plazo, por requerir un control así, el sistema político tal vez deje de funcionar; la cooptación, la protección, los subsidios y la inversión pública ya no fungirán como herramienta política. Todo ello obstaculizará el trato que el sistema político da a los que pierden en su seno o a quienes el propio sistema margina. El secreto del sistema

nunca se ha hallado en su manejo de los individuos o facciones vencedoras, integrantes del gabinete, administradores de paraestatales, gobernadores, senadores, diputados, presidentes municipales. Más bien, el secreto ha residido en la capacidad del sistema de otorgar premios de consagración adecuados a los perdedores, para que acepten su derrota por las buenas.

Si bien hay acuerdo sobre la necesidad de cambio, no hay un consenso semejante sobre el cómo y cuándo de dicho cambio. El acento, tanto en México como en el extranjero, ha caído en la faceta electoral de la indispensable «puesta al día» democrática mexicana. No obstante, es sólo parte del problema.

Hay una carencia dramática de prácticas democráticas elementales en el sistema electoral mexicano, pero también es el caso de sus sindicatos, su prensa y su burocracia.

yendo arrepentimiento, nuevos acontecimientos o incluso resultados electorales adversos, el sucesor designado sucedería a su mentor. Esto era y sigue siendo incompatible con cualquier cosa que aún remotamente se parezca a un proceso electoral.

La existencia de verdaderas elecciones hubiera traído dos consecuencias. Un «precandidato» perdedor hubiera podido apelar a la elección presidencial mediante un llamado al pueblo, tratar de ser electo sin ser escogido. Esto se intentó en 1940 y en 1952: no funcionó pero fue preciso un gran fraude electoral para impedirlo. En segundo término, una contienda electoral real, aún si fuera «manejada» para asegurar el resultado final, hubiera empañado la reputación del sucesor escogido, haciendo de su designación algo menos atractivo. Llegaría el momento en que a un número creciente de mexicanos se le ocurriera la posibilidad de

de sus ambiciones clasemedieras, México sigue siendo un país terriblemente pobre, injusto y desigual en donde la violencia suele ser la única defensa contra formas esclavistas e inhumanas de explotación y de sujeción.

Pero México sí ha cambiado, la clase media emergente sí funge como un colchón amplio y activo entre los muy ricos y los muy pobres. La educación, la televisión y la existencia de instituciones estables han penetrado hasta los rincones más recónditos de las zonas rurales y de las ciudades perdidas urbanas. Son demasiados los mexicanos con un interés real y propio en el mantenimiento de la tranquilidad social y de la continuidad política. Fracciones o líderes rebeldes ya no encontrarán con facilidad terreno fértil para rebeliones, pronunciamientos o rupturas radicales con el orden existente. Es perfectamente posible que no suce-



Hasta ahora las protestas más vociferantes han emanado de las clases medias urbanas y electoralmente conscientes del norte del país. Sin embargo no puede estar lejos el surgimiento de demandas de una mayor democracia en el campo y en las fábricas, en las oficinas y en los sindicatos. Lo mismo puede decirse de los potenciales anhelos democráticos de los casi 5 millones de empleados federales, o de los millones de televidentes del país, obligados a ver lo que probablemente sea el único monopolio *privado* de televisión (cobijado por el Estado) del mundo, o en todo caso de países con una amplia cobertura televisiva.

En realidad, el principal reto político al que se enfrenta México tiene que ver con la sucesión presidencial. Desde finales de los años veintes cada presidente en funciones ha escogido personalmente a su sucesor y, salvo pequeños problemas de vez en cuando, la nación ha aceptado su designación. En un país que durante su primer siglo de existencia no supo establecer un procedimiento pacífico de transmisión del poder de un mandatario a otro, este tal vez fue uno de los mayores éxitos de la Revolución. El sistema sólo funcionó, sin embargo, cuando dos hechos fueron recibidos y aceptados por todos.

El primero consistía en reconocer que quien no era escogido no podía ser presidente: la elección del presidente saliente era inapelable e irreversible. En segundo lugar, quien era escogido lo era de una vez y para siempre, pasara lo que pasara, inclu-

que el ser escogido no implicaba necesariamente ser presidente.

La sucesión presidencial de 1988 sin duda se llevará a cabo conforme al calendario y a la tradición. De la Madrid escogerá a su sucesor y dicha designación será posteriormente ratificada a través de elecciones meramente rituales... que el PRI casi seguramente ganaría aún si fueran limpias. Pero será probablemente la última sucesión de esta naturaleza. El verdadero desafío surgirá en 1994, a menos de que antes suceda algo dramático o imprevisible.

Muchos mexicanos preferirían un sistema político en el cual contendieran abiertamente por el poder las múltiples corrientes de opinión de dentro y de fuera del PRI y del gobierno, con una condición. La contienda tendría que ser pacífica, sin degenerar en un conflicto violento, evitando que el perdedor no aceptara su derrota o que el vencedor utilizara su victoria para ajustar viejas cuentas, para humillar a sus rivales, o para eliminarlos de luchas venideras. La razón por la cual la mayoría de los mexicanos aceptan el sistema existente es su temor de que un sistema nuevo podría entrañar consecuencias de esta índole. Tal vez tengan razón, pero la hipótesis contraria también es verosímil.

El México de principios de siglo o de los años treinta dejó de existir. Esto no significa que la pobreza espeluznante del campo mexicano haya sido eliminada o que la extraordinaria violencia que brota de esa miseria o de la nueva pobreza urbana hayan desaparecido de la vida nacional. A pesar

diera nada si hubiera elecciones verdaderas en las cuales contendieran varios partidos y candidatos a la presidencia surgidos del propio PRI y del gobierno. Uno ganaría; los demás perderían, aceptarían su derrota y esperarían mejores tiempos. No hay garantía alguna de que el perdedor no tratara de invertir los resultados en las calles. Pero es poco probable que muchos mexicanos apoyaran tal intento.

La dificultad reside obviamente en convencer a los que están en el poder de que creen las condiciones mediante las cuales puedan perderlo. El gran reto que espera al próximo presidente de México será aceptar no ejercer su principal prerrogativa —que tradicionalmente ha hecho que los presidentes de México se sientan, con toda razón, emperadores romanos—, la elección del sucesor. Sólo cuando esto suceda podrá hablarse de una verdadera democratización electoral de México. Esta ya no se limitaría a aceptar —o impedir a toda costa— esporádicos triunfos electorales de la oposición pro-estadunidense en comicios locales del norte. Tampoco se reduciría a asuntos electorales: sólo cuando la democratización de México se extienda más allá del dominio electoral, alcanzando todos los ámbitos de la sociedad, tendrá el apoyo del pueblo mexicano.

Cinco

El último desafío mexicano en lo que

quedará del siglo involucra las relaciones entre México y los Estados Unidos. Nunca fáciles, siempre más traumáticas para México que para su vecino, estas relaciones se tornarán más complejas y paradójicas que antes. En una época de grandes retos internos, México deberá enfrentar al mismo tiempo el problema que representa la creciente integración a los Estados Unidos de amplios sectores de su economía y de su sociedad. Esta será una constante en el mediano plazo.

Y deberá superarse otro gran obstáculo de corto plazo. Justo en el momento en que México más requiere de visión, constancia y unidad de propósitos por parte de Estados Unidos, ese país está gobernado por la administración más miope, errática y dividida en años, por lo menos en lo que se refiere a la política hacia México.

Ya se vislumbran tendencias claramente

Coahuila han venido a instalarse muchos fabricantes automotrices norteamericanos y europeos, aprovechando la cercanía con los Estados Unidos, los bajos salarios, una fuerza de trabajo calificada y otros incentivos. En 1984 las exportaciones de motores de automóviles aumentaron 39 por 100, las de otras autopartes 54 por 100 y ambas sumaron más de mil millones de dólares, haciendo de la industria automotriz la segunda industria exportadora del país y la cuarta fuente de divisas. Estas fábricas no son propiamente maquiladoras: consumen insumos mexicanos en cantidades considerables. Pero en la medida en que la mayor parte de su producción se destina a la exportación, se asemejan a las maquiladoras y crean problemas análogos.

Conforme la economía mexicana se abra a las importaciones y a la inversión extranjera, y al crear el sector exportador que

de 2 por 100 a 3 por 100 al año— ahorrados e invertidos en los Estados Unidos. De ser así los efectos serán de gran alcance.

Ya hoy sectores minoritarios pero significativos de las clases medias del país y en particular del norte se sienten al abrigo de los problemas económicos nacionales debido a sus cuentas en dólares y propiedades en los Estados Unidos. Estas sumas—posiblemente de 50 a 60 mil millones de dólares— representan una pequeña parte del «stock» total de capital mexicano, pero de todos modos constituyen una gran cantidad de dinero. Los tenedores de esos activos conforman un sector clave del estrato social mexicano de ingresos altos y medianamente altos.

También se han desarrollado otras formas de integración cultural, que van desde tendencias tecnológicas aparatosas pero de menor importancia, tal y como el brote de



definidas en el sólo comportamiento económico mexicano reciente. Las ramas más dinámicas de la economía parecen ser extensiones de la economía norteamericana y no sectores extrovertidos de la mexicana. Dos ejemplos de ello son las maquiladoras y el sector exportador de la industria automotriz.

Las maquiladoras a lo largo de la frontera se encuentran en pleno «boom», en gran medida debido al tipo de cambio favorable—el salario mínimo diario mexicano es ligeramente inferior al salario por hora norteamericano— y gracias a la expansión de la economía de los Estados Unidos. Las exportaciones, el empleo y la producción de las maquiladoras ha aumentado fuertemente con motivo de una productividad relativamente alta, de la incorporación de fuerza de trabajo femenina y de la ausencia de derechos sindicales y laborales.

Al mismo tiempo el dinamismo de las maquiladoras ha planteado el problema de saber si un sector creciente de la economía mexicana debe responder exclusivamente a estímulos y a incentivos procedentes de la economía estadounidense, la cual determina el producto, la inversión y el empleo. Y dado que esto ocurre en la zona fronteriza, el enclave económico se finca en una zona de por sí ya muy integrada a la «otra ribera del río».

Algo semejante sucede con las gigantes plantas de autopartes y terminales de exportación surgidas durante el último decenio. En Durango, Chihuahua, Sonora y

tanto necesita, la integración con los Estados Unidos se acelerará. Esto probablemente sea inevitable y en sí mismo no difiere demasiado de la integración económica que han experimentado los países de Europa Occidental, por ejemplo. Todos los países han sufrido en épocas recientes una merma de soberanía económica al volverse sus economías nacionales más subordinadas a los procesos económicos extrafronterizos, y al volverse menos eficaces las políticas económicas nacionales.

La diferencia en el caso de la integración económica mexicana a los Estados Unidos reside evidentemente en las tremendas disparidades de tamaño, desarrollo económico, tecnología y productividad entre los dos países. En Europa cada miembro de la Comunidad Económica ha cedido una cuota de poder de decisión nacional, aunque algunos han cedido más que otros. Pero en el caso de México y los Estados Unidos, la abrumadora mayoría de las concesiones ha sido —y seguirá siendo— de un sólo lado. Ineluctablemente esto creará resistencias y hará que la institucionalización sea más difícil, si no es que imposible.

Además de estos aspectos económicos, han surgido otras tendencias más sutiles, pero igualmente importantes. La fuga de capitales, por ejemplo, ha sido señalada—con toda razón— como un síntoma de la crisis mexicana. Es probable que la economía mexicana tenga que acostumbrarse a vivir de manera permanente con un porcentaje determinado de su producto—quizás

antenas parabólicas en barrios pudientes, hasta el número creciente de jóvenes de la clase media mexicana que reciben parte de su educación superior en universidades estadounidenses. Y está en obra otra poderosa fuerza integracionista. Se trata por supuesto de la emigración mexicana a los Estados Unidos, que desde el punto de vista mexicano ha sufrido cambios importantes.

No existen datos confiables y pertinentes pero sí parece que ha aumentado la emigración mexicana de masas. Incluye de manera creciente un componente urbano mayor que antes: el nivel educativo de los que se van es más alto, como lo es también la tasa de retorno permanente o estacional. Estas tendencias le confieren un mayor efecto integracionista a la migración. Los que se van escriben, llaman y vuelven a casa más que antes. El otro lado de la medalla es que los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos optan por la ciudadanía norteamericana menos que otros inmigrantes y son asimilados con mayores dificultades. En este sentido una menor integración de los mexicanos en los Estados Unidos significa una mayor integración de México a los Estados Unidos.

También ha crecido la emigración profesional o de clase media, aunque en menor escala. Médicos, dentistas, arquitectos e ingenieros mexicanos buscan y encuentran empleos y se instalan en comunidades texanas o del suroeste de los Estados Unidos. Pero conservan lazos estrechos con la

«madre patria», van y vienen, traen amigos y familiares para visitas prolongadas. Mientras tanto, la frontera entre ambos países se va borrando en la percepción de estos nuevos inmigrantes mexicanos.

El grueso de las relaciones entre México y Estados Unidos ya no se concentra —si es que alguna vez se concentró— en los vínculos de gobierno a gobierno. Nexos y flujos incontrolables e incontables se van creando al margen de las orientaciones o de las políticas gubernamentales. Estos fenómenos no responden ya a la gobernanza vigente en ambos países. No pueden ser estimulados o frenados: en el mejor de los casos, algún día podrán ser administrados. Pero representan un reto mayor para México, porque su emergencia coincide con el surgimiento de los otros desafíos que confronta en el ámbito económico, social y político.

Cabe aducir que el vigor cultural de México y su identidad nacional excepcionalmente fuerte aseguran que la conjunción de aperturas políticas y económicas no dañará ni pondrá en peligro la existencia del país como tal. Vistas así las cosas, México seguiría conduciendo sus asuntos políticos, sociales e internacionales con la misma latitud que ahora, a pesar de una reducción en su margen de maniobra económico. Sin embargo, sería ingenuo e iluso despreciar el riesgo de una desintegración nacional. Es real el peligro de división del país en dos: un norte moderno, próspero, integrado y relativamente democrático y un sur atrasado, indigente, independiente y autoritario. La percepción de este peligro no es de circulación restringida. El gran desafío de México es asegurar que no suceda.

Cualquiera que sea el camino político que México recorra en los últimos años del siglo veinte, los problemas mencionados tendrán que ser enfrentados y resueltos. Existen motivos para no perder por completo la esperanza. Hacia principios del decenio de los noventa, el precio del petróleo debe volver a niveles anteriores al derrumbe de 1986. La conciencia mexicana de las dificultades que vive el país ha crecido vertiginosamente en años recientes. A pesar de la corrupción que impera en ciertos niveles y algunas dependencias gubernamentales, es innegable que a lo largo del tiempo el país ha creado una capa tecnocrática amplia, capaz y honrada, tanto dentro del Estado como en el sector privado. Este activo real del país garantiza que se hará lo que tenga que hacerse en materia administrativa, técnica y de implementación de políticas.

Sobre todo, la rabia contenida del pueblo mexicano, producto de interminables años de descontento, injusticia y frustración —si se desata y se canaliza a tiempo— puede convertirse en una fuente inagotable de energía y dinamismo para resolver los problemas del país. Las cosas se descompondrán antes de arreglarse, pero saldrán bien al final.

Existen otras razones para ser optimistas. Los Estados Unidos, a pesar de su experiencia y falta de voluntad para tratar los problemas de fondo con seriedad, propósito y oportunidad, a final de cuentas se verán obligados a hacerlo en el caso de México. Pasará el tiempo —y surgirán muchas mini-crisis en las relaciones bilaterales— antes de que ello acontezca, pero sucederá.

Los asuntos secundarios ocuparán el lugar que les corresponde; los temas de mayor envergadura quedarán colocados en el sitio que merecen.

La falta de coordinación entre entidades gubernamentales estadounidenses, la incoherencia yanqui y la volatilidad política, así como la vil utilización de las relaciones exteriores para fines politiqueros, aunque jamás desaparecerán, cederán ante la sustancia de los temas y la centralización de las políticas. Incluso se desvanecerá la típica tendencia norteamericana de imaginar soluciones simples, inmediatas y obvias a problemas abstractos, complejos y de largo plazo.

Esto tal vez le cree mayores problemas a México en el corto plazo, una mayor seriedad por parte de los Estados Unidos tendrá que aceptar los límites que le impone a su poderío un país tan complejo y ajeno como México. Y México tendrá que aprender a vivir con la inevitabilidad —si no la legitimidad— de la intervención sin fin de los estadounidenses en los asuntos mexicanos.

En el año 2000, México será un país más justo y democrático y más independiente o estará al borde de la fractura vertebral. Los Estados Unidos y el resto del mundo podrán influir en el desenlace, aunque el daño que pueden infligir es muy superior a la ayuda que puedan otorgar. Pero la alternativa es ante todo mexicana, y será lenta y dolorosa. La impaciencia, el simplismo y la arrogancia de sus vecinos, la pasividad y desesperación de sus gobernantes no resolverán los problemas del país. Eso sólo lo pueden el tiempo y el pueblo de México.

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



Leviatán

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
28010-Madrid - Teléfs. 410 46 96 y 410 47 98



El discurso secreto del presidente

Adam Zagajewski

Las floristerías están abiertas incluso los domingos y reina en ellas un olor ácido a tierra. Viene del interior del establecimiento una dependienta alta quien, ajustando las horquillas en sus cabellos castaños y repeinados, pregunta al tímido muchacho qué ramo desearía. Rosas. Aster. Claveles. Barrocos alhelíes. Charlatanes crisantemos. Amapolas. Girasoles. Es muy tarde ya. Por favor, no tomen apuntes. Es de noche; una noche oscura, llena de lluvia exasperante y me siento viejo, enfermo. Puede ocurrir que muera pronto. Desde que Tolstoi dijera que la muerte es un prejuicio burgués aprendimos mucho y la muerte fue nuestra maestra paciente.

No me resulta fácil comenzar. He pronunciado centenares de discursos. Recibía el texto en el último minuto y lo leía confiando porque siempre conté con colaboradores entregados. Pero los colaboradores nos miran con curiosidad; esperan con miedo e ilusión ese instante en el que, de nuevo, unos grandes funerales interrumpen la rutina normal de las reuniones, recepciones y despedidas. El armón de artillería es ya el último en la larga retahíla de vehículos puestos a disposición del gran hombre. Crecen enormes montículos de flores, pero ya no tienen aroma. No es fácil comenzar.

Tenemos cada vez más ciudades y pueblos, líneas de ferrocarriles, países, idiomas. Los desfiles se repiten tan a menudo que hemos de cambiar con frecuencia la calzada destruida por las cadenas de los tanques. Victoriosos desfiles. Cuántos presidentes, aún encarnándose en mi propio y enfermizo cuerpo, quisieran ocupar mi lugar: el cuerpo del líder es más que él mismo, son sus infinitas posesiones, los edredones de

sus subalternos, los barcos de su armada sumergidos en el agua verde, los manuales escolares de las naciones por él conquistadas, sus jóvenes, pecosos soldados y las novias de los soldados, y las hermanas de las novias, y los hermanos de los soldados, y el aduanero, y los censores de mirada penetrante, y, tal vez, aunque ellos no lo crean, los traidores también le pertenecen; y los emigrados, por más que lo desmientan, son de su propiedad. Cuanto más lo nieguen más le pertenecen. El cuerpo del líder, como cualquier organismo, consta de incontables variedades de células, glóbulos blancos y rojos, bacterias y virus, ganglios y músculos. Me gusta pensar en mi gran cuerpo imperial bañado por los océanos, protegido en invierno por la nieve piadosa, defendido por pecosos soldados. A veces me imagino aquellas pequeñas ciudades provincianas que jamás visité, pequeñas villas o quizá tan sólo pueblos alargados (estación de tren, la única avenida, larga, estrecha, hecha a intervalos, flanqueada por enjutos tilos, dos panaderías, peluquería, y al final la torta de la plaza con el tenedor del monumento despuntado inseguro en su centro); jamás fue pisada por mi pie y, sin embargo, estoy presente, muy presente, en retratos, carteles, decretos, y hasta en sueños.

Hay pensamientos buenos y pensamientos malos. En ocasiones me llegan ecos desagradables, maliciosos. Se oyen reproches. El afecto general que hasta hace poco nos envolvía, caluroso e impermeable, se deshilacha. Se oyen reproches, habitualmente tardíos, retrasados unas dos décadas. Se oye que matábamos, que fuimos crueles. Y quién lo dice. Hom-

bres que dejaron de creer en el alma inmortal. Les atemoriza matar porque no creen en su existencia.

Sí, matábamos. Piensen por favor qué tipo de vida contraponen ellos a la muerte. Qué arrancábamos a nuestras víctimas, nuestros enemigos, qué vida: una vida perezosa, inmóvil, vegetativa. ¿Acaso alguien que osa en su carrera por el bosque romper las telarañas puede ser acusado de algún delito? ¿Qué destruimos? ¿La vida? ¿Qué es la vida si no se incrusta en nosotros, si no se une a nosotros, si no adquiere la velocidad del movimiento (nosotros somos el movimiento)?

¿Recordáis las novelas de Dickens? Diminutos, ávaros hombrecillos de Dickens, tremendos personajes, monstruos de casas periféricas, impíos tenderos, golosos ancianos crueles, desalmados hombres y mujeres faltos de corazón.

¿Recordáis las novelas de Dickens? La vida impenetrable, oscura, plagada de odio, sufrimiento, deshonra. Los callejones de Londres, el laberinto donde cada día desaparecían niños inocentes. ¿Recordáis las ilustraciones de las novelas de Dickens? Napias ganzudas, rostros lerdos, jetas vulgares y torpes. Tanto mal, tanta maldad que para colmo guardaba su gloria, la gloria burguesa de la virtud. ¿Recordáis la impotencia de los pequeños protagonistas de Dickens, condenados a una lucha desesperada contra los tiranos en la familia, la escuela, la parroquia, y la tienda? ¿La vida? Esa era nuestra vida, sucia, desaliñada, ausente de plenitudes, una vida de callejón de gran urbe. Allí brilló la moneda dorada más nítida que las llamas del infierno, era más deseada que la salvación.

¿Habéis leído a Leon Bloy? No, no voy a recurrir a nuestros escritores, me basta con los testigos del otro lado. Recordaréis que Leon Bloy escribió sobre los dueños, sobre la tendera que os sonríe, pero a quien no os atrevéis a decir que os faltan 50 céntimos. ¡Eh, atrevedos a decirle que os falta dinero! Esa agradable persona se convertirá de pronto en una tigresa, llamará a la policía, os pondrá espesas, os mandará al patíbulo.

¿Y nosotros? ¿Qué hemos hecho? Es cierto, matábamos, construíamos campos de concentración, pero sólo atrapábamos a personajes de las ilustraciones de los libros de Dickens. Aspirábamos a una vida mejor, a otra humanidad, más noble, más pura. Queríamos que cada ciudad fuese una capital. Queríamos calles anchas y luminosas. ¿Qué destruimos? Un mundo malo, saturado de sufrimiento, dolor, ira y aburrimiento. Un mundo insondable, opaco. Unas calles que se enroscaban como el caparazón del caracol. Jardines, matorrales de arbustos; caniculares noches de julio, alaridos de hombres borrachos, el loco trinar de los pájaros, arroyos estrechos y enrevesados, sierras montañosas desperdigadas en desorden sobre el mapa, sinuosas fronteras que corrían de puntillas entre los países, como un ladrón. Trineos, el gélido aroma de la nieve, las sonrosadas mejillas de las criadas, manzanas inmóviles en el sótano metidas en papeles blancos, candados de metales macizos, restaurantes caros donde se amontonaban pirámides de alimentos, mientras los camareros se movían con el acompasado andar de los maniqués. En junio los bosques y los parques se llenaban de enamorados. El silbido múltiple

ADAM ZAGAJEWSKI

Polen, Staat im Schatten der Sowjetunion Rowohlt, 1981.

List. Oda do wielosci Institut littéraire, 1983.

Solidarité, solitude Fayard, 1986.

FERNANDO PESSOA

Ultimatum e paginas de sociologia política
Atica, 1978.

FERNANDO PESSOA

El poeta es un fingidor
(antología poética)
Espasa Calpe, 1982.

TIMOTHY GARTON ASH

¿Existe Europa central?
Letra Internacional 4,
Invierno 1986.

URSULA K. LE GUIN

Las fuentes
Letra Internacional 4,
Invierno 1986.

y burlón del tordo resonaba en cada soto. Los jueces —ancianos con pelucas— de ojos enrojecidos por el insomnio, autorizados para matar o conceder la gracia, una tarea no adecuada para su pequeña talla. Bellos diplomáticos consumidos por la sífilis. Cocheros que esperaban a sus amos y dormían con las bocas bien abiertas. Niños fustigados en los colegios. Batallones de ejecución compuestos de soldados torpes que hubieran preferido el oficio de jardinero, la injertación paciente de árboles. Rincones en los que permanecían de pie las putas muertas de frío. El vibrante grito de los vendedores de cebolla en el mercado, allí donde la multitud parecía romper los límites de la urbe y huir en diagonal, cruzando campos y lindes, hacia otro país.

¿Qué destruimos? Una historia aburrida, con sus pequeñas conquistas, una historia que poco a poco se bebía a los rei-

nos vecinos, trago a trago, en lugar de atragantarse con una victoria verdadera y definitiva, una historia con sus arcos de triunfo poco elevados, y que recordaban más bien a muebles burgueses. Destruimos el mundo condenado por los profetas, odiado por los poetas, una manzana podrida. En otoño las golondrinas volaban al sur. Las volutas de humo apuntaban al cielo, los arroyos humeaban al amanecer, los aguzanieves corrían por la playa balanceándose como abanicos vivientes. Sucedió a veces que el tren se detenía de noche en pleno campo y el pesado aliento de la locomotora atormentaba a los pájaros ocultos en los árboles invisibles. Altos álamos indicaban el camino. El halcón se suspendía bajo las nubes al acercarse la tormenta con los plumeros de sus relámpagos. Un grueso policía abrochaba el cinturón sobre su vientre hinchado con grandes dificulta-

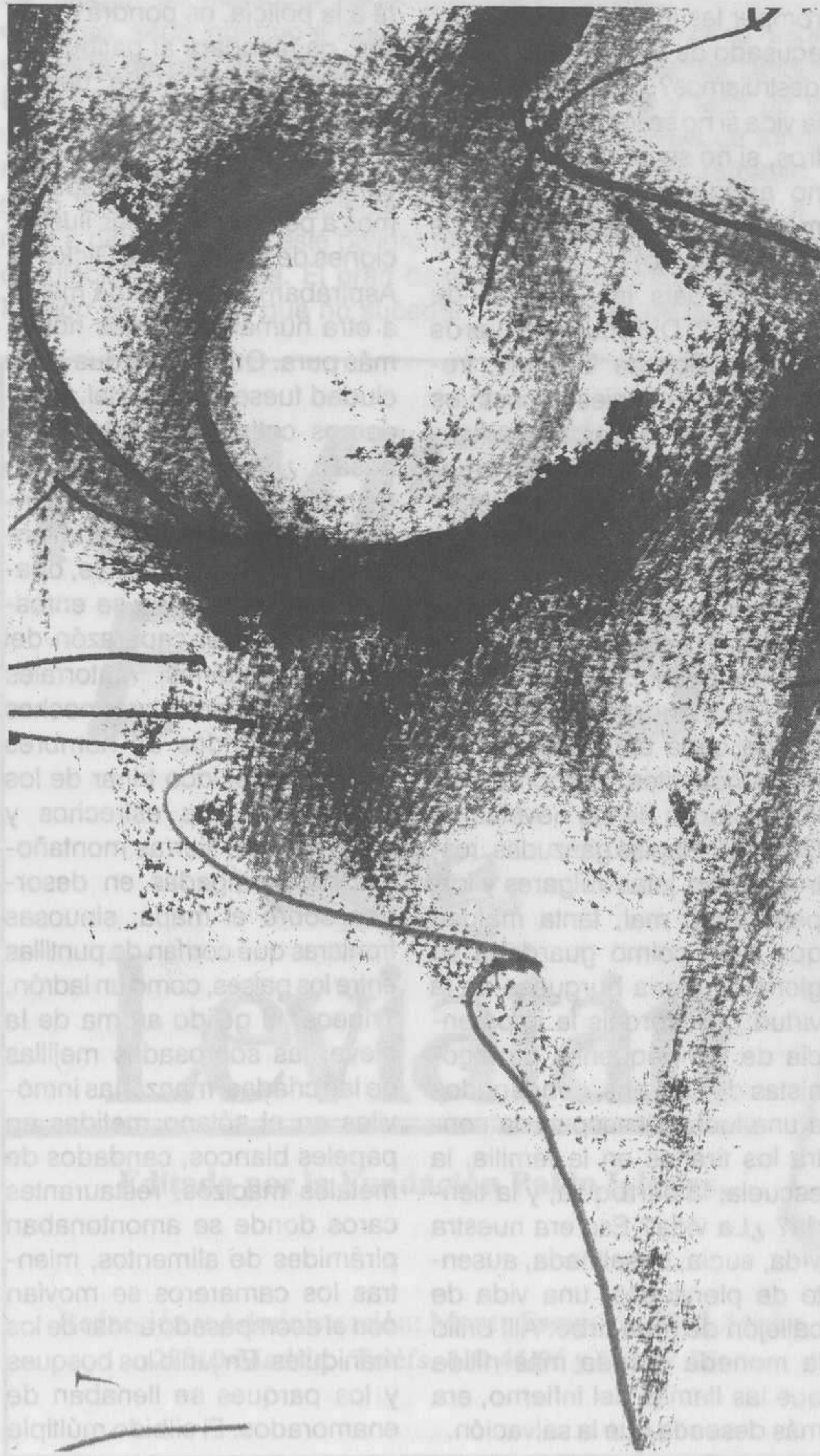
des. Los barrios judíos, la sinagoga judía. El severo dios de los judíos, ese políglota que también sabía yidish. La desesperación de los miserables que debían abandonar la vivienda porque no podían pagar la renta y se sumergían en la calle, el frío, la muerte.

¿Lo añoráis? ¿Añoráis a los prelados con sus pesadas sotanas? ¿Los patinaderos y orquestas que tocaban en los parques vales vieneses? ¿Balnearios donde Goethe reverenciaba al emperador? ¿Añoráis a esos sinvergüenzas que dejaron morir a Mozart? ¿A aquellos monjes sin afeitar que de madrugada, en la fría capilla, entonaban himnos gregorianos? ¿Añoráis esa inextricable variedad de razas, cultos y tipos humanos, a esa multitud que caminaba sin prisa por las calles igual que una enorme manada atraviesa los predios? ¿Añoráis los crepúsculos sobre los grandes campos de batalla? ¿La carnicería de Austerlitz y de Jena? ¿Qué añoráis? ¿El llanto feroz de las novias que ya han comprendido que se convertirán para siempre en solteronas de secas mejillas? ¿Añoráis los incendios urbanos que devoraban en un segundo las casas, tal como Gargantúa devoraba el asado de cerdo? ¿La vergüenza de Abelardo? ¿Los grotescos parlamentos con sus bastos diputados, comerciando con la fe y dispuestos cada semana a cambiar sus colores políticos y nacionales, hasta de sexo, si alguien les ofreciese más oro? ¿Añoráis a Dios a quien nadie ha visto? ¿A los teólogos, escritores de largas cartas sin contestación? ¿Qué añoráis? ¿Las pequeñas naciones viviendo sus cómicas esperanzas y cultivando unas ridículas y complicadas gramáticas que nadie sería capaz de aprender? ¿Las absurdas insurrecciones y los cantos sensibleros al lado de la hoguera? ¿Las Dietas interrumpidas por beodos vocingleros? ¿La crueldad de los oficiales prusianos? ¿Los últimos instantes de un suicida que había perdido todo en maquinaciones bursátiles?

El invierno escondía la miseria de las ciudades. En enero arribaban los pinzones con su plumaje escarlata. Las balsas naufragaban en los ríos. El Titanic se hundió como una plancha. Las bandas militares ensayaban horas y horas para el

concierto. Un montón de cosas inútiles. Las cruzadas. Los concursos. Siempre tonos falsos. Terribles ambiciones. Mantenerse en el escalón de la jerarquía, zurcir las medias rotas, remendar los pantalones, sacar brillo a los zapatos, todo para que nadie pensase que nos faltaba dinero, que caíamos. Mejor no comer durante una semana entera que revelar la existencia de un agujero en el calcetín. En primavera florecían las francesillas. Regresaban los estorninos. Las criadas lavaban las ventanas subidas a los parapetos. Los soldados salían de permiso. La nieve se derretía y los ríos crecían peligrosamente, las olas amarillas arrastraban troncos de árboles arrebatados, topos muertos, nidos de pájaros. Las lluvias limpiaban los pavimentos urbanos. En las cafeterías se discutía sobre el nihilismo. La abulia de la historia: siempre el tiempo pasado, el párpado de verbos perfectivos, las pestañas de adverbios. Piedad para los vivos.

Los pioneros avanzaban hacia el oeste. Siempre en tiempo pasado. Los anocheceres sangrientos, presagiando la derrota, la batalla perdida. Después la luna ligera sobrevolaba ríos y estanques, reflejándose en cada charco. El tiempo atraviesa la frase como el cosechero el campo. Miseras, pequeñas conquistas. Alguien trajo una liebre, otro se contentó con un saco de peras jugosas. Una sensación extraña al salir de la ciudad: el horizonte crece, hay más aire, la estepa raída como un pulmón enorme ofrece una ráfaga de felicidad. Al principio nuestros hombres eran ejemplares. Modestos, nobles, cultos, buenos. Eran conscientes de la seriedad del asunto. Llegaban al amanecer. No había en ellos ni tan siquiera una sombra de maldad. Vestían cazadoras de cuero, tenían semblantes atezados y afilados, eran tiernos como maestros de pueblo. Sabían evitar la exaltación, el patetismo. Llegaban con frecuencia al alba sin tener tiempo para desayunar como es debido. Dormían tres, cuatro horas al día. De eso nadie se acuerda. Muchos de ellos lo pagarían más tarde con enfermedades, úlceras estomacales. Bebían deprisa un café ácido y rasposo, sorteaban los escalones de tres en tres, entraban en el coche y recorrían la ciudad muerta,



dormida, sobrevolada por el trino de los mirlos. El rocío caía sobre las aceras de los parques. Las figuras de mármol miraban con indiferencia los coches negros. Se les acusaba por llegar al alba. Si no hubieran llegado al amanecer, los otros hubieran dormido hasta el mediodía, se hubieran revolcado en sábanas sucias y después, largo rato, habrían permanecido mirándose en los espejos, bostezando, tejiendo la superficie de cristal con vahos de aliento.

Quizá hayan ocurrido ciertas equivocaciones. Es necesario tomar en cuenta la escala de la empresa. Yo personalmente siento lo de Mandelstam, pero pienso, por otra parte, que algunos de sus poemas tardíos jamás habrían nacido si no le hubiéramos aplicado nuestra política. A nuestros hombres les gustaban las canciones alegres, los sonidos del acordeón, las marchas militares, los desfiles y el futuro. Les bastaba con un pequeño bocado y nadie se quejaba por no tener champán o trufas. Entonces nos hallábamos ante un lienzo blanco, como el pintor, y cada gesto nuestro cambiaba la faz del universo. Terminamos con las carreras de caballos. Jamás habríamos permitido ciertas variedades en el boxeo o la lucha libre; no aceptábamos aquello que toleraban esos americanos tan morales. Fue necesario simplificar muchos procesos complicados. ¿Qué añoráis? ¿Las cacerías con su crueldad indescriptible? ¿Los Papas con su fría y señorial falta de interés por el sufrimiento? ¿Los viejos árboles, en cuyo regazo se disponían las mesas para banquetear cuatro días y cuatro noches? ¿El tiempo pasado? ¿La trompeta del postillón?

Nieblas en los prados. En mi infancia pensaba que los sauces no eran árboles. Son tan diferentes, finos, exentos de formas. El viento los moldea. Entonces trataba de imaginarme América, las grandes ciudades con su caos de barrios y razas. Me imaginaba a los emigrantes modestamente vestidos, congelándose al amanecer, esperando ese plato de sopa caliente que recibían sólo al mediodía de manos de una elegante y hastiada dama. Judíos, armenios, polacos, irlandeses, italianos, griegos. Qué despilfarro, qué exceso de razas e idiomas. Cabellos oscuros, dientes blan-

cos, ojos azules o marrones. Enormes ojos de niños, dilatándose como la sed. Por desgracia tuvimos que castigar también a los niños. Lo menciono sin placer, sin satisfacción especial. Los cambios no pueden contentar a todos, no son introducidos para eso. Hay que ser consciente de que las grandes reformas no se realizan en el plano, por así decirlo, lírico, o sea, en el plano de la fe, los sentimientos, las añoranzas, aquellas quejas que son directamente alcanzables por nuestros sentidos; no, las grandes metamorfosis tienen carácter épico. Pocos saben comprenderlo, vivimos en unos tiempos que recibieron con ovaciones a esa filosofía llorosa llamada existencialismo.

El viento sopla. Ataca de nuevo. Mañana nos espera otro desfile. Ni con todo podemos sentirnos satisfechos. En los últimos años fuimos objeto de injustos ataques. A veces pienso que la humanidad no ha madurado todavía en relación a metamorfosis tan transcendentales y quiere quedarse con sus pequeños pecados, con su pereza. La humanidad de dedos pegajosos se desliza a hurtadillas hasta la alacena y se embucha dulces destinados para después, para otras fiestas. La gruesa humanidad, contenta consigo misma, ronronea de placer sentada ante el televisor. No nos imaginábamos así al hombre, le planteábamos otras tareas. Es más, también nuestros hombres cambiaron. Ya no son tan juveniles; comenzaron a mirar atentamente a ese gran batallón de la infantería humana que se retrasó. No sé. No lo comprendo. Si fuese más joven empezaría de nuevo, igual que antaño, con la misma pasión, con el mismo desinterés. No concibo lo que ha pasado. La superficialidad, la mediocridad, la carencia de imaginación, la comodidad, la torpeza, ganan. Los pequeños y cortos tenderos se ponen al frente de naciones históricas. En sus programas electorales sólo encuentras mantequilla, la mantequilla y el pan, el pan y el jamón, el jamón y la mostaza. Himalayas de mantequilla. Sorprendente sensiblería la de esa gente: calculan las pérdidas y simulan indignarse cuando muere alguno de nuestros prisioneros. Pero si eso no les importa en absoluto. Los pensamientos son invisibles. ¿Dónde está la Europa de antes, aquella

Europa de hombres valientes, duros, varoniles, hombres para quienes la muerte no significaba un final cobarde y lleno de desesperación? ¿Dónde está la Europa de los caballeros?

Triunfa de nuevo la impermeable, oscura humanidad, el policéfalo hormiguero lascivo que sucumbe a ningún plan, ese animal colmado de caprichos y de antojos, inquieto, adormilado, vegetativo, buscando secretos donde no los hay, en las estrellas, en los intestinos de las aves expiatorias, en el balbuceo de las hechiceras, en el grito amoroso, en el gemido de la pasión. La torpe, negra humanidad, el jardín zoológico, el remolino de idiotas buscando saciedad, los pequeños estúpidos hallando su felicidad en el acto de circular por un pueblo siciliano en sus motocicletas rugientes, o en pasear por las grandes playas atlánticas con un enorme radio-cassette que emite música africana. Las lanosas melenas de los imbéciles.

Los ojos saltones de los idiotas. Algunos regresan de nuevo a la iglesia, volverán a besar las blandas manos de los canónigos. Tal vez perdamos, tal vez no logremos mantener la honorable herencia de nuestros predecesores legendarios, mas algún día comprenderá la humanidad lo que perdió, se dará cuenta de las posibilidades que malgastó, verá que se quedó sola, como un niño perdido en el bosque, sola, avara, sin guías, gorda, perezosa, saturada de ansias y deseos confusos que no se pueden saciar, amedrentada, inundada en lágrimas, impotente. Entonces volveremos, amigos. A nosotros no nos está permitido enfadarnos.


¿Qué añoráis? ¿La infancia? ¿Las nubes que parecían ser mayores que un castillo real? ¿Los gorriones bailoteando en el asfalto? ¿El carnaval? ¿Los carniceros con sus delantales salpicados? ¿Los caballos resbalando en el pavimento helado? ¿La vida?

NABOKOV

INÉDITO


VLADIMIR
NABOKOV

El hechicero



Biblioteca Nabokov
Panorama de narrativas
Editorial Anagrama

La primera palpitación de "Lolita"



EDITORIAL ANAGRAMA

JEAN ZIEGLER

Suave en África
Sigo XXI, 1979.

NADINE
GORDIMER

Vivió en el interregno
Letra Internacional I,
Primavera 1986.

WOLFF SOYKKA

Ais
Algunas 1987.

La estación del caos
Algunas 1987.

El hombre sin mundo
Algunas 1987.

Los años de la nieve
Algunas 1987.

Los instintos
Pura y Jansé 1987.

El pasado condiciona el presente

Wole Soyinka

WOLE SOYINKA

Aké

Alfaguara, 1987.

La estación del caos

Alfaguara, 1987.

El hombre ha muerto

Alfaguara, 1987.

Los años de la niñez

Alfaguara, 1987.

Los intérpretes

Plaza y Janés, 1987.

En cierta ocasión tuvo lugar una escena un tanto curiosa, aparte de imprevista, en los bastidores de un teatro londinense y al mismo tiempo que se representaba en el escenario, y ante un nutrido público, la pieza teatral programada de antemano. Esto es lo ocurrido: uno de los actores rehusó aparecer en escena para representar el papel que tenía asignado. Se suspendió la representación. Otro actor, compañero de éste, intentó convencerle de que apareciera, pero el actor en cuestión negó terca-mente con la cabeza. A este intento siguió una riña. Este segundo actor tenía la esperanza de que, si expusiera a botepronto al actor reacio bajo la cruda luz de los focos y a la vista del público, conseguiría convencerle de que no le quedaba más remedio que reunirse con el resto de los actores y volver a la representación. Así pues, intentó coger por sorpresa al actor que había desertado, y, sin previo aviso, tiró de él hacia el escenario. El actor que se negaba a actuar se quedó con un palmo de narices y se sintió profundamente avergonzado, pues parte de ese forcejeo fue visto por buena parte del público.

Es preciso explicar que la propia representación consistía en una improvisación sobre un acontecimiento real. Esto llevaba consigo el que los actores gozaran de una libertad absoluta, dentro de las convenciones de la propia representación, de detenerse, volver sobre cualquier detalle que desearan reelaborar, e invitar a los componentes del público a que se sumaran a la representación, aparte de asignarse los papeles y cambiar de vestimenta a la vista del público. Por eso mismo estaban en condiciones de

dramatizar su deseo de hacer que ese actor reacio a cooperar se uniera a ellos, cosa que hicieron sin duda con sumo entusiasmo. Evidentemente, ese actor había abandonado el escenario antes de que empezase la escena del contencioso. Ya durante los ensayos había comentado que no estaba dispuesto a participar en la representación. Al final consiguió lo que se proponía, si bien a pesar de que ese incidente le supuso la obligación de afrontar considerables problemas a lo largo de las semanas siguientes. Se vio abocado a explicar y resolver de la mejor manera posible este encontronazo de actitudes habido entre sus compañeros, actores y escritores, y él mismo. Experimentó una intensa rabia por haberse visto forzado a hacer pública ostentación de su incapacidad de afrontar una realidad determinada en toda su crudeza, forzado a sufrir en público las consecuencias de su timidez interpretativa, a aparecer ante todos inhibido por una realidad espantosa, a llevar tal vez tan lejos su compromiso emocional para con un determinado acontecimiento que interfirió en su voluntad profesional, dando con ella al traste. Evidentemente, él sabía que no se trataba de esto. La verdad era mucho más sencilla. Al contrario que todos sus colegas de representación, con los cuales compartía incuestionablemente la misma actitud política respecto del acontecimiento que iban a dramatizar, entendió que el modo teatral elegido para la representación estaba abiertamente reñido con la fealdad que procuraba transmitir, lo cual le hizo sentir una intensa intranquilidad respecto de su propia presencia en el escenario, en ese lugar, ante un pú-

blico al que él consideraba como responsable colectivo de esa deshumanizada realidad.

Aclaremos ahora parte del misterio y concretemos algo más ese incidente. Tuvo lugar en el Royal Court Theatre, en Londres, en 1958. Era una de esas veladas dominicales consagradas a la experimentación, innovación producto de la actividad de aquel sobresaliente director y empresario teatral que fue George Devine, cuya creatividad nutrió al teatro británico de aquel periodo hasta radicalizarlo y dar lugar a figuras de la talla de John Osborne, N.F. Simpson, Edward Bond, Arnold Wesker, Harold Pinter, John Arden, etcétera, y que forzó incluso el por entonces conservador paladar teatral británico, hasta hacerle degustar a parias estilísticos e ideológicos tales como Samuel Beckett y Bertolt Brecht. En aquella ocasión en concreto se consagró la velada a lo que se llamaba teatro «vivo»; la pieza principal se titulaba *Eleven Men Dead at Hola*. Los actores no eran en absoluto actores profesionales, sino mayormente escritores que se dedicaban a crear estas piezas en común y a representarlas ellos mismos. Quienes gocen de una amplia memoria política tal vez recuerden lo ocurrido en Hola Camp, en Kenya, durante la guerra de liberación Mau-Mau. El poder colonial británico estaba convencido de que era posible aplastar la rebelión Mau-Mau encerrando masivamente a los Kenyatas en campos especiales, haciendo distingos entre los casos más difíciles, los meros sospechosos y los que podrían hipotéticamente unirse a la causa del Imperio. La verdad es que era un plan perfectamente trazado. Uno de esos campos

era Hola Camp, y el incidente de que hablo implicó la muerte de once de los detenidos, que fueron lisa y llanamente apaleados hasta morir por los oficiales y los guardianes del campo. Se puso en marcha la investigación acostumbrada, y fue de hecho ese informe el que nos proporcionó el texto sobre el que estaba basada principalmente la representación.

Ahora ya sólo nos hace falta indentificar al actor reacio a que me refería; si a estas alturas no se han dado cuenta, les diré que no era otro que éste que les habla. Recuerdo aquel acontecimiento tan vívidamente como suelen recordar de por vida los actores el aterrador momento en que se quedan en blanco (1), ese momento en que no sólo olvidan el guión, sino también el instante de la obra en que se encuentran. El papel que a mí se me había asignado era el de un guardián del campo, uno de los asesinos. Ibamos equipados con unas porras enormes y, mientras el narrador leía el testimonios de unos de los guardianes, nuestra misión consistía en elevar las cachiporras lentamente y, de manera casi ritual, desplomarles sobre las cabezas de los prisioneros, obedeciendo las órdenes de los oficiales blancos del campo. Una escena surreal. Ya en los ensayos había quedado suficientemente claro que el producto final sería un cuadro surrealista. El narrador estaba frente a un facistol, bajo un foco; leía desapasionadamente, con un tono deliberadamente objetivo, de forma que los hechos, en su desnudez, mostraran el estado anímico de los torturadores y las víctimas. Un corrillo de oficiales blancos, armados. Uno de ellos arrebató la porra a uno de los guardianes para mos-

JEAN ZIEGLER

Saqueo en Africa
Siglo XXI, 1979.

NADINE
GORDIMER

Vivir en el interregno
Letra Internacional 1,
Primavera 1986.

trarle cómo golpear a un ser humano sin dejar marcas visibles. Luego, en el centro, el grupo de los detenidos, arracimados, con la sola arma de la no violencia. Habían tomado la decisión de ir a la huelga, y se negaron a trabajar a menos que mejorasen las condiciones de la vida en el campo. Así pues, se sentaron en el suelo y rehusaron moverse, y guardaron las manos entre las rodillas y permanecieron en su retador silencio. Se dieron las órdenes pertinentes. Los guardianes más próximos a ellos, negros todos, se les acercaron, los levantaron enganchándolos por las axilas y los llevaron a un extremo como quien transporta sapos petrificados; allí los dividieron en grupos.

Los rostros de las víctimas permanecen impassibles; están resueltos a no ofrecer resistencia. Comienza el apaleamiento: un golpe a la izquierda, otro por la espalda, otro a los brazos: derecha, izquierda, delante, detrás. Rítmicamente. Las cachiporras suben y bajan al unísono. Los rostros de los guardianes blancos resplandecen con la satisfacción del profesional, de cuando en cuando gesticulan vagamente, como si quisieran dar a entender que ya es hora de pasar a la siguiente tanda, o bien golpear más a conciencia. En lo que a las imágenes atañe, es una escena muy fluida, propia casi de un ballet.

A continuación llega el contraste de la primera versión oficial: se representa la presunta muerte de los prisioneros. Según la versión oficial, los prisioneros habrían sucumbido tras beber agua envenenada. Lo pusimos en escena. Los prisioneros avanzan en fila india hacia el tanque de agua, jadeando a causa de la sed. Después que los dos o tres primeros han bebido y comienzan a retorcerse de dolor, estos humanitarios guardianes se abalanzan sobre ellos para impedir que beban los restantes, por lo cual se abren paso a empellones, pasan por encima de la salvación y beben ansiosamente de la misma fuente. Se extienden los alaridos de unos a otros, como en una reacción en cadena; se extienden los retortijones, el colapso, la agnía de la muerte. Tal fue la versión de los mandatarios del campo.

La acción era suficiente-

mente sencilla, el formato teatral ya había sido probado en otras representaciones, fiel a una determinada convención. Entonces, ¿qué problema había? Uno, creo yo, que afecta a la mayor parte de los escritores. ¿Cuándo supera la realidad a la comedia? ¿Cuándo es completamente presuntuosa la ficcionalización de un hecho? ¿Qué ocurre tras la representación? Una de las peculiaridades más destacables de la convención teatral que acabo de pintar es que exhala un penetrante olor a perpetuidad, esa sensación de «haber estado antes aquí». En tales casos, esa impresión de perpetuidad puede funcionar bien como exorcismo, como certificado de alivio, o bien, y sobre todo para el público asistente, como soporífero. Hemos de tener muy en cuenta que en la época de aquella representación, y para la mayor parte de aquel público, la muerte de cualquier combatiente por la libertad era una muesca más en la culata del revólver, la defunción de un monstruo, de un animal, de una bestia mutante, de ningún modo el martirio de un patriota.

Sabemos también, no obstante, que empeños de la índole de aquella representación pueden provocar algunos cambios, es decir, que la realización de una nota a pie de página puramente estadística o periódica puede servir de revulsivo a una mentalidad complaciente, y conducir a un comienzo de compromiso de cambio, de rectificación. Y en esta ocasión han surgido coléricas protestas en el seno de los parlamentos. Los liberales, los reformistas y las asociaciones humanitarias han tomado a su cargo la causa de estas víctimas. Algunos han viajado incluso a Kenya para obtener los datos precisos para desenmascarar la mentira oficial. Esta honda inquietud que paralizó mi voluntad creadora terminó por sobrepasar el ámbito del público asistente y por fin pude localizar sus raíces en mis propios maltrechos sentimientos, que clamaban por una contestación distinta. Ello me causó una impresión de indecencia respecto de la representación, y llegué a considerarla como el leproso que arroja su brazo deforme contra los que gozan de salud con intención de estimular su caridad. Esta fue, según creo,

la causa de aquel rechazo intangible pero absoluto que frustró las exigencias de mi llamamiento, tachándolo de inapropiado y de mofa para con la empatía de mis colegas. Fue como si la totalidad de lo inhumano, de la cual aquella escena no era sino un mero fragmento, nos dijera a la cara: guardaos por favor para vosotros vuestros cálidos sentimientos.

Es evidente que hago uso de esta anécdota solamente con objeto de ilustrar los procesos propios de la mente creadora, procesos mucho más profundamente interiorizados, que ponen al escritor en peligro de dos modos diferentes: o bien se queda congelado por completo, o bien termina por abandonar la pluma para cambiarla por otros medios más directos de contestar ante una realidad inadmisibles. Una vez más, lo ocurrido en Hola Camp nos proporciona un medio muy conveniente para acercarnos a ese aspecto de la realidad de mi continente que, para aquellos de nosotros a quienes afecta de modo más directo, constituye la mayor amenaza de las que pesan sobre una paz global en nuestra existencia. No en vano se da una horrorosa consonancia en el hecho de que sea un africano, un negro, el que esté hoy aquí, el mismo año en que ha sido asesinado el primer ministro progresista de este país que me acoge, el mismo año en que Samora Machel ha sido derribado sobre el territorio de los más desesperados y tercios defensores de esa teoría de la superioridad racial que tanta miseria ha venido a causar a nuestra común humanidad. Sean los que fueren los hechos que envuelven la muerte de Olof Palme, ningún interrogante puede planear sobre su vida. Contra la opresión racial que padece una considerable porción de la humanidad, Olof Palme pronunció y puso en práctica un «¡No!» terminante. Quizá aquéllos que se escandalizaron ante este acto de «traición» racial hayan sido capaces de incurrir en la tremenda miopía que supone el imaginar que la muerte de un hombre pueda servir para detener el avance de sus convicciones; quizá haya sido simplemente una secuela más de la Epidemia del Terror que alimenta nuestro presente con el espanto, no con la razón. Esto





no hace al caso; se ha acallado una de las consciencias más auténticas de la tribu blanca, y la pérdida es tan vuestra como mía. Samora Machel, el líder que puso a su país en pie de guerra contra Suráfrica, ha caído en circunstancias igualmente misteriosas. Es cierto que seguimos obsesionados por el Acuerdo Nkomati, que negaba el primer momento triunfante de la voluntad colectiva africana; con eso y con todo, sus enemigos del otro lado de la frontera tienen buenos motivos para regocijarse con su fallecimiento; en ese sentido, su muerte es, por irónico que parezca, una forma de triunfo para la raza negra.

¿Es acaso una paradoja demasiado cruda? De ser así, permítanme volver a Hola Camp. Allí hay un ganado que se rige por la ley de la porra o del látigo, exactamente igual que los caballos, los burros, las ovejas, etc. La definición de su condición lleva consigo la hipotética posibilidad de ser apaleados hasta morir. Entonces, si treinta años después de los sucesos de Hola Camp, es de alguna manera posible pensar que hace falta la ingenuidad de un fallo en el más sofisticado sistema electrónico para asesinar a un combatiente de la resistencia africana, los adalides del racismo admiten de hecho para sí lo que siguen negando ante el mundo, han recorrido un largo camino en la definición de su enemigo desde el principio de Hola Camp. Han recorrido un camino increíblemente largo desde Sharpeville, en donde dispararon por la espalda a unos cuantos africanos desarmados y en fuga. Han llegado muy lejos desde 1930, cuando, en la pri-

mera quema organizada de tarjetas de identificación, los negros surafricanos decidieron hacer del Día de Dingaán, así denominado por la derrota del jefe zulú del mismo nombre, símbolo de la afirmación y de la resistencia por medio de la destrucción pública de sus ominosas tarjetas. Como contestación ante las miles de tarjetas quemadas en la llanura de Cartright, la policía de Durban cargó contra los manifestantes, desarmados, con el resultado de una media docena de muertos y centenares de heridos. Los expulsaron por medio de una campaña de devastación de la tierra que diseminó a centenares de africanos y los desterró de su hábitat natural, víctimas del encarcelamiento y la deportación. E incluso puede decirse que esa represión de 1930 supuso un salto cuantitativo desde aquella otra protesta espontánea contra la ley de las tarjetas de residencia de 1919, cuando la policía no hizo sino perseguir a caballo a los manifestantes, azotarlos y apalearlos, hostigarlos y acosarlos como si fueran ovejas perdidas o cabras descarriadas, desde las esquinas de las calles hasta sus chabolas. Cualquier acto de terror racial, con su creciente sofisticación en cuanto al estilo, con su incremento de pérdidas humanas, es por sí mismo un modo de reconocimiento de lo que se ha ganado en el conocimiento y el respeto del potencial de aquello que se teme, reconociendo al fin y al cabo agudizado tempo al que se aproxima el triunfo de las víctimas.

No en vano había un aspecto que a mí me sorprendía de manera terrorífica en aquel intento de reconstruir lo acontecido

en Hola Camp: se trataba de un aspecto que resaltaba con inusitada evidencia en los diversos testimonios de los oficiales blancos, tanto si lo afirmaban abiertamente como si se leía a través de su hábil forma de apartarse de la masacre a que asistieron. Y era esto: estos espectadores blancos no experimentaron en ningún instante la «otredad» humanas de sus víctimas. No experimentaron en ningún caso la condición humana de las víctimas. Tal vez las vieran como animales, como alguna manifestación nociva de la vida vegetal, pero de ninguna forma como seres humanos. Aquí no hago referencia a los señores coloniales, los que formularon y sostuvieron contra viento y marea la política de los asentamientos coloniales, los que se despacharon con las ametralladoras y afinaron el clarín imperialista. Estos conocían a la perfección la existencia de ciertos imperios que era menester derrocar, de civilizaciones que contaban con siglos de antigüedad y que había que destruir. La denigración «infrahumana» por mor de la cual se convirtió la «misión civilizadora» en remedio altruista no fue sino la guinda racionalista en la tarta de la avaricia imperial. Claro que es evidente que hubo agentes, agentes que llevaron a cabo las órdenes (como Eichmann, por citar un caso análogo en el continente blanco); éstos, en calidad de burócratas, de técnicos o de mandatarios de un campo, no gozaban, dentro de su cabeza, del espacio conceptual necesario —salvo casos muy raros y excepcionales— para dar cabida a la concepción del negro «también en calidad de ser humano». No sería incorrecto

decir que ésta ha sido, desde comienzos de siglo y hasta la fecha, la patología del blanco surafricano medio. He aquí, por ejemplo, la franca confesión de uno de los cerebros más ilustrados e incluso radicales que ha dado este país:

«Hasta el último año de los que pasé en el colegio no se me pasó por la cabeza que estas gentes negras, estas masas desprovistas de voto, tuvieran nada que ver con el socialismo que yo propugnaba, ni que fueran a desempeñar ningún papel relevante en la revolución que por aquellos días parecía ser inminente. Los 'obreros' destinados a heredar el nuevo mundo eran, naturalmente, los carpinteros y albañiles blancos, los ferroviarios y mineros que estaban organizados en sus sindicatos y que votaban al Partido Laborista. Jamás se me habría ocurrido hablar de política con un joven nativo, del mismo modo que jamás se me habría ocurrido invitarle a mi casa a jugar a las cartas ni a formar parte del Club de Fútbol de Carnarvon. El africano estaba entonces en un plano diferente, apenas humano; participaba del paisaje como los perros o los árboles o, aunque más en el fondo, las vacas. No tenía para con él ningún sentimiento en concreto, ni interés ni odio ni amor. No entraba, lisa y llanamente, en mi visión del panorama social. Hasta ese punto había asumido yo las tradicionales actitudes de la época.»

Pues sí, a decir verdad creo que este ejemplo de autoanálisis, llevado a cabo por Eddie Roux, rebelde, político y científico «afrikaaner», sigue funcionando hoy como una verdad inapelable para la mayoría de

los «afrikaaners». «Ningún interés especial, ni interés ni odio ni amor», dice. Ese pasaje da cuenta de una tábula rasa racial, propia, si bien se mira, de la primera década de este siglo, es decir, el momento histórico en que se inaugura la concesión de los premios Nobel. Pero un borrón y cuenta nueva, no importa con cuánta limpieza se haga, no puede evitar teñirse de ciertas impresiones nada más exponerse a la acción del aire, da igual que sea puro o contaminado. Y ahora estamos en el año 1986, es decir, tras todo un siglo de exposición directa e íntima desde que aconteciera ese enfrentamiento, desde el primer rechazo de la calificación deshumanizadora implícita en las leyes de las tarjetas de residencia.

Eddie Roux, al igual que centenares, e incluso miles de sus conciudadanos, no tardó en avanzar a pasos agigantados. Su raza ha dado lugar a su propia lista de mártires por la causa del antirracismo; me viene a la memoria, con un deje dolorido, Ruth First, destruida por una carta explosiva que le llegó por medio del largo brazo del apartheid. Y hay muchos otros —André Brink, Abram Fischer, Helen Suzman o Breyten Breytenbach— en cuyas almas no han cicatrizado todavía las heridas del martirio. Intelectuales, escritores, científicos, sencillos obreros o políticos, han llegado a un punto en el que la realidad social ya no puede contemplarse como si fuera un cultivo puesto sobre un portaobjetos y observado al microscopio, ni convertirse tampoco en una variación estética plasmada sobre una página, en un lienzo o sobre un escenario. A nadie se le escapa que los negros estamos relegados a una condición que no deja el menor resquicio a la ambigüedad: en esta ocasión, por ejemplo, no necesito decir *nosotros*. Sabemos cuál es nuestra misión y estamos dispuestos a cumplirla. Este precedente nos otorga la oportunidad de dirigirnos al *otro*, y no ya sólo a quienes se hallan atrapados en el interior de ese campo de condena; es decir, podemos por fin dirigirnos a quienes se encuentran al filo de la conciencia, a quienes inventan, con desvergonzada presunción, arcanas proposiciones morales que les posibilitan abogar por la inacción con un len-

guaje cuya flatulencia política no tiene parangón ninguno: «a mí, personalmente, me repugnan las sanciones». Abundan los estadistas para los cuales las sanciones económicas que pueden funcionar contra un país del este de Europa de nada servirían en el enclave del apartheid, en Suráfrica; son éstos histriones magistrales capaces de cantar a voz en pecho «Polonia ha de salvarse», y que vuelven la cabeza cuando les llega de alguna parte del mundo el grito de «Nicaragua ha de salvarse». En fin, basta ya de estos líderes del charlatán y de la multiplicidad moral.

Todo esto resulta incomprendible para cualquier mentalidad que propugne la más mínima racionalidad; es estricta y espantosamente incomprendible. ¿Es posible que este terreno en el que se da la asimilación de todos los fenómenos —es decir, el terreno que dio muestras evidentes de su capacidad de traducir las observaciones empíricas en consideraciones de tremenda importancia para el comportamiento humano—, es posible que este terreno que hace más de medio siglo, hace cincuenta años enteros, vio la aparición de los Buntings, de los Roux, de los Douglas Woltons, Solly Sachs, los Gedeon Bothas, es posible que este terreno, cincuenta, sesenta y hasta setenta años después esté poblado por una especie humana tan carente de consciencia histórica que considera la declaración de intenciones claramente estatuida en la quema de tarjetas de 1919, un mero acontecimiento mínimamente problemático y desprovisto de toda significación ulterior?

Aquí está trabajando algún germen atávico que desafía toda explicación científica, una detención del tiempo que trastoca la evolución de la naturaleza misma, que pone en tela de juicio toda la experiencia del conocimiento humano. Hemos de preguntarnos seriamente qué clase de acontecimiento puede servir para concienciar a esta raza. ¿De qué forma podríamos reactivar esa célula petrificada que aloja la aprensión y el desarrollo históricos? ¿Nos servirían de algo los acontecimientos así recogidos? ¿Estamos dispuestos a vadear el lindero de esta *hybris* y decirles: echad un vistazo? Contestad vosotros mismos. En vuestra prisa, en vues-

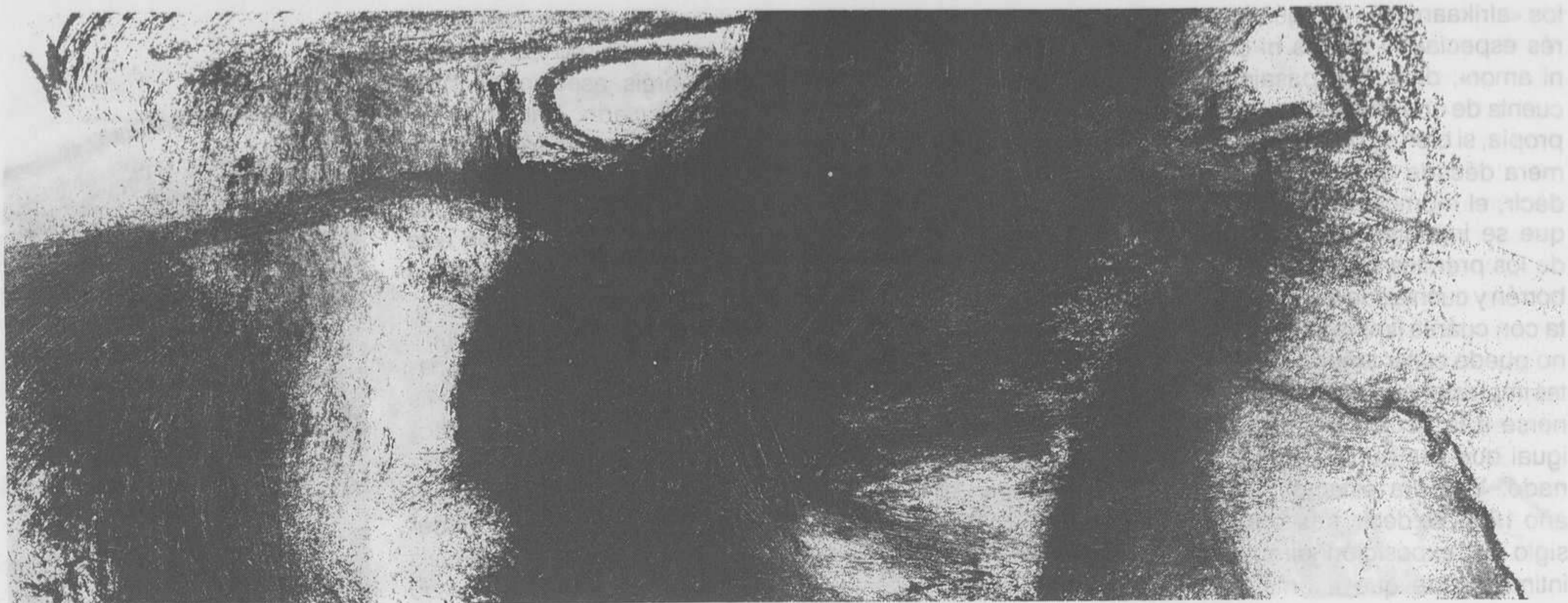
tra ansiedad por demostrar que ese momento no es posible, ¿no habréis asesinado, mutilado, silenciado, exilado, envilecido y deshumanizado a cientos de miles de seres que habitan dentro de una piel exactamente igual que ésta, que tienen este mismo pelo, que se sienten orgullosos y contentos de su ser? ¿Cuántos hipotéticos expertos en la ciencia de los transplantes de corazón no habréis hechado a perder? ¿Cómo podríamos saber cuántos escritores, cuántos científicos surafricanos negros podrían haber estado aquí, ahora, si hubiéseis sabido educar al resto del mundo en la valoración y la estima de una gran sociedad multirracial?

Jack Cope resume este estado de hechos con toda claridad en su prólogo a *The Adversary Within*, un estudio sobre la disidencia dentro de la literatura Afrikaaner, al decir:

«Al volver la vista atrás desde la perspectiva que nos brinda el presente, creo que puede decirse con toda justicia, y yendo al meollo de la cuestión, que los líderes Afrikaaners se equivocaron por completo en 1924. Siendo ellos víctimas del imperialismo en sus aspectos más malignos, todos sus sufrimientos, todas las pérdidas vitales no sirvieron para hacerles entender la más obvia de las lecciones históricas, pues se convirtieron ellos en imperialistas recalcitrantes. Tomaron de Gran Bretaña el cetro del imperio y del colonialismo. Podrían haberse opuesto por igual al anexionismo, a la agresión, a la explotación y la opresión coloniales, a la arrogancia racial y a la hipocresía a cara descubierta, de todas las cuales habían sido víctimas. Podrían haber abierto las puertas a las ideas humanitarias, a los procesos de civilización, y haber transformado ese enorme territorio, con todos sus incalculables recursos, en un Mundo Nuevo. Por el contrario, pusieron el reloj en marcha atrás. Se hicieron cargo de más de diez millones de indígenas, los despojaron de los limitadísimos derechos que habían conseguido a lo largo de un siglo y apretaron las clavijas de su sujeción.»

Bien, tal vez las guerras contra Chaka y Dingaan y Diginswayo, e incluso la Gran Expedición estén todavía frescas en vuestra memoria *laager* (2). Pero estábamos diciendo que ha





transcurrido un siglo desde entonces, un siglo en el cual la humanidad ha dado un salto comparable a lo que anteriormente representaban tres siglos. Hemos podido ver el potencial de los hombres y mujeres de todas las razas en pugna con la soberanía de la Naturaleza y del Cosmos. En todos los terrenos, en las ciencias y en las humanidades, hemos visto que la creatividad humana se ha enfrentado a la hostilidad del medio y la ha atemperado; lo ha adaptado, lo ha moderado, convertido, armonizado e incluso subyugado. Y ello por el sencillo sistema de aprender de los propios errores, de reconsiderar los campos en donde había triunfado, en cualquier instante que tuviera el hombre para lamerse las heridas y atender de nuevo a las exigencias de su espíritu. La historia —es decir, las versiones distorsionadas y oportunistas de la historia— ha experimentado una limpieza, una restauración que la ha devuelto a la realidad verdadera, porque quienes han calumniado y desvirtuado la historia de los demás han descubierto que, cuanto más avanzaran por ese camino, más afectado y envenenado se vería su propio progreso por esas mismas lagunas que habían sembrado a propósito en la historia de los otros. Hasta los intereses propios aconsejaban otra tanda de revisionismo: para empezar, algunas concesiones, breves, tacañas. Claro que ya se había abierto una grieta en el muro de contención, y de ello resultó, en buena lógica, una auténtica avalancha. Desde el corazón de la jungla, antes incluso de que la ayuda brindada por las cámaras de alta precisión y los

satélites en órbita tuviese lugar, las civilizaciones han resucitado una y otra vez, documentando su propia existencia con su iconografía y su arte, con pruebas irrefutables. Y aún es más sorprendente que, tal como cuentan las memorias de los antiguos viajeros, los aventureros y mercaderes de la época en que Europa no necesitaba someter nuevos territorios para alimentar sus industrias, tal como su puede leer en aquellos recuentos objetivos de los marinos y aventureros de la antigüedad, quede corroborado lo que los restos arqueológicos afirmaban sin dejar lugar a dudas. Hablan de comunidades vivas que regulaban sus propias vidas, que habían evolucionado a partir de una relación estable y productiva con la naturaleza, que administraban sus deseos y se aseguraban su futuro con su propio ingenio. Estas narraciones, desprovistas de las impuras motivaciones requeridas para mistificar lo que sólo puede calificarse de ansia ególatra por arrasar toda sociedad independiente en aras de un fácil saqueo, representan imponentes dedos acusadores, que apuntan sin paliativos hacia los sabios, los filósofos y los científicos europeos, amén de los teóricos de la evolución humana. Uno de estos nombres notorios es el de Gobineau, si bien son muy abundantes los estudiosos del pensamiento europeo, incluso entre nosotros los africanos, que nos hacen recordar que algunos de los nombres más respetados de la filosofía europea —Hegel, Locke, Montesquieu, Hume, Voltaire, y la lista sería interminable— fueron descarados teóricos de la superioridad racial y radicales

detractores de la historia y del ser africanos. En cuanto a los nombres más eminentes de los teóricos de la revolución y la lucha de clases, mejor será correr un tupido velo de sanción producido por su propia aberración intelectual, y otorgarles un mínimo de perdón por su visión del término a que habría de llegar la explotación de los unos por los otros en el seno de la humanidad.

En cualquiera de los casos, no es mi intención trazar la acusación del pasado, sino tratar de llamar la atención sobre un presente suicida y anacrónico; decir a este presente en mutación: eres hijo de esos siglos de mentiras, de distorsiones y oportunismo practicado incluso por los más santos e intocables de toda la objetividad intelectual. Date cuenta de que el mundo madura, mientras tú sigues siendo un niño testarudo y autodestructivo, dotado de ciertos poderes destructivos, pero niño al fin y al cabo. Y quiero también llamar la atención sobre su propio pasado histórico, repleto de mentiras y pese a todo sostenido aún por algunos, que es el que estimula la maligna precocidad de este niño. ¿Dónde, entonces, nos encontraremos con la sorpresa de ser nosotros, las víctimas de la deshonestidad intelectual de los otros, los que exigimos de este mundo, que por fin empieza a despertar, ciertas medidas expiatorias? Exigimos que se salve a sí mismo y con acciones concretas del estigma de ser el terco padre de una monstruosidad, habida cuenta de que ese niño monstruoso obtiene su sustento material, su aliento y el reconocimiento humano de las fuerzas y las invenciones de

ese mundo, por medio de un cordón umbilical que se extiende por los océanos, por el universo entero, gracias a los llamados programas de cooperación tecnológica. Lo que quiero decir, con suma sencillez pero también con urgencia inapelable, es que cortemos ese cordón, y que lo hagamos bajo la denominación que sea: sanción absoluta, boicot, recorte de inversiones o lo que sea; cortemos ese cordón umbilical y que nazca ese monstruo a la atrofía, a la muerte, a una reconstrucción de sí mismo a partir de las instituciones humanas que desde hace tanto tiempo se ha denegado. Que se derrumbe, deprivado de todo sustento exterior, que se hunda a causa de su propio desequilibrio social, de su desproporción económica, de la guerra de agotamiento que ha emprendido contra su más preciada fuerza de trabajo. Que se marchite, como un feto abortado por la familia humana, si es que insiste en ahogar las mentes y los músculos que constituyen su auténtica esencia.

Esta sociedad absolutamente paria, la Suráfrica del apartheid, se ha prodigado en toda suerte de tomaduras de pelo. Oíd esto, por ejemplo: cuando el mundo entero incrementó sus llamamientos por la liberación de Nelson Mandela, el gobierno surafricano declaró con blandenguería que tenía preso a Mandela por las mismas razones por las que las potencias aliadas tenían encerrado ¡a Rudolf Hess! Una afirmación de este calibre sólo puede servir para acicatear en cualquiera la más completa sensación de ridículo. A mí al menos me incitó a escribir un poema satírico. ¡Rudolf Hess, un Nelson Man-

dela en negativo! ¿Qué otra cosa puede hacer un escritor para proteger su integridad y su humanidad contra tan atroz agresión? Sin embargo, equiparar a Mandela con Rudolf Hess, cuyos crímenes no tienen tasa, es una macabra mejora respecto de aquella actitud que lo consideraba como algo infrahumano. Representa, en la escala de mejora del apartheid, lo mismo que la proporción existente entre Sharpeville y lo ocurrido en la plaza Von Brandis, al fin y al cabo una represión casi amable,* incluso benévola, de la primera rebelión de la prensa indígena.

Ese mundo que sufre de forma tan apropiada las calumnias del pensamiento del apartheid es, evidentemente, el mismo al que yo me adhiero de todo corazón, y ello por una elección libre entre las diversas opciones posibles, en virtud de la cual estoy precisamente aquí. Es un mundo que nutre mi ser, un mundo por otra parte tan autosuficiente, tan atiborrado de todas las facetas de su propia productividad, tan confiado en sí mismo y en su destino que no siente ningún temor al tender la mano a los otros y responder a sus temores. Es la clave en la bóveda de nuestra existencia creativa. Constituye el prisma de nuestra visión del mundo, lo cual significa que nuestra percepción no tiene por qué estar, ni tampoco ha estado nunca, vuelta permanentemente hacia dentro. De haber sido así, no descubriríamos con tanta facilidad al enemigo que se ha plantado en nuestro umbral, ni sabríamos cómo obtener los medios precisos para desarmarlo. Cuando esta sociedad, la Suráfrica del apartheid, se da de vez en cuando el lujo de apelar al mundo exterior que representa el último bastión contra las hordas de los bárbaros, hasta podemos permitirnos una sonrisa compasiva, por qué no. Según sueña ese estado, basta con esgrimir el fantasma de unos cuantos negros renegados, psicópatas y reyes del crimen sin escrúpulos, de los cuales nosotros también somos víctimas, y a los cuales denunciarnos y condenamos siempre que podemos; esta sociedad del apartheid insiste ante el mundo entero en que la imagen del futuro que pinta es una realidad que sólo su política puede solucionar. Y

proclama que sólo destruye a esa población, a esa raza que jamás ha contribuido positivamente al saber humano; se trata, según dice, de un vacío que engullirá en su estómago insaciable los frutos de la civilización europea, para escupir después la masa resultante con absoluto desprecio. Qué extraño resulta que una sociedad que se autoproclama representante de este progreso en peligro de extinción se encuentre encerrada en una fantasía arcaica, y sea alegremente inconsciente o incluso indiferente respecto del hecho incuestionable de ser el último producto que funciona institucionalmente según los caducos principios del pensamiento judeo-europeo.

Tomad por ejemplo a Dios o a la Ley, sobre todo al primero. La raza negra cuenta con razones históricas más que suficientes para justificar una cierta paranoia respecto de la inmisición de una serie de deidades foráneas en su destino. Incluso hoy en día, la mentalidad del apartheid respecto de todo lo preordenado descansa —de acuerdo con sus descaradas proclamas— sobre lo que uno puede descubrir únicamente como vestigios de un deísmo testamentario, pues no me atrevo a denominarlo cristianidad. Los hijos de Ham por una parte, y por otra los descendientes de Shem: la antiquísima maldición perenne e inmutable. En cuanto a la Ley, estos partidarios de la supremacía racial fundamentan su negativa a conceder el derecho de la participación política a los negros sobre la suposición de que los africanos no tienen ningún respeto, y desde luego la menor inclinación, ante la Ley, es decir, ante cualquier concepto de arbitrio entre el individuo y la colectividad.

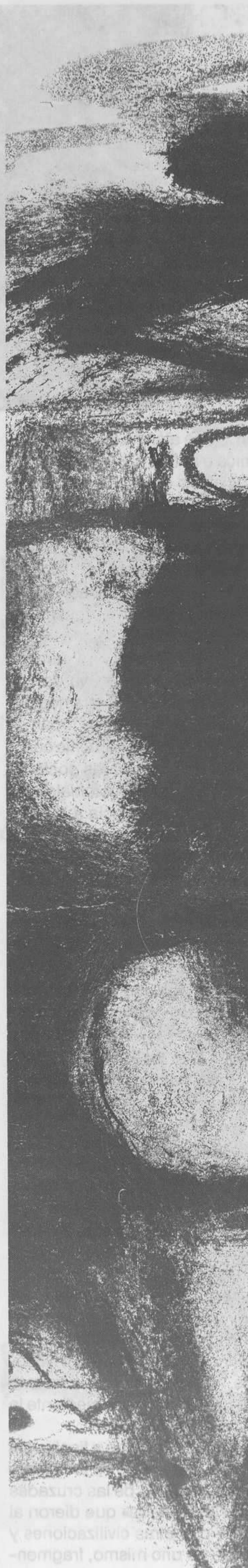
Hasta los defensores más atemperados y liberales del apartheid, bien que apenados pero satisfechos sin duda (ya que, si no el apartheid tal cual es, sí consideran necesaria alguna forma de apartheid que les garantice un *statu quo*), hasta este ambiguo sector fundamenta el caso en esta carencia del concepto de Ley que se da en la mentalidad negra. Me bastará con remitirme a una reciente contribución a toda esta literatura, en concreto a la autobiografía de un famoso cirujano cardiovascular, quien por dere-

cho propio ha sido candidato al Nobel de Medicina. A pesar de los continuos encuentros intelectuales mantenidos a diversos niveles, persiste el triste fenómeno de las mentalidades Afrikaaner, producto, según Eddie Roux, de una completa aceptación de la «tradicionales actitudes de la época».

Tal como se ha reconocido, esta mentalidad cuenta con ancestros intelectuales muy respetables. Friedrich Wilhelm Hegel, por citar mi ejemplo favorito, consideraba conveniente la presunción de que el africano no ha alcanzado aún el nivel en que él «alcanza la comprensión de cualquier existencia objetiva —por ejemplo, Dios, o la Ley— en la cual está implicado el interés o la volición del hombre, en la cual entiende el hombre su propio ser». Y continúa así: «Esta distinción entre la consideración de uno mismo como individuo y la universalidad de la esencia humana, no la ha alcanzado el africano debido a la unicidad uniforme y todavía sin desarrollar de su existencia; está así pues por llegar la conciencia de un Ser Absoluto, Distinto y Superior a su yo individual».

De nada serviría perder un solo momento en el intento de refutar la banal ausencia de verdad que se desprende de esta afirmación; tan es así, que me contentaré con obtener de ella una lección que escapa, incluso hoy, a quienes insisten en que la cumbre del impulso intelectual humano es la facultad de proyectar su universalidad en dirección de un Super-Ello. Existe, creo yo, una escuela de pensamiento sumamente saludable, que no se opone a esto solamente en el plano material, sino que ha dado lugar a estructuras sociales efectivas que operan al margen de esta seductora fabulación, por más productiva que pueda ser.

Así pues, en cuanto superamos la tentación de contestar la negativa de este hecho y su imaginaria proyección sobre el africano, nos encontramos con que sólo nos resta el desapasionado ejercicio de examinar en qué zonas es posible localizar diferencias entre las historias de las sociedades que, según Hegel y compañía, jamás han concebido esta Omnipotente Extrusión en la Infinitud del Espacio y las que sí lo han hecho, sean éstas diferencias





en lo que atañe a la vida económica o artística, a las relaciones sociales o a las mejoras científicas, es decir, en resumen, en todas aquellas actividades verificables desde un punto de vista empírico, considerablemente diversas de las consecuencias raciales que lleva consigo la imprecación que se desprende de aquella travesura nudista posterior a Adán y Eva de que habla el Antiguo Testamento.

Al ponernos a ello, topamos con un hecho sumamente curioso. La historia de las sociedades africanas precoloniales —y aquí hago referencia a la colonización euro-cristiana y a la colonización árabe-islámica por igual— demuestra con toda claridad que las sociedades africanas jamás, en ningún momento de su existencia, entablaron ninguna guerra por mor de su religión. Ello equivale a decir que la raza negra jamás intentó sojuzgar o convertir a los otros a su religión en aras de un celo evangelizante. Por motivos económicos y políticos sí, desde luego, pero no por la religión. Tal vez sea este hecho, tan antinatural, el responsable de las conclusiones a que llega Hegel; imposible saberlo. Ciertamente que las sangrientas historias de las principales religiones del mundo, de las cuales aún se dan en la actualidad algunas escaramuzas localizadas, llevan a sospechar que la religión, tal como la definen estos eminentes filósofos, conduce al conocimiento de uno mismo sólo mediante la actividad bélica.

Por tanto, cuando a finales del siglo XX, o lo que es lo mismo, siglos después de las cruzadas y de las «yihad» que dieron al traste con otras civilizaciones y con la de uno mismo, fragmen-

taron las antiguas relaciones de cohesión social y pisotearon la espiritualidad de pueblos enteros, destrozando sus culturas por obediencia a los rígidos preceptos de sus dioses invisibles; cuando hoy nos encontramos con naciones cuyo razonamiento social se guía por una serie de proclamas canónicas y teológicas, creemos, por nuestra parte al menos, que la era de las tinieblas nunca llegó a abandonar el mundo por completo. Un estado que justifica la continua supresión de sus indígenas, por medio de un cúmulo de apelaciones a la selección divina constituye una amenaza contra la seguridad de las relaciones globales, en un mundo que florece gracias al común denominador del nacionalismo. En otros términos, una sociedad de tales características no pertenece al mundo actual. También nosotros disponemos de mitos propios, pero jamás los hemos utilizado como base para el sometimiento de los otros. También nosotros habitamos un mundo realista y, para recobrar la plenitud de ese mundo, la raza negra no dispone de otra posibilidad que la de preparar su inmolación en un sacrificio supremo.

Al hablar de ese mundo —tanto del mito como de la realidad— es nuestro deber, quizá nuestro último y pacífico deber para con un adversario condenado, recordarle, a él y a quienes lo apoyan fuera de sus fronteras, que el fenómeno de la ambigüedad inducida por el mundo africano tiene una muy larga historia, y que la mayor parte de los que propugnan sus aspectos más difamatorios han aprendido hace mucho tiempo a renunciar a lo utópico. A estas

alturas, es probablemente más pertinente recordarle a esa sociedad racista que nuestro mundo africano, nuestro bagaje cultural y nuestro pensamiento filosófico han causado impactos muy concretos sobre las predicciones de los propios racistas, han demostrado ser germen de determinados movimientos y han creado incluso partidarios, tanto puros como corruptos, entre los indígenas blancos.

Tal variedad de encuentros y de respuestas se deben, naturalmente, a profundas búsquedas de nuevas directrices para sus aventuras culturales, búsquedas a veces de solaz con que contrarrestar la mecanización sin remordimiento a que se ha visto sometida su existencia, búsquedas, desde luego, de nuevos significados con los cuales dar sentido al misterio de la vida, e intentos, a la postre, de superar las enfermedades sociales endémicas a que han dado lugar los propios triunfos de su civilización. Esa misma variedad es la que les ha llevado a un profundo respeto por la contribución africana al mundo del conocimiento, que, sin embargo, no ha servido para poner fin a la consabida minusvaloración del mundo africano. En determinadas instancias ha creado incluso poco menos que una deificación de la persona africana, a manera de regreso a aquella mentalidad según la cual todo africano debería ser un príncipe, y que volvió de nuevo a emparejarse con el antiguo terror y el odio hacia la persona del africano. Para estas paradójicas respuestas, la esencia de nuestra magnitud sigue siendo intocable. No en vano se conoce la raza negra, feliz por otra parte con el hecho de

conocerse. Es el mundo europeo el que celosa y cabalmente ha buscado su redefinición a través de estos encuentros, incluso aunque parezca estar esforzándose al máximo por dotar de sentido a una determinada experiencia del mundo africano.

Podemos hacer uso del ejemplo de aquel periodo del expresionismo europeo, movimiento artístico que contempló el arte, la música y los dramáticos rituales africanos en la misma zona de influencia que aquella disparatada colección de ideas, ideologías y tendencias sociales: Freud, Karl Marx, Bakunin, Nietzsche, la cocaína y el amor libre. A nadie ha de extrañar, entonces, que la presencia espiritual y plástica de los Bakota, los Nimba, los Yoruba, los Dogon, los Dan, etcétera, sean a un tiempo motivo de inspiración y anatema de un delirio particularmente europeo, sobre todo teutón y galo, que se extiende al menos durante cuatro décadas y entre el pasado siglo y éste. Pese a todo, el vibrante objetivo de todo aquello era la completa liberación del hombre, la apertura de su tarro de las esencias, lamentablemente todavía cerrado, que serviría para labrar en mármol los bloques necesarios para la creación de un mundo nuevo y feliz, para desburguesificar las constricciones a que estaba sometido el pensamiento europeo y para encender la llama que forjase una nueva fraternidad en el susodicho mundo feliz. Sí, así es: dentro del alcance de este movimiento único, que abarcó en un vasto espectro el fascismo galopante, el anarquismo y el comunismo revolucionario, la sencilla realidad fue que África hubo de experimentar un

proceso por el cual se la husmeó, se la probó un poco, se la deglutió por completo, se la regurgitó, se la asimiló, se la expulsó y se la condenó en el frenesí de la revelación de todas las energías creadoras de un continente.

Por ejemplo, Oscar Kokoschka: para este pintor y dramaturgo, los ritos africanos iban encarrilados principalmente en la misma dirección del sadismo, de las perversiones sexuales, de la genérica autosatisfacción. Era algo que fluía de forma natural hasta desembocar en un llamamiento apocalíptico y nietzscheano, repleto de una ira autoinducida y estática que apuntaba contra la sociedad, evidentemente, y contra el mundo entero. Vassily Kandinsky, por su parte, contestaba a los principios del arte africano al predecir «una ciencia del arte erigida sobre un amplio fundamento que sea de carácter internacional», insistiendo asimismo en que «sería interesante, aunque en modo alguno suficiente, crear una teoría del arte exclusivamente europeo».

La ciencia del arte debería por tanto conducirnos, según él, a «una síntesis total que llegara más allá de los confines del arte y se introdujera en el reino de la unicidad de lo humano y lo divino».

Este mismo movimiento, cuyos diversos centenarios habrán de celebrarse en las diversas capitales europeas dentro de una o dos décadas a lo sumo, es el que engloba paradójicamente a artistas de la gigantesca talla de Modigliani, Matisse, Gauguin, Picasso, Brancusi, etc., los cuales adoraban, con diversos grados de fervor, los lugares sagrados de las revelaciones artísticas africanas y polinesias, hasta extremos como el de Johannes Becher, quien, en pleno delirio expresionista, juró construir un nuevo mundo tras haber erradicado todas las plagas, incluidas las siguientes: «... la tribu negra, la fiebre, la tuberculosis, las enfermedades venéreas, los defectos psíquicos e intelectuales: contra todas ellas lucharé, y las venceré».

Y es mera coincidencia que otro alemán entusiasta, Leo Frobenius, sea contemporáneo de este revulsivo manifiesto; sin la menor intención de formar parte de él, sin el menor interés por el movimiento expresionista, pudo visitar Ile-Ife, en el

corazón del territorio de los Yoruba, y sentirse hondamente estimulado por un hermoso objeto, producido por la mente y las manos de un Yoruba, clásica expresión de esa serenidad con que dicha raza se enfrenta a la resolución del mundo. Por decirlo con sus propias palabras:

«Ante nosotros se alzaba una cabeza de magnífica belleza, maravillosamente esculpida en bronce antiguo, fiel a la realidad, con una gloriosa pátina de color verde oscuro. Era, sin ningún lugar a dudas, Olokun, el Poseidón del África Atlántica.»

Pero oíd lo que pudo escribir de las gentes cuya artesanía le había transportado a ese reino de sublime universalidad:

«Profundamente conmovido, permanecí largo tiempo ante los restos del que otrora fuera Dueño y Señor del Imperio de la Atlántida. Mis compañeros estaban igualmente asombrados. Casi como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, todos nos quedamos quietos, y contuvimos la respiración. Luego miré a mi alrededor y a los negros, primero al círculo de hijas del 'venerable sacerdote', luego a los amigos de Su Alteza, Oni, y a sus sagaces lugartenientes. Me sumió en un melancólico estado de postración el que aquella banda de degenerados y débiles mentales fueran los legítimos guardianes de tanta delicia.»

Una directa invitación al sálvese quien pueda, justificación del saqueo del patrimonio ajeno sobre la base de la incapacidad y la indignidad del otro, recuerda otras convicciones, igualmente esquizofrénicas, que han generado, por ejemplo, la letal y aterradora mitopoiesis de un Van Lvyck Louw. Pues, a pesar de que este simpatizante del nazismo maldijera más adelante a los más extremos racistas de su compatriotas, llegó a decir lo siguiente:

«¡Enseñanos, Señor, a saber que dignifica lo 'propio', enseñanos, Señor, y entonces me atreveré a exigir tu juicio sobre el odio a los negros, a los amarillos, a los blancos!»

Su estentórea epopeya, *Raka*, tenía todas las garantías de revolver los pozos negros de estos miedos ancestrales. Obra de suturas, de un impacto visceral que por fuerza habría de agitar la conciencia de raza, alimentaría el credo de los Afri-

kaaner a partir del espectro acechante de una regresión universal por efecto del barbarismo, llevando más al sur los cascos hendidos del Quinto Jinete del Apocalipsis, el negro.

En la facultad de perdón que ha desplegado la raza negra se da una profunda lección al mundo entero, lección que, según entiendo, tiene mucho que ver con los preceptos éticos que surgen de su cosmovisión y de sus creencias religiosas auténticas, ninguna de las cuales ha sido completamente erradicada por las acreencias de los diversos modos de fe extranjeros y por su etnocentrismo implícito. Es así que, no contento con ser un adepto de la calumnia racial, alguien que no dudaba a la hora de denigrar, en tales términos, nada comprometedores precisamente por su nihilismo, a la familia ancestral de las razas negras —convicción que él mismo subraya—, Frobenius fue también un notable aficionado a la rapiña, uno de los muchos arqueólogos y etnólogos europeos que basaban su actividad en el saqueo. Todos los museos de Europa testimonian en silencio este ansia, típica del viejo continente; de dicha tenacidad, de vuestra recidiva naturaleza a la hora de recibir bienes robados, da cuenta también la perpetua frustración de todos los ministros de cultura del Tercer Mundo y de organizaciones como la UNESCO. Sin embargo, ¿no es cuando menos sorprendente que a Frobenius se le tenga en alta estima incluso en el seno de instituciones negras? Sus aniversarios le toman rápidamente como pretexto para toda clase de reuniones y simposios en el continente negro, su condescendencia racista, sus agresiones, no han servido para empañar su contribución al conocimiento de África, ni tampoco el papel que desempeñó en la comprensión de los fenómenos propios de la cultura y la sociedad, a pesar incluso de su desigual trayectoria en el campo de la erudición.

Esta misma largueza de espíritu es la que ha informado las relaciones que mantienen las antiguas colonias, algunas de las cuales hubieron de sufrir las más crueles formas de organización y explotación colonial, en las cuales la degradación humana que acarrea la avaricia y el sometimiento alcanzaron





tales niveles de perversión que los oídos, las manos y las narices de los hombres se emplearon para subsanar las deficiencias en la cuotas de explotación previstas. Las naciones que padecieron la agonía de las guerras de liberación, cuyas tierras están repletas de los cuerpos de innumerables víctimas inocentes, de mártires a los que nadie recuerda, viven hoy codo con codo con aquellos que las esclavizaron, e incluso comparten el control de sus destinos con aquellos que hará cuatro o cinco años las obligaron a ser testigos de la masacre de sus amigos y parientes. Más allá de la caridad cristiana, se contentan con reconstruir y compartir sus posesiones. Es bien fácil despachar de un plumazo este espíritu de colaboración, en tanto en cuanto sigan en pie las traicioneras estratagemas de esa especial raza de dirigentes que convienen en aceptar los antiguos compromisos con la intención de guardar para sí los zapatos bruñidos de los opresores a quienes han destituido. En muchos casos es preciso aceptar la verdad de esta afirmación. Pero contamos también con ejemplos de regímenes, aliados a las aspiraciones de las masas del continente negro, que han adoptado la misma filosofía política. Y, en el mejor de los casos, los árbitros finales no son otros que los integrantes del pueblo, de cuyas relaciones proviene el refrendo de observaciones tales como éstas. Contentémonos sin más con subrayar que se trata de un fenómeno digno de tenerse en cuenta. Después de todo, existen países europeos cuyo recuerdo de la dominación por parte de otras razas sigue siendo tan vívido como el día mismo de la liberación, ocurrido hace dos siglos, tan vívido, digo, que se

impone una terrible venganza cultural, social y política incluso en este preciso momento histórico, que habrán de padecer los descendientes de los antiguos conquistadores. He visitado estos países cuyas crueles historias bajo la dominación extranjera están hoy engastadas como iconos, a la luz de la conciencia cotidiana, en monumentos, parques, iglesias y museos, en toda clase de documentos, grabados y fotografías que se exhiben resguardadas por vitrinas blindadas a prueba de balas pero también, y es lo más significativo de todo, en la reducción de los remanentes de las hordas invasoras al degradado status del forastero desprovisto de derechos cívicos, de privilegios y de status social, a una marginalidad a duras penas tolerada, que se suele expresar patéticamente en un encogimiento de hombros, en unos personajes cabizbajos, en las continuas disculpas que ofrecen cada vez que es inevitable el contacto con la raza vencedora. Sí, he visto todo esto, y no es poco lo que se ha escrito sobre todo ello, lo que se ha comentado en reuniones internacionales. E incluso tras reconocer en un plano abstracto la justicia poética implícita en ello, uno no puede por menos que preguntarse si una sola libra de carne, en el momento de ver la luz por primera vez, no es un acto más cordial que la revisión de por vida de los crímenes del padre, revisión a que serán sometidos los hijos, hasta la décima y la duodécima generación.

Enfrentada a tales tradiciones, a tal tendencia, por la cual se atenúa el orgullo racial y cultural de estos pueblos marginados, la mente vuelve a nuestras propias sociedades, en las cuales la casualidad de la historia

está mucho más fresca en la memoria colectiva, en las cuales las ruinas de las comunidades opresoras hablan aún a las claras y con suma elocuencia, y echan pestes de todas las acusaciones pendientes, sobre aquella estrategia que agostó nuestra tierra, sobre aquella miopía colonial y racista. Con todo, las calles llevan el nombre de los antiguos opresores, y sus estatuas, así como otros símbolos del sometimiento, decoran nuestras plazas, ya que la conciencia de un pueblo que confía plenamente en sí mismo los ha relegado a un papel decorativo y, si se me apura, a servir de alojamiento a las palomas y los murciélagos. Y las bibliotecas siguen sin ser sometidas a una expurgación, de tal manera que las nuevas generaciones puedan pasar el tiempo hojeando las obras de Frobenius, de Hume, de Hegel o de Montesquieu, y de muchos otros, sin encontrarse jamás con una advertencia en la solapa que diga: *advertencia: esta obra es peligrosa para la autoestima racial del lector.*

Con todo, nadie debe tomar estas pruebas de acomodación, a grande o pequeña escala, en el terreno colectivo, institucional o individual, como pruebas de una paciencia negra infinita y acrítica. En su propia naturaleza, constituyen un cuerpo de pruebas, una deuda acumulada, una oferta implícita que es preciso igualar por medio de devoluciones concretas. Son los pilares de un puente colgante que parte de un lado del abismo y que, quiéranlo o no sus constructores, ha de obedecer a las leyes de la gravedad y desplomarse más allá de un punto determinado, abriendo para siempre ese abismo insalvable, el abismo del recelo, la frustración y el odio redoblado.

En ese campo de pruebas que es para nosotros Suráfrica, campo medieval donde se desatan los terrores bíblicos, las más atávicas sospechas, es preciso que todos los amantes de la paz tomen una determinación: bien incorporarlo al mundo moderno, a un estado racional en el que sea posible convivir con ese espíritu de compañerismo humano, facultad que han demostrado con creces todos los países liberados del continente negro o, por el contrario, obligarlo a hincarse de rodillas por medio del categórico rechazo, en todos los sentidos, del reconocimiento humano, de forma que se derrumbe su interior a manos de las estrategias de una mayoría a punto de enloquecer. Sea cual fuere la elección, nadie en su sano juicio puede permitir que esta afrenta inhumana se prolongue en pleno siglo XX y alcance al siglo XXI, ese simbólico advenimiento que parecen celebrar todos los pueblos y todas las culturas con sus particulares ritos de paso. Ese calendario, como bien se sabe, no es de validez universal, pero universal es el tiempo y sus imperativos. Y de todos los imperativos que desafían a nuestro ser, a nuestra presencia y a nuestra definición en términos humanos, ninguno puede resultar más activo que el final del racismo, la erradicación de la desigualdad humana, el dismantelamiento de todas sus estructuras. El Premio que recibo es el entronamiento consecuente de su complemento: el sufragio universal y la paz.

(1) El vocablo inglés es «bracket», es decir, «apagón», formado sobre «black», «negro». Imposible pues conservar ese matiz en la tradición. (N. del T.)

(2) *Laager* es la denominación «Afrikaaner», asimilada por el inglés, para esos campamentos a la intemperie dispuestos en un círculo, con fines defensivos. (N. del T.)

MINISTERIO DE CULTURA
Instituto de la Juventud

Juventud y Cultura

Información

JUNTA DE ANDALUCÍA
Dirección General de Juventud y Deportes

DIPUTACION GENERAL DE ARAGON
Dirección General de Bienestar Social y Trabajo

GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS
Dirección Regional de Acción Cultural y Juventud

GOBIERNO BALEAR
Dirección General de Juventud

GOBIERNO DE CANARIAS
Dirección General de Juventud

DIPUTACION REGIONAL DE CANTABRIA
Dirección General de Juventud y Deportes

JUNTA DE COMUNIDADES DE CASTILLA-LA MANCHA
Dirección General de Educación, Juventud y Deportes

JUNTA DE CASTILLA Y LEON
Dirección General de Juventud y Deportes



Instituto de la Juventud

C/ José Ortega y Gasset, 71
28006 Madrid
Teléfono 401 1300

C/ Marqués de Riscal, 16
28010 Madrid
Teléfono 419 7600

GENERALIDAD DE CATALUÑA
Dirección General de Juventud

JUNTA DE EXTREMADURA
Dirección General de Juventud y Deportes

JUNTA DE GALICIA
Dirección General de Juventud y Deportes

COMUNIDAD DE MADRID
Dirección General de Juventud

CONSEJO DE GOBIERNO DE LA REGION DE MURCIA
Dirección Regional de Juventud y Deportes

GOBIERNO DE NAVARRA
Servicio de Deportes y Juventud

GOBIERNO DE LA RIOJA
Dirección Regional de Deportes y Juventud

GENERALIDAD VALENCIANA
Dirección General de Juventud y Deportes

GOBIERNO VASCO
Dirección General de Juventud y Acción Comunitaria

Artes Plásticas

Certamen Nacional de pintura, dibujo y escultura para jóvenes de 15 a 25 años con **Exposición y Encuentros** finales en dos categorías. **Muestra de Arte Joven:** pintura, escultura e instalación de artistas menores de 30 años. **Ayudas a Jóvenes Artistas Plásticos** para vídeo creación y vídeo instalación, con la colaboración de Telson, **Simposio de "Arte y medio ambiente"** en Julio.

Música

Encuentro Nacional y Muestra Internacional para coros jóvenes. **Concurso de Composición de Obras de Polifonía Clásica** para compositores menores de 35 años. **Muestra Nacional de Música de Cámara**, antigua, romántica y actual. **Campos Musicales Internacionales y Ayudas** para favorecer la formación y promoción de intérpretes y compositores menores de 35 años. **Muestra Nacional de Música de Jazz y Encuentros Nacionales de Música Folk y Canción de Autor** para conjuntos y solistas menores de 30 años.

Teatro

Encuentros Nacionales de Teatro Clásico y Contemporáneo para grupos no profesionales. **Concurso de textos teatrales "Marqués de Bradomín"** para autores menores de 28 años. **Ayudas** para el montaje de obras teatrales, los proyectos seleccionados participarán en la **Muestra del Nuevo Teatro Joven Español** que tendrá lugar en verano. **Joven Escena Libre**, presentación al público de los nuevos grupos y creadores. Todas estas actividades se realizan en colaboración con el Centro Nacional de Nuevas Tendencias Escénicas.

Arqueología Científica e Industrial

Campaña Nacional destinada a promover la localización de objetos de interés para la historia de la ciencia y de la técnica, por equipos de jóvenes de 16 a 20 años. En colaboración con el Museo Nacional de Ciencia y Tecnología, Radio 3 de R. N. de España, la Dirección General de Promoción Educativa del Ministerio de Educación y el Centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas del Ministerio de Industria y Energía.

Viajes Culturales

Ayudas para desarrollar programas de viajes culturales por España, destinados a grupos de estudiantes de Enseñanza Media y General Básica o de jóvenes españoles residentes en España o en el extranjero, entre 14 y 18 años.

Fotografía

Certamen Nacional "Jóvenes Fotógrafos" organizado en colaboración con la revista Foto Profesional y Kodak, S. A para fotógrafos entre 16 y 30 años.

Sala Amadís

Programación de exposiciones de jóvenes artistas e intercambios con otros países y Comunidades Autónomas.

Encuentros de Juventud Cabueñes 87

Punto de encuentro para el desarrollo de las actividades del programa "Juventud y Cultura 87" **Seminarios y debates** sobre temas de juventud. Tendrán lugar en Gijón (Asturias) en Julio.

ROBERT SMITH

La sociedad humana
tradición, identidad
personal y orden social
crisis, 1986.

Diferentes paisajes mentales

Magaroh Maruyama

Durante los años 1950-1960, los medios comerciales occidentales (1) consideraban al Japón como un país económicamente atrasado: sus prácticas de gestión, tales como la seguridad laboral, y el desvanecimiento de los intereses individuales en beneficio del grupo, aparecían a los ojos de Occidente como «japonesadas» causantes de una cierta ineficacia.

Después, el éxito del Japón en el ámbito económico ha elevado estas prácticas supuestamente «absolutas» al rango de causas incluso de la hipereficacia y la elevada productividad que experimenta ese país. Y este cambio de tornas ha alentado dos tendencias: por un lado, numerosas empresas de países ricos o pobres han comenzado a imitar las prácticas de gestión japonesas; por otro lado, algunos países llamados «retrasados» se han lanzado al estudio de los procesos que les permitirían utilizar sus principios y procesos tradicionales de gestión para mejorar... la productividad y la eficacia. Conceptos y teorías endógenas han empezado así a ver la luz.

La lógica de la heterogeneidad

En las culturas occidentales se considera a menudo, por ejemplo, la heterogeneidad como una fuente de conflicto, mientras que se da por sentado que la homogeneidad favorece el entendimiento pacífico. Entre los mandingas del África Occidental es al contrario, la heterogeneidad es fuente de

una cooperación mutua y benéfica, globalmente positiva, «dador-dador», mientras que la homogeneidad se considera causa de rivalidad y de conflictos. Esta perspectiva es más correcta y científica desde un punto de vista ecológico. Los animales transforman el oxígeno en dióxido de carbono, y las plantas lo hacen a la inversa. Así, los animales y las plantas se ayudan mutuamente. La riqueza de vida en un arrecife coralino, o en un bosque sometido a las lluvias tropicales, se debe a la heterogeneidad de las especies. Los árboles, pequeños o grandes, y las algas, absorben la energía solar de formas distintas. Si todos los animales consumieran lo mismo, habría una falta generalizada de alimentos, y si existieran animales a los que no se los comiese nadie, sufriríamos una intolerable acumulación de cadáveres. Sin embargo, las ventajas de la heterogeneidad van más allá de la diversificación de recursos y de una dispersión de los riesgos de desastre: engendra interrelaciones globales positivas. Por ejemplo, cierto tipo de pájaros se comen los restos de comida que quedan sujetos entre los dientes de los caimanes. Estos últimos tienen así los dientes limpios, y los pájaros se procuran de este modo no sólo alimento, sino también protección contra los depredadores potenciales, que son mantenidos a distancia por los caimanes.

En la dirección de empresas de corte occidental, parece a menudo más eficaz, más económico, más equitativo y más democrático tratar a todos los trabajadores de

una misma categoría de forma homogénea, «igual». Hay, sin embargo, excepciones: Hewlett-Packard e IBM, por ejemplo, siguen la política de permitir que los individuos sigan sus propios métodos para hacerse valer. Pero hay que señalar que, incluso en esas grandes empresas, se tiende a poner el acento en la incentivación de las potencialidades de los individuos, antes que en la búsqueda de una combinación de las diferencias individuales que beneficiarían mutuamente a las distintas partes en juego.

Los teóricos occidentales (y a veces también algunos teóricos japoneses) cometen frecuentemente el error de considerar homogéneos a los grupos de trabajadores. Ahora bien, un grupo de trabajadores japoneses se asemeja a un jardín tradicional japonés, donde la propia concepción evita la repetición de elementos similares en favor de una composición armoniosa de elementos disímiles. Los miembros de cada grupo se conocen lo suficientemente bien como para apreciar las características propias de la personalidad de cada uno, y conjugar espontáneamente sus diferencias, de forma que les sea mutuamente benéfica.

Este entendimiento mutuo entre elementos heterogéneos se ve facilitado por varias tendencias estrechamente ligadas entre sí: 1) la facultad de adaptación a las circunstancias (en lugar de aferrarse a principios o instrucciones preestablecidas); 2) el *aidaschaft*, concepto de comunidad, que veremos más adelante. Hace cincuenta años, Watsuji caracterizó la personalidad del ja-

ponés como *Kiwamete henka ni tom shit-suteki tayoosei no oite onore o miidashite iru nipponkin*» (El japonés se descubre a sí mismo gracias a una heterogeneidad de calidad que es rica en variantes extremas).

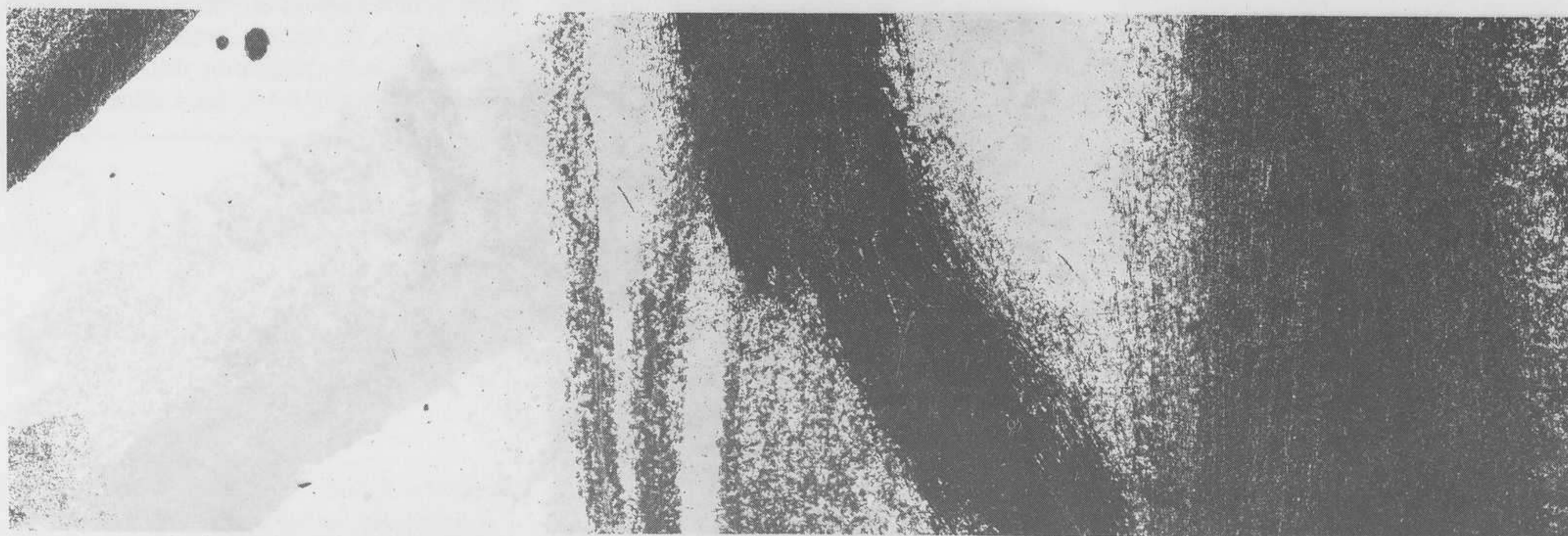
La visión pluriocular en Africa y Asia

Entre los mandingas, como entre los japoneses, la noción de verdad «objetiva» no tiene normalmente ni importancia ni utilidad. Individuos diferentes tienen puntos de vista diferentes, y estas diferencias constituyen una parte esencial de la información, parte que viene a enriquecer las facultades de comprensión de cada persona. Este es

diversas funciones o empleos: una infancia despreocupada; varias fases rituales de iniciación a diferentes funciones sociales; grandes responsabilidades administrativas durante los primeros años de la edad adulta, seguidos más tarde de funciones de consejo. Cada persona —hombre o mujer— adquiere su heterogeneidad a través de las distintas actividades y aprende a ver la misma situación desde puntos de vista diferentes. Se admira a las personas de más edad simplemente porque han tenido tiempo de desarrollar aún más esta aptitud. Los mandingas tienen miedo de la influencia occidental que bloquea a una persona en un solo oficio, y la hace incapaz de observar una situación desde un punto de vista distinto del suyo. Los mandinga utilizan tam-

Cada uno está obligado a verse a sí mismo —sea hombre o mujer— metiéndose en el pellejo de los demás. Psicológicamente, durante uno de los períodos de iniciación, una persona representa el papel del payaso, y le coge el gusto a ese papel. Más tarde, podrá identificarse con aquellos que, cuando les toque, le harán todo género de críticas. Podrá entonces «interiorizar» las críticas de los demás.

Es un error decir que el «consenso» es la base del sistema japonés de toma de decisión, si se emplea «consenso» en el sentido de «llegar a opinar lo mismo». Con el fin de comprender bien este error, veamos un poco cómo se toman las decisiones entre los navajos (indios de América del Norte); su forma de hacerlo es similar a la de los



el principio de la visión pluriocular. La visión binocular funciona, *no* porque se sumen las dos imágenes, *sino* porque las diferencias entre las dos imágenes recibidas capacitan al cerebro para calcular una dimensión que no es perceptible por cada uno de los ojos por separado. En los países occidentales se parte implícitamente de la supuesta existencia de una verdad «objetiva». Las divergencias se suelen considerar a menudo como fruto de los errores, y se escuchan con frecuencia afirmaciones de este tipo: «Atengámonos a los puntos sobre los que estemos de acuerdo, y descartemos todo aquello en lo que no estamos de acuerdo». Pero si descartan ustedes las partes de un objeto en las que las dos imágenes difieren, sólo quedan las superficies planas del objeto (si es que las tiene), perpendiculares a su ángulo de visión. El resultado final es mucho menos realista que la visión monocular. Cuando los japoneses traducen el término extranjero «objetividad», utilizan la palabra *kyakkanteki*, que significa «el punto de vista del invitado extranjero», mientras que «objetividad» se traduciría por *shukanteki*, que quiere decir «el punto de vista del huésped que recibe».

En la cultura japonesa, el desarrollo de la visión pluriocular forma parte implícita de la educación. En cambio, en la cultura mandinga esta visión se ve favorecida por múltiples procedimientos explícitos y sistemáticos. Cada uno de ellos se somete a la rotación de las funciones sociales. A lo largo de su vida, el —o la— mandinga pasará por

bién otro procedimiento: el intercambio de bromas y de humor, gracias a las cuales pueden establecerse: 1) reacciones reflejas (*feedback*); 2) una visión pluriocular. Oficialmente, la sociedad mandinga tiene una estructura jerárquica. Sin embargo, hay muchas vías de relación muy precisas donde el diálogo, o, más exactamente, el *feedback*, puede establecerse a través del circunloquio de la broma (chanzas, burlas, zumbas, ironía, etc.) y del humor.

Por ejemplo, un hombre le debe obediencia a su padre, que, a su vez, debe obediencia a su propio padre. Pero éste hombre puede tener una relación jocosa con su abuelo, que le responderá por encima de su padre. Aún existen muchos otros circuitos: un hombre puede establecer tales relaciones humorísticas con las mujeres de sus hermanos mayores, o con sus tíos por parte materna. La mujer, también ella, dispone de varias redes de relaciones humorísticas.

Y en toda estructura social existen los «payasos», los «locos» oficiales, que pueden criticar y ridiculizar a quien sea con la más absoluta impunidad. Según muestra la evidencia, estas relaciones basadas en la broma y en el humor juegan un papel importante en tanto que dejan manifestarse al *feedback*. Pero tienen también una función crucial, aunque menos visible, que es la de facilitar la visión pluriocular. Las personas que mantienen ese tipo de relaciones humorísticas pueden criticarse mutuamente, y deben aceptar esas críticas sin protestar.

japoneses, sólo que menos explícita. Si una comunidad debe, por ejemplo, decidir sobre la construcción de un puente, sabe que, sea cual sea la decisión que se tome, favorecerá a determinados individuos y perjudicará a otros. El objetivo esencial del proceso de decisión consiste pues en determinar cómo se establecerá una compensación para aquellos que salgan perjudicados, aunque se trate de una pequeña minoría, incluso de un solo individuo. En el sistema japonés, esta compensación podrá llegar más tarde, en otra ocasión, pero las ventajas recibidas, o los inconvenientes sufridos por cada individuo, están en la memoria de cada cual con miras a contrarrestarlos en lo sucesivo.

La búsqueda de un «consenso» en sentido occidental supone, por el contrario, que la decisión que se toma satisface a todo el mundo.

La rotación de tareas

Así, comportamientos que se asemejan pueden derivarse de dinámicas y postulados diferentes si se los examina con atención. He aquí otro ejemplo, muy importante en el ámbito de la dirección de empresa: se trata de la rotación de tareas. Tal rotación se practica en el seno de numerosas culturas, pero a menudo por razones diferentes.

En Suecia, por ejemplo, la rotación en las tareas se debe a tres razones fundamentales: 1) preparar «piezas de recambio» humanas —si un trabajador aprende a desa-

ROBERT SMITH

La sociedad japonesa
Tradición, identidad
personal y orden social
Península, 1986.

rollar varias tareas, él/ella podrá reemplazar a un trabajador enfermo; 2) aliviar la fatiga muscular - con este fin, los obreros de numerosas industrias suecas se reemplazan unos a otros prácticamente cada dos horas, por rotación, en un número limitado de puestos; 3) reducir la monotonía psicológica que afecta al individuo.

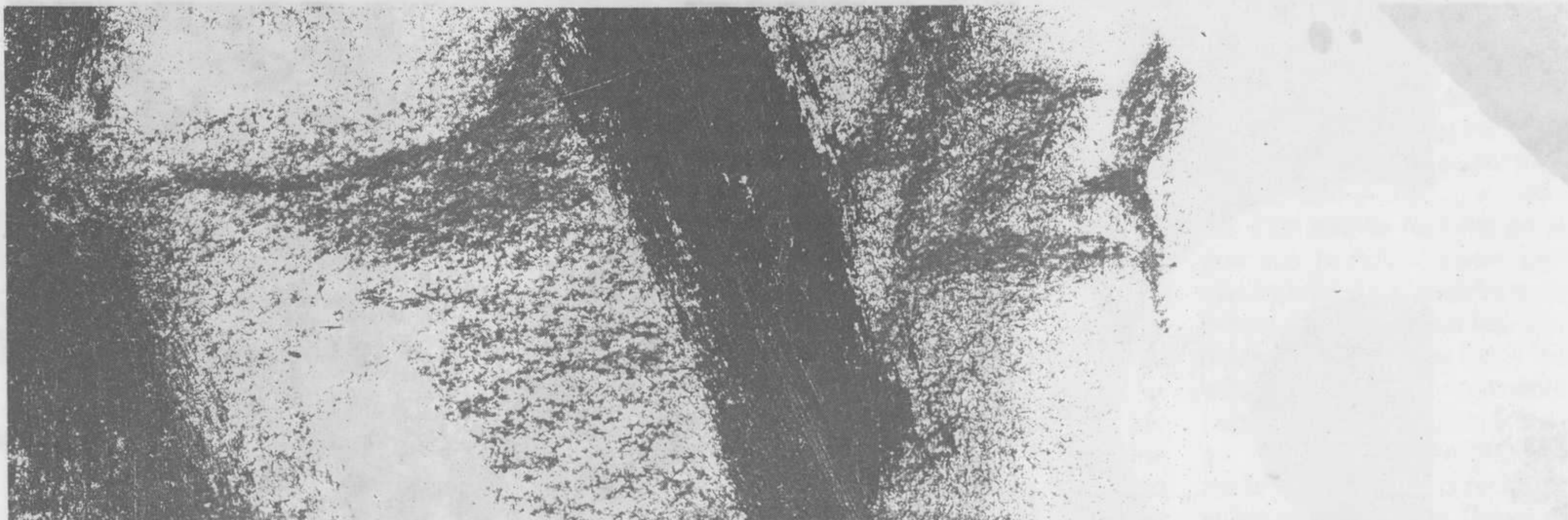
Por el contrario, en Japón: 1) la función más importante que cumple la rotación de tareas es la de capacitar a los trabajadores para pensar «con la cabeza de otro», y, consecuentemente, sentirse *mentalmente interconectados*; 2) una función secundaria es la de favorecer la aptitud de cambio y de hacerse uno mismo más heterogéneo, de tal forma que llegue a ser capaz de enfrentarse a una situación desde distintos puntos

frente de relaciones interpersonales. El individuo utiliza el grupo para su propio beneficio, y los miembros del grupo pueden requerir la ayuda de los demás para lograr un beneficio mutuo dentro de unas relaciones globalmente positivas. Se ha establecido que «una persona que actúa por el bien de su sociedad, de forma que para los extranjeros parezca implicar un sacrificio de sí mismo, esta persona siente su acción como algo que le beneficiará a él mismo antes que como un sacrificio de sus propios intereses ante los de los demás». En Japón, el concepto de «individuo» implica un ser que piensa y que actúa dentro de un contexto interpersonal. Los teóricos occidentales creen, sin razón, que se trata de algún tipo de homogeneización. Algunos investi-

grupo muy restringido de entrevistas que las prácticas de dirección en Taiwan y Corea del Sur implicaban tendencias jerárquicas (la obediencia a una reglamentación muy rigurosa) y tendencias individualistas (frecuentes cambios de empleo) con mayor intensidad que en Japón. Los coreanos dicen que «un coreano es más fuerte que un japonés, pero tres japoneses son mucho más fuertes que tres coreanos», con lo que se indica que la adecuación al grupo es más débil y el individualismo más fuerte en Corea del Sur que en Japón.

Los orígenes del *aidaschaft*

El *aidaschaft* se asemeja a la comunidad,



de vista. En el Japón, un trabajador puede llegar a conocer por la rotación hasta cuarenta tareas diferentes.

El *aidaschaft* y la adecuación al grupo

Este concepto, al que ya nos hemos referido, es tremendamente difícil de explicar a los teóricos occidentales; es inherente a la cultura japonesa y a ciertas culturas africanas y asiáticas.

La palabra es una combinación de la japonesa *aida* y la alemana *Schaft*. *Aida* no tiene equivalente en inglés, ni en francés, donde los términos que más se le aproximan son *between* o *entre*. Para aproximarse a esta noción hay que examinarla desde varios ángulos. Digamos que, en ciertos países de Asia y Africa, los individuos se sienten interconectados mentalmente en el seno de un grupo. Trabajan juntos, sin una división rígida del trabajo, gracias a una posibilidad no escrita de flexibilidad y de adaptación a situaciones diferentes. Es decir, se sienten responsables del éxito o del fracaso del grupo entero.

Para un japonés es normal estar en perfecta simbiosis con el grupo al que pertenece. Muchos teóricos occidentales desarrollan una falsa interpretación de este estado de cosas, y lo consideran como una sumisión del individuo al grupo, en cuyo seno será sacrificado. Pero en el Japón, el grupo *no es* una entidad supraindividual, sino una

fuente de relaciones interpersonales. El individuo utiliza el grupo para su propio beneficio, y los miembros del grupo pueden requerir la ayuda de los demás para lograr un beneficio mutuo dentro de unas relaciones globalmente positivas. Se ha establecido que «una persona que actúa por el bien de su sociedad, de forma que para los extranjeros parezca implicar un sacrificio de sí mismo, esta persona siente su acción como algo que le beneficiará a él mismo antes que como un sacrificio de sus propios intereses ante los de los demás». En Japón, el concepto de «individuo» implica un ser que piensa y que actúa dentro de un contexto interpersonal. Los teóricos occidentales creen, sin razón, que se trata de algún tipo de homogeneización. Algunos investi-

Diferencias en Asia

A las teorías endógenas nacidas en Africa hay que añadir algunas teorías de reciente aparición que examinan las diferencias existentes entre diversas culturas y subculturas en el seno mismo de Asia (2). Por ejemplo, se postula que en Hong-Kong la dirección de empresa se basa esencialmente en principios individualistas (I), secundariamente en principios jerárquicos (H) y morfogenéticos (G) que generan modelos de interacción mutua (en abreviatura, I-H-G); en Singapur, la dirección es principalmente H-I-S (donde S significa aquello que estabiliza los modelos de interacción mutua); en Taiwan, la dirección es fundamentalmente H-S-I, y en Corea del Sur H-S-I y S-H-I. En un principio, el autor del presente artículo encontró que la gestión directiva japonesa tendía a aproximar los tipos H-S-G y S-H-G, mientras que la misma gestión en América es a menudo del tipo H-I-G. Observó en un

pero en un nivel epistemológico diferente. Sea en la sociedad o en la comunidad, el concepto del individuo se basa en la lógica aristotélica de la substancia, de la identidad, de los límites y de la especialización; al mismo tiempo, las relaciones interpersonales son lógicamente concebidas en términos de separación, yuxtaposición de elementos diferentes, oposición, tensión y extensión. Dicho de otro modo, en un plano ontológico, nos encontramos en primer lugar con el individuo; luego con individuos muy distintos unos de otros. De este modo hace falta, efectivamente, hacer algo para que se establezcan relaciones entre esos individuos.

Por el contrario, el *aidaschaft* se basa en la lógica no aristotélica de la continuidad, la aptitud para el cambio, la propia capacidad de heterogeneización, la ausencia de límites, la absorción, la permeabilidad y la simbiosis de los distintos y variados individuos que *permanecen en su heterogeneidad*.

Las relaciones existen ya antes del nacimiento del individuo. Así, el niño *nace en el seno del aidaschaft* de sus padres. El niño tiene *su propia personalidad, única, que se añade a la armonía del aidaschaft*, sin que pierda ni un ápice de su unicidad, exactamente como la disposición de un jardín japonés tradicional, donde cada elemento es distinto de los otros, y *contribuye a la ordenación del conjunto gracias a su propia singularidad*. Pero, igual que la colocación de cada roca *se deriva de su forma en el contexto de las otras rocas* y adquiere su

significación en función de esas relaciones, del mismo modo el bebé adquiere su «identidad» gracias al contexto social. En el momento en que un nuevo empleado entra en una sociedad, penetra en el *aidaschaft* de sus compañeros de trabajo, que le atribuyen una identidad en función de la relación que traban con él (así pues, totalmente diferente a la identidad individual al estilo occidental). Al mismo tiempo, el nuevo empleado (o empleada) se esforzará para contribuir al auge del *aidaschaft* entre sus compañeros de trabajo.

Para avanzar un poco más en la comprensión de las diferencias entre el conjunto de conceptos japoneses y el conjunto de conceptos que concurren en Occidente, es útil y necesario replantearse el desarrollo histó-

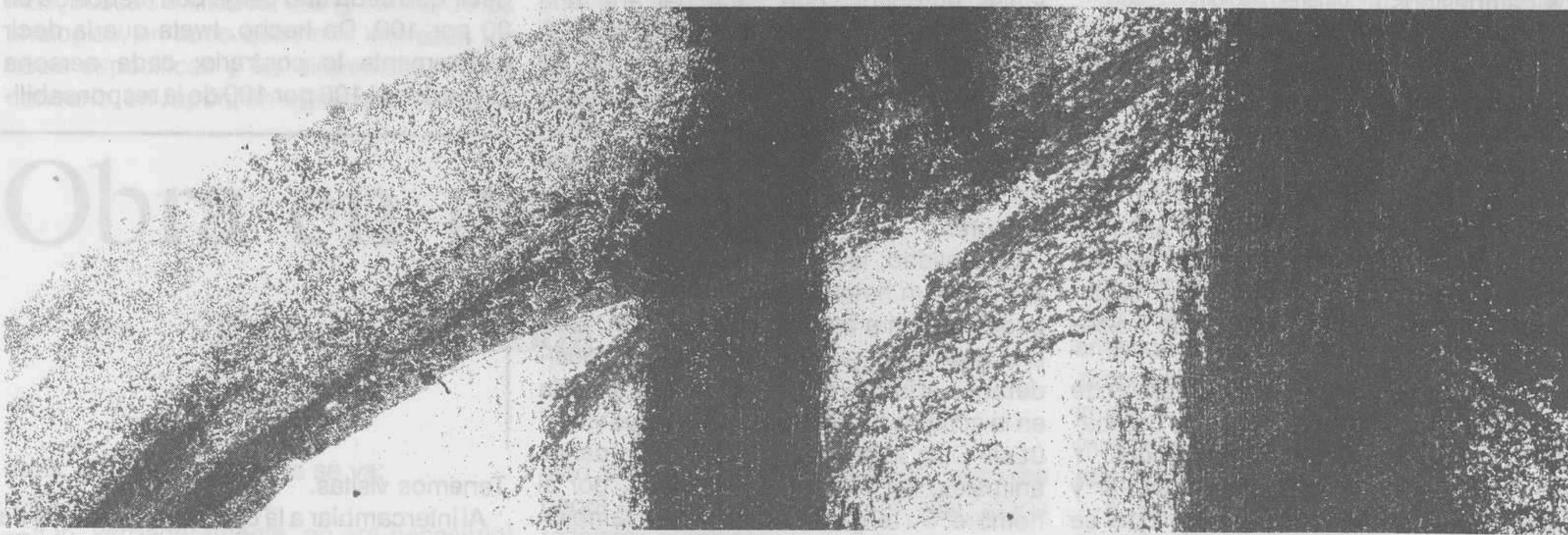
En lo que concierne al concepto de individuo, sucede exactamente lo mismo. Los individuos están ligados mentalmente unos a otros; cada uno de ellos puede desempeñar el oficio de otro, realizar distintas tareas y actuar en contextos cambiantes sin tener que atenerse a instrucciones preestablecidas. Cada individuo puede ser transferido de un sector a otro; comprende el funcionamiento de toda la fábrica, y puede, por tanto, mejorar cada tarea particular.

El Japón procede al menos de tres culturas diferentes: la *yomon*, que apareció hace 9.000 años, y que era del tipo G; la *yayoi*, de carácter lírico, que apareció hace 2.000 ó 3.000 años y que era del tipo S; y la cultura *yamato*, de carácter jerárquico, de tipo H, que llegó, vía Corea, hace 1.500 años. La

Se les puso a los terrenos límites con postes o cuerdas, pero no con muros. Los terrenos destinados a las ceremonias se marcaban a menudo con guijarros blancos extendidos formando un tapiz. Semejante espacio era todavía testimonio de una cierta continuidad con el exterior.

Hace 1.500 años, la introducción de la cultura *yamato*, procedente de Corea, llevó al Japón las ideas de jerarquía y de cierre. El santuario de Ise, construido en ese momento, presentaba cuatro líneas de cierre alrededor del santuario principal, así como vigas entrecruzadas sobre el tejado, para indicar el rango de las diferentes divinidades.

De hecho, estas tres culturas no se sucedieron en realidad para dominar al Japón por turno. Al contrario, coexistieron en pro-



rico de un cierto número de conceptos fundamentales en Japón y en Europa.

La formación de los conceptos japoneses

Al contrario que los teóricos occidentales que descubrieron, elaboraron y perfeccionaron sus conceptos y principios en forma escrita desde los antiguos filósofos griegos, los japoneses prefirieron utilizar otros instrumentos en los que no intervenía el lenguaje verbal como por ejemplo el arte de los jardines, la ordenación floral o la arquitectura. También es necesario examinar ahora algunos de los principios que regían los conceptos estéticos japoneses.

En la casa japonesa tradicional, una misma habitación puede servir a la vez de comedor en las horas de las comidas, de dormitorio por las noches, y de cuarto de estar el resto del tiempo. El mobiliario se deja a un lado, no se saca más que cuando es necesario. Se pueden quitar los tabiques que separan las habitaciones. Es más, toda la casa está generalmente concebida para poder estar abierta al exterior, retirando los tabiques exteriores. Así, una vez eliminadas las separaciones entre las habitaciones, podemos sentarnos en la habitación más céntrica de la casa y llegar a ver el jardín, oler sus aromas. Entonces, el espacio es continuo, convertible, abierto todo él a la diferenciación, sin estar limitado de una manera precisa.

cultura prehistórica *yomon* estaba llena de vitalidad, con el acento puesto en los conceptos del nacimiento y la vida, del cambio y la muerte, mezclados a menudo con el miedo y el terror.

El origen del concepto *Mononoke* parece remontarse al período *yomon* tardío. Cada localidad tenía su propio *Mononoke*. El *Mononoke* era la cualidad, o el sentimiento (*feeling*), que predominaba en la localidad. Poco a poco, al principio del período *yayoi*, se consideró que el *Mononoke* se concentraba en las rocas, más bien en las pequeñas (a menudo menos de 30 cms.). De hecho la palabra «concentrarse» no es del todo exacta. Nuestros colegas americanos tienden a interpretarla como «convertirse», es decir, que el *Mononoke* dejaba de llenar todo el aire de la localidad. Pero según la forma japonesa de pensar, el *Mononoke* continuaba llenando el espacio, incluso cuando su presencia se manifestase a través de la piedras o de otros fenómenos (*shinrabanshoo*). Y las rocas llegaron a representar la calidad del espacio.

Durante el período *yayoi* progresó la agricultura, y vivir se hizo más fácil. Tenían lugar fiestas de acción de gracias, porque se consideraba que la naturaleza se mostraba favorable a los humanos. Mientras que las figuras de arcilla de la cultura *yomon* son firmes y vigorosas, las esculturas *yayoi* son líricas y pasivas. Apreciar la naturaleza y preservar su armonía se convirtió en algo importante. Con la cultura del arroz, apareció el concepto de la tierra en cuanto pro-

porciones variables según las diferentes clases sociales y las regiones geográficas. La clase dirigente tendía a pertenecer al tipo H con numerosos rasgos de tipo S. Los granjeros tendieron a conservar el espíritu *yomon* de tipo G. La clase media, que aumentó con la reforma *meiji* en el siglo XIX, se orientó pronto hacia los tipos S y H. En nuestros días, coexisten estos tres tipos, mezclados en distintas proporciones según los diferentes individuos.

La teoría Watsuji

En 1935, Watsuji sacó a la luz otro factor importante. En las regiones del monzón, los acontecimientos climáticos —la lluvia o los tornados— regresan periódicamente con las estaciones, pero pueden tomar formas imprevisibles y producir abundancia o catástrofes. Las gentes cuya cultura se ha desarrollado en esas regiones dependen pues del clima, y han desarrollado una actitud receptiva y una gran facilidad de adaptación a las condiciones cambiantes. Y esto ha tenido una fuerte influencia sobre sus formas de relación social, su filosofía, su arte y su religión. En las relaciones humanas se han visto obligados a ayudarse mutuamente y a adaptarse los unos a los otros. Para ellos, los animales y las plantas eran compañeros de los hombres.

Watsuji señalaba también que Europa tiene un clima mucho más fácil y favorable que los países del monzón; hay muchas

menos tempestades, huracanes e inundaciones. Es más, las malas hierbas y los insectos dañinos que pueden devastar las cosechas son ahí más raros. Los campesinos japoneses debían pasar de un 80 a un 90 por 100 de su tiempo combatiendo las malas hierbas y los insectos durante la estación de crecimiento de las cosechas. El europeo no tiene ese problema, o, al menos, no en el mismo grado. En Japón hay que hacer la siega en un lapso de tiempo muy corto, entre el final de la maduración, en agosto, y el período de los tifones, que comienza en septiembre: un ligero retraso puede significar la destrucción total de la cosecha. En este país, el monzón exige pues un trabajo muy intenso y un alto nivel de coordinación y de cooperación entre los campesinos.

En Europa la naturaleza no sólo es suave, sino que sus cambios son al mismo tiempo relativamente previsibles. En la práctica, la red europea de ríos y canales sería incapaz de absorber ni siquiera una parte de las precipitaciones que se abaten sobre las regiones del monzón. El hombre allí controla mejor y con menos esfuerzo a los animales y las plantas. Los árboles tienen formas regulares por la ausencia de violentas tempestades.

En Europa los hombres son los amos de los animales y las plantas, y no sus compañeros en los intercambios recíprocos. Y eso, conjugado con el carácter regular y previsible de la naturaleza, hace que se desarrolle una visión jerárquica, racional, del universo. Las formas regulares fueron consideradas bellas. Las artes europeas se basan a menudo en los principios de la regularidad geométrica y de la repetición.

A estas observaciones de Watsuji podemos añadir nuestro propio análisis: la lógica europea de la jerarquía exige que algo, alguna cosa, se sitúe en la cima. Esta cosa cualquiera, puro producto de la lógica europea, es el concepto europeo de Dios. En la teología europea Dios se definía a menudo como «aquello a lo que nada es superior». Y la racionalidad y la regularidad del universo fueron atribuidas a Dios después de la época de los primeros filósofos griegos. En el siglo VI a. de C., el sabio Anaximandro concibió la noción de infinito como esencia de la protosustancia inextinguible del universo. Como los sentidos humanos no podían aprehender ninguna materia que se adecuase a los requisitos de esa protosustancia, pensó en que esta sustancia debía situarse más allá de la experiencia humana. Jenofanes aplicó este concepto a la religión. Orgullosa de su «descubrimiento», y desdeñoso de los dioses a imagen y semejanza humana de la mitología griega, Jenofanes declaró que su Dios infinito no podía compararse a los humanos y que era eterno. En el siglo V a. de C., Anaxágoras inventó la noción de una sustancia dotada de poder que penetraba en las cosas y las hacía moverse. Pensó que esta sustancia debía ser un alma y que debía tener un orden y una finalidad. Le atribuyó la racionalidad. En el plano de la estética, la noción de

belleza preconizada por los griegos estaba ligada a menudo a la regularidad y a las proporciones aritméticas. Una gran parte del arte europeo, sobre todo en arquitectura y música, aún se basa en los mismos conceptos.

Poco después, los sofistas descubrieron el concepto de la identidad, la ley de contradicción, y dieron origen al movimiento de formación de la lógica ontológica, que se caracteriza por la exclusión mutua, la negación, la oposición, la separación y la clasificación. Platón atribuye a las ideas abstractas una realidad mayor que a las cosas concretas, y sostiene que la verdadera realidad es inmaterial. Aquí comienza la dicotomía entre el cuerpo y el espíritu. De entonces data la visión falaz, sostenida por algunos intelectuales europeos, que hace del arte una «evasión» del mundo material: en numerosas culturas de Asia y Africa, el arte es expresión —al mismo tiempo que un medio de articulación, de transmisión y de educación— de principios de interacción entre los hombres, de organización social y de la moral.

En realidad, la imagen europea de Dios era la de un hombre idealizado. Los europeos crearon a su dios a imagen del hombre. Era lógico, porque los europeos consideraban al hombre como la criatura situada en la cima de la jerarquía de los seres vivos. Este Dios aprobaba la explotación de los animales, las plantas y el entorno, por el hombre. Su religión ha contribuido también a las tendencias de homogeneización.

Las dificultades de traducción

A las diferencias conceptuales fundamentales que acabamos de evocar se añaden las deformaciones que introduce la traducción, aunque se trate de conceptos que pueden integrarse en marcos apropiados en el seno de la epistemología occidental. Esto se produce porque las clasificaciones de categorías son diferentes, e incluso un traductor de origen japonés puede cometer tales errores. He aquí tres ejemplos:

En la edición inglesa de *Japanese Style Management*, de Ryushi Iwata (1982), el autor emplea la palabra *conformity* para designar «una percepción aguda de la situación, un sentido único de adaptación a la realidad, una reorientación y una reacción rápida para hacer frente a situaciones nuevas, todo ello para responder a las necesidades de la situación general». El sentido japonés de *conformity* corresponde de hecho al término inglés *flexibility*, mientras que el sentido usual de la palabra americana *conformity* implica, por el contrario, rigidez e inaptitud para el cambio. La diferencia proviene del hecho de que, en la epistemología occidental, la permanencia es un don fundamental, normal, mientras que el cambio es algo inhabitual. Por el contrario, en la epistemología japonesa el cambio es considerado normal. Iwata subraya que en Japón los trabajadores responden automáticamente, por sí mismos,

ante nuevas situaciones, y que, consiguientemente, los dirigentes no tienen necesidad de darles instrucciones detalladas. Mientras que en Estados Unidos, el director debe suministrar instrucciones precisas y detalladas, esas instrucciones son dictadas por un superior jerárquico, y no por un reflejo de adaptación a los acontecimientos.

El segundo ejemplo nos lo proporciona aquello que Iwata ha llamado a veces «responsabilidad difusa» o «compartida». Muchos de mis colegas han dado una falsa interpretación a este concepto. Han pensado que, si hay cinco personas en un grupo, «responsabilidad compartida» quiere decir que cada persona carga al menos con un 20 por 100 de la responsabilidad total del grupo, mientras que «responsabilidad difusa» querría decir que cada uno carga con menos de un 20 por 100. De hecho, Iwata quería decir exactamente lo contrario: cada persona carga con el 100 por 100 de la responsabili-

Tenemos visitas.

Al intercambiar a la entrada los saludos de rigor, miro sin mirar: la persona ha llegado con un paquete envuelto con un *furoshiki*.

Por el modo de estar envuelto el paquete, por sus dimensiones, por la forma en que ella lo lleva, veo enseguida si se trata de una compra hecha para ella misma o de un regalo que nos trae.

Pero sin dejar que nada de eso se trasluzca, la hago entrar y le propongo tomar el té. Hay algunas personas que entregan el regalo en este momento, y otras que lo depositan, con el abrigo, en la entrada, y lo dan en el momento de marcharse.

Discretamente lo miro de soslayo: por el modo de estar colocado, se diría que es un dulce, parece tener cierto peso, apostaría a que es *yokan*, el paquete ha sido colocado con mucha delicadeza, con cuidado de no agitarlo, debe de ser un pastel; pero tengo que hacer pasar a la visita al salón como si no me hubiera dado cuenta de nada.

Con el cerebro en ebullición me retiro a la cocina para preparar el té.

Si la caja contiene pasteles, es mejor no servirlos. Haber llevado pasteles donde ya los hay no tiene gracia y se correría el riesgo de que la visita se sintiera molesta. Sirvamos, pues, té verde y *senbei*.

En la estación de las fresas el problema es aún más grave.

Si por desgracia se sirven fresas más grandes que las que ha traído el invitado, resulta imperdonable.

En este caso es mejor fingir que uno se siente desolado porque no tiene ni pizca de fruta en casa.

Preparo el té pensando en unas cosas y

dad, con el resultado de que el grupo, en tanto entidad, carga con un 50 por 100 de responsabilidad. Este error de interpretación procede del hecho de que en inglés *to share* (compartir) significa dividir en partes bien definidas sin que se superpongan unas a otras (es el paisaje mental tipo H, jerárquico), y *to diffuse* significa debilitar. Mientras que, por el contrario, en el sentido que le da Iwata, *to share* (compartir) es reproducir (es el principio de continuidad y de no-división de los paisajes mentales tipo S o G); y *to diffuse* significa multiplicar.

Para concluir, un tercer ejemplo de malinterpretación frecuente nos lo proporciona el término «generalista». En el sentido americano habitual, un «generalista» es un teórico abstracto: parte de deducciones y axiomas, busca similitudes, usa (y abusa) de las analogías, en tanto que no le interesan las notas específicas y las diferencias. Por el contrario, en Japón, un «generalista» es una

persona que ha conocido muchos oficios por rotación, que ha vivido en su fábrica o en su sociedad la experiencia del trabajo en diversos sectores y por tanto conoce todas las particularidades y todas las diferencias, y que es capaz de trabajar en cualquiera de estos sectores particulares gracias a su conocimiento del contexto de los otros sectores.

(1) El término «occidental» se ha utilizado aquí por comodidad, y debe ser tomado en sentido restrictivo, para respetar el pensamiento de la autora: se trata exclusivamente de países de raza blanca de Europa y América del Norte. (N. del T.).

(2) Los distintos tipos de paisajes mentales de los que habla la autora se pueden esquematizar, según ella, de la siguiente forma:

— *Tipo H* (jerárquico): este tipo considera que la estandarización de los trabajadores como la de los productos, es deseable, científica y eficaz. Privilegia también la jerarquía y las clasificaciones. Supone que las relaciones entre la dirección y los obreros, así

como en el ecosistema y la industria, son relaciones de oposición (cuya suma es igual a 0). Este tipo favorece igualmente la centralización.

— *Tipo I* (individualista): Considera la separación de los individuos y su aislamiento como factores que conducen a la eficacia y a la elevada productividad (la suma total es negativa). Favorece la descentralización y el individualismo.

— *Tipo S* (simbiosis estabilizada): considera la heterogeneidad como fundamental, indispensable y deseable. La diversidad es fuente de una cooperación mutua beneficiosa (la suma es positiva), donde cada una de las partes sale ganando. Favorece una adaptación informatizada de los productos según los deseos de los consumidores, que elimina los costes de transporte y de inventario, y reduce los costos de búsqueda de marketing anterior a la producción, de publicidad posteriores a la producción y el riesgo de stocks importantes no vendidos. En las relaciones de trabajo, alienta una asociación mutua, beneficiaria de las diferencias individuales, en lugar de una estandarización de los trabajadores.

— *Tipo G* (simbiosis generadora): el tipo G es similar al tipo S. La diferencia entre estos dos tipos es que el tipo S busca una estabilidad mantenida de común acuerdo, mientras que el tipo G busca y suscita nuevas fórmulas gracias a las interacciones mutuas de sus miembros.

Obra en un acto

Kuniko Mukoda

otras, y luego la persona se va:

—Es sólo una nadería.

—¡Oh, verdaderamente, no era necesario! Es usted muy amable.

Son fórmulas establecidas.

Uno se mordería la lengua antes que decir que desde el principio sospechaba que era un regalo.

Creyendo recibir fresas, un día en que se esperaba a cenar invitados importantes, se dice uno que está a salvo respecto al postre, y acompaña a la visita con más amabilidad que de costumbre; luego se abre el paquete y uno se siente perfectamente imbécil ante unas zapatillas de fieltro.

Había recibido unos mojarrones extraordinarios.

Eran completamente blancos, satinados, del tamaño de pequeños *matsutaké*. Dicen que su perfume es el de los *matsutaké*, el sabor, el de los mojarrones, y estos últimos son mucho más baratos; sin embargo, se pueden hacer a la cazuela o fritos y son igualmente buenos cocidos con arroz.

Tenía que ir a casa de unas personas que frecuento mucho y decidí compartirlos. Me fuí con los mojarrones metidos en una caja que era exactamente del tamaño adecuado.

Como soy de naturaleza impaciente, quiero dar enseguida el regalo al entrar, pero mientras me las apaño con mi *furoshiki*, mi anfitriona entra en el salón y se me escapa la oportunidad de entregarle la caja.

Entro, pues, pensando: «Qué se le va a hacer, se los daré cuando me vaya». Y allí me reciben como a una reina.

Aunque es demasiado pronto para comer, mi anfitriona me retiene y hace traer anguilas. Y lo que es más, no el plato corriente,

sino una caja de dos pisos de una laca negra tan brillante que en ella casi podría reflejarse el rostro.

Luego melón, al parecer un regalo.

Como me gustan tanto las anguilas como el melón no me contengo y como, cuando una inquietud me embarga.

¿Pensarán, acaso, que en la caja que he dejado en la entrada hay *matsutaké*?

Precisamente es la época de los *matsutaké*.

Además, aquella caja contenía unos *matsutaké* que yo había recibido hacía poco de Kyoto.

Me pareció haber cometido una estafa, y el melón perdió inmediatamente el gusto.

Lo había adivinado.

—Se diría que son *matsutaké*, pero son mojarrones.

Tiendo la caja con cierto embarazo y ella me contesta:

—¡Ah, bueno, son mojarrones! —con una voz una octava más alta que de costumbre, y luego se echa a reír, doblada en dos.

Las visitas que llegan a las horas de comer dicen siempre que ya han comido.

—Bien, bien, pero siempre queda sitio para el *sushi*.

—Pero se lo aseguro, ya he comido. De verdad no puedo.

—¡No diga eso y tome aunque sea un bocado!

—Bueno, en este caso...

«Haga usted como que come, para que no se diga»: si uno dice esto a las visitas que afirman que han desayunado tarde y que aún no tienen hambre, generalmente se lo comen todo.

Pero también hay personas que deben de

considerar que después de haber dicho que ya han comido, un cambio de orientación les haría perder prestigio: éstas se marchan sin haber probado nada.

Incluso si verdaderamente han comido antes de venir, me parece que es una cabezonería un poco inútil, y por mi parte, incluso si ya he comido, en la medida en que me queda un poco de sitio, tomo siempre algunos bocados.

—A decir verdad, no me ha dado tiempo a comer y tengo el estómago en los talones. ¿Podría darme alguna cosa, pan, unas bolsas de arroz? Cualquier cosa serviría.

Una vez al año, un invitado pronuncia estas palabras.

Es un placer inmenso.

Preparo rápidamente algo con los medios que tengo a mano, y cuando miro comer a mi huésped con un apetito espléndido, experimento un sentimiento de plenitud, como si fuera a mí a quien agasajaran.

Pero sólo una persona de cierta altura se permite decir eso, una cierta personalidad a la que este tipo de palabras sienta bien. No es un arte al alcance de cualquiera.

Cuando era niña, venían a mi casa muchas visitas y yo crecí observando los cumplidos afectados o sinceros que se hacían el anfitrión y los invitados.

Había espectáculos divertidos, que hacían sonreír, y otros que eran ridículos.

Pero en todo caso puedo afirmar que ambas partes se tomaban completamente en serio. Es fácil decir que son cumplidos vacíos de sentido, reírse de estas estrategias más claras que el agua, pero en cierto modo cada uno tenía su técnica secreta, y el enfrentamiento era completamente real.

Además, se gozaba diciendo aquellas fórmulas hechas, repitiendo aquellas saluciones banales.

Ir a ver los cerezos en flor o la luna llena del equinoccio, eso formaba parte del programa anual de las familias japonesas, y era la oportunidad para pequeños dramas apasionantes. Y anfitrión e invitado, cada uno llevaba a cabo su papel a las mil maravillas.

In Memoriam

Rafael Pérez Estrada

He recibido una confesión curiosa y detallada que concierne a los últimos días de Gabriela Eckermann. Alberto ha ido abandonándose a todas las hojas de su otoño hasta componer un puzzle, no exento de patetismo, en el que ella permanece oculta tras un biombo de caprichosas referencias, que representa a una Gabriela muy distinta de aquella que veleidosamente sostengo en la memoria. Hasta hoy no he querido testimoniar su muerte. Ciertas tendencias personales a la metáfora y la hipérbaton hubieran complicado más de lo debido un hecho de por sí en exceso literario.

Debo advertir, a modo de precaución, que cuanto desde ahora diga habrá de entenderse como propio del mundo de las presunciones y nunca como perteneciente a los hechos probados en lo histórico.

Resulta extraño que ella, que tan cuidadosa y delicada siempre fuera en sus cosas y en los objetos y bienes de su liturgia íntima, pudiera dormir sobre aquel colchón tan raramente manchado y con un orificio, roto, negro y provocador, que sugería allí (una vez trasladada al depósito), un sinfín de procacidades escatológicas. Evidentemente el ofidio salió de aquel ombligo de sombras, de aquel sexo de muerte que estaba exactamente debajo del centro amoroso de Gabriela. Luego, el recorrido es una sospecha letal que se cumple en el cuello, por un círculo que se cierra y contiene para siempre una respiración, que se empieza a hinchar en un vientre hasta

ahora acostumbrado a las caricias extensas de la mano que quiere perderse en lo frondoso.

No hay más, no he querido en esta reconstrucción inexacta añadir otros datos, penosos, sobre un final que sólo a ella pertenece. Sin embargo, en el oficio de recordar, en este extenso servicio funerario del amor post mortem, hay perfiles de exaltaciones míticas en las que Gabriela aparece entregada al más brillante y miniado Unicornio, que en celo furioso la toma, la arrebató y en ella agota la búsqueda maldita del sueño de las vírgenes. Toda esta escenografía se produce ante mis ojos, mirada de anciano que participa pasivamente de este suceso, desde un inmenso sillón tapizado en terciopelo índigo.

Ya sólo quedan otros particulares de escasa importancia y que conciernen, en primer lugar, a las desviaciones de lo real en el retrato que Alberto haya podido fabricarse de Gabriela, y a mi afán caprichoso de cotejarlo con el que yo conservo; y en segundo, a la certeza de haber sido él la causa terrible de su muerte. Esta acusación, que no oculto gravísima, no es consecuencia de una especulación personal gratuita, es sólo la comprobación de un hecho reiterado: cada vez que en el largo pasillo de la casa el Unicornio se cruza con Alberto, el mito pierde su natural templado y melancólico y, con el aire y modo de las bestias, cocea lastimoso la estela de un asesino huyente.

RAFAEL PEREZ ESTRADA

Informe
El Guadalhorce, 1972.

La bañera
Batlló, 1974.

Fetario de Hominidos Celestes
Ateneo de Málaga, 1975.

Memorias para otras Estaciones
Arenal, 1984.

Libro de Horas
Caffarena, 1985.

Conspiraciones y conuras
Puerta del Mar, 1986.

LETRA INTERNACIONAL

Suscripción (4 números):
1.600 Ptas.

Forma de pago:
giro postal o talón bancario.

Redacción y administración:
Monte Esquinza, 30
28010 MADRID

La visitación de Eros

Rafael Pérez Estrada

La desesperación estaba en el límite, en la imposibilidad de ofrecer algo nuevo, algo rosa y algo especial. Ella era el reverso del complejo de Fanny Hill. Se desvivía, no por estar después de tantas pruebas intacta, sino por quedar consumida en cada encuentro, y querer conseguir algún orificio inmediato para ofender al próximo (y siempre lo había) adorador de Venus. Sin embargo, agotadas las insuficientes grutas, los pocos labios que el cuerpo abre a la dicha, su quehacer en la casa pertenecía al triste ritual de las repeticiones.

Si algún cliente, caprichoso y encaprichado, le hubiese ofrecido lo imposible, ella hubiera gritado de inmediato «¡Ser violada!», con la misma unción con que el mártir se asoma a las llamas del verdugo; mas el simple deseo de serlo (algo parecido ocurre con el mártir) excluye el vértigo de ser tomada a la fuerza.

Ni siquiera el sueño, repetido en una exacta escenografía, le brindaba la oportunidad de variación y coraje que su ser deseaba. Un rijoso Unicornio —dispuesto a no descansar en el regazo de ninguna doncella— lo hacía suyo. El mito la intimidaba torpemente hasta el fin poseerla. Mas aquello no era una violación, ya que ella misma favorecía el encuentro. Lo que le enfurecía hasta estropear el acto era la estúpida obsesión de aquel bruto de tomarla por el orificio no canónico, calle tantas veces frecuentada en las horas del día por la clientela antojadiza de la casa. Ya dentro, la fiera encajaba un miembro interminable (como

la explicación de lo infinito), ajustándolo a unas blandas paredes que lo anillaban y que, tímidamente, se iban humedeciendo, ensalivándolo como en una bienvenida espectacular y regocijante. Pero un tic inesperado abortaba los inicios de la fiesta. Y es que aquel aparatoso instrumento empezaba a hacerse sentir en unos interiores viscerales, porque una cosa es la violación y otra muy diferente el desgarramiento. Así percibía, tras los ojos, los golpes (como un péndulo) de aquella verga fantástica. Inmediatamente se hacía la realidad, y en lo oscuro unas veces, y otras mirándose en el espejo de la altura, acababa un juego de caricias con la sola maravilla de sus manos, más hábiles que las de todos sus clientes.

Como una moraleja, todos los haceres lúbricos han de tener un final feliz.

El entró silencioso y seguro. Sentándose en la cama se descalzó, ella cumplió en devestir el resto; y, ya de pie, desnuda frente al hombre, supo de su condición extraña. En aquella postura sentía en las ingles el choque decidido y adherente de una cabeza ciega que intentaba en lo bajo pronunciar una palabra sin eco. Lentamente se hizo horizontal, entregándose de una manera distinta. No habló. En sus ojos, el cristal de las lágrimas empañaba la dicha reflejada en el espejo. Y, una a una, se abrieron, oferentes, todas las células y poros de la piel, quedando como labios temblorosos que esperasen el golpe y el derrumbe. Y todos ellos supieron del fuego templado del amor y su roce. Así fue po-

seída en lo dentro y en lo fuera, y el falo —instrumento de tormento y ternura— se agigantaba hasta llenarla, agotándola, o quedaba como un niño temible y exigente. A veces, aquel miembro incansable la atosigaba para inmediatamente volar, picoteándola por todas partes con golpes terribles que coqueteaban con las comisuras de los labios; otras, parecía envolverla. Entonces, la mujer se hacía relleno del sueño de aquella méntula, pues también habitaba en lo dentro. Y vino el maná, blanquísima lluvia, con su olor a ropa limpia, que la invadía, como si sábanas y olas, locura y ríos de leche y almidón, quisieran hacerse noche en todos sus huecos. Y también la boca y el gusto supieron de aquel alimento que la embellecía. Y el cuerpo con su alma, la habitación, las voces, los coches y la calle quedaron suspendidos. Y luego, sabiéndose para siempre arrebatada, fue el final y la huída.

LETRA INTERNACIONAL

Suscripción (4 números):
1.600 Ptas.

Forma de pago:
giro postal o talón bancario.

Redacción y administración:
Monte Esquinza, 30
28010 MADRID

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

LETRA

INTERNACIONAL

El moderno apocalipsis de Karel Capek

Ivan Klima

La Bohemia tan sólo ocupa un espacio harto reducido de territorio. Sin embargo, en menos de siete años nacieron en ella tres escritores. Los tres destinados a alcanzar la fama mundial: el 3 de abril de 1886, Jaroslav Hasek, apenas tres meses después Franz Kafka, y por último, el 9 de enero de 1890, Karel Capek. A pesar de los múltiples puntos en común —los tres proceden de la clase media, pertenecen a la misma generación y tienen experiencias de la vida comparables— tendríamos dificultades en hallar tres tipos humanos y tres escritores más diferentes.

Kafka, un solitario introvertido y casero, pocas veces abandonará el círculo de sus amigos judíos. Sus relatos concisos, a menudo inacabados, siempre henchidos de poesía, están escritos en un alemán perfecto «a la praguesa», y se ocupan esencialmente en describir la realidad particular de su mundo interior.

Hasek es un excéntrico, irresponsable, anarquista, desvergonzado y bohemio. Vive rodeado de una banda de amigos tan borrachos e irresponsables como él y prodiga a sus lectores centenares de historias humorísticas, escritas a menudo a vuelapluma y que son sátiras de su tiempo. Será preciso aguardar la publicación de *El valiente soldado Chveik* para que también Hasek salga de la sombra. Su propia lengua sufre entonces una metamorfosis: hete aquí que se pone a parafrasear con talento sin igual el lenguaje verde del pueblo.

Por último Karel Capek: en el momento en

que se funda la República tiene veintiocho años. Sin embargo, su juventud no le impide asumir su parte de responsabilidad en la edificación intelectual y moral del nuevo Estado. Reúne a su alrededor a la élite culta del país: el propio presidente de la República, T.G. Masaryk, frecuenta sus reuniones de los viernes. Sus escritos fantásticos, sus ensayos filosóficos y sus notas en la prensa revelan un lenguaje preciso, de una sencillez perfecta, y, con todo, de una riqueza tal que muchos escritores y periodistas de la generación siguiente continuarán inspirándose en él.

¿Se puede encontrar un punto común a estos tres hombres? Por mi parte tan sólo veo su excepcional fragilidad: ninguno de ellos alcanzará la edad madura, ninguno creará un hogar ni logrará encontrar la compañera de su vida. A la desdicha que les abrumba debemos la mayor parte de los grandes escritos en prosa de Kafka. Es también esta desdicha la que empujará a Hasek unas veces a las tabernas de Praga y sus bandas de juerguistas y otras hacia interminables vagabundeos. Y es, sin duda, a causa de esta desdicha que Karel Capek se entrega con tanta pasión a los asuntos públicos y al destino de la humanidad.

Karel Capek llega a Praga después de sus estudios secundarios. Ha pasado su infancia y su adolescencia en la aldea de Upice, al pie de las montañas de la Bohemia oriental, donde su padre era médico. En sus folletines, cuentos o pequeñas historias se encuentran muchas alusiones a esta vida

rural. El mundo de sus grandes novelas y de sus dramas parece, por el contrario, totalmente desligado de ese mundo rural, incluso si el lector percibe que el filósofo, el intelectual culto para quien el fin trágico de la civilización está próximo, aparece bajo la forma de un campesino que se maravilla y horroriza a la vez ante la descomposición de los valores y del mundo de vida secular.

A los diecinueve años, Capek ingresa en la facultad de filosofía de la Universidad Charles (más tarde proseguirá sus estudios en la de Berlín y estudiará inglés y alemán en la Sorbona). Al mismo tiempo publica sus primeras obras en prosa, compuestas como obras de teatro de la misma época, en colaboración con su hermano mayor Josef. Como para toda su generación, la experiencia mayor, el choque más grande, está todavía por venir: la primera guerra mundial.

La catástrofe se desencadena sin anunciarse. Adquiere de inmediato dimensiones que iban a traumatizar a la joven generación europea. Los artistas que a menudo habían quedado extasiados ante el espíritu humano y sus realizaciones técnicas se encuentran brutalmente confrontados con su poder de destrucción y de desdicha. Como a Franz Kafka, la experiencia directa del campo de batalla le será ahorrada a Capek. Por una vez, su fragilidad física le da cierta ventaja (sufrir de reumatismos y de una especie de artritis anquilosante de la columna vertebral que le torturará hasta el fin de sus días). Escapa a la movilización. Pero a diferencia

de Kafka, más que nunca volcado a su mundo interior, a diferencia igualmente del desvergonzado Hasek, la guerra será para Capek una tragedia terrible.

Concluido el conflicto mundial, fue primero como si sus consecuencias tuvieran que redimir todos los sufrimientos pasados. Después de tres siglos de servidumbre, los checos recobraban su Estado autonómico, y la euforia del momento oculta cualquier otro sentimiento. Estas dos realidades contradictorias, la tragedia de la guerra y la nueva independencia nacional, dejarán su huella en la obra de Capek. Comparando su producción de antes y la de después de la guerra, es posible constatar hasta qué punto su interés por «lo que verdaderamente pasa en el mundo» (1) ha ganado en intensidad.

Naturalmente Capek no es el único escritor de su época que se siente animado de una pulsión profética que le incita a mostrar a la sociedad el camino a seguir. Sin duda jamás se han escrito tantos manifiestos, versificados simplezas políticas o producido tantos folletos circunstanciales con pretensiones de gran literatura comprometida, como en estos años de posguerra.

Pero Capek no era hombre que se dejara arrullar por ilusiones. No podía creer que, tras todas las violencias del pasado, una nueva violencia, revolucionaria esta vez, aportaría una solución a los problemas de la humanidad. Hacía suyo el pensamiento de Masaryk que destacaba el contenido ético y actuante de la democracia. («Todo

esfuerzo político... es la consecuencia de una opción moral, la democracia es una lucha contra lo arbitrario, contra la violencia... El espíritu democrático se basa en el trabajo... El hombre moderno cree en la evolución, el demócrata pone también su fe en el trabajo, un trabajo humilde...»).

La parte que le correspondía de ese trabajo humilde estaba, para Capek, constituido por su intensa actividad periodística. «En mi opinión», escribe en 1934, «el modo en que se hacen los periódicos en un país es para ese país de una importancia primordial: ¿Están hechos correctamente y de forma responsable o, por el contrario, se hacen de cualquier forma, con la ayuda de métodos cultural y moralmente degradantes?...». Capek proseguirá en su oficio de periodista hasta su muerte, es decir, durante más de veinte años. Y fue sobre todo merced a sus esfuerzos que el diario en el que colabora, *Lidové Noviny*, se convertirá en una publicación excepcional, con algo de gran periódico y de notable revista literaria.

En enero de 1921, el Teatro Nacional de Praga, la primera sala del país, pone en escena uno de sus dramas que lleva el extraño título de *R.U.R. (Rossum's Universal Robots)*. La obra presenta a seres artificiales o robots y su rebeldía contra la humanidad. En tan sólo unos meses la pieza conquista al público nacional, da la vuelta al mundo y procura a su autor fama internacional. Tiene treinta años. La fascinación del mundo contemporáneo por el héroe-máquina de ese drama es tal, que muchas

lenguas integrarán en su vocabulario la palabra «robot» inventada por Cipek. Este inaugurará de este modo una serie de utopías fantásticas (2). En 1922 prosigue en la misma dirección con la novela *Továrna na Absolutono (La Fábrica del Absoluto)* y la comedia *Vec Makropulos (El Secreto de Macropulos)* que trata un tema a la Shaw, el de la longevidad. Viene luego una novela, *Krakatif* (1924). Y luego, tras una pausa prolongada, vuelve a la utopía con su obra maestra, *Válka s Mloky (La Guerra de las Salamandras)* en 1936, y, un año antes de morir, con un drama, *Bilá Nemoc (La Enfermedad Blanca, 1937)*.

Tres de estas obras giran en torno al mismo tema con una semejanza sorprendente, para concluir con el mismo tipo de desenlace.

En *R.U.R.*, la invención de un humanoide, el robot, exento de necesidades pero capaz de realizar perfectamente cualquier tarea, abre a la humanidad la perspectiva de un porvenir de bienestar. Pero los hombres ceden a los robots una parte cada vez mayor de sus responsabilidades, de sus bajezas y de sus antagonismos. Los robots acaban por «aprender» a comportarse como los hombres. Se sublevan y aniquilan al género humano.

En *La Fábrica del Absoluto*, un investigador genial descubre el secreto de la energía atómica:

«Es un invento prodigioso. Trastornará el mundo desde el punto de vista social y técnico, reducirá los costes de producción, eli-

KAREL CAPEK

La guerra de las salamandras
Bruguera, 1982.

R.U.R. (Robots Universales Rossum)
Don Bosco, 1982.

Contes d'una butxaca
Edicions del Mall, 1982.

JAROSLAV HASEK

Las aventuras del valeroso soldado Schweik
Destino, 1981.

El comisario rojo
Destino, 1983.

MAX BROD

Kafka
Alianza, 1982.

KAREL KOSIK

Hasek y Kafka
Letra Internacional 4,
Invierno 1986.

ALIANZA EDITORIAL

Milán, 38 • 28043 Madrid • Tel. 200 00 45

Solicite nuestro catálogo

Alianza
Tres

YORGOS SEFERIS

Poesía completa

Edición de Pedro Bádenas de la Peña.

Primera versión íntegra de la obra poética del autor griego no sólo en castellano, sino en cualquier otra lengua.



ALFONSO REYES

Antología general

Edición de José Luis Martínez

Alfonso Reyes no es sólo una figura excepcional dentro de la cultura mexicana, sino también uno de los más notables escritores en lengua castellana de nuestro siglo.



MARIO BENEDETTI

Cuentos completos

Recopilación de setenta y cinco cuentos del escritor uruguayo realizada personalmente por el propio autor según criterios temáticos.



ADOLFO BIOY CASARES

Historias desafortadas

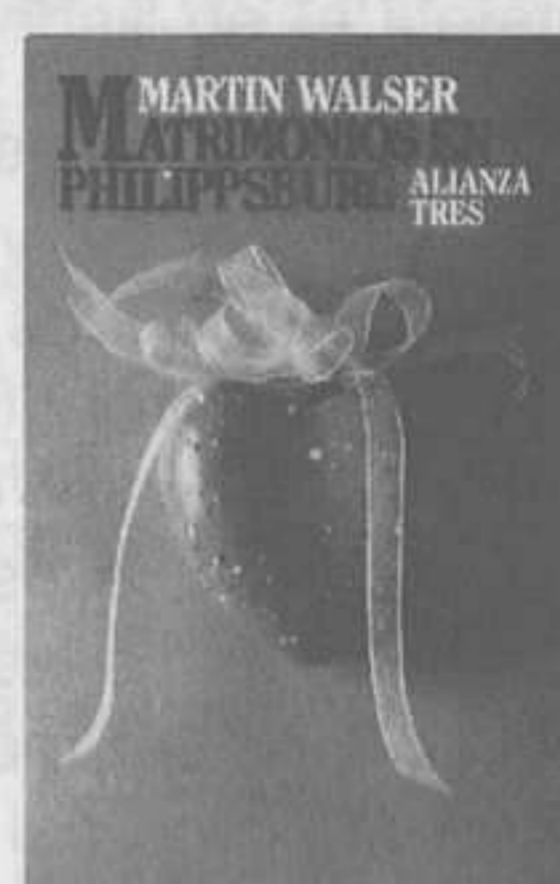
Estas diez Historias desafortadas muestran la asombrosa capacidad del gran escritor argentino para la invención de mundos fabulosos, construidos en una personalísima clave de humor.



MARTIN WALSER

Matrimonios en Phillippsburg

Galardonada con el Premio Hermann Hesse, esta primera novela de Walser tiene como centro de referencia la clase media nacida con el "milagro" alemán de la postguerra.



novedades

KARL CAPEK
 La guerra de las salamandras
 Hugs, 1982
 Karel (Karel)
 Universal (Karel)
 Don Bosc, 1982
 Confer d'una guerra
 Edicions del Mall, 1982
 JAKOBA HASEK
 Las aventuras del
 valiente soldado
 Schwick
 Destino, 1981
 El conde rojo
 Destino, 1981
 MAX BROD
 Kafa
 Alianza, 1982
 KARL KOSIK
 Huel y Kafa
 Letra Internacional, 1982

minará la miseria y el hambre, evitará que un día nuestro planeta desaparezca bajo los efectos de la helada...»

Pero la fisión de la materia libera al mismo tiempo un subproducto, una especie de substancia inmaterial, el Absoluto. Tocado por el Absoluto, todo hombre se convierte en un iluminado, henchido de gracia. Aspira a la santidad, se siente imbuido de la presencia divina, llamado a realizar obras buenas. El Absoluto inspira a todos el sentimiento de la verdad, una verdad reconocida o revelada. Pero este Absoluto es en sí mismo neutro: devuelve a todo hombre la imagen de su propia verdad, de su propio dios. Los francmasones, los luteranos, los anabaptistas, la Internacional y la Asociación de Proprietarios de Tiovivos consideran cada uno que el Absoluto es de su exclusiva propiedad. Habiendo encontrado su propio Absoluto, nadie encuentra aceptable el del vecino: estallan querellas apasionadas que degeneran en batallas y luego en guerras santas. Por último, estalla la guerra más grande de todos los tiempos: de 198 millones de combatientes «sobrevivieron tan sólo 13 hombres».

En *La Guerra de las Salamandras*, un capitán checo, Van Toch, descubre una curiosa especie de supersalamandra dotada de una excepcional capacidad de aprendizaje. Capaces de hablar y de razonar, tienen como cualidad principal la de trabajar duro a un coste mínimo, como los robots. Como han conservado la fecundidad propia de su especie, proporcionan a los hombres una mano de obra abundante y barata. Ampliar los continentes, construir navíos o edificios submarinos, y, una vez armados, hacer buenos soldados, todo les es posible. Al igual que los robots, las salamandras acaban por sublevarse contra los hombres; son superiores a ellos en número; para colmo, los hombres las han armado hasta los dientes. Una vez más, la humanidad se encuentra al borde del abismo.

¿Cuál es el motivo que empuja a Karel

Capek a volver con tanta insistencia sobre una visión apocalíptica siempre idéntica a sí misma?

Capek ha hecho estudios de filosofía. Entre las teorías contemporáneas le atrae sobre todo el pragmatismo anglosajón. La filosofía de James, Dewey y Schiller le es familiar a partir de los años de la guerra. Le consagra un estudio lleno de fervor. Más tarde, publicará varios ensayos filosóficos.

Como todos los partidarios del pragmatismo, Capek es un relativista que cuestiona la posibilidad del saber, sobre todo de un saber especulativo tendente a establecer leyes generales. Los descubrimientos más universales referentes a la realidad tan sólo pueden ser personales y, por lo tanto, parciales y tributarios del momento. El espíritu humano está hecho de tal suerte que se complace en generalizar, sobre todo en lo que a las relaciones sociales afecta. Poco después de finalizar la guerra, Capek escribió lo que sigue:

«Les ruego que por unos instantes consideren la palabra socialismo y los otros conceptos que agitan el mundo contemporáneo, y que lo hagan no en términos de su valor político y vinculado a éste o aquel partido, sino en términos de su valor moral y personal. Porque muchos de los hombres que pensaban, al estallar la guerra, pertenecer a un género nuevo, se encuentran al acabar esta guerra dolorosamente conscientes de esos valores hasta lo más profundo de su ser, y, al mismo tiempo, sacudidos por las dudas más lacerantes sobre su objetivo. Estas dudas nada tienen que ver con la decepción, el escepticismo o la indiferencia: se trata más bien del terror que se siente a la vista del bien y del mal que existen tanto de un lado como del otro. Terror éste que te empuja a rechazar toda posición de principio...»

Escepticismo éste que constituye para Capek el fundamento de una exigencia humanista: que ninguna convicción, nin-

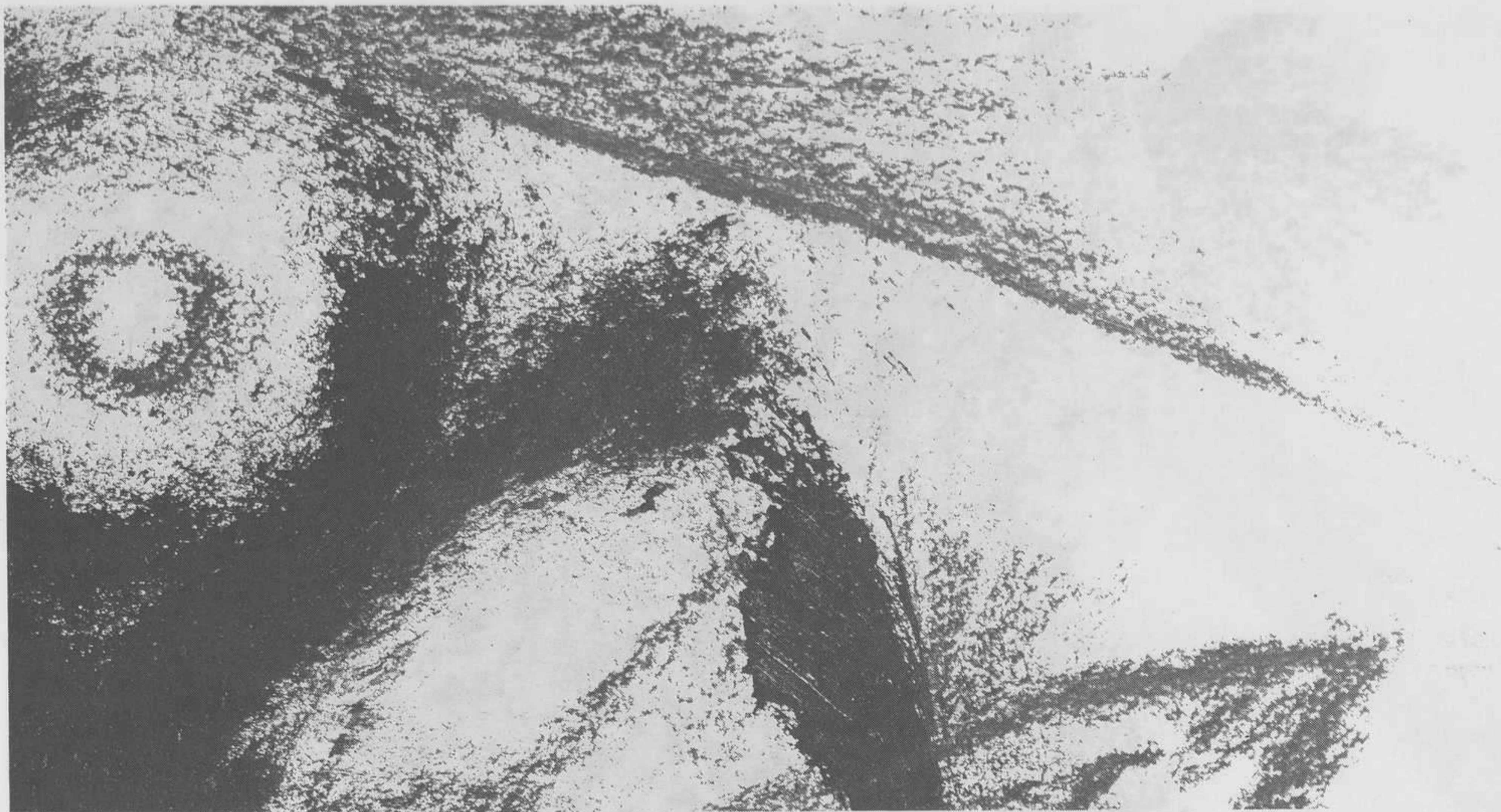
guna verdad general ni los intereses que ésta defiende prevalezcan sobre el valor de la vida humana. Escepticismo que debe permitir bajar las barreras «ideales» ficticias que se elevan entre los hombres, incitar a la reconciliación, a la tolerancia, a una acción eficaz sobre la vida en torno:

«No tienes ante ti dos gavillas de heno, sino miles de briznas. Es brizna a brizna que recoges lo que es bueno y útil en el mundo humano; es brizna a brizna que eliminas la mala hierba. No te elevas contra la opresión de las masas, sino contra la de cada individuo. Ha sido preciso suprimir una verdad global para encontrar miles de verdades individuales... A fin de cuentas, a falta de algo mejor, pones la fe muy tontamente en el hombre.»

Los escritos de Capek de la posguerra reflejan en su inmensa mayoría su interrogante sobre la verdad, sobre la necesidad de relativizar, previamente, todo acuerdo entre los hombres. Es en uno de sus cuentos apócrifos, titulado *Pilátovo Kredo* (*El Credo de Pilatos*), donde Capek nos brinda sin duda, en boca de Pilatos, la expresión más precisa de su posición:

«Pero al discutir con él (con Jesús), yo veía que sus discípulos pronto estarían dispuestos a crucificar a los otros; y en nombre de su nombre, en nombre de su verdad, iban a torturar y a crucificar al resto de los hombres, a aplastar las otras verdades... Este hombre hablaba de la verdad. ¿Qué es la verdad?... El que inventa una verdad reniega al mismo tiempo de todas las demás. Como si el ebanista que acaba de fabricar una silla nueva prohibiese sentarse en ninguna de las sillas producidas antes que él... A lo mejor es cierto, por qué no, que la nueva silla es mejor, más bonita y más cómoda que las demás; pero, ¿por qué diablos un hombre cansado no puede tener el derecho de sentarse en cualquier otra silla, que sea fea, con carcoma o de piedra?... El mundo es vasto... Todas las cosas pueden





hallar en él un puesto. Pienso que la realidad encierra también ella verdades múltiples... creo, sí, lo creo con todas mis fuerzas, que la verdad existe y que el hombre llega a conocerla. El hombre, estamos de acuerdo, pero ¿cuál de entre nosotros? ¿Yo, tú, o el uno y el otro tal vez? En mi opinión, todo hombre obtiene una parte de verdad: tanto el que dice sí como el que dice no. Si estos dos se pusieran de acuerdo y logran comprenderse, juntos tendrían la verdad entera. Pero no sabemos unir el sí y el no; hay más verdad en los hombres que en las palabras...»

Revolucionarios, ensoñadores o inventores se codean en sus obras con demagogos, tribunos del pueblo o redentores. Porque todos estos hombres, a pesar de la diversidad, e incluso la incompatibilidad aparente de sus móviles, tienen el proyecto de transformar o mejorar el mundo mediante un acto revolucionario. Los conservadores se oponen a sus visiones y a sus juicios absolutos: hombres moderados y generalmente más ordinarios que ellos. Sencillos o doctos, se caracterizan por la tolerancia de sus criterios, su entrega al prójimo, su disponibilidad para asumir cualquier tarea, aunque sea desinteresada. Conociendo sus límites, los de la realidad que les rodea, entienden que todo exige tiempo, que todo evoluciona según su propio ritmo, que no es por la revolución, por bien intencionada que ésta sea, que el mundo se volverá mejor. Hacia ese último tipo de personajes va dirigida la simpatía del autor.

Nada, según Capek, es más peligroso para la humanidad que la ambición incontrolada de equipararse a Dios. El que se mide con el Creador es víctima de un espejismo: se imagina que debe y que puede doblegar el mundo a sus visiones. De hecho, deja de ser consciente de su complejidad. Sin saberlo, altera uno de sus equilibrios delicados, imperceptibles, y al actuar así desencadena la catástrofe.

En la *Fábrica del Absoluto*, cada uno se imagina haber encontrado el dios verdadero y estar llamado a convertir al prójimo para proporcionarle la salvación. Hay que compartir a toda costa con el vecino la fe, la concepción del amor. Los hombres están llenos de ideales nobles pero contradictorios, y que por consiguiente desembocan en conflictos que degeneran en guerras. Profesar ideales parejos es el medio de despreciar al otro, justificar la propia intolerancia. Al final de la novela uno de los héroes declara:

«Tenemos el derecho a pensar que una fe distinta de la nuestra es mala; pero no el de decir que el hombre que la profesa es un pobre tipo, un simple al que engañan.»

Y un poco más adelante:

«Vea usted, cuanto más se cree en algo grande, con mayor salvajismo despreciamos al que no cree... Estamos todos henchidos de buenas intenciones para la humanidad, pero no por cada uno de los hombres que la integran. A ti te voy a matar, pero es por la salvación del género humano... Mientras el hombre no tenga fe en el hombre, el mundo seguirá siendo malo...»

El complejo de redentor, la aspiración desenfrenada a revolucionar el mundo, causará la catástrofe que, en la célebre pieza sobre los robots, golpea a la humanidad.

«No era un sueño malo, oh Alquist, el querer suprimir la servidumbre del trabajo», afirma todavía unos instantes antes de morir Domin, el director de los establecimientos productores de robots.

«Lo que yo quería era no ver más almas deslomarse sobre máquinas que no les pertenecen. ¡Quería acabar de una vez por todas con ese maldito asunto social! ¡Oh, cómo desprecio la humillación y el dolor, cómo odio la pobreza! Nosotros queríamos que naciera un hombre nuevo.»

En la pieza de Capek, el edificador Alquist se opone a las visiones creadoras de Domin:

«En mi opinión, es mejor colocar un solo ladrillo que concebir proyectos desmesurados.»

En otro lugar, Alquist escribe:

«Señor, alumbra a Domin y a todos cuantos están en el error, destruye su obra y ayuda a la humanidad a encontrar de nuevo el sentido de la responsabilidad, ¡el del trabajo! (Porque) el mundo entero, el conjunto de los continentes, la humanidad en su integridad, todo, no es más que una loca, innoble orgía. Ya ni siquiera tenemos que extender la mano para coger un alimento: basta con abrir la boca para que inmediatamente sea empapuzada - y, sobre todo, que no se tenga que hacer el más mínimo esfuerzo...»

En *R.U.R.* se enfrentan por primera vez — por lo menos en un plano espiritual — el «hombre de la era nueva», el revolucionario maestro de obra de los planes destinados a transformar el mundo y el que, en el interés mismo de la humanidad, hace que prosigamos pacientemente la labor de nuestros antepasados, incluso al precio de una vida más penosa y más miserable, con tal de evitar que se desencadenen los demonios que nadie lograría dominar. Domin y sus semejantes conducen el mundo a la catástrofe. Corresponde a los Alquist llamarles la atención.

Capek vuelve sobre esta misma oposición en su gran novela, *Krakafif*. Disimula en ella el corazón filosófico bajo una profusión de episodios románticos, de artificios y de repercusiones sacadas de la literatura de aventuras. El héroe de la novela, Prokop, es el inventor de una materia atómica explosiva. He aquí que se encuentra con un misterioso tentador cuyo nombre Daimon o Hémon deja claro que encarna los poderes del mal. En una parafrasis de la escena bíblica, Hémon arrastra a Prokop a la cima de una montaña sin nombre para someterlo a la tentación. No se limita a ofrecerle la fuerza, la riqueza y el poder sobre los hom-



bres, como en los antiguos mitos o la versión bíblica. El sumum de la tentación consiste en sugerir que la humanidad pueda rechazar el antiguo mundo en beneficio de un mundo nuevo, un mundo mejor:

«Usted no ignora hasta qué punto es importante la experimentación. Estamos de acuerdo, los poderosos de este mundo temen, ante todo, el cambio. Temen tentar lo nuevo, lo nunca visto, lo revolucionario. No hay nada más conservador que el poder. Usted es el primero a quien se le ofrece tener por laboratorio a la tierra entera. Es la tentación suprema: no te ofrezco todo cuanto yace a tus pies para que goces de ello y te deleites con el poder; al contrario, te es dado hacer lo nuevo, probar a crear algo mejor que este mundo donde reinan la desdicha y la crueldad. Nuevos creadores, he aquí lo que el mundo no cesa de reclamar día tras día...» (3).

La explosión atómica acaba de destruirlo todo. En las últimas páginas de la novela Capek abandona el tema fantástico para sumergirse en una meditación sobre la suerte de Prokop, este hombre que en un tiempo pasado adivinó «*La inmensa verdad general... capaz de transformarlo todo*», que se creía llamado a «*cambiar la faz de la tierra*», que ha dispuesto de una fuerza capaz de «*desencadenar una tormenta sin precedentes*» y de «*quebrar en astillas la barca de la humanidad*».

«Amigo mío, mi querido amigo, se acabó: no cumplirás las más altas misiones, no podrás darlo todo». En estos términos se dirige a Prokop un anciano desconocido que encuentra en un país extranjero en una senda desierta.

«Hubieras estallado en mil pedazos, tal era tu fuerza desbordante, pero seguirás de una pieza, y no salvarás ni destruirás el mundo. Muchas son las cosas que permanecerán presas en tí como el fuego en el seno de la piedra... Tú querías ir demasiado lejos y realizarás tan sólo cosas pequeñas. Así

está bien... Harás el bien a los hombres. Aquel que sólo ve las grandes cosas, se olvida de los hombres. Tu estarás a su servicio...» Prokop comprende entonces que «*es Dios Padre en persona quien le habla así.*»

Los hombres necesitan salvadores, redentores, drogas y recursos energéticos infinitos. No precisan buscar grandes ideas o soluciones revolucionarias. Por el contrario, les hace falta aprender a vivir en armonía con el mundo donde han nacido, a responder personalmente de su devenir. La responsabilidad nace del servicio prestado, de la participación en la labor cotidiana de la humanidad. Sólo «*brizna a brizna*» mejoraremos la suerte del mundo.

Los criterios que utiliza Capek para apreciar la actividad humana, para determinar lo positivo y lo negativo, son tan desconcertantes que muchos lectores no captan el significado profundo de sus escritos. Otros se irritan; partidarios de un pensamiento radical, colman a nuestro autor de reproches: idealiza al hombre mediocre, al hombre medio, incluso al zapatillero pequeño-burgués. Negándoles el derecho a la generalización, a las verdades universales, les quita al mismo tiempo el de cometer el acto que pondría fin a la injusticia social. Proponen, a cambio de sus tesis, sus propias soluciones revolucionarias que les parecen las únicas valederas en una época confusa por una interminable crisis político-económica.

Pero si Capek se muestra escéptico con respecto al futuro de la humanidad, no es por supuesto debido a una morosidad caracteral. Se dan en él rasgos fundamentalmente armónicos, cuyo origen data de su infancia. Con alegría casi infantil inventa sus intrigas; su fantasía no tiene límites; se complace en imaginar las situaciones más inesperadas, penetrar en espacios desconocidos, manejar la mofa y las bromas hasta en sus obras más sombrías. Dotado de una capacidad muy personal de mara-

villarse ante los productos del ingenio humano, Capek sabe observar, con obstinación de chiquillo, a los artesanos en su trabajo. Cuenta luego sus observaciones con el mismo humor que pone en describir los gustos y las manías de sus allegados. El mismo en persona tiene todo tipo de dones: entusiasta jardinero, cría también perros y gatos, colecciona tapices de Oriente y música folclórica del mundo entero; es un fotógrafo sin igual y un dibujante hábil que ilustra con dibujos originales buena parte de sus libros. Sabe revelar las formas y las propiedades inesperadas, por no decir «*el alma*», de los objetos más corrientes: el aspirador, la máquina fotográfica, el portante o la estufa de madera. De modo que, al mismo tiempo que sus visiones de apocalipsis y que su obra fantástica, se publican —como para servir de contrapeso— sus carnets de viaje, artículos, historietas (sus *Cuentos de un bolsillo* y *Cuentos del otro bolsillo - Povídky z jedné kapsy* y *Povídky z druhé kapsy*, 1929, obtienen un éxito clamoroso). Y Capek concede aquí a los hombres y a las cosas un derecho que les niega en sus grandes obras: el de acercarse unos a otros según las tradiciones del pasado que el presente parece haber olvidado.

Apenas diez años después de *Krakatíf*, Capek vuelve a sus preocupaciones iniciales: ¿Qué es la verdad? ¿Se puede conocer? ¿Se puede descubrir qué es lo significativo del ser humano, su destino, su historia?

De apariencia puramente filosófica, estas cuestiones se refieren al mismo tiempo a la propia naturaleza de la creación literaria, la extensión y los límites del campo de investigación abierto al escritor.

En un espacio de tiempo muy breve (entre 1933 y 1934), Capek escribe tres novelas. *Hordubal*, *Povetron (El Meteorito)* y *Obyčejný život (Una Vida Ordinaria)*, tres relatos que aparentemente no tienen nada en común. Todo en ellos difiere: los héroes, el



lugar (que va de la Rutania carpática hasta algún lugar cercano a las Grandes Antillas para regresar a Bohemia) e incluso el enfoque creador. Pero estas oposiciones subrayan mejor el parentesco de los temas sobre los cuales se apoyan.

En el primer caso, se hace una investigación sobre el asesinato del viejo campesino Hordubal. Capek nos da tres versiones: primero, un relato poético, que parece visto por los ojos del propio Hordubal. Luego, los hechos y la relación que establece la investigación oficial. Por último, la realidad tal y como se aparece ante el tribunal. Nos encontramos en presencia de tres versiones distintas, de tres aspectos divergentes del mismo acontecimiento: vean, nos dice Capek, cómo las sendas del conocimiento son azarosas.

El segundo relato pone en escena a una enfermera, un vidente y un poeta. Cada uno de estos tres personajes, a su modo, intenta reconstruir la vida de un desconocido que se ha estrellado con su avión y que llevan moribundo al hospital. Unos y otros tan sólo conocen del aviador algunos detalles sin importancia. Sin embargo, ¡oh maravilla! en su imaginación el hombre cobra vida y forma y se hace próximo.

La última obra de la trilogía parafrasea los carnets de un modesto empleado de los ferrocarriles que medita sobre la existencia antes de morir. Se presentan a su mente todas las posibilidades que le ha brindado el destino. Mantenido en estado virtual, inexploradas, las posibilidades han logrado con todo estrechar sus vínculos con los demás hombres.

De modo que una vida no puede definirse sencillamente por un conjunto de hechos percibidos desde el exterior. El conocimiento empieza cuando uno logra identificarse con el prójimo, compartir sus sentimientos, ponerse en su piel. Sólo entonces se nos revelan las potencialidades que dormían en el otro y tal vez en nosotros mismos, y que hacen de él nuestro prójimo.

«Hay en nosotros lenguajes múltiples que nos permiten comprendernos. A partir de ahora podemos respetar al otro, por distinto que sea, porque somos sus iguales.»

Esta trilogía es una de las mejores obras de Capek. Al mismo tiempo que su maravilloso talento de narrador, el ritmo endiabrado de las intrigas, su inventiva y su 'pathos', revelan la búsqueda apasionada de su autor. Capek parece cambiar de rumbo, interiorizar alguna cosa, interesarse más a partir de ahora por la unicidad de todo destino. Pero sus preocupaciones son siempre las mismas. Sigue obsesionado por la destrucción potencial del planeta, tema que no tardará en retomar.

Veamos cómo evoca él mismo el origen de la *Guerra de las Salamandras* (*Válka s Mloky*, 1935):

«Fue en la primavera del año pasado, la economía mundial parecía estar gravemente enferma y la política peor. No recuerdo ya en qué ocasión había escrito esta frase: 'No hay que imaginarse que el proceso evolutivo merced al cual hemos aparecido sobre la tierra fue el único posible'. Fue decisivo. A causa de esta frase escribí La Guerra de las Salamandras.»

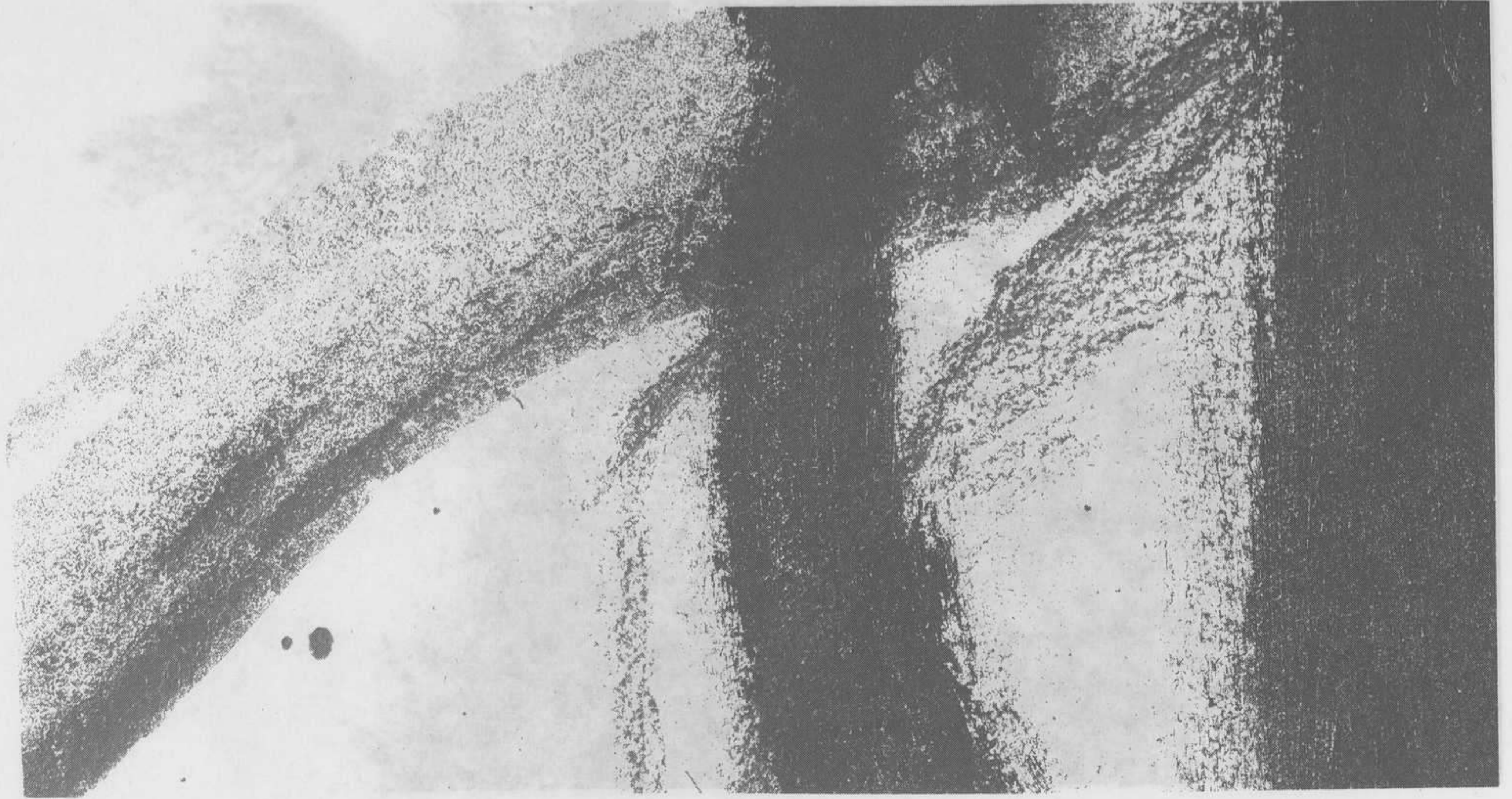
«Podríamos imaginar», añade Capek, «que la evolución cultural hubiera podido tener por sujeto otra especie animal. En condiciones biológicas favorables, una civilización, tan válida como la nuestra, hubiera podido nacer incluso en las profundidades acuáticas... Si otra especie animal que no fuera el hombre hubiera alcanzado esa fase que llamamos civilización ¿qué es lo que usted cree? ¿Hubiera tenido un comportamiento tan inepto como la humanidad? ¿Hubiera emprendido las mismas guerras? ¿Habría fomentado las mismas catástrofes históricas? ¿Cómo reaccionaríamos si otra especie se dispusiera a declarar que habida cuenta su fuerza numérica y su educación, sólo ella tiene el derecho de ocupar la superficie del globo y reinar sobre toda vida? He aquí

una confrontación con la Historia, con la actualidad palpitante, que me ha obligado a sentarme a la mesa y escribir La Guerra de las Salamandras.»

La novela está llena de alusiones políticas: el personaje del Jefe Salamander, «Andreas Schultze, éste era su verdadero nombre, que había sido teniente en alguna parte durante la guerra mundial» no deja de recordar al jefe del Reich nazi, Adolfo Hitler. El capítulo sobre el libro del filósofo real parafrasea las teorías hitlerianas. Una parte de la crítica de la época extrae la conclusión de que Capek, abandonando su relativismo, ha escrito un folleto antifascista, lo que por lo demás ha seguido siendo hasta nuestros días la tesis oficial de la historiografía literaria checa y soviética.

Numerosos contemporáneos de Capek se encerraron en sistemas ideológicos incompatibles y agresivos, intentando reducir los problemas y los conflictos más complejos a una fraseología esquemática. El mundo era para ellos el teatro de una lucha de clases, de una lucha entre pueblos, de un enfrentamiento entre sistemas: comunismo contra capitalismo, burguesía contra proletariado, democracia contra dictadura. (Estas ideologías simplistas siguen por lo demás dirigiendo el mundo.) Aparentemente, un lenguaje tal, logra describir y explicarlo todo. Tiene sobre todo la dudosa ventaja de eliminar el lado humano de todo problema: los conflictos y los interrogantes quedan transportados a altitudes impersonales donde reinan el poderío, la fuerza y la razón de Estado, donde el hombre no tiene por qué responder de sus hechos y gestos y menos todavía del destino de la sociedad.

No hay error más grave para un escritor que aceptar la óptica y el lenguaje simplificadores de la ideología. Capek fue, no cabe la menor duda, uno de los opositores más resueltos del fascismo, del nazismo y del comunismo. Pero, en este caso como en otros, se esfuerza por encontrar en la crisis



explicaciones procedentes de un campo delimitado por la experiencia y las posibilidades individuales. Tiene ante sus ojos a un hombre moderno que se torna ajeno a sus propios valores seculares y que los sustituye por los valores falsos que le imponen la era tecnológica y la pseudo-cultura de consumo. Que diviniza los resultados óptimos, el éxito, la cantidad (4). Incluso las orientaciones que ha seguido la evolución técnica se le presentan a Capek como erróneas, si se las considera desde un punto de vista humano y humanista:

«La fuerza de nuestra admiración por las máquinas, o sea por la civilización mecánica, ¿no estará minimizando nuestra capacidad de atención a las verdaderas facultades creadoras del hombre? Todos creemos en el progreso de la humanidad, pero tenemos, según parece, la tendencia a concebir ese progreso en términos de motores de explosión, de electricidad, y otros esplendores de la tecnología. Medimos a la humanidad con el mismo rasero que a las máquinas, no con el de los hombres... No hay oposición entre el hombre y la máquina... Pero la cuestión es muy otra cuando uno se pregunta si la organización y las capacidades de los hombres progresan con tanta seguridad como la de las máquinas. ¿Queremos hablar de progreso? No nos ocultemos detrás de la cantidad de coches o de líneas telefónicas, consideremos más bien el precio que tiene para nosotros y nuestra civilización la vida humana.» (El Gobierno de las Máquinas) Al relegar al individuo a segundo plano, la civilización tecnológica deja paso a la mediocridad y a la colectividad de masas.

En su crítica al ensayo de Ortega y Gasset, *La Rebelión de las Masas*, Capek anota:

«Lo que caracteriza nuestra época es que el espíritu medio, consciente de su mediocridad, se permite a partir de ahora afirmar su derecho a esta mediocridad e imponerla como criterio universal (...) La masa (...)

dicta al mundo sus valores y sus gustos. La masa querría elevar a categoría de ley su sabiduría de taberna. Se le ha inoculado a las masas el orgullo y el poder del mundo moderno, pero no se le ha inoculado el espíritu.»

Contrariamente al filósofo español, Capek subraya que, más que la mediocridad de las masas, es un fallo general de los individuos los que compromete el porvenir de la humanidad, sobre todo un fallo de aquellos son los garantes de nuestros valores culturales, del nivel de nuestro pensamiento, resumiendo, de los intelectuales.

Justo antes de empezar la redacción de *La Guerra de las Salamandras*, Capek dedica una serie de reflexiones a la misión de la inteligencia y de la cultura.

La cultura es, «ante todo, la continuidad de la obra humana realizada hasta nuestros días». Tiene por misión esencial conservar en nuestro subconsciente los valores adquiridos en el pasado con el fin de permitirle al hombre «no dejarles escapar, mantenerse a su altura».

La peor traición para Capek es la de los intelectuales, sus consecuencias son infinitas:

«Una inteligencia culturalmente nivelada deja de cumplir ciertos deberes de los cuales dependen la mayoría de los valores de orden superior... En caso de fallar la clase educada, no es el hombre medio el que toma la palabra, el hombre ordinario y respetable, el campesino, el obrero, el artesano, con su espíritu normal y su moral establecida. Lo que entonces reclama el derecho a la existencia es algo mucho más abyecto, un elemento violento y bárbaro... Suprimid la superioridad jerárquica del espíritu y estáis preparando el retorno de los salvajes. La degradación de la inteligencia conlleva la barbarización de todos.»

La cultura que experimenta una regresión en relación a sí misma y que pierde sus experiencias anteriores es una cultura de-

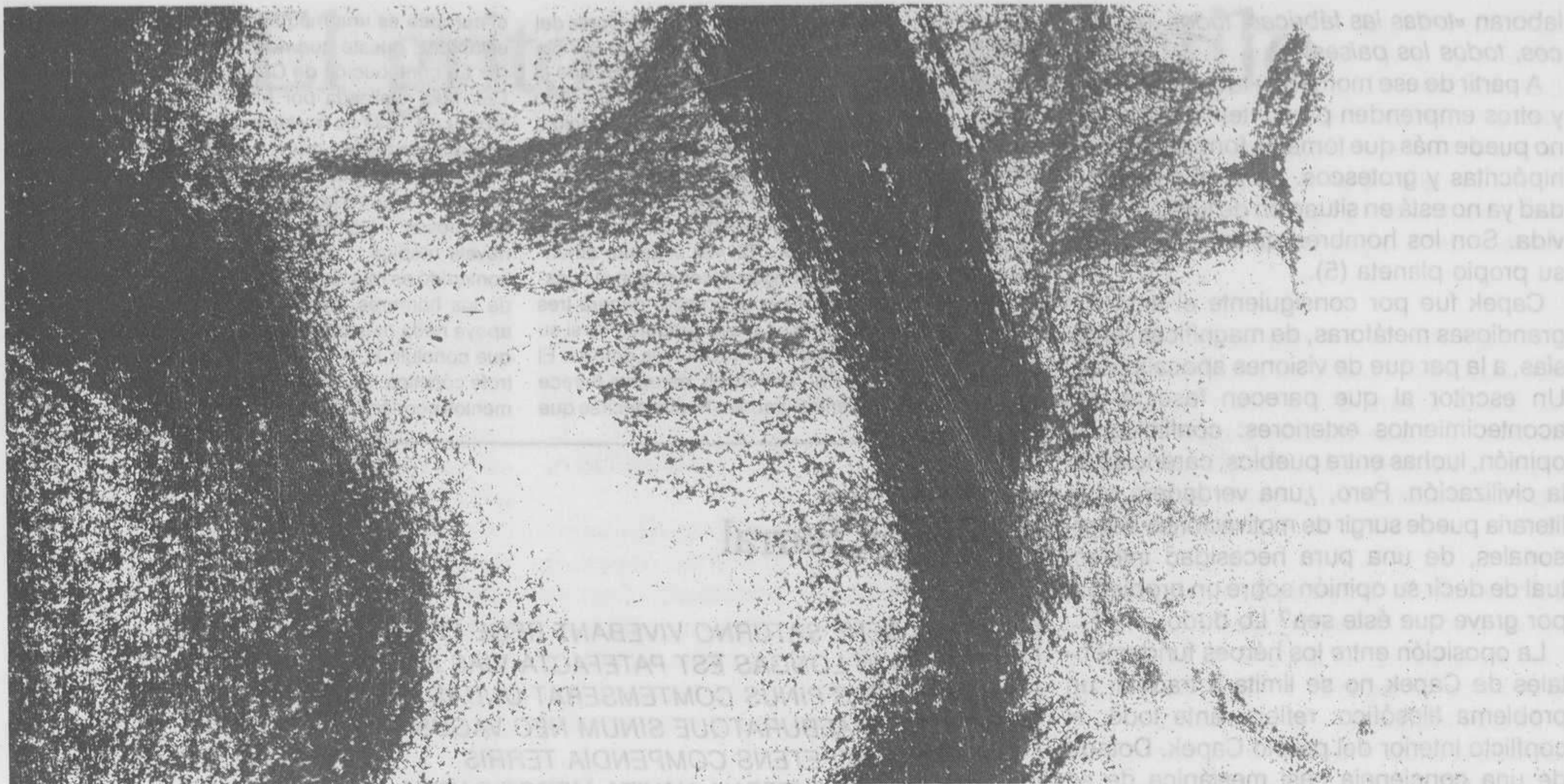
fectuosa. Esto era precisamente lo que estaba ocurriendo en gran parte de Europa, confirmando a Capek en su convicción de que «asistimos a una de las mayores derrotas culturales de la historia mundial... nada hay más grave que una inmensa traición por parte de los intelectuales...».

Donde los ideólogos se empeñan en ver la crisis del sistema, Capek es más consecuente, más escéptico y más individualista: percibe la crisis del hombre, de sus valores y de su sentido de la responsabilidad. La caída de la inteligencia inicia la de toda civilización, el comienzo de una catástrofe inconmensurable.

Como cada vez que proyecta abordar un tema importante, Capek se refugia en la ciencia-ficción. Por una parte, el género se corresponde con su talento narrativo. Por otra parte, el tratar un mundo y una época ficticios le deja libertad de movimiento: a su manera, puede moldear el universo y ordenar los acontecimientos con el fin de dar relieve a los factores que, según él, conducen al hombre a su ruina.

Se trata para Capek de dar la apariencia de una historia verosímil y contemporánea; parafrasea por consiguiente la actualidad, sus eslóganes, sus maniobras diplomáticas, sus anuncios publicitarios. A través de alusiones a personalidades vivas o a sus obras, de su imitación perfecta de los géneros literarios más diversos —memorias, reportajes, entrevistas o discursos políticos— acrecienta aún más su credibilidad.

Este esfuerzo por dar a la ficción una apariencia de realidad, por hacer que se parezca a una crónica auténtica, es propia de las «antiutopías» de Capek y las distingue de la mayoría de las obras fantásticas: Zamiatin, Boye, Orwell o Bradbury desarrollan lógicamente hasta su fin absurdo una tendencia destructora (casi siempre totalitaria) de la sociedad contemporánea. Crean así un universo terrible por la impersonalidad y la violencia de su absolutismo, pero al mis-



mo tiempo tan artificial que no tiene nada en común con la experiencia cotidiana de los hombres. Capek, por su parte, se dedica, no sin ironía, a pintar las mismas tendencias destructoras de la sociedad de manera realista. No inventa nuevos imperios: no hay en su obra ni Estado único, ni Oceanía, ni Estado Mundial, ni Secretariado de la Vigilancia, ni Ministerio del Amor. Tampoco hay una telepantalla que espía el más mínimo gesto de cada hombre; no hay colocaína u otra droga que robe la voluntad al individuo. Su conferencia en Vadouze se asemeja a todas las demás conferencias diplomáticas; la Asamblea del Consejo de Administración de la Sociedad Pacífica de Exportación se parece a la de cualquier otro consejo de administración de la época. En la era de la Salamandra, sus personajes viven, gozan y lloran, como viven, gozan y lloran sus propios contemporáneos. Aparentemente, las salamandras fantásticas se han integrado en la vida cotidiana. Sin embargo, esta vida se dirige hacia la catástrofe, precisamente debido al giro que está tomando. La ficción de Capek es menos terrorífica que muchas otras: empieza incluso en un tono inocente. Con todo, se parece demasiado al mundo donde vive y no cesa por lo tanto de señalar con un dedo acusador la senda por la que el mundo se orienta.

Por verosímil que parezca la novela, sigue siendo una obra de ficción, una visión artística imposible de reducir (como lo hacen determinados críticos) a una novela de claves donde las salamandras representarían una u otra de las fuerzas en litigio en el conflicto mundial. Ningún símbolo poético, ninguna alegoría puede ser traducida a términos reales.

Las salamandras que penetran en nuestro mundo y en nuestra historia representan un factor autónomo. Libres de prejuicios, sin historia ni cultura, son como niños ávidos de saber. Aspiran a imitar todo lo que

les parece más adulto y más evolucionado que su propio estilo de vida. Como un espejo, nos devuelven el reflejo de nuestra forma de vida, de nuestros valores y de nuestra cultura en su fase actual.

¿Qué mundo se presenta, por consiguiente, a los ojos de esos seres cuya fuerza principal se debe a su mediocridad, a su «inferioridad eficaz e incluso triunfante»? ¿Qué ofrece la civilización contemporánea a las vastas masas todavía intocadas por la cultura? A medida que se desarrolla su relato sobre las salamandras y su aventura, Capek precisa su respuesta a esta cuestión. La respuesta es desoladora: la civilización humana se lanza ciegamente en pos de las ganancias, el éxito y los bienes materiales. No tiene por ideales más que el bienestar, la diversión, el placer. Idolatra, por lo tanto, todo cuanto le permite alcanzarlos: la producción, la técnica, la ciencia, el espíritu de empresa. Los hombres ni siquiera se dan cuenta de que, a fuerza de perseguir estos fines, abandonan aquello a lo que deben su existencia: su identidad humana, la cultura, el espíritu, el alma. Han trocado sus interrogantes y su reflexión por la verbomanía periodística; la participación de cada uno en la tarea común por un voyerismo en busca de sensaciones fuertes; el pensamiento por los eslóganes y las frases hechas: «Vuestro trabajo —vuestro éxito. Quien no trabaja, no come». Todo ello contribuye a arrojar sobre el mundo masas peligrosas por su mediocridad, por su propensión a suscribirse a una fe cualquiera, a perseguir cualquier fin. Sí, las masas recuerdan a las salamandras. Y las salamandras se parecen cada vez más a las masas.

«A decir verdad, no tienen música ni literatura, pero pasan perfectamente de ellas; y la gente se da cuenta que en las casas de las salamandras todo es maravillosamente moderno. Han aprendido a manejar nombres y máquinas, y ha resultado que esto les basta para asegurarles el dominio del

mundo. Ellas han barrido de la civilización humana todo cuanto tenía de gratuito, lúdico, de fantástico o antiguo y, al hacerlo, le han quitado lo que tenía de humano...»

El destino de los hombres en la era de la Salamandra adquiere un aire de calamidad natural, no porque las salamandras constituyan una fuerza de la naturaleza, sino porque no hay hombre en el mundo que se sienta responsable de lo que crea, de lo que hace, de la forma en que se comporta, ni siquiera de esa única gran obra común que es la civilización. Seamos más precisos: una única persona y un portero insignificante, el más insignificante eslabón de la sociedad, reivindica todavía su responsabilidad. Los electos, los poderosos, han cesado de interrogarse sobre las consecuencias lejanas del deslizamiento por la pendiente en la que han colocado a la sociedad. La cultura ha vuelto al estado salvaje, lo falso sustituye al arte. La filosofía despojada tan sólo celebra la ruina. La división, los intereses locales, e incluso nacionalistas, reinan por doquier como dueños y señores.

A pesar de las dimensiones planetarias de su civilización, los hombres tan sólo saben atender sus intereses particulares. Las consecuencias de sus actos son para ellos *incomprensibles* y, por tanto, *incontrolables*. El poder destructor de la civilización contemporánea infecta a cualquier ser que participe en ella. El encuentro con el hombre y su «cultura» deja su huella incluso en las salamandras.

Por ello, las salamandras emprenden la destrucción de los continentes sin vacilar en lo más mínimo, en cuanto ven un interés para ellas. Incliniéndose antes estas «razones de orden superior», los hombres, que desde hace tiempo han renunciado a tomar su destino entre sus manos, colaboran aún con estas salamandras en el preciso momento en que no solamente un pueblo, ni tampoco un país, sino la humanidad entera está amenazada por el aniquilamiento. Co-

laboran «todas las fábricas, todos los bancos, todos los países».

A partir de ese momento, todo cuanto uno y otros emprenden para intentar sobrevivir no puede más que tomar la forma de gestos hipócritas y grotescos. La propia humanidad ya no está en situación de luchar por su vida. Son los hombres quienes destruyen su propio planeta (5).

Capek fue por consiguiente el autor de grandiosas metáforas, de magníficas fantasías, a la par que de visiones apocalípticas. Un escritor al que parecen fascinar los acontecimientos exteriores: conflictos de opinión, luchas entre pueblos, carencias de la civilización. Pero, ¿una verdadera obra literaria puede surgir de motivaciones impersonales, de una pura necesidad intelectual de decir su opinión sobre un problema, por grave que éste sea? Lo dudo.

La oposición entre los héroes fundamentales de Capek no se limita a traducir un problema filosófico: refleja, ante todo, el conflicto interior del propio Capek. Dotado de una conciencia casi mesiánica de su corresponsabilidad respecto al destino humano, Capek experimenta la necesidad de soñar con una humanidad dichosa, un mundo menos peligroso, menos hostil. Aspira a inventar proyectos, a dar a los hombres la buena nueva. Pero, al mismo tiempo, comprende que los sueños de los grandes espíritus, que sus visiones proféticas se metamorfosean incuestionablemente en su contrario y que son precisamente ellos los que empujan a los hombres al enfrentamiento fatal. Por lo tanto, el propio Capek se frena a sí mismo. El es a la vez Domin, Prokop, el capitán Van Toch y el genial empresario Bondy. Aspira a «hacerse pedazos, tales son las fuerzas que le desbordan». Y, cada vez que lo intenta, se obliga a hacer penitencia. Se interpela a sí mismo por boca de Alquist o de un X desconocido. Se castiga por el mal que hubiera podido causar.

Toda su obra traduce las contradicciones que se cruzan en un espíritu creador lúcido y razonable. Un espíritu que pretende purificar el mundo, alumbrarlo con sus esfuerzos, pero lleno de pavor al mismo tiempo ante su propia imperfección, ante sus límites, ante la suerte que los hombres reservan a sus visiones. No hay duda de ello, nunca nos libraremos de este dilema. Ahí está la obra de Capek para recordárnoslo con toda la fuerza de su experiencia personal.

(1) Más tarde, justo después de la publicación de *La Guerra de las Salamandras*. Capek dará unas explicaciones sobre sus opiniones con respecto al creador. Escribe: «Una literatura que se desinteresa de la realidad, del estado verdadero del mundo, una pluma que no elige reaccionar con todas las fuerzas de la que son capaces la palabra y el pensamiento, una literatura tal, no me concierne».

(2) Tomo aquí el término empleado por Capek. Sin embargo, teniendo en cuenta el contenido de sus obras, habría que hablar de antiutopías. Posteriormente, los escritos de Huxley, Zamiatin, Karin Boye, Orwell o Bradbury seguirán las mismas sendas.

(3) Los hermanos Capek consagrarán a este tema toda una pieza: *Adam Stvoritel* (Adán creador).

(4) A partir de 1926, en una carta al editor del *New*

York Sunday Times, Capek critica los falsos valores del «American way of life», oponiéndoles a los de la Vieja Europa. «¿Recuerda usted cómo Homero describe el escudo de Aquiles? Al poeta ciego le hace falta todo un canto de la Iliada para describir su fabricación; vosotros en América habríais fundido y montado una decena de miles por día. Admito por supuesto que ésta es una forma eficaz y barata de fabricar escudos, pero no es así como se hace en la Iliada... En Europa las cosas todavía van despacio. Tal vez el sastre americano confeccionará tres abrigos mientras que el nuestro tan sólo hará uno; tal vez el primero ganará tres veces más que el segundo. Lo que pregunto es si su parte de vida será también tres veces más grande. El hombre trabaja para vivir, es verdad, pero, me parece a mí, también vive mientras trabaja. Puede decirse que

el europeo es una máquina muy mala; esto será una estupidez, puesto que no es una máquina».

(5) La contribución de Capek a la antología soviética *Den Mira* realizada por Máximo Gorki y editada en Moscú en 1937 es bastante poco conocida. Diversas personalidades del mundo entero cuentan cómo han vivido la jornada del 27 de septiembre de 1935. En la sección «La jornada de un escritor», Capek dice, entre otras cosas: «Hoy he terminado el último capítulo de mi novela utópica. Tiene por héroe el nacionalismo. El contenido es muy sencillo: la destrucción del mundo y de los hombres. Es un capítulo repugnante que se apoya nada más que en la lógica. Sí, así es como hay que concluir: la destrucción no se debe a una catástrofe cósmica. Se debe a la razón de Estado, los argumentos económicos, las cuestiones de prestigio, etc.».

Carlos Barral

QUAM BENE SATURNO VIVEBANT REGE PRIUSQUAM
TELLUS IN LONGAS EST PATEFACTA VIAS NONDUM
CAERULEAS PINUS COMTEMSERAT UNDA EFESUM
VENTIS PRAEBURATQUE SINUM NEC VAGUS
IGNOTIS REPETENS COMPENDIA TERRIS
PRESSERAT EXTERNA NAVITA MERCE RATEM

Tib. Elegía Tertia. 36-41

«Qué bien vivieron bajo la égida de Saturno
Antes de que los largos caminos surcasen la inmensidad de la tierra
Cuando los mástiles no señoreaban aún las cerúleas olas
Ni se brindaba al viento el hueco trapo aventado,
Antes de que el marinero errabundo acechase fortuna en tierras extrañas
Y agobiase el frágil bajel con mercancías extranjeras...»

Dijo Tibulo, ves, entre milenios,
cuando era la tierra aún un bosque vigoroso
con salvajes estados a la sombra
fastuosa de robles y sagradas encinas.
Las vías empedradas eran nobles
senderos de paciencia y chispas azuzadas
y el puerto entre marismas un estanque
de peces confiados con fantasmas
de remeros bogando en el vacío.

Hubo un mundo más viejo, saturnino,
es cierto,
quien sabe si feliz. Eran muy pocos,
dispersos por la tierra inacabada.

Los dioses compasivos los juntaron
en alto de cabezos sitiados.

Trazaron los caminos a los campos.
Las cañadas del monte y la avenida
en la orilla templada de los ríos.

Los sumaron.
Y pronto fueron muchos y llegaban
más

del horrible desierto y por la sal oscura.
Se apiñaban con miedo y por las noches
cantaban a los muertos, sus armas y sus leyes.
Necesitaron versos, versos altos
con retazos de lluvia y de hermosura.
Ateoraban versos. Los hincaron
en la tierra del hambre, y al poeta
le parecieron pronto demasiados.

Este poema se reprodujo incompleto en el número anterior de LETRA INTERNACIONAL, lo incluimos de nuevo, y esta vez completo, tal y como aparece en el libro *Lecciones de cosas*. Península 1986.

Arco Iris

El grito contra el estilo

Modest Cuixart

Leo por primera vez a Friedrich Nietzsche, este pensamiento me ha impresionado: «El amarillo intenso y el rojo ardiente: eso es lo que mi gusto quiere; mezclar sangre con todos los colores».

Barcelona, 1947.

Hay que agarrar cuchillo y no pinceles. Montarse en caballos salvajes y alocados; embestir los que sostienen la defecación pictórica actual, decadente y aburguesada. La voz del DAU AL SET es precaria pero pungente.

Barcelona, 1948.

Me dicen a menudo por qué estilizo tanto el rojo en mis pinturas. Creo adivinar, en este momento, que la sangre y la libertad son del mismo color.

Barcelona, 1948.

No es quimérico, no es fantasía: la lógica revolucionaria es aplastante y necesaria. Incendiar constantemente los templos del pensamiento caduco, incluso quemar sus propias cenizas y plantar nuevas raíces. Los hombres tenemos que morir con la dignidad de los poetas. Si me dais la mano sincera, descubriréis que las cicatrices del pasado son efímeras.

Barcelona, 1949.

Los artistas actuales somos minoritarios, pero auténticos. España siempre es rica, incluso en la pobreza. Somos guerrilleros de cresta roja crispada.

Barcelona, 1949.

La virginidad blanca de una tela te invita a la violación, como el instinto de vivir. Necesito el dinero del banquero para alimentar mi estomago de frutos maduros y fermentar nuevas ideas.

París, 1951.

Tengo la sensación de que entre mis pobres zapatos, la nieve sucia que estoy pisando, los pies helados y la Virgen María, estoy de lleno en el sublime milagro de la profanación del hambre. Un pobre más.

París, 1951.

Yo no sé si la vida fluye entre los puntos y las comas. Pero a veces tienes esta sensación. Acabas odiando la gramática, como si fuera un corsé que doctoriza el libre pensamiento. Pero todavía no están escritos los pentagramas. Tengo la ilusión de que pintar una superficie todavía es una noble huella del grito y del sueño. Hoy no quiero acostarme con Mozart, pero sí con una mujer diminuta y solitaria.

París, 1951.

La frivolidad es una buena compañera para ignorar el drama de la vida. No siempre, pero a veces, el avestruz tiene razón.

París, 1951.

Incluso con mi esqueleto helado encuentro el calor humano de mi entorno.

París, 1951.

Nunca me abandona el deseo de pintar. Es mi razón de vivir y me confieso obsesivo en este tema. La riqueza no puede empobrecerse porque tengo fe en el escepticismo.

París, 1951.

Por fin he descubierto algo para mí sensacional: un lienzo blanco es un espejo. Soy un retrasado mental. Soy un narciso. Me angustia la idea de violarme. Todos nos moriremos sin conocernos. De ahora en adelante besaré desesperadamente mis telas vírgenes.

Lyon, 1951.

Hoy he comido bien y me he lavado los pies en el Ródano.

Lyon, 1951.

Así como los creyentes pueden ser pobres, los escépticos se enriquecen fácilmente. Los pinceles que creen más en mí se envanecen estúpidamente. Los más adictos, en general, son escépticos. En definitiva, es la historia eterna del perro y del gato. A mi juicio, un perro es más señor que un gato. La palabra aristocracia es muy confusa.

París, 1951.

Pinto de vez en cuando, con la mano izquierda. Tengo la sensación, como si fuera un pianista, de colorear las notas de una forma diferente. Inevitablemente pienso en Erik Satie y en sus obras «Piezas frías», «Embriones desecados», «Fragmentos en forma de pera». La mano izquierda tiene más cerca el palpitar del corazón.

París, 1952.

En la más secreta auscultación de la vida, no sé por qué, pero siempre encuentras un vestigio misterioso del canto del grillo y una luz mortecina que te indica el camino. «Si eres valiente, como cristal de atmósfera sin fe, coge un trozo de tierra con las manos sangrantes de un rojo indefinido. El amor y la muerte te esperan en el postrer grito».

París, 1954.

El tiempo, impasible, sólo conoce dos muertes: nacer viejo y morir joven.

París, 1954.

¿Por qué tanta desazón, tanta intolerancia y tanta agresividad? Caín, Abel y la Torre de Babel son signos históricos nefastos.

París, 1954.

La no forma, es otra forma. Michel Tapié de Celeyran dice que es el arte otro. Este

PALOMA CHAMORRO

Conversación con
Cuixart
Rayuela, 1975.

JUAN MANUEL CABALLERO BONALD

Cuixart
Rayuela, 1977.

hombre, sin lugar a dudas, intuye cosas, pero es un gran malabarista intelectual. La creación, en un artista, es su propia definición en libertad. Si no se es autor de pintura se puede ser, con toda dignidad, un maravilloso cerrajero o un mecánico de alto calibre. No lo puedo remediar: me molestan los intrusos de la izquierda perfumada.

París, 1956.

Trabajo mucho y tengo la sensación de que algo insólito nace en mí. Es como si la *no forma* tuviera *forma*. Vivo de lleno lo insólito, la contradicción y el amor. Doy capital importancia al oro y a la plata. Intento, a posta, envilecer la riqueza y sus símbolos.

París, 1956.

En mi opinión, la pintura de nuestro tiempo ha cometido el delito de plantearse problemas *metafísicos*. La pintura no es filosofía ni música ni poesía. Pintura es pintura —como Perogrullo—, es decir, el sencillo y sublime arte de *mirar* las cosas, el entorno, un sabroso, eficiente y humilde homenaje a los ojos.

París, 1956.

He conocido a Pablo Picasso. Lo que más me fascina de su pintura es que no sabe mentir. La autenticidad de este artista es exhaustiva. Pinta su vida.

Cannes, 1956.

El otro día vi como la sombra de un botijo, de una mano y de un perfil se los merendaba a todos ellos. Es curioso.

París, 1956.

No me estorba el pincel ni la paleta. Lo que sí me molesta es el animal que está detrás.

París, 1956.

Pintar es un simple lenguaje sustantivo, no tiene siquiera el color adjetivo ni adverbial. La pintura, por naturaleza, es cóncava, como la mujer. La música, la danza y la dramaturgia son convexas. Nosotros los pintores, *invitamos, no ofrecemos*.

París, 1959.

La mañana como un alfombra bordada con párpados inquietos, el insomnio se convierte en habitáculo del deseo. La sombra enmudece en un baño de sangre y saliva. El inciso me indica que la cámara nupcial no está en aquel lugar. Los sentimientos han cambiado de dirección...

Lyon, 1960.

Me voy a París otra vez, con dos cuadros y el tren. Uno lo he titulado «Perro mordiendo un hueso» y el otro «Bidet articulado del Carlton». Me reconforta, ya declaradamente en contra de las modas, que soy un pintor realista.

París, 1965.

Estoy echando de menos mi tierra. España es un diccionario que no entiende Europa; o no lo quiere entender. Me indigna Goya

en Burdeos y Picasso en Cannes. No es nacionalismo, soy y me considero ciudadano del mundo. No se puede aislar a un gran pueblo por un error político. Esta es la gran torpeza democrática internacional con un transfondo provocador del fascismo. Mi tierra huele a un gran perfume *histórico*.

París, 1969.

No quiero ni puedo comerme Italia porque la quiero incomensurablemente. Italia, como los neoplatónicos, es puro apetito de belleza. Nuestra Italia es el corazón del Mare Nostrum.

Milán, 1969.

La noche rompe el silencio de las manos. Todos pensamos en lo mismo, cuando la atmósfera del amor enmudece. Casi es delictivo silenciar los pasos del pobre gritando inútilmente por las calles. El pueblo sólo pide una cosa: vivir con dignidad. Los gobiernos que no entienden esta dignidad se mueren vacíos.

Milán, 1969.

La primavera rejuvenece al verano, el verano al otoño y el otoño al invierno. Pero mi única primavera son los volcanes olotinos. Mi victoria es un volcán afincado en el Ampurdán. Lo universal y serio es lo provinciano. Es curioso que todos los españoles en América se llamen gallegos. Y en Méjico, cachupines.

Palafrugell, 1970.

El arte tiene la facultad de poder hacer desaparecer la imagen tradicional de un tema determinado.

Palafrugell, 1971.

Simplemente pensar es soportar la tristeza positiva de haber nacido. En cierta manera, *pensar*, es olvidarse de la inteligencia.

Barcelona, 1973.

Todavía estoy pensando en la efímera historia de las amapolas. Poco a poco voy reconociendo que la puerta de mi noche no está bien cerrada. Sin querer, me estoy diciendo adiós. La muerte del pensamiento es la real vida del sueño.

Palafrugell, 1980.

Es audaz y peligroso pensar que asumo la responsabilidad de que estoy realizando mi propia pintura. Para mí, esta aventura es muy importante.

Palafrugell, 1981.

Me encanta no ser ortodoxo. Soy guerrillero y no lo puedo evitar. Tanta academia —el estilo no el grito— me produce náuseas. La moda del poder artístico, el pobretismo protegido por el capital me hacen vomitar. El realismo siempre está ahí, generoso. Detesto la falsa filosofía, prefiero encontrarme un árbol.

Palafrugell, 1974.

Anoche besé una piedra que me hablaba del mar. Y esta misma piedra escondía

todos los ósculos de la eternidad. Las piedras piensan lo que los vegetales olvidan y lo que los animales queman.

Palafrugell, 1976.

He descubierto que el mundo es simplemente una invención del hombre, como los dioses. El hombre pertenece a una parcela del amor y de la comprensión. El hombre está solo porque existe la colectividad. La pura y sencilla imaginación nos edifica.

Barcelona, 1980.

Mis amigos y mis amores gozan de buena salud. Esto ya es buena señal. Me preocupa el oficio de pintar. Sé poco por lo demasiado que sé. Los presocráticos me reconfortan. El equívoco y la contradicción siguen siendo mis mejores amigos. El amor ilumina mis jóvenes y cansados ojos.

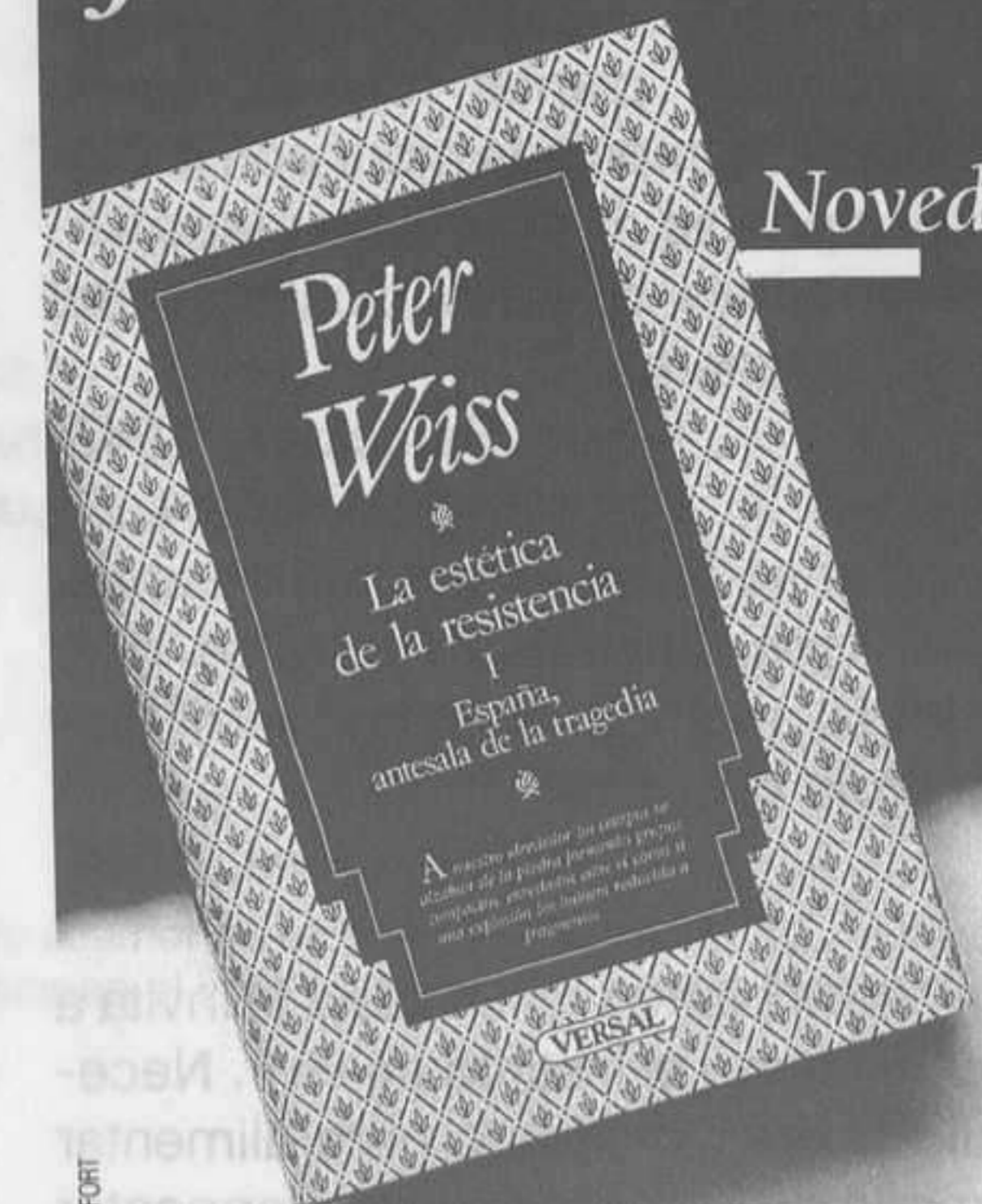
Palafrugell, 1981.

Me está preocupando «Opalía», cada vez más. Porque Opalía la tengo vista. Sólo la encuentro en Madrid. Es como un ángel herido. Posiblemente sidónica, posiblemente bien vestida. Tiene sonrisa sin labios. Nos parecemos. Tropiezo con un paraguas narcótico. Alcalá de Henares no está lejos y también las cárceles que Cervantes jamás quiso. Mi universidad es la calle, dijo. Deseo leerte la mano, Opalía, a sabiendas que tus dedos sordos no hablarán. Estando solo, sin tí, es más que una multitud gritando. Suicídase Opalía, si tú quieres, pero debes saber que jamás te he querido.

Madrid, 1986.

El primer tomo de la trilogía que constituye la obra más personal y profunda de Weiss.

Novedad



VERSAL

GRANDES EXITOS

VICENTE LLORENS

Liberales y románticos.
Una emigración española a Inglaterra, 1823-1834
Castalia, 1968.

ARTHUR SANDAUER y RICARDO CANO GAVIRIA

Sobre Gombrowicz
Anagrama, 1972.

MIRCEA ELIADE

La prueba del laberinto
Cristiandad, 1980.

ALBERT CAMUS

El exilio y el reino
Alianza, 1983.

ELIAS CANETTI

La antorcha al oído
Muchnik, 1982.

La lengua absuelta
Alianza, 1983.

JEAN-PAUL SARTRE

Escritos sobre literatura. I
Alianza, 1985.

la frase de Borges, utilizada con frecuencia por todo el grupo reunido en torno a Victoria Ocampo, indica con nitidez el desarraigo en la propia tierra, es decir, el exilio interior.

Se ve con cierta claridad que no hay una sola forma de exilio y las maneras de encontrarse fuera son múltiples y variadas. La Rusia del siglo pasado era tristemente famosa por los numerosos destierros internos con que castigaba a delincuentes o disidentes. En este siglo, bajo banderas pretendidamente revolucionarias, el horror se acrecentó y los aniquilamientos en masa produjeron un movimiento de población del que difícilmente se haya tenido idea en épocas anteriores. ¿Cómo distinguir a un emigrante de un exiliado? Las fronteras han tendido a diluirse entre una y otra categoría. Digamos, sin embargo, que el exilio puede tener como causa una compulsión directa y verificable. Pero, las condiciones espirituales y materiales de un país, ¿no pueden convertirse en un obstáculo decisivo para cualquier hombre, y mucho más para un científico o un artista que alimenta grandes proyectos? No creo, hablando con sinceridad, que sea necesario estar amenazado de muerte para que la categoría de escritor exiliado sea plenamente justificable. ¿No es posible acaso estar simplemente amenazado por el enmudecimiento, debido a circunstancias más económicas que políticas? Y aquí se puede comprobar que el escritor siempre se verá amenazado por el decir y por el silencio. Con penetrante lucidez, un escritor había advertido que la clave del sistema totalitario y del fascismo no se encontraba en la prohibición de hablar, sino en la obligación de hacerlo.

Desde la segunda guerra mundial se ha asistido a un crecimiento notable de artistas que han emigrado, autoexiliándose, desde América Latina hacia otros países occidentales. En Europa, durante el nazismo, se conocieron y se padecieron situaciones extremas, como pueden ejemplificarlos los casos de Walter Benjamin o Paul Celan. Con el advenimiento de las llamadas «democracias populares» otra oleada de persecuciones y de asesinatos se produjo. Otros sufrieron penas más benignas y simplemente se prohibieron sus obras, como ha sido el caso del escritor polaco Witold Gombrowicz, residiendo penosamente en mi país. En nuestros días, un escritor ya mundialmente conocido, Milan Kundera, también sufre el horror de no poder ser leído en su propia lengua. Los escritores latinoamericanos y españoles, en lo que va del siglo, han escapado de gobiernos militaristas que los perseguían o los condenaban al silencio. Hoy, los escritores de Europa central, que escapan de las garras de los dirigentes soviéticos o soviéticos, constituyen el reverso y el reflejo de lo que sucede o ha sucedido en América Latina. Y como ya lo señalara en otra oportunidad: «A mitad de camino, viviendo circunstancias diferentes, las dos regiones, América Latina y Europa —llamémosla— oriental, tienen numerosos elementos en común y pueden ayu-

darse mutuamente en la comprensión que hagan de sí mismas».

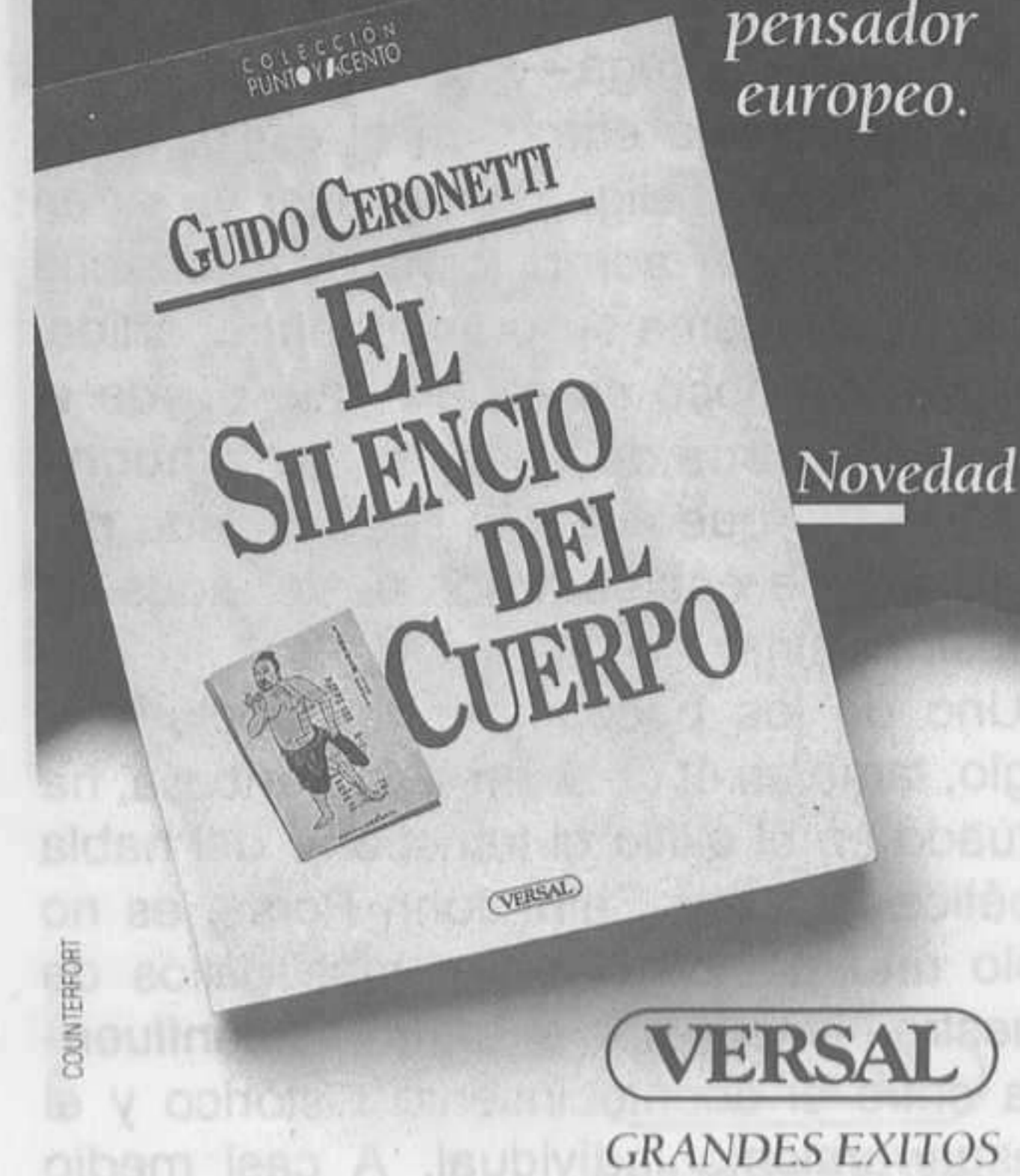
El filósofo polaco Leszek Kolakowski, también exiliado, respondió de esta forma a la pregunta de cómo se sentía en Oxford: «Vea usted, Inglaterra es una isla en el mundo, Oxford es una isla en Inglaterra. All Souls es una isla en Oxford y yo soy una isla en All Souls. ¿Algo o alguien puede apaciguar tal aislamiento?» En su reflexión sobre el exilio, y en un tono completamente diferente, se pregunta: «¿El exilio es meramente un mal menor, u ofrece privilegios insospechados a quienes se encontraban antes firmemente arraigados a su suelo natal?» Se sabe que con frecuencia los artistas y escritores han extraído, como lo deseaba Flaubert, belleza de la desgracia. Si pensamos en la *Commedia* concluiremos que el exilio de Dante ha sido beneficioso para la literatura. ¿Podría haber tenido en su propia tierra las energías suficientes para tal tarea? Debemos reconocer que hoy el mundo está poblado de refugiados, emigrantes, asilados, exiliados y desterrados, como para comprender que lo que ayer era la excepción es hoy la regla. Los sectores más dinámicos del mundo se han vuelto nómadas y el exilio forzoso de un escritor no posee ya la carga semántica de otros tiempos. Dice Kolakowski que la mitad de Europa conoce esa suerte de despojamiento de su memoria colectiva y de su identidad, y se interroga: «¿Qué puede esperar la otra mitad? ¿Acaso el mundo entero puede ser arrastrado hacia ese exilio interior, ese exilio a medias?» Tal porvenir, dolorosamente concebible en el estadio actual del mundo contemporáneo, no debería vaticinarse, ya que los hombres no tendrían más ningún lugar a dónde ir.

La represión y el militarismo latinoamericano han causado la muerte de algunos escritores y la persecución de miles. De esta situación habría que extraer la carga positiva que conlleva, pues nunca hay en el ser humano un arraigamiento total o un destierro absoluto. A menudo, una misma situación es a veces el exilio y otras el reino.

La tierra, considerada como la casa del hombre, debería constituirse en el medio por excelencia para encontrar permanentemente las raíces que nos ligan al mundo. Sin embargo, la tierra se ha convertido en un objeto para el saqueo, especialmente desde los dos últimos siglos, y es muy difícil que, en esta perspectiva, el hombre establezca un diálogo con ella. Así, el hombre contemporáneo se ha vuelto un exiliado sin necesidad de cambiar de país, puesto que en primer lugar ha perdido su residencia en la tierra, de manera diferente a la percepción del pensamiento judío. La sociedad industrial y el predominio de la razón técnica han convertido la tierra en un medio extraño para el hombre. De esta manera, ¿cómo podría hablarse sólo del exilio de los escritores latinoamericanos cuando a nivel planetario se asiste a modificaciones inconmensurables en el terreno científico-técnico como en el ámbito de lo que antes se denominaba lo espiritual?

El mayor peligro no se encuentra tanto en las amenazas que tal o cual capa dirigente pueda efectuar a las actividades artísticas en general y literarias en particular, sino en la consolidación de la pérdida de referencias y en el exilio del hombre en el mundo. No parece muy lejano el día en que el hombre se haya extraviado en la especialización del conocimiento y no tenga más noción del mundo como unidad entre el hombre y el Cosmos. Mircea Eliade lo ha formulado con claridad: «no hay contradicción alguna, ni tan siquiera tensión, entre el mundo y la patria. En cualquier parte hay un *centro del mundo*. Una vez situado en el centro, el hombre se encuentra en su sitio, auténticamente en el verdadero yo y en el centro del Cosmos. El exilio ayuda a comprender que el mundo jamás nos es extraño desde el momento en que en él tenemos un centro. El peligro se encuentra entonces en que el hombre pierda el sentido de un centro y por lo tanto las referencias de su propio ser. La Odisea y la epopeya de Gilgamesh nos han ayudado a comprender la precariedad de las empresas humanas. Pero hoy, la odisea técnica pareciera no querer comprender el sentido profundo de esta precariedad. El exilio es un modo de acceder a la dimensión de la orfandad que acecha al hombre. La pérdida de una patria puede convertirse en una experiencia enriquecedora, pues mueve hacia un más allá las fronteras de una realidad antes parcial. Sin embargo, no se alcanza a concebir lo que sería la vida del hombre si llegase a perder el único mundo que posee. El exilio permanente acarrearía el olvido definitivo del reino.»

Una reflexión apasionante e incisiva en torno del cuerpo humano, aludiendo a las más variopintas referencias: de la Biblia a la Sífilis, del lenguaje erótico a Jack el Destripador, de los Vampiros al médico de la Seguridad Social. Toda una revelación literaria que surge de la pluma del más singular y lúcido pensador europeo.



Novedad

VERSAL

GRANDES EXITOS

LETRA INTERNACIONAL

ENERO/MARZO 86

LETRA

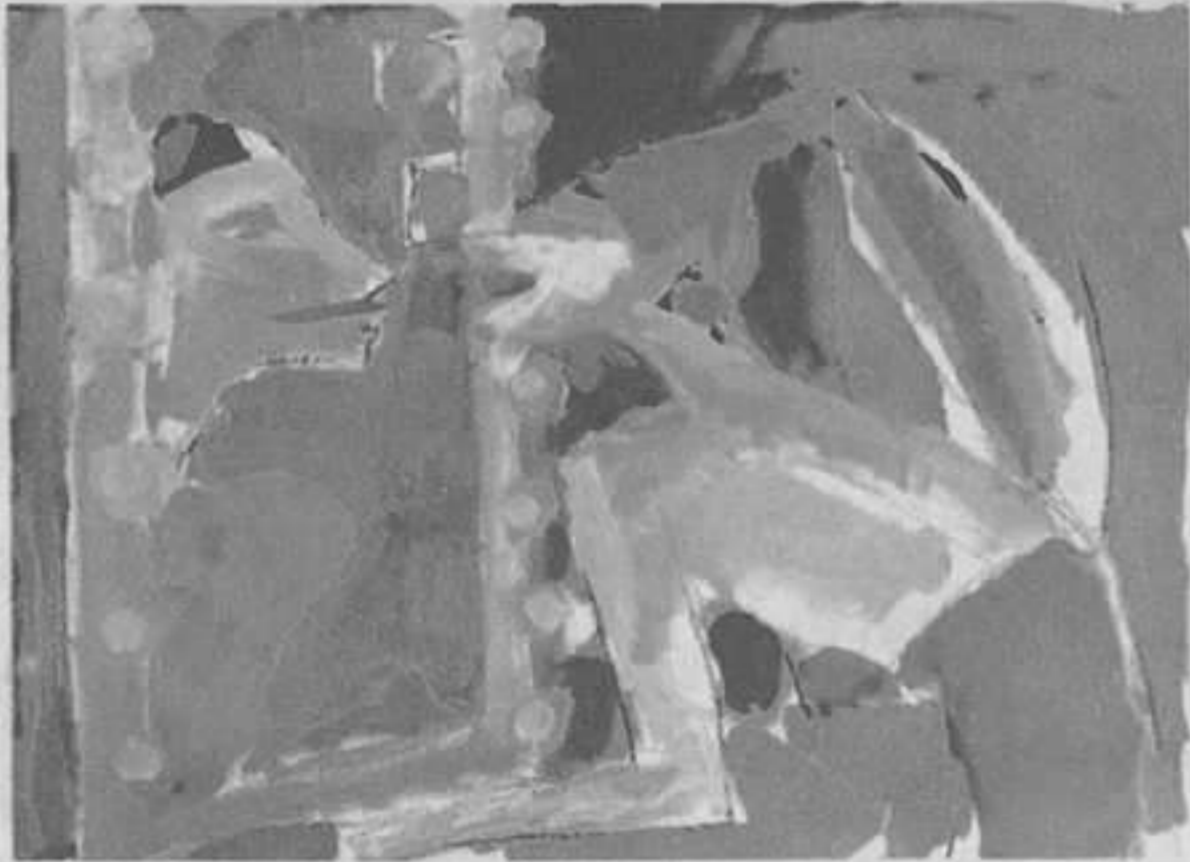
André Brink, Italo Calvino
El oficio de escribir

Vaclav Havel, André Gorz
Hacer las paces

Juan Goytisolo
El derecho íntimo a la sonrisa

Milan Kundera, Juan Benet, Mario Muchnik
Del arte de la novela

Antonio Saura
Fin de Siglo



450 PTAS

INTERNACIONAL 1

VERANO 86

LETRA

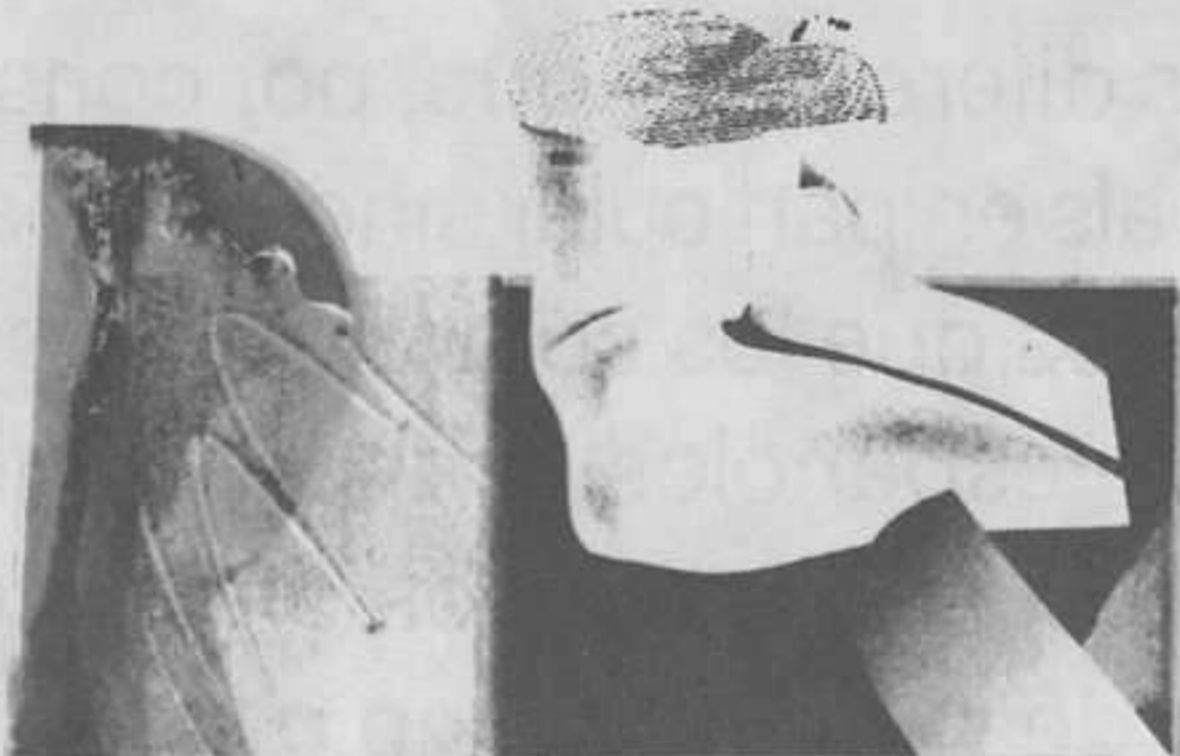
Barbara Spinelli, Magdalena Guilló
Los europeístas

Javier Muguerza
La ética de los políticos

Henry Miller, Henry Scott Stokes
Mishima: el samurai perdido

Timothy Garton Ash, Hans-Magnus Enzensberger
A dónde va Alemania

Carlos Fuentes
Yo soy creado



450 PTAS

INTERNACIONAL 2

OTOÑO 86

LETRA


Carlos Piera, Tom Engelhardt
Cultura en USA

Rossana Rossanda
Rosa L.

Gianni Vattimo, Vittorio Strada
Futurismo

André Gorz, Ralf Dahrendorf
Nueva pobreza

Anthony Burgess, Max Frisch
Lenguaje y literatura



450 PTAS

INTERNACIONAL 3

INVIERNO 86

LETRA


Gyorgy Konrad, Edgar Morin
El sueño europeo

Ursula K. Le Guin
Las Fuentes

Karel Kosik, Milan Kundera
En el país de Kafka

Carl E. Schorske
Adolf Loos: revuelta en Viena

Jürg Laederach
La máquina trabajadora



450 PTAS

INTERNACIONAL 4

En Roma se publica simultáneamente LETTRA
INTERNACIONALE Direzione: Federico Ghislanzoni
L'Officina Grafica Editoriale Via Cavour, 39
00188 Roma

La aventura europea

Ha llegado el momento de la aventura europea. No hacemos una publicación que reivindique Europa o que lleve exclusivamente el estandarte europeo; se trata de una revista que viene siendo editada, con el mismo contenido, en distintos países y en lenguas diferentes y que, por consiguiente, no se dirige a lectores de un país en particular sino a todos los de nuestro viejo continente. Deseamos que los colaboradores de LETRA INTERNACIONAL, ya sean españoles, franceses, ingleses, alemanes, italianos, checos, húngaros, rusos o polacos, no se ocupen sólo de problemas de sus países, no queremos que hablen únicamente de sus culturas nacionales, sino que lo hagan también de los demás y a los demás.

Intentamos un desafío sin tregua a lo que podríamos llamar provincialismo de las culturas importantes. Los países pequeños, las culturas limitadas a un ámbito restringido tanto por su espacio como por su lengua, no pueden permitirse el lujo de encerrarse en sí mismos imaginándose autosuficientes. Están obligados a abrirse al mundo, a alimentarse de él, aunque sólo sea para afirmar frente a los demás su propia originalidad. Las culturas importantes no notan esta exigencia o no la viven con la misma intensidad. Por esta razón se permiten la facilidad de un particularismo sorprendente del que dan buena prueba muchas obras soviéticas, incluso norteamericanas y, en mayor medida, las de los grandes países europeos.

LETRA INTERNACIONAL confirma que ser europeos, pensar y hacer una publicación europea, no significa en absoluto cerrarse al resto del mundo. Estamos convencidos de que Europa no puede definirse más que en función del resto de los países del mundo y sabemos que la cultura europea no podría sobrevivir —en el supuesto de que alguna vez lo haya hecho— con independencia de las culturas de los demás continentes, cuya influencia recibe cada día con mayor intensidad.



En París se publica simultáneamente LETTRE INTERNATIONALE. Dirección: A. J. Liehm, Paul Noirot. Redacción: 17, rue Béranger. París 3.



En Roma se publica simultáneamente LETTERA INTERNAZIONALE. Dirección: Federico Coen, A. J. Liehm, Vittorio Strada. Redacción: Via Goito, 39. 00185 Roma.



DUCADOS

EL SABOR QUE NOS UNE.

Vitrucio 30

LETRA

INVIERNO 86/87

Gyorgy Konrad, Edgar Morin

El sueño europeo

Ursula K. Le Guin

Las Fuentes

Karel Kosik, Milan Kundera

En el país de Kafka

Carl E. Schorske

Adolf Loos: revuelta en Viena

Jürg Laederach

La máquina trabajadora



INTERNACIONAL

4

